

The background of the book cover is a dramatic, painterly illustration. It depicts a man with dark, wavy hair and a serious expression, wearing a dark brown tuxedo with a white shirt and a dark bow tie. He is looking towards the viewer. To his right, the back of a woman with long, wavy blonde hair is visible; she is wearing a blue off-the-shoulder top. They are standing in front of a large, ornate gothic building with stone arches and columns. A massive, intense fire or explosion is erupting from behind the man, with bright orange and yellow flames and glowing energy tendrils reaching upwards and outwards. The overall atmosphere is one of mystery, danger, and supernatural power.

Reyes Guerrero

DESTERRADO

Un inmortal, un secreto y una maldición

Crónicas de Edén

DESTERRADO

Un inmortal, un secreto y una maldición.

Reyes Guerrero

CRÓNICAS DE EDÉN

No se puede hablar del desterrado, sin hablar primero de Edén.

CAPÍTULO I

Traición.

8 de febrero de 1897.

Aquella noche la lluvia era una mortaja que cubría el carruaje. Su conductor apenas lograba ver unos metros más allá. Lo que no evitaba que asestara un latigazo tras otro a los caballos, empeñado en mantener una velocidad desquiciada. La razón se debía a la persona dentro de la cabina: la señorita Lorna.

Parecía poseída por un salvajismo primario. Sus ovaladas facciones componían un rictus de dolor, más propio de un animal herido, que de una persona. Había empezado el día con un elegante peinado de trenzas, sin embargo ahora le caía el pelo suelto y desgredado, con la última de las trenzas que aún sobrevivía, torcida a un lado de la cara.

Con desesperación agarraba su falda con la mirada perdida. En algún momento la parte de raciocinio que la furia y la desesperación no había logrado anular, le avisó del frío. El chal de encaje que había caído en el asiento lo echó sobre los hombros desnudos, en un intento de mantener el calor de su cuerpo.

Frente a ella estaba su sirvienta. La pobre procuraba ser tan pequeña e insignificante como podía. Incapaz de mantener el contacto visual con la señorita, centraba su atención al otro lado de la ventana. En silencio. Deseando con fuerza que el día acabase.

De pronto el traqueteo del carruaje se redujo, hasta que se detuvo. El cochero se caló mejor el sombrero y la sobrecapa que le llegaba hasta el codo; gesto inútil pues estaba empapado. Y dio unos golpes al techo del carruaje.

- Señorita Macgahan , ya hemos llegado - voceó desde fuera.

Ella asintió para sí y extendió la mano abierta hacia su sirvienta.

- Dámelo - le ordenó sin opción a réplica.

La sombra de la culpa cubrió la moral de la sirvienta, no quería dárselo. Había sido forzada a

infiltrarse en el cuarto de la señorita Dana, y robárselo. Y eso estaba mal a los ojos de Dios. Pero no podía oponerse a su patrona. Y menos en ese estado de locura que la gobernaba. Con reticencia buscó en el bolsillo y sacó un objeto envuelto en un pañuelo de seda que le entregó.

La señorita Macgahan lo apretó en una mano y con la otra abrió la puerta del carruaje sin esperar que el cochero la ayudase a bajar, y salió a la tormenta.

- Esperad aquí - su voz llegó amortiguada por la gruesa cortina de agua que le caía encima. Y aún así la sirvienta y el cochero la entendieron.

Sin esperar respuesta, les dio la espalda. Y avanzó hacia la luz de la única farola de gas que funcionaba en aquella calle.

Un rayo alumbró un cielo oscuro y hostil, su fiel compañero el trueno se hizo oír amenazante. La lluvia cayó sobre ella con tanta saña, que en segundos quedó calada hasta los huesos. Pero nada ahuyentó su determinación.

La fantasmagórica silueta de una chabola salió a su encuentro. De madera oscura sustentada sobre piedras talladas en la base y flanqueada por casas de aspecto señorial. Como no tenía espacio, se extendía hacia arriba, siendo la construcción más alta a 50 metros a la redonda. Daba la extraña impresión de haber sido encajada en aquel lugar sin pertenecer allí.

Al alcanzar las escaleras que unían la calle con la entrada del edificio ella tuvo un escalofrío. No por el agua, ni el frío de la noche, como cabía esperar. Se debía al aura siniestra que envolvía el lugar. Por eso la gente pasaba de largo al ver la construcción. Y por eso ella misma había decidido no regresar una segunda vez..., hasta que aquella noche los había visto en el jardín. Ocultos. Besándose. El recuerdo la quemaba por dentro.

No lo pensó. Subió los escalones dispuesta a dejarse los nudillos en la puerta hasta que le abrieran. Sin embargo, al alzar la mano la puerta se abrió sola, ella en su obstinación no dudó. Ni siquiera cuando un nuevo rayo alumbraba la fachada dándole un aspecto sobrecogedor. El trueno siguiéndole los talones pareció que hablaba en un idioma gutural y perverso.

La furia la guiaba sin vacilación en la penumbra, tanteando la pared y siguiendo la claridad de la única luz en una habitación al fondo. Dejaba a su paso un rastro de agua en las losas del suelo del que no era consciente. El tabique terminó y sentado delante de ella estaba el brujo que parecía esperarla como la última vez.

Vestía una chaqueta negra, igual que su piel y su cara pintada de blanco recordaba vagamente a una calavera. Se ocultaba en un rincón, donde la luz de la vela no lograba traspasar del todo las tinieblas. En la misma mesa había también whisky y tabaco. El resto de la sala estaba vacía.

- Sabía que volvería - dijo despacio, escogiendo cada palabra.

Ella no pudo evitar la mueca de desprecio. - Aquí tiene - le lanzó el pañuelo.

Lo recogió al vuelo. De su interior sacó un cepillo de madera, con una mariposa grabada en el lomo y algunos cabellos dorados enredados entre sus cerdas. Los labios del brujo se ensancharon en una sonrisa triunfo. - ¿Y lo de el caballero?

- Es la sangre del pañuelo.
- De seda - confirmó el brujo mientras lo examinaba. Se detuvo un momento en las iniciales bordadas, para continuar hasta una mancha reciente.
- Es de esta misma noche - aseguró Lorna como si hiciera falta dar señal de su autenticidad. - Le han golpeado y limpié sus labios con mi pañuelo. - apretó su puño cerrado contra el vientre. - Era lo que necesitaba, ¿no?

El brujo se tomó su tiempo para contemplarla. Sus ojos brillaron cuando ella se quitó el chal que cubría sus hombros y lo arrojó a un lado, molesta por el agua acumulada en la prenda. Su piel blanca era una delicia. Igual que el resto de sus formas femeninas torturadas con el corsé. Debían ser liberadas. Aunque lo más importante era el fuego que alimentaba a una mujer desechada como aquella.

- En efecto - le aseguró el brujo, al tiempo que le lanzaba una lasciva mirada.- Ahora hablemos de mi pago.

Edén fue un mundo de maravillas. Y sus habitantes, humanos dichosos, aprendían el arte de la creación.

CAPÍTULO II

Compromiso.

10 de febrero de 1897.

La madrugada asaltó a Dana como un ladrón dispuesto a saquearla. Despertó temblando en mitad de un aullido que le secó la garganta y le hizo olvidar el terrible sueño que la había bañado en sudor. Se levantó estremecida, palpando el colchón con las manos para sostenerse y sin poder entender la procedencia de su temor

No recordaba lo que había soñado pero pasó el resto de la noche temerosa bajo las sábanas. Al levantar la mañana se había tranquilizado un poco y bajó a desayunar. No prestó atención al rigor en el rostro de su hermano. Charles la miraba a ella y a su padre, sentados juntos, sabiendo el abismo que les separaría si sus suposiciones eran ciertas. Finalizado el desayuno Dana no había cruzado aún una mirada con él.

- ¿Le ocurre algo hermana? - se había detenido frente a ella que, cansada, regresaba a su habitación.

Dana levantó unos ojos inmensos y vidriosos. Con una mirada retardada que parecía partir de otro mundo negó con la cabeza - Sólo un mal sueño.

- Entiendo. Le envié una nota a Garrett para que viniese a hablar con nosotros. Tengo que contaros algo.
- ¿Hay algún problema?
- No estoy seguro - Charles levantó la mirada hacia su padre que se acercaba.

II

Al atardecer el ánimo de Dana parecía haberse restablecido. Incitaba el calor de la chimenea con el hierro mientras bromeaba batiendo sus piernas bajo el vestido. Garrett reía apoyando el codo en el estante de la chimenea mientras observaba su danza extravagante.

Charles les veía jugar como cuando eran chiquillos y compartía con ellos horas de recreo. Había disfrutado junto a ellos en pasatiempos sencillos. Era agradable acompañarlos y observar cómo se querían. Cuando Garrett y Dana estaban juntos ocurría algo extraordinario; una especie de

armonía contagiosa les envolvía y los demás podían sentirla al estar cerca de ellos.

- Discúlpenme, debo ausentarme un momento - se excusó Charles. Le parecía evidente que deseaban quedarse a solas. Se levantó del sillón orejero tapizado en cuadros rojos que había debajo del retrato de su padre. - No tardaré - aseguró de espaldas, saliendo de la biblioteca como si la conciencia del recato le hubiese obligado a aclararlo.

Garrett y Dana le siguieron con la vista, desconcertados por su repentina marcha.

- ¿Cree que algo le preocupa? - preguntó él.

Pegados uno al otro y con sus cuerpos inclinados hacia adelante para seguir la dirección que había tomado Charles, cuando volvieron sus cabezas para mirarse, sus labios casi se rozaron. De un respingo al unísono se separaron algo más de medio metro.

Retiraron las miradas con el corazón acelerado y muchísimo calor. Se habían besado en pocas ocasiones, la última unos meses atrás, el día que ella terminó el retrato, un beso apasionado y después un abrazo inolvidable. Deseaban tanto volver a besarse que les asustaba. A solas se recreaban en sus fantasías pero juntos morían de vergüenza.

Tras unos instantes de silencio Dana escondió la mirada entre las páginas del libro Historia de dos ciudades, de Charles Dickens, y Garrett continuó mirando crepitar las llamas de la chimenea, dudando en acercarse a ella.

Pasados unos minutos se dio cuenta de que a más pensamientos más difícil el atrevimiento - Señorita Dana, me gustaría... besarla - tembándole la voz Garrett le tendió la mano para que ella la tomase y se levantase del sillón.

Dana lo sintió llegar como un huracán y cerraba el libro mientras él hablaba. Su cabeza siguió las órdenes de él y le miró sin su propio consentimiento. Agitada miró alrededor comprobando que estaban solos y se puso en pie sin apartar los ojos de Garrett. Muy nerviosa y muy ansiosa acercó sus labios. Él se acercó y rozó los labios de ella con los suyos desordenadamente. Aquello no estaba previsto y los nervios les volvían torpes.

Apartó su rostro y momentos después la rodeó con sus brazos mientras su boca la probaba de nuevo. El sabor de los besos de Dana se había convertido en su mayor anhelo en los últimos años. Rozar la suavidad de sus brazos con los dedos le permitía de algún modo alcanzar su esencia y las sensaciones lo ocupaban todo, en todos los aspectos y de todas las formas. Era como dejar de existir durante esos momentos y al mismo tiempo estar más vivo que nunca.

Sus manos rodeaban el rostro de ella. Los pasos que se acercaban les obligaron a concluir el encuentro pero sus miradas continuaban unidas. Charles volvía a la biblioteca. Sin tiempo para pensar Dana asaltó con un poco de juego a Garrett, tenía que evitar que su hermano pensase que habían aprovechado su ausencia.

- Dejen de hacer tonterías por favor - protestó Charles al entrar. Sus nervios hacían tan

evidente que algo había ocurrido entre ellos que resultaba bochornoso.

- Disculpela Charles - Garrett escurría la cintura mientras Dana le instigaba con los dedos.
- Su hermana es incapaz de aceptar que soy más rápido que ella.
- Siguen pareciendo niños - Charles llegó al aparador para coger un vaso y echar limonada de la jarra que Nana les había dejado para la merienda. - Tenemos que hablar.

Dana se acercó al aparador y sirvió un vaso para Garrett. Cuando se lo ofreció él rozó con sus dedos la mano de ella sin apartar su mirada.

Charles les sacó del ensimismamiento.

- Algo que escuché a primera hora de la mañana me tiene muy preocupado.
- ¿De qué se trata?
- Klaus Anderson preguntó a padre si mañana anunciaría el compromiso en la cena - Charles miró ambos en silencio.
- ¿Qué... compromiso? Dana que llevaba el refresco a la boca se detuvo y se giró hacia Charles.
- Exacto. ¡Ha pensado lo mismo que pensé yo! - Charles asintió acercándose a un palmo de ella, después miró a Garrett que se había quedado mudo. Mudo y de piedra.

Un par de segundos después reaccionó.

- ¿Piensa que su padre ha comprometido a su hermana con el hijo de Anderson? - mientras Garrett le preguntaba sus ojos se habían deslizado por sí solos hasta Dana.

Estaba enamorado de ella desde los trece años, antes quizá. Empezó a entrar en la casa Lowell con siete años. Poco después murió su padre dejándole una editorial como respaldo y un albacea que no dedicó tiempo a orientarle o protegerlo. Garrett necesitó empeñar tiempo a realizar pequeños trabajos para completar su sustento.

Los señores Lowell, con intención de ayudar al pobre huérfano, le encargaron algún trabajo en la casa, lo que reforzó la amistad de su hijo Charles con él, al mismo tiempo que excluía a Garrett del círculo social al que pertenecían los Lowell.

Dana, un año menor, fue ganándose año a año el corazón de Garrett, que cuando se dió cuenta, estaba completamente enamorado de ella. Después, durante casi dos años de intensas emociones y temores, reservó su dulce y lacerante secreto.

- Señorita Dana, me gustaría que supiera que mi corazón hace mucho que es suyo - el día de su dieciséis cumpleaños, Garrett ensayaba ante el espejo de su salón las palabras que le unirían a Dana o abrirían una brecha insalvable entre ellos.
- Señor Garrett no existe en este mundo alguien a quién ame más que a usted - fue la entregada respuesta de ella cuando él se atrevió a hablarle dos semanas después.

Dana, enamorada de él desde muy pequeña, se sintió la mujer más feliz cuando él le confesó sus sentimientos. Ella deseaba haberle hablado antes pero Charles le aconsejó que esperase a que él

se declarase pues eran evidentes los sentimientos de su amigo, y el reto de temer perder lo que más se desea y aún así atreverse a manifestarlo a viva voz, era parte de hacerse hombre. Y ella no debía librarlo de tal batalla.

II

Garrett se acercaba a la casa Lowell con más preocupación y rabia de la que podía controlar. Anderson había sido una molestia para él desde la escuela. Por medio de falsedades había puesto en tela de juicio su honor sabiendo que no contaba con el respaldo de su padre.

Al crecer, Thomas Anderson, se había fijado en la hermosa Dana Lowell, no como otros muchachos de la localidad, sino con la preocupante diferencia de estar acostumbrado a conseguir lo que quiere a pesar de la voluntad de los demás. Lo sabía, y también que el asalto de dos días atrás lo había provocado una rabieta por las negativas de Dana a sus propuestas. Después de lo que sabía de él, era evidente que Anderson se habría valido de la ventajosa posición de su padre en las inversiones del señor Lowell para conseguir acercarse a Dana.

Manifestar la rabia que le corroía empeoraría la situación y le impediría pensar con lucidez. Tenía que mantenerse sereno aquella noche especialmente. Dana, decidida a entender la conversación revelada por su hermano, les había prometido que hablaría con su madre para aliviar sus tensiones. Él debía estar a la altura por si las cosas se torcían pues la situación que sostenían hacía dos años podría caer como un castillo de naipes. Conscientes de la necesidad de Garrett de aumentar su fortuna antes de pedir la mano de Dana, habían mantenido en secreto su amor. La noticia de Charles había sido un varapalo impensable para ellos.

Cuando llegaba al arbusto recortado en forma circular a la entrada del jardín de los Lowell, levantó la mirada prevenido. Allí mismo, dos noches atrás, el hijo de Anderson le había asaltado con sus dos sirvientes, que le sujetaron mientras el cobarde le pegaba. Ahora no había nadie alrededor salvo sus malos recuerdos.

Llegando a la casa Lovell vió a Dana apoyada de espaldas sobre el marco de madera beig de la puerta del balcón. Ella habría intentado ya hablar con su padre. Se notó nervioso acercándose a la escalera de la entrada. Dana pareció sentir su presencia y se giró para encontrarle subiendo los escalones. Su mirada fué rápida e indicativa.

- Espéreme a la entrada.

Ella se dirigió hacia allí y él la esperó a la puerta de la casa.

- Paseemos por el jardín - susurró Dana al pasar a su lado sin mirarle.

Algo ocurría, era el recibimiento más seco que jamás había provenido de ella. Garrett caminaba a

su lado observando su rostro e intentando descifrar su dureza, no la conocía. El estómago le crujía como un madero viejo.

Cuando se alejaron suficientemente ella comenzó a hablarle aún sin girarse para mirarle. A lo sumo una fugaz atención de sus ojos sesgados.

- No he conseguido hablar con mi padre pero no tengo buenas noticias - tragó saliva y detuvo el paso. - Miremos el jardín mientras hablamos.

Garrett siguió sus instrucciones, aplastado, sin saber porqué se sentía tan mal.

- Mi madre me ha dicho que mi padre va a anunciar algo en la cena, que no ha querido decírselo. Me ha dicho que mi padre - Dana bajó la cabeza un instante para tragar saliva y poder continuar. - Mi... padre ha tenido un grave problema con unas inversiones y ha necesitado pedir ayuda a Anderson para que le asista en esta situación.

Garrett escuchaba queriendo abrazarla. Acercó su mano hacia ella acaso para rozar su vestido, ella sintió el roce cerca suyo y no pudo continuar hablando. El nudo de su garganta se abrió como un dique quebradizo. Rompió a llorar manteniéndose erguida de espaldas a la fiesta, tan erguida como nunca él la había visto.

- ¿Qué ocurre? - Garrett se puso ante ella.

Dana no podía hablar. Apenas podía respirar. Sólo permanecía erguida, como si el vestido se hubiese vuelto una muralla que la contenía. Le miraba pero parecía estar hueca. Por explicarse a él necesitó repetir la petición que le había hecho su madre y que a ella le había llevado horas tragar.

- En estos momentos mi padre necesita de mí para que Klaus Anderson se comprometa a sostener la situación en la que nos encontramos - escupió las palabras rápido. Sus lágrimas en cambio caían muy lentamente.

Lo que tan claramente definía su situación según Dana no había quedado claro para Garrett - ¿Qué quiere decir? - apretando la solapa de su chaqueta en el puño sin darse cuenta y sintiendo que en el fondo no quería comprenderla.

- Su hijo me ha pedido en matrimonio. Anderson nos avalará en el banco si mi padre le concede mi mano.

Garrett se sintió empujado por el vacío. Como si un enemigo invisible comenzara a hacerle desaparecer. En absoluto era rival para Anderson a ojos del padre de Dana. En el pasado él mismo había estado a punto de perder su casa y la editorial y conocía de primera mano el alcance del problema de los Lowell, pero Dana no se podía convertir en una burda transacción. Ni podía permitir que la alejasen de él.

- ¿Sabe cuál es el importe de la deuda de su padre?
- No, no lo sé, ni siquiera mi madre lo sabe, solo que la situación es grave...

Garrett dejó de mirarla y paseó sus iris opacos sobre el verde del jardín. Fresco, oscuro. Le pareció sentirlo dentro suyo, tan vivo y tan real como su propia caída. Toda su vida estaba siendo arrastrada por medio de unas palabras. No estaba dispuesto a dejar que floreciese esa verdad que acababa de escuchar de labios de ella.

- Debo hablar esta noche con su padre y evitar que tome una decisión fatal para nosotros - cogió su mano.
- ¿Qué podría usted hacer? - Dana sintió la protección de la mano de su enamorado sabiendo que la situación era la más desafortunada para que pidiese su mano. El patrimonio de Garrett aún no era suficiente para salir victorioso en la negociación con su padre.
- Tengo que evitarlo - aclaraba que no sabía exactamente qué hacer.

Mientras se acercaban a la casa Charles llegaba hasta ellos con rapidez.

- Mamá acaba de contármelo - les miraba a ambos zigzagueando con la mirada de Dana a Garrett. - ¿Estás bien hermana?

Ella asintió aunque aún no había podido dejar de llorar. Garrett estaba asustado y ella lo sentía. Su padre era difícil y presionado por Anderson las posibilidades de Garrett eran muy pocas. Ella lo sabía y Garrett también.

Garrett levantó la vista hacia Charles, como si sólo a él pudiese confesarle su auténtico miedo; su padre no le veía suficientemente bueno como esposo para Dana. Le había tratado con decoro, incluso con cariño a lo largo de sus años entrando en su casa, pero nunca con el honor con que le había visto tratar al hijo de Anderson. Se sintió un infeliz por haber intentado que ella confiara en su victoria cuando él mismo dudaba.

- Vayamos los dos a hablar con mi padre. Le apoyaré en todo. Cuenta con mi propia fortuna para que pueda arreglar esto. La tranquilidad de mi hermana es lo único que importa ahora...

Garrett no le dejó terminar, le abrazó extirpando el aire que su amigo conservaba en sus pulmones - Gracias Charles...

- Dios, no... puedo... respirar, - Charles se alejó un paso cuando le soltó. - Garret es usted más fuerte de lo que parece
- ¡Hermano! - Dana dejó caer su cuerpo para abrazar a Charles. El vestido, el muro, parecía haberse derrumbado con las palabras de Charles y ahora volvía a respirar de nuevo. Dos hombres que la querían iban a luchar por lograr su libertad.

III

La cena se había previsto con anticipación para el cumpleaños de Margaret Lowell. Arthur no había tenido tiempo para prestar atención a su esposa durante la semana anterior; había intentado solucionar el problema sin que ella supiese de la situación pero ante la exigencia de Anderson había tenido que explicarle los motivos que le habían llevado a cerrar el trato con él.

- No puedo creer que hayas invertido toda nuestra fortuna. Ese dinero me lo dejaron mis padres y nunca lo habíamos tocado, era para los chicos - Margaret protestaba en voz baja sentada en el despacho de su marido de espaldas a él.

Los invitados ya habían llegado pero ella no estaba aún preparada para bajar y entablar conversaciones que no le importaban en aquel momento con el problema que se les venía encima.

- Tienes razón en todo lo que dices pero creí que la inversión nos daría mayor beneficio del que hemos conseguido hasta ahora. Era muy poco probable que el barco desapareciera en medio del mar...
- No quiero que Dana pague la equivocación - se levantó limpiándose las lágrimas con la manga del vestido, dirigiéndose hacia la puerta sin mirar a su marido. Con el pomo en la mano le habló girando el mentón sobre el hombro - Busca una salida antes de que tu socio se haga con el control de la vida de nuestra hija como ya lo ha hecho con nuestra fortuna.

Lowell frunció los labios, esquivo a la petición de su mujer. No había salida si querían conservar el estilo de vida que llevaban, y Margaret tampoco querría perder ni su estatus ni las posibilidades para su hijo Charles de encontrar una esposa adecuada.

Margaret bajó al salón con parsimonia mientras los tres muchachos intentaban sacar información de su rostro. Garrett se notaba sudar bajo el traje y sentía a Dana mirarle. Charles avisó con un gesto que su padre llegaba. Lowell buscó a su mujer con la vista y la halló al final de la escalera saludando a unas señoras.

Charles hizo un gesto a Garrett para que le acompañara. Éste asintió y apretó un momento la mano de Dana antes de soltarla para seguir a su amigo. El señor Lowell se detuvo cuando Charles llegó hasta él.

- Padre, tenemos que hablar con usted.
- Ni siquiera he saludado a los invitados - Lowell levantaba la mano pidiendo un instante a uno de los invitados. - ¿Qué queréis? - miró ligeramente a Garrett.
- Cinco minutos en la biblioteca, por favor - Charles fué expeditivo.

Lowell entraba en la biblioteca en primer lugar seguido de Charles, Garrett entró el último y cerró la puerta tras de sí. Charles le miró preguntándose si era necesario que él comenzara la conversación o si era mejor dejar hablar al enamorado. Garrett querría haberse sentido tan grande como veía al padre de Dana para enfrentar la entrevista.

- ¿Y bien? -Lowell les miró de pié. Los invitados esperaban.
- Señor Lowell - Garrett dió un paso hacia él. - Me resulta difícil buscar la manera más adecuada de empezar esta conversación dadas las circunstancias pero espero que disculpe mi torpeza en la forma y valide la autenticidad de mi petición.

Una pausa para tragar saliva.

- Su hija Dana es el ser más maravilloso que he conocido en toda mi vida y desde joven he sentido que estaba destinada a ser mi compañera - Garrett mostró sus ojos cristalinos a Arthur Lowell, su mismísima alma tenía que servirle de ayuda en aquel momento. - He esperado para pedirle su mano cuando mi fortuna estuviera a la altura... - Carraspeó.- Pero apresurado por los acontecimientos que sobrevienen a esta familia me atrevo a disponer de la fortuna con la que cuento para respaldar la deuda que les apremia, para que pueda liberar cualquier compromiso en el que Dana se vea implicada...

Garrett esperó una reacción del señor Lowell con la respiración suspendida. Le miraba de frente con el cuerpo paralizado y el pecho queriendo explotar.

Lowell miró a Charles con seriedad - Él no debería saber nada sobre esto. Nadie debía estar enterado.

Garrett mantuvo la mirada a la altura aunque su alma acababa de caer al suelo.

- Nadie lo sabrá padre - Charles se acercó a él. - Mi propio patrimonio está a su disposición para que libere a mi hermana de su compromiso con Thomas Anderson. Garrett y ella se quieren desde jóvenes y Thomas...
- Hijo, no tienes patrimonio - atajó Lowell. - Ni tú ni tu hermana. - Lo hemos perdido todo...

Tras unos momentos de incertidumbre Garrett volvió a tomar la palabra viendo que la aclaración de Lowell había desarmado a Charles.

- Señor, hace unos años estuve a punto de perder todo lo que tenía pero pude superarlo. Le ofrezco mis propiedades, y les ayudaré a levantar sus finanzas...
- No muchacho, no lo entiendes. La deuda es mayor de todo lo que tienes multiplicado por diez... No puedes ayudarnos. Nadie salvo Anderson puede sacarnos de este problema...
- ¿Cómo hemos llegado a esto? - Charles se sentó en el sillón orejero. - ¿Por qué no nos ha prevenido antes?

Garrett sentía a Dana alejarse de él y a su felicidad con ella.

- Todo ha ocurrido tan rápidamente... El hundimiento del Albany hace una semana se llevó nuestro patrimonio y las ganancias que íbamos a obtener. Nos lo quitó todo. He intentado reparar mi error pero no he podido, y Anderson se prestó a ser mi aval en el banco.
- ¡Pero padre! ¿Qué va a pasar con mi hermana? - Charles resumía en la pregunta su mayor preocupación, la de su madre y la de Garrett.
- Ella tendrá que cumplir con sus deberes de hija - determinó Lowell antes de pasar delante de ellos y salir de la biblioteca.

Cuatro reyes inmortales, hijos del mismo Dios, gobernaban los cuatro reinos de Edén con sabiduría y amor.

CAPÍTULO III

Rendición.

25 de febrero de 1897.

No habían podido verse en la última semana. La presencia de Garrett en la casa Lowell había sido usurpada por la de Thomas Anderson que acudía a diario para cortejar a Dana. Los enamorados sólo podían comunicarse a través de notas que Charles se encargaba de entregar a ambos. Cuando Anderson y ella salían a pasear Garrett les seguía con cautela. Dana sabía que era así y sufría por él, aunque al mismo tiempo le reconfortaba sentirlo cerca. Bromeaban en sus notas sobre los paseos, como si los hubiesen realizado juntos. Esos pequeños juegos les ayudaban a soportar la situación mientras confiaban en encontrar una solución.

Dana no tenía intención de casarse con Anderson pero estaba ofreciendo tiempo a sus padres para resolver el problema. Su madre lo sabía y seguía proponiendo ideas a su esposo para encontrar nuevas soluciones. En su juventud había sido una mujer atrevida y la idea de ayudar a su esposo en la gestión administrativa de sus negocios le resultaba excitante. Hablaba de ello con Dana y Charles, ambos estaban orgullosos e interesados en las nuevas actividades de su madre y las apoyaban de todas las maneras posibles. Aunque sin hablar de ello con otros para que Anderson no descubriese las incipientes intenciones de los Lowell.

Dana pidió ayuda a Garrett que se sumó a alguna de estas reuniones aportando su experiencia en la gestión de su editorial. Por fin, aunque a escondidas, en el sótano de la casa Lowell, los enamorados, unidos para salvar su felicidad, continuaban con su historia de amor.

Mientras tanto las citas con Thomas Anderson continuaban, y Dana fue invitada a una cacería en las tierras de los Anderson. Aquel día la correa de la silla de montar del caballo que llevaba se soltó y sufrió un accidente grave. Fué llevada a casa de Thomas donde su madre se trasladó para cuidarla hasta que mejorase. Garrett no pudo ir a verla, Charles le contaba su estado.

- Tranquilo, se está recuperando bien, en unos días podrá volver a casa.
- No puedo dejar de pensar que esto ha ocurrido porque se la está obligando a ir donde realmente no quiere estar...- Garrett caminaba a grandes zancadas por su salón.

Charles prestó atención a la puntualización de su amigo. - Bueno, realmente...- se rascó la perilla. - En las dos últimas semanas ha tenido varios accidentes, no tan importantes como este, pero sí que es extraño.

Garrett le miró con semblante adusto. - La farsa tiene que acabar. Habla con tu madre. Hay que acelerar las cosas.

II

La mansión de los Anderson era más suntuosa de lo que Dana había imaginado. Aquella tarde la habían bajado al salón para que comenzase a comprobar su mejoría. Su madre conversaba con Jaquelin Anderson, quién explicaba que cuidaba la inversión de cada uno de los elementos que llevaba a casa. La dama era amante de tejidos exquisitos que hacía traer de diversos lugares para vestir su hogar y confeccionar sus vestidos y la ropa de cama.

En los últimos años los salones de té habían superado en adeptos a los salones de baile, y el de la señora Anderson era encantador. Sentadas las tres ante una pequeña mesa de bronce, Dana observaba las preciosas paredes cubiertas de terciopelo rojo estampado con pequeños lirios en color rosa palo. Su madre atendía la conversación de su anfitriona. Las lagrimillas de la lámpara centelleaban ante los rayos de sol y bailaban al aire que entraba desde la ventana del jardín portando dulces aromas. Aquella mujer tenía un gusto extraordinario.

- Dana, me dijo Thomas que pinta usted especialmente bien - Jaqueline Anderson se había interesado con amabilidad en la joven silenciosa.
- Su hijo es muy amable - Dana le devolvió la sonrisa.
- Como puede apreciar mis paredes no están cubiertas de obras artísticas - explicó la mujer que había visto a Dana observar su recién estrenado salón de té. - Creo que un buen cuadro podría mejorar ostensiblemente esta habitación.
- Puede ser señora Anderson, aunque me parece que este salón de té es una obra de arte en sí mismo.
- ¡Ah! Eres adorable jovencita - sonrió Jaqueline más satisfecha con su respuesta que con cualquier cuadro que pudiese haberle pintado. - Margaret, su hija es un encanto de criatura.
- Sí que lo es Jaqueline - sonrió la madre de Dana mirando a su hija. - Pero estoy de acuerdo con ella, este lugar es una joya del buen gusto.
- ¡Qué damas más agradables! - río Jaqueline. Me ha encantado conocerlas con más cercanía, aunque haya sido por una situación tan desafortunada para Dana.
- Estoy de acuerdo Jaquelin, ha sido un terrible accidente y debemos dar gracias por su recuperación. A nosotras también nos ha contentado este acercamiento - habló Margaret Lowell en nombre de su hija también.

Había conversado con Dana durante la semana de convalecencia sobre la buena voluntad de la anfitriona. No había faltado a Dana ni a su madre atención alguna de Jaquelin Anderson o sus sirvientes. La señora Anderson era una buena mujer que padecía la debilidad de querer a malos hombres, pues ni a su marido ni a su hijo se les podía calificar de otro modo...

Charles las había informado oportunamente de los avances que llevaba adelante con Garrett. Arthur Lowell estaba de acuerdo en lo que planeaban pero no creía que lo pudiesen conseguir antes de que Thomas quisiese casarse con su hija. Por decencia el muchacho de los Anderson no

había subido a ver a Dana y a ella le había resultado de una grata tranquilidad. De cualquier modo las mujeres Lowell deseaban salir de una vez de aquella casa y si aquella tarde Dana continuaba bien, por la mañana volverían en el carruaje a su hogar.

- Oh, querida. ¡Cuántas ganas tenía de verla de nuevo!- Thomas entró en el salón de té como una exhalación interrumpiendo la tranquila conversación de las señoras y los pensamientos de Dana.
- Hola Thomas - Dana respondió sorprendida cuando le vio arrodillarse ante ella para besarle la mano.
- Cariño, la has abrumado - Jaquelin Anderson había percibido que la reacción de la muchacha no era recíproca al ímpetu de su hijo.
- Oh, disculpen señoras - Thomas se puso en pie relativamente azorado.
- No hay de qué muchacho - Margaret Lowell salió al paso ya que su hija, acomodada a no tener que verle los días anteriores, había descuidado su actitud. - Es normal ese ímpetu entre enamorados -rió.
- Así es - consintió Jaquelin sin apartar sus ojos de Dana.

III

Al anoecer Garrett entró en casa y dejó el sombrero en el perchero. El maletín conservaba aún una copia de su propuesta a Henry Merivale. Había regresado de Londres, con la ilusión de haber logrado impactar el interés del hombre. La negociación que intentaba llevar a buen término con la editorial Chapman & Hall tenía como finalidad venderles Garrett Ediciones o convertirla en una sucursal comercial para la exitosa empresa en la que Henry Merivale era accionista.

Merivale curiosamente era hijo del escritor Anthony Tropolle. Garrett pensaba que el novelista había inspirado a su padre, Maximilien Garrett, con sus historias del condado imaginario de Barsetshire. Garrett no había leído los libros de Tropolle pero su padre le había hablado de él.

Garrett daba fe de que los libros de su padre de la historia de Londres en fantásticos cuentos para niños eran una herencia en sí mismos. Quizá más valiosos aún que la editorial. En ellos se narraban extraordinarias historias de seres imposibles y sueños inimaginables en las calles, parajes y rincones recónditos de la ciudad.

Todas estas historias habían llenado muchas de las ensoñaciones infantiles de Garrett. Los había leído una y otra vez proporcionándole gratos momentos de inspiración y fantasía. Recordaba a menudo a su padre leyéndole las historias de sus libros y describiendo las aventuras que había inventado ese mismo día quizá para él.

- ¿A que no puedes asegurar que miento? - jugaba Maximilien Garrett probando a su hijo de seis años.
- ¡Lo que cuentas no puede ser! - reía el jovencito Garrett deseando poder ver algún día el

maravilloso mundo que su padre dibujaba en su imaginación.

Con estos recuerdos ocupó su pensamiento mientras se disponía a dormir. Al día siguiente, si todo iba bien, podría ver a Dana de nuevo. Había sido difícil no verla tras el accidente e intentaría no volver a separarse de ella, aunque tuviese que vender su querida Garrett Ediciones. Su padre hubiese hecho lo mismo por su madre... Debía encontrar la manera de acabar con aquel despropósito. Además Arthur Lowell tenía razón en una cosa: Thomas no esperaría mucho para casarse con Dana.

IV

Habían convenido tras la cena que Dana estaba muy recuperada y por la mañana regresarían a casa. Los preparativos fueron cortos: algunos vestidos y un par de libros que Charles les había traído. Jaquelin había insistido en que utilizaran todo lo que necesitasen el tiempo que estuviesen allí. Margaret se preguntaba si había querido alardear con ellas, pero simplemente había aceptado. Un poco de soberbia era aceptable en cualquier mujer.

Al amanecer, en casa de los Anderson las Lowell se levantaron temprano y esperaron a que el carruaje estuviese preparado. A primera hora de la mañana Margaret Lowell bajaba la escalera delante del criado que llevaba el cesto con la ropa y los dos libros.

Dana bajaba la escalera delante suya del brazo de Thomas, su perfume y sus mejillas sonrojadas la volvían una delicia para su prometido. Dana era una muchacha de indudable belleza pero sobre todo era atenta, educada e inteligente, además de exquisitamente discreta, una cualidad que todo gran hombre debe apreciar. Pronto sus pasos le llevarían a un puesto en la política y una mujer como Dana a su lado le otorgaría una imagen impecable y envidiable.

Además su deseo por ella le causaba una gran curiosidad. Para muchos era un hombre caprichoso; Thomas pensaba que los ignorantes confunden los caprichos con la capacidad de conseguir lo que se quiere. Por este motivo cuando su madre la noche anterior le recordó que Dana no sentía atracción por él y que podría intentar incumplir su compromiso, decidió asegurarse de que no se escapase de sus manos. Ya que la desafortunada situación de Arthur Lowell había permitido a su padre conseguir el mejor casamiento para él, no iba a desperdiciar tal ocasión.

Cuando bajaron el último peldaño Jaqueline Anderson les esperaba al final de la escalera. Thomas pidió a las damas Lowell que antes de marcharse pasasen a la biblioteca para hablarles de algo importante. Ambas mujeres se miraron con inquietud. Thomas indicó al criado que dejase la cesta en el coche y avisara al capataz del carruaje de que las señoras tardarían un poco.

- Ha sido un placer tenerlas en casa - comenzó Thomas cuando las tres mujeres se hubieron sentado.
- Han sido muy amables - respondió Margaret Lowell mirando a su hija, que desplegó su mejor sonrisa mientras asentía para corroborar la afirmación de su madre.
- Hemos intentado estar a la altura del compromiso que pronto nos convertirá en familia - afirmó Jaqueline con una gran sonrisa. Quería a su hijo y por muy encantadoras que fuesen las mujeres Lowell no permitiría que dejasen en ridículo a su unigénito.

Se dificultó un poco la respiración de las mujeres Lowell, especialmente de Dana, pero supieron fingir sosiego .

- A eso me quiero referir - Thomas volvió a coger las riendas de la conversación. - Querida Dana - se acercó unos pasos a ella hasta llegar a su lado.

Dana sintió el corazón darle un brinco cuando vio a Thomas clavar una rodilla en el suelo mientras del bolsillo de su chaqueta sacaba una pequeña caja de terciopelo azul que extendió en la palma de la mano ante ella.

- Quiero casarme con vos la próxima semana.

Jaqueline se levantó del sillón y comenzó a palmejar las manos y dar pequeños saltitos de alegría. Margaret Lowell se había puesto también en pie como si de un caballero se tratase dispuesta a defender a Dana de aquel arrebato del ímpetu masculino que estaba poniendo a su hija entre la espada y la pared. Dana se quedó blanca y muda.

Miraba a Thomas y miraba su anillo, no podía girar la cabeza hacia su madre pues le parecía que sus auténticas intenciones serían descubiertas por los Anderson de un momento a otro.

- ¡Di que sí!- celebró Jaqueline acercándose a la muchacha. - Todos estamos ansiosos por veros casados...
- Las reglas del decoro aconsejan esperar al menos un año antes de poner la fecha para la boda - Margaret Lowell también se acercó a su hija.- Los novios primero deben conocerse...
- Querida señora - Thomas inclinó el cuerpo atrás para mirar a Margaret. - El banco no esperaría tanto y yo tampoco lo voy a hacer.
- ¡Eso es una grosería señor Thomas! - Margaret se sintió ofendida por aquel mocoso.
- Madre - Dana pidió calma con la mano izquierda mientras ocultaba bajo la falda del vestido la mano derecha. No iba a dejar que aquel niño faltara el respeto a su madre. - Thomas tiene razón.

Todos se miraron con sorpresa.

- Estoy segura de que mi prometido no se dará por vencido hasta cumplir con todos mis deseos - Dana pestañeó dulcemente a Thomas con una amable sonrisa
- Naturalmente Dana - respondió él con una leve reverencia de su cabeza.

Dana tendió la mano izquierda para que Thomas colocara el anillo en su dedo anular mientras cruzaba los dedos ocultos de su mano derecha para anular la obligación - Me casaré con Garrett. Me casaré con Garrett - se repetía mientras el frío del anillo en su dedo se filtraba hasta el mismísimo centro de su corazón.

Hubo un extraño silencio en que sus ojos y los de Thomas se rozaron por primera vez. Un gélido escalofrío le recorrió la espalda, se preguntó si se había equivocado. Se puso en pie repentinamente.

- Vayámonos madre, tenemos mucho que preparar - elevó unos centímetros el largo del vestido entre los dedos y se dirigió hacia la puerta.
- Adiós Jaquelin - se despidió Margaret que no sabía qué había pasado por la cabeza de su hija para aceptar tal inconcebible proposición.
- Hasta pronto, Margaret. Enviaré a un sirviente de confianza para que le den la lista de los preparativos que deseen.

Margaret asintió y siguió a su hija en silencio hasta que subieron al coche sin ser pérdidas de vista por Jaqueline y su hijo. Al cerrar la puerta Dana se quitó el pasador que sujetaba su pequeño sombrero beige, como si este adorno molestase a su agilidad mental. El carruaje se puso en marcha de vuelta a casa.

- Madre, tenemos que enterarnos de cuál es la iglesia más solicitada para grandes bodas, eso debe retrasar varios meses la fecha. - Dana miraba por la ventana - Hay que saber qué lugares venden tejidos extranjeros difíciles de conseguir en Inglaterra y qué modista cuenta con la mayor lista de espera... - Hay que pensar en todos los caprichos e impedimentos posibles.
- Hija, ¿estás segura de lo que has hecho?
- No estoy segura - Dana miró a su madre. - Pero ese niño merece un escarmiento y me encantaría ser la arpía que se lo dé. No me va a importar coquetear con semejante ignorante y dejarle plantado después. Piensa que su fortuna le da derecho a hacer su voluntad...
- ¡Dana! - Margaret quiso que la mirase. - ¿Qué ocurre realmente? ¿Has perdido la esperanza? Nunca te he oído hablar así.

Su hija no le respondió, soltó un suspiro y volvió a mirar por la ventana.

-

Dana sintió el corazón agitarse cuando llegaban a casa, esperaba con todas sus fuerzas que Garrett estuviese allí. Había visto a todos menos a él en estos nueve días. Los criados, su padre y Charles estaban a la puerta para recibirla. Se sintió decepcionada. Feliz de verlos a ellos pero triste por la falta de Garrett.

- Hola querida - Arthur ayudó a Margaret a bajar del coche. - Por fin estáis en casa. Ese muchacho lleva una hora dando vueltas por el salón.
- Qué apasionados son los jóvenes - rió Margaret mirando a su hija que bajaba por la otra puerta ayudada por Charles. - Ella esperaba que estuviese aquí.
- No éramos diferentes - aseguró Arthur. - ¿Tienes mala memoria? - rió.
- ¡Calla!

Charles soltó la mano de Dana cuando ella puso los pies en el camino empedrado del jardín.

- ¿Por qué no ha venido, hermano? - Dana no podría haber imaginado que no estaría allí y

miraba alrededor esperando verle llegar corriendo a recibirla.

El accidente había sido grave y no habían podido verse. En su cabeza empezaron a formularse mil preguntas en un momento y ninguna prometedora.

- Aún estás convaleciente, no te aceleres ni agites excesivamente.
- Pero eso no es... No puedo creer que no haya venido a recibirme - hablaba dolida.
- Te espera dentro - Charles no podía ver a su hermana pequeña tan decepcionada.
- ¿Qué? ¿De veras? ¿Por qué no ha salido? ¿Dónde está?
- En la biblioteca, no es conveniente que os vean juntos...

Pero Dana ya corría hacia la biblioteca.

- Ten cuidado Dana - Margaret Lowell corrió tras ella mirando a Charles - ¿Porqué se lo has dicho? ¿No conoces a tu hermana?

Garrett abrió la puerta de la biblioteca cuando oyó la carrera de ella, significaba que sabía que él estaba allí y también que ningún Anderson las acompañaba. Corrió al porche trasero y... cuando la vió se detuvo. Se detuvieron los dos. Un metro entre ellos. Se acercaron de pronto y se abrazaron con fuerza, casi como aquel día, una ola de emociones les atravesó a ambos a la vez. Con los ojos cerrados encontraron la paz que habían sentido perder.

Margaret llegó a la parte de atrás de la casa y les miró a lo lejos con una sonrisa en los labios. El amor que se tenían era tan evidente que brillaba. Sonrió feliz por Dana. Garrett la quería de verdad. Les vió acariciarse la cara el uno al otro y... -¡Oh! Dios - Margaret se avergonzó cuando Dana le besó en los labios y él la rodeó de la cintura acercándola a él. Mientras se marchaba tuvo la impresión de que los besos no habían terminado ahí, pero no quiso seguir mirando.

- Cuando supe lo del accidente tuve mucho miedo de perderte. Pensé que no volvería a verte - Garrett rodaba su frente sobre la de ella. - No quiero volver a sentir eso...
- Amor mío, te he echado tanto de menos... No nos vamos a perder.
- Te amo - Garrett la abrazó de los hombros y volvió a cerrar los ojos para besarla.

V

Todas las esperanzas de posponer la boda se hallaban lacradas en el sobre que Jaquelin llevaba en la mano. Dana se aseguraría de que Thomas cumpliera con todas sus peticiones. Pero los contactos en política e iglesia de su prometido rompieron una a una las esperanzas de la muchacha y de Garrett de conseguir más tiempo.

Dos días después Dana y Margaret acompañarían a Jaquelin hasta el condado de Warwickshire para recoger los tejidos que llevarían a Francine, la modista más solicitada entre las mejores familias de Londres. En diez días la boda se celebraría irremediablemente.

La muchacha oculta por la redingote gris perla cruzó silenciosamente las calles. Era de noche pero no le asustaba demasiado. La niebla la envolvía humedeciendo sus pasos en el empedrado y llevándose el vaho de su respiración. Sus labios dubitativos y su exaltado temperamento dejaban ver los dos aspectos de la misma desesperación: la jovencita cuyos sueños serían destruidos y la mujer que de algún modo recorrería el camino de su vida.

Al llegar a la puerta de él dudó un instante antes de atreverse a llamar. Extendió la palma de la mano y golpeó la puerta como si su desesperación reclamase la inmediata intervención de Garrett. Unos segundos eternos esperando hasta oír los cerrojos abrirse y apareció frente a ella.

- ¡Dana!

Ella deslizó su capucha hasta los hombros con una triste sonrisa antes de extender los brazos hacia él. - Hola amor mío.

Garrett la rodeó con los brazos y la atrajo hacía sí dentro de su casa. Cerró la puerta y caminó junto a ella hasta el fuego. No había podido dormir y el fuego daba calor a su hogar. - ¿Qué haces aquí, Dana? - se agachó frente a ella que se sentaba, cogió sus manos en la suya y las besó una sobre la otra. - No puedes salir sólo a estas horas.

Dana le acarició la cara sin responderle. Preguntarle si estaba bien era una cruel estupidez. Ella se sentía como él, desesperada. Se puso en pie y tiró de ella de la mano. Un abrazo silencioso era lo único que podía ofrecerle. Sabía que había ido a pedirle ayuda pero por mucho que le destrozase no podía sacarla de la tortuosa situación. Le había propuesto huir con ella, llevársela de allí, pero Dana no iba a dejar que sus padres cayesen en la ruina. No, sólo un abrazo le podía ofrecer, aunque él también estuviese muriendo por dentro.

- Quiero que seas tú

El susurro de Dana había sido tan sutil que apenas se atrevía a dar crédito a lo que su corazón había sentido con estas palabras. Dana levantó la cabeza de su hombro y le miró directamente a los ojos.

- Quiero que el primero seas tú.

Él la miró tan emocionado como aterrado. Había tantos motivos por los que desoír sus anhelos, que eran los suyos propios, que no podría detenerlos si apenas les ofrecía una posibilidad. Era un hombre fuerte que se sentía débil con ella. - ¡Dana! Es que... - se retiró de ella y se giró pensativo. - Puede traerte muchos problemas si él se da cuenta.

- Por favor - la voz de Dana sonó más chirriante de lo que ella había pretendido.

Cuando Garrett la miró ella se deshacía en lágrimas. - ¡Dana! - Se acercó a abrazarla. - Tranquila amor mío. Es que no sabes lo que me pides...

- No quiero casarme con él... - Thomas le parecía burdo, malintencionado y osco.

- Dana, no sé cómo voy a poder dejarte ir después...-Garrett miraba al suelo con la barbilla apoyada sobre el hombro de ella. Pensaba en lo que más temía: tener y perder al

mismo tiempo lo que deseaba desde hacía años.

Ella comprendió en aquel momento, porque pudo ponerse en su lugar por un instante. Si Garrett fuese a casarse con otra mujer después de haberse unido a ella, se sentiría partida en dos. Y el recuerdo volvería una y otra vez para atormentarla, evocando lo que la vida le había robado. Sin pensarlo más dió un paso atrás. Garrett tenía razón, estaba tan asustada por estar a solas con ese hombre el día de su boda que no había podido pensar en Garrett.

- Lo siento - con la mirada sobre el suelo.

Garrett se asombró con su repentino cambio. - ¿Qué ocurre?

- Tienes razón, no lo he pensado bien - Dana le miraba ligeramente antes de ir hacia la puerta. - Si yo estuviese en tu lugar y me pidieras lo mismo me sentiría muy afortunada pero también completamente destrozada - le miró a los ojos sin acercarse a él. Quería salir antes de romper a llorar. - Siento haber sido egoísta contigo.
- ¡Dana! - Garrett la miró sin saber si sus ojos brillaban de emoción porque ella volvía a demostrar ser la impresionante mujer que le había enamorado.

Dana percibió la admiración en la mirada de Garrett y asintió dando la conversación por concluida. El sentimiento era mutuo, Garrett era el hombre más grande que jamás había conocido y estaba completamente enamorada de él. Pero no iba a decirle todo esto ahora; no días antes de casarse con otro. Se giró para dirigirse hacia la puerta.

- Dana - él la tomó de la muñeca.

Ella miró su mano y recorrió con la vista el brazo y el rostro de él. La miraba fijamente y no se movía del sitio. Quería detenerla.

- Quédate - la voz de él se oyó tan profunda que pareció proceder del pecho de ella.

Dana no pudo moverse. Garrett se acercó a ella y acarició su cara con las manos intentando contener su impulsivo corazón que quería protegerla, tenerla y liberarla al mismo tiempo. No entendía ni lo que sentía en aquel momento.

Acercó sus labios con suavidad y la besó. Deslizó sus dedos hasta los de ella y los acarició. Separó sus rostro y la miró a los ojos. - ¿Es lo que quieres?

Ella miró en lo más hondo de sus ojos. Distinguió en su mirada un paraíso que aún no había atendido, que nunca había conocido, que parecía eterno e inalcanzable pero que la hizo sentir a salvo; a salvo de todo. - No hay en este mundo algo que desee más.

Garrett tendió su mano ruborizado y bajó la mirada con una sonrisa - Me has puesto nervioso - confesó rascando su frente con los dedos.

La boca de ella se abrió tontamente mientras se ruborizaba también, no era exactamente el sentido que había pretendido dar a su respuesta. Después de unos segundos se abrazaron con fuerza. Ella reposó su cabeza sobre el pecho de él. - Te quiero - sus labios rozaron su cuello.

Él la miró fijamente y deslizó ambos brazos bajo la capa rodeando su cintura. Dana desabrochó el cordón de la redingote de su cuello y la dejó caer al suelo. Garrett lo tomó como una auténtica declaración de intenciones y la cogió en brazos para llevarla a su habitación. Llevaba años

soñando con aquel momento.

VI

El silencio reinaba en el carruaje. Las tres mujeres habían comenzado el viaje con diversos temas de conversación, promovidos especialmente por Jaqueline y sustentados por Margaret, que intentaba por todos los medios remediar la evidente tristeza de su hija. Llegado el mediodía la charla era casi inexistente y un tenso desvío de miradas había tomado el puesto de anfitrión ante aquel error tormentoso. Dana no quería a Thomas, Margaret lo sabía y también Jaqueline, que se sentía obligada a contentar a Thomas, sabiendo que una negativa de Dana causaría la irremediable venganza de su hijo. Su marido pintaba poco en el acuerdo y por otro lado su hijo no debía quedar en ridículo. La boda debía celebrarse.

La muchacha no podía dejar de pensar en Garrett, se arrepentía de haberse unido a él. Su enamorado era tan dulce y apasionado que nunca hubiera imaginado sentir lo que sintió aquella noche con él. Garrett tenía su corazón y ahora le dolía tanto estar lejos de él que no podía soportarlo. Nunca creyó que el dolor podría ser tan fuerte ni que llegase a amarlo tanto. Su madre debió avisarla de que no era el matrimonio lo que unía a dos personas ante Dios sino la entrega de sus almas en la intimidad de la desnudez. Y ella no podía entregarse a Thomas porque entregaría parte del alma de Garrett junto con la suya, ahora eran indivisibles.

- Llegamos a Warwickshire - anunció Jaquelín interrumpiendo los pensamientos de Dana.

Ella la miró pensando sólo en escapar y no regresar jamás. Aunque estuviese lejos de Garrett se libraría de yacer con Thomas, de ninguna manera quería acercarse íntimamente al ánimo de ese hombre egoísta y zafio. Le bastaría con guardar el recuerdo de Garrett, pero, ¿su familia le perdonaría que les dejase en la pobreza? ¿Ella podría soportar que no la perdonasen? Y, ¿de verdad sería capaz de dejarlos desamparados?

Tantas preguntas intimidantes la asediaban que seguiría las indicaciones de su madre hasta que tuviera el valor para gobernar sus temores.

VII

Hacía un día de la partida de las señoras hacia Warwickshire. Garrett esperaba en Londres respuesta de Chapman & Hall aunque no creía que pudiese resolver lo insolucionable. Simplemente no podía esperar en casa a que se desarrollasen los hechos que les iban a aplastar. Lo que iba a ocurrir era ilegal, Thomas se aprovechaba de la desgracia de los Lowell para usurpar el alma de Dana quedándose con su vida. Ya no soportaba la lucha entre su corazón agitándose al recordar la pasión de noches atrás y su mente torturándole con imágenes de Thomas con ella.

Necesitaba sentirse ocupado para condenar su frustración a un lugar apartado porque mil ideas asaltaban su pensamiento para acabar con su sufrimiento y el de Dana, y todas pasaban por ir en busca de Thomas Anderson.

- Señor Garrett - el secretario de Henry Merivale salió en su busca al pasillo donde caminaba a zancadas sombrero en mano. - Pase, por favor. Ya tienen una respuesta.

Garrett asintió agradecido de concluir la espera. La esperanza no podía aún huir de su corazón, si aceptaban su propuesta sólo debía convencer al banco de que ampliaran los plazos para Arthur Lowell, y con el respaldo de su acuerdo con la gran editorial, existiría una posibilidad...

VIII

El frío de la madrugada la había despertado prematuramente, les faltaba más de una hora para tomar la diligencia. El cansancio del viaje la había hecho dormir profundamente después de semanas sin poder descansar.

El sol aún no había relevado la guardia a la luna, abrió la ventana. Olía a rocío nocturno, el alba apenas rayaba el cielo. Se vistió, necesitaba caminar. Un hermoso valle arbolado se extendía frente a su vista.

El carruaje esperaba encadenado a la puerta de la posada mientras los caballos descansaban en el establo. El capataz también se había levantado y llevaba comida a los animales. La saludó con la mano al pasar y ella le respondió elevando levemente la mano con un asentimiento. Se dirigió hacia el valle abrochando el cuello del abrigo de paño rojo para protegerse del viento que comenzaba a levantarse. No se adentraría demasiado pues aún no había luz para distinguir cualquier posible peligro.

Cruzaba el valle un camino curvo y amarillo que se ramificaba en varios senderos. Al fondo vislumbró un reflejo plateado, era una masa de agua brillante, una laguna quizá iluminada por la luz de la luna. Los árboles salpicaban el paisaje sin orden, salvo a su derecha que se volvían un bosquecillo frondoso con gran número de árboles.

Levantó la cabeza con atención intentando oír el canto de algún pajarillo, pero la temperatura de aquel marzo era demasiado baja. Adelantó un poco su posición buscando a un plumífero valiente que amenizara su aciaga mañana. No quería volver a casa. No quería volver cerca de Garrett para estar tan lejos de él. Le dolía demasiado.

Limpió las gotas de tristeza elevando la vista a las escasas estrellas que permanecían con las primeras luces del alba. No oyó pajarillos cantores, en cambio un murmullo llegó a sus oídos. Parecía que alguien hablaba cerca de allí, miró alrededor. No había nadie pero cada vez le parecía más evidente que oía una conversación. Palabras indescifrables llegaban a sus oídos. El

tono de la conversación parecía volverse severo.

Sin darse cuenta se había adentrado en la zona donde los árboles eran abundantes. Sintió miedo y decidió marcharse sin hacer ruido. Giró sobre sus pasos con cautela pero un nombre pronunciado en la conversación la detuvo en su retirada.

- Mathew Garrett.

Su corazón saltó en el pecho. Garrett no era un apellido común pero... ¿También el nombre de él?

No podía irse sin saber de qué hablaban. Necesitaba acercarse al foco de la conversación porque sólo palabras aisladas le llegaban, pero no lograba adivinar de dónde procedían las voces. No se veía a nadie.

Una lucecilla cruzó ante sus ojos. Dana retiró el rostro sorprendida y buscó el insecto, había oído hablar de las luciérnagas aunque nunca había visto una. No vio nada y tenía cosas más importantes que resolver, así que volvió a prestar atención al diálogo.

De nuevo la lucecilla le molestó cruzando delante de sus ojos, la apartó con la mano para que la dejase en paz. Eran tres ahora las que revoloteaban sobre su cabeza. Dana manoteó intentando librarse de ellas. Se alejaron y volvieron a rondar su cabello. Parecía que los insectos fuesen conscientes de que ella las miraba. De repente una de ellas detuvo su vuelo ante sus ojos. Dana la observó a diez centímetros de ella, volando centímetros arriba y abajo, sin moverse de la posición, evidentemente llamaba su atención.

Dana levantó la vista y un reguero de pequeñas lucecillas descendían de lo alto dirigiéndose hacia ella. Se asustó y echó a correr levantando el vestido con las manos, veinte o treinta metros debían ser suficientes... Miró esperando haberlas dejado atrás, pero el reguero volador continuaba persiguiéndola. Echó a correr de nuevo y cayó cuan larga con el tobillo sobre las raíces semienterradas del tronco que la había hecho tropezar.

Adolecida se giró sobre las manos y vio cientos de lucecillas alrededor suyo. Asustada soltó un grito de terror. Las luces se apartaron velozmente. Se dispersaron y volvieron a unirse en lo alto en una esfera imperfecta. De nuevo una de ellas se separó del grupo y se acercó a Dana que se levantaba del terruño. La voladora disminuyó su resplandor a la altura de los ojos de Dana, se acercó despacio y volvió a alejarse, en tres ocasiones. Después dos luciérnagas más se unieron a la danza. Era imposible pero parecía que querían comunicarse con ella.

Miró arriba, las demás mantenían la posición. Una de las tres luciérnagas se alejó un par de metros y las dos acompañantes la siguieron. Permanecieron las tres allí, las de arriba no se movían de lo alto. Dana no estaba segura pero parecían querer comunicarse con ella. Sin saber

exactamente porque se acercó a las tres esperando a ver qué ocurría. De nuevo las tres avanzaron y la esperaron. La esfera se disolvió en lo alto y las luciérnagas se dirigieron en la misma dirección que las pequeñas líderes indicaban, formando de nuevo la esfera en lo alto en espera del avance de la muchacha.

Dana asumió que querían mostrarle algo y confió en su sensación de que no querían dañarla así que comenzó a seguirlos. Si en algún instante las perdía entre las ramas de los árboles el singular espectáculo brillando a tres metros sobre su cabeza no dejaba lugar a dudas sobre el camino. Se adentraron más de treinta metros en la arboleda.

La conversación del principio regresó a los oídos de Dana, se habían acercado un poco más. Su guía continuó adelante y ella las siguió con toda su corte flotante detrás. Estaba tan desconcertada que ahora no lograba entender nada del diálogo aunque podía oír un poco mejor. Se estaban acercando al foco aunque seguía sin ver a nadie en metros a la redonda, el alba ya traía un poco de luz.

Las tres guías se detuvieron sobre un tronco cortado. El único talado que veía por allí. Las demás luces se acercaron al tronco y todas lo rodearon. Dana dio un paso atrás, eran muchas. De repente todas las luciérnagas sobre el árbol cortado comenzaron a fulgar con fuerza y un hermoso fulgor dorado inundó el árbol y los ojos de Dana durante unos segundos.

Repentinamente las voces de la conversación llegaron hasta ella con claridad. Los seres se elevaron en el aire y se alejaron de Dana. Ella se asomó al tronco sin saber exactamente por qué. Cuatro figuras aparecieron a varios metros bajo ella. Parecían haber disuelto una tapadera del árbol que ahora le permitía ver que, sorprendentemente, había personas hablando varios metros bajo tierra. Había una gran cueva bajo el bosque y cuatro hombres de pie rodeaban una mesa con una lámpara de aceite cuyo olor llegaba hasta Dana.

Tras la sorpresa Dana se giró y se sentó en la tierra, reposó la espalda sobre los setenta centímetros de tronco que la tala había dejado. No sé atrevía a seguir asomada temiendo ser vista, podría oír perfectamente así.

- Es la única solución, no podemos acabar con él.
- ¡Eso ya está hecho! - rió uno de ellos con voz grave.
- Maximilien y su mujer fueron relativamente fáciles y nadie sospechó, pero su hijo va a ser un hueso duro de roer - una voz de mujer.

Dana se tapó la boca con las manos temblorosas para no emitir sonido alguno. Su cabeza se pegó al tronco. Maximilien era el nombre del padre de Garrett. Estaba claro que antes hablaban de él.

- Tenemos que encontrar el arma y destruirle.
- Debemos seguir derribando su voluntad y distrayéndole...

- Os he dicho que me he ocupado- el hombre de voz grave volvió a hablar. - La muerte de la muchacha le hundirá; tuvo un grave accidente a caballo. Apenas le quedan días de vida.

Un quejido brotó del corazón de Dana. Hablaban de ella... Su cuerpo se paralizó. Su corazón empezó a bombear tan rápido que notó la sangre congelarse en sus brazos y sus piernas. Su tórax se paralizó y se sintió mareada. Era pánico. Nunca antes había sentido esta incapacidad absoluta para reaccionar.

El accidente del caballo había sido provocado. ¿Iba a morir en unos días? ¿Por qué? Y, ¿cómo? No podía continuar oyendo, tenía que irse de allí. Se tumbó sobre la tierra incapaz de levantarse y arrastras se alejó con sus brazos y el impulso de sus pies. Las lágrimas brotaban de sus ojos con tanta fuerza que le escocían.

¿Qué ocurría? ¿Quién era aquella gente que la quería muerta y por qué? ¿Y por qué querían destruir a Garrett? ¿Realmente habían matado a sus padres? No podía creerlo. Un llanto acongojado inundó sus pulmones impidiéndole respirar. Lloraba dentro, no era capaz de desahogar el miedo a través de sus ojos. Quería parar su pensamiento y solo correr de allí. Logró un poco de aire y se levantó desencaminada, apoyando la palma de la mano en la tierra. Se irguió y echó a correr atolondradamente sin saber en qué dirección iba. Tropezó y volvió al polvo. Con las manos heridas se levantó de nuevo. El vestido hasta los tobillos le impedía correr. Se giró y vio que apenas se había alejado unos metros.

- Señorita - la voz del capataz la sorprendió. Se había adentrado a buscarla en la arboleda dada su tardanza.
- ¡Psssss!- Dana aterrada y con ojos desmesurados le indico silencio con el índice sobre los labios.
- ¿Le ha ocurrido algo? - se interesó el hombre al verla llorando, cubierta de polvo y tan desesperada.

Ella volvió el índice a sus labios temiendo que oyesen la voz del capataz. Le hizo una señal con el brazo para que la siguiera y se alejó de allí lo más rápido que pudo con las enaguas recogidas sobre las rodillas. El hombre la seguía perplejo.

Cuando llegaron al carro los caballos estaban preparados y el equipaje afianzado sobre el techo. Su madre y Jaqueline la estaban esperando. El capataz les había adelantado que la muchacha había ido hacia el valle y se dirigió a buscarla. Cuando la vieron llegar se acercaron a ella.

- Vámonos de aquí - rogó Dana jadeante abriendo la puerta del carro e incapaz de dar una explicación.
- Pero hija! ¿Qué te ha pasado? Debes asearte. ¿Estás herida?
- No hay tiempo - sollozaba respirando angustiosamente y mirando alrededor temiendo que hubiesen oído al capataz.

Jaqueline no daba crédito a la escena. Dana parecía enloquecida.

- Suban al carro por favor, hay que irse ya - Dana se sentó y cerró los ojos temblorosa mientras encogía la espalda en el cuero del respaldo. Esperaba a que las demás subieran para que el capataz se pusiera en marcha.

Cuatro figuras llegaban al linde del valle, frente a la posada. Iban a caballo, cubrían sus rostros con bufandas y sombreros. El carruaje con las damas estaba listo para salir. El capataz instigó a los caballos y se pusieron en marcha. La mirada de los jinetes siguió la diligencia hasta cierta distancia, después jalearon sus monturas y siguieron a las mujeres...

IX

Garrett regresaba en tren satisfecho de su negociación. Aún debía convencer al banco pero tenía una oportunidad con la que anteriormente no contaba, el respaldo de la reconocida editorial Chapman & Hall. Pensaba en Dana con una sonrisa después de muchos días debía haber llegado o estar a punto de llegar. Se dirigiría a casa, a esperar noticias de Charles, los Anderson probablemente irían a recibirla. Deseaba, necesitaba, poder volver a recuperar su lugar en la vida de ella.

Se acercaba el mediodía y ansiaba noticias de Charles. Ahora veía posible el regreso de Dana a su hogar como su esposa. Aquella primera noche con ella había sido maravillosa pero no como la habían imaginado. La despedida tras acompañarla a casa al amanecer fue tan dura que aún no se había recuperado. Pero cuando se resolviese la situación con el banco pediría a Arthur Lowell la mano de su hija.

No había motivo para esperar, las cartas estaban boca arriba. Si finalmente ayudaba a resolver la tragedia financiera estaba seguro de que Lowell le aceptaría. Pediría a Charles que le acompañase al banco, era sagaz y estaba seguro de que sumaría las razones adecuadas si el director no entendía los beneficios de su propuesta.

Prendiendo la chimenea reflexionaba sobre los términos del crédito bancario que debían lograr. El galope de un caballo en la calle llamó su atención. Sopló la cerilla y se puso en pie. Las herraduras del animal frenaron justo frente a su casa. Durante dos segundos de silencio permaneció inmóvil mirando la madera de la puerta.

- Abre Garrett - gritó Charles al otro lado mientras aporreaba la hoja con el antebrazo, incapaz de esperar a que su amigo abriese.- Garrett...
Abrió con rapidez. - ¿Qué ocurre?

Charles parecía enloquecido. Se acercó a él sudando profusamente. Sus ojos enrojecidos divagaban en los suyos sin detenerse un instante.

- La diligencia no ha regresado. Hay rumores de un accidente en el condado de Warwickshire.
- ¿Qué? - Garrett abrió atrozmente los ojos. Sus pies dieron un paso atrás y un aterrador

estremecimiento atravesó su cuerpo.

- Vamos a buscarlas, ven con nosotros - ordenó Charles gesticulando con su brazo para que Garrett se diese prisa.

Garrett no creía lo que estaba sucediendo, cogió la chaqueta y cerró la puerta.

- Grandiosa está vieja, sube a mi caballo. Llevarás a Plata - montaron y Charles espoleó el caballo de regreso a casa.

Arthur Lowell, Thomas Anderson y su padre, Klaus, esperaban a Charles montados en sus caballos en los jardines de los Lowell. Los Anderson se miraron contrariados. Charles había pedido que le esperasen unos minutos sin más explicación y ahora agradecía al criado que traía el caballo de Dana para Garrett.

- Ese no debe estar aquí - alegó Thomas interponiéndose a caballo en el camino de Garrett que se dirigía hacia la montura que Conrad sujetaba por el bocado. Era Plata, la yegua de Dana.

Garrett rodeó el obstáculo y recibió las riendas que Conrad le entregó. Estaba tan contenido y asustado que Thomas era sólo una estúpida molestia.

- ¡He dicho que no debes estar aquí! - Thomas descabalgó, cogió el brazo de Garrett y le apartó de Plata antes de que montase.

Conrad dió un paso atrás. Garrett lanzó un puñetazo a Thomas en la cara con tanta ira que el otro cayó al suelo. Esperó mirándole por si se levantaba. Thomas se limpió la sangre de la nariz con la manga y se puso en pie con rapidez.

- ¡Tú no eres nada! - gritó absolutamente desbocado abriendo los brazos y expulsando gotas de saliva y de sangre.
- No tengo tiempo para esto - finalizó Garrett con contenido desinterés. Tomó de nuevo el bocado de Plata y subió a su lomo.

Thomas le miró con furia sin atreverse a volver a tocarle.

- Nos vamos - gritó Arthur Lowell poniéndose en marcha.

Charles y Garrett le siguieron.

- Sube al caballo Thomas - Klaus llegó junto a su hijo sin decir más que esto.

Thomas subió al caballo y usó el antebrazo como tapón para el sangrado. Los Anderson se pusieron en marcha. Conrad se persignó rezando para que trajesen sanas y salvas a la señora y la señorita Dana.

Pronto cruzaron la ciudad y empezó el camino arduo, más de treinta kilómetros entre una ciudad y otra. Entraron en una taberna, tomaron agua y leche y compraron provisiones. Nadie habló de lo sucedido, ni los implicados se miraron una sólo vez.

Cuando salían oyeron hablar del accidente de la diligencia. Hablaban de víctimas y de algún lugar cerca del barranco del perro. Las palabras se desvanecieron por sí solas o las anularon por temor. Si ese infierno se volvía real en sus corazones las mujeres que querían podrían ser las víctimas de las que hablaban. Ninguno habló, subieron a sus caballos y se dirigieron de nuevo a comprobar la verdad que necesitaban, sin pensar en el dolor porque aquello era una pesadilla que debían desvanecer por su propio bien y el de ellas. Al atardecer llegaban al barranco, habían hecho postas un par de veces en el camino, los caballos sudaban agotados igual que ellos.

No sabían por qué se habían dirigido exactamente allí, habían encontrado varios barrancos afilados antes de llegar, pero justo ante ellos las huellas de ruedas que desembocaban en el abismo confesaban la certeza de un carruaje caído por allí. Arthur Lowell fue el primero en bajar del caballo y apoyó las manos sobre las rodillas, respiraba angustiado, no podía acercarse a mirar.

Charles bajó del caballo y se acercó a él. - Siéntese padre. Nosotros miraremos - le ayudó a sentarse en el suelo.

Después se irguió y miró a Garrett, aún sobre el caballo, aferrando con fuerza las riendas. Charles respiraba con agitación, Garrett parecía no hacerlo. Su cuello empapado por las gotas de sudor, enrojecido por las horas al sol, era rígido. Y sus hombros..., sus hombros. Hasta las riendas llegaba la tirantez, y el caballo estaba inmovil, con la cabeza levantada y la boca abierta resoplando aire y babas. Pero la mirada de Charles era una petición. Era un hombre de ojos brillantes aunque pequeños, pero Garrett ahora solo lograba verle unos enormes ojos descompuestos. Bajó la cabeza buscando la gallardía que temía que le rompería el alma, y descendió del caballo.

Thomas se había acercado al filo del barranco y señalaba con el dedo abajo mirando a los muchachos. - Hay un carruaje destrozado y caballos muertos al fondo del barranco - vociferó.

Arthur se puso en pie y sin siquiera confirmar lo que Thomas había descrito buscó una forma de bajar el barranco. Garrett y Charles le siguieron. Un carruaje aparecía ante sus ojos a sesenta metros al fondo. La pesadilla se hacía realidad. Era igual al carruaje en el que viajaban Dana y Margaret. Los cuervos revoloteaban sobre los cadáveres de los caballos y el carro.

Mientras descendían gritaban espantando las aves y temiendo que lastimasen a alguna persona que pudiera estar aún viva dentro. La necesidad de llorar apremiaba sus corazones pero hubiera sido aceptar la inconcebible desgracia que temían, y aún era pronto. Aún sólo habían visto el carro y los caballos. Sin poder evitarlo sus pasos eran más lentos aunque sus piernas corrían en cada sitio en que la bajada se los permitía. Al llegar los cuervos graznaban con intensidad al otro lado del carruaje. Charles detuvo la carrera de su padre cogiéndole del brazo.

Arthur Lowell se detuvo un momento - Tengo que verlo - le aclaró a su hijo antes de soltarse y apurar hacia el coche volcado de lado sobre el terreno, cubierto de polvo, con el techo desvencijado y la puerta cerrada.

Klaus se adelantó para asomarse por la ventanilla. La cortinilla de la ventana caía hacia el interior cubriendo parte de un cuerpo con un vestido gris, un cuerpo de mujer cuya mano ensangrentada reposaba sobre la cabellera rubia de otra mujer a quien el cabello le cubría gran parte del rostro.

La cabeza de un cuervo iba y venía tras una esquina de la cortinilla picoteando una mano herida. Garrett golpeó el carruaje haciendo salir al ave. Klaus levantó la cortinilla del carruaje y uno a uno se asomaron a mirar, Arthur y Klaus cerca de las ruedas, Charles y Garrett por el techo. El corazón se les detuvo, no podían reaccionar. Thomas tiró el brazo de su padre para mirar. Uno a

uno fueron cayendo sobre la tierra, algunos sentados, otros de rodillas, ninguno pudo permanecer en pie. Cubrían el rostro, la cabeza, el estómago con ambas manos. Aullidos de dolor salieron del barranco.

Cada hermano era amo y señor de su reino, y preservaba Edén como baluarte de todo lo genuino e incorruptible.

CAPÍTULO IV

Consecuencias.

5 de diciembre de 1897.

Amelie prendió el fuego que arrasó rápido la madera seca de la chimenea. Lorna se acercó para calentarse con el bebé en brazos. Tenerlo en brazos le producía una extraña felicidad, aunque también lo detestaba. Un hijo a la fuerza y además mulato era demasiado para cualquier mujer, el despecho de aquella noche le había costado demasiado.

- Toma Amelie, cógelo tú - la señorita Lorna Macgahan entregó su hijo a su criada. - Yo voy a descansar.
- Sí señorita - dijo la mujer tomando la criatura en los brazos dispuesta a hacer las labores con una mano.

Amelie se había vuelto el felpudo de Lorna que no agradecía en lo más mínimo su trabajo, su atención en el parto, ni que se ocupase de todo lo que había que hacer incluido el cuidado del niño. Además a menudo le gritaba y le exigía más de lo que cualquier criada debía soportar.

Lorna volvió a la cama y se cubrió la cabeza para poder llorar sin ser vista. Se había negado a dar el pecho al bebé y Amelie le alimentaba con leche de vaca que iba a comprar al mercado al amanecer día sí y día no. Había dejado al niño en una cunita junto a su señorita.

Cuando la puerta se abrió Lorna abrió los ojos pensando que la criada había olvidado el dinero, estaba adormilada y Amelie entraba con un candil en la cabaña.

- ¡Apaga esa luz estúpida, vas a despertar al niño! - susurró Lorna Macgahan. - Ha llorado durante un buen rato y hace poco que se durmió. Cuando le des leche me dejará tranquila.
- Hola mujer - la voz de un hombre tronó en la estancia. Posó el candil en la mesa mientras la luz de la llama se reflejaba en el rostro del niño despertándole y haciéndole llorar.

Lorna se quedó inmóvil en la cama como si así no fuese vista. Reconocía la voz, era él, el brujo. Todo su cuerpo tembló. Lo sucedido aquella noche diez meses atrás volvió a su recuerdo con dolorosa intensidad. La lascivia inflamó su vientre mientras la humillación y la vergüenza la abochornaba y el miedo paralizaba su cuerpo.

- Vengo por mi pago - aclaró el otro acercándose a la cama de Lorna.
- Ya te pagué - dijo saliendo de debajo de la sábana. ¿A qué pago se refería? Ya se había entregado a él, ¿no pensaría volver a mancillarla?

Pero el brujo se giró hacia la cuna y de pronto el recuerdo le devolvió las palabras que dijo en su oído mientras fornicaba sobre ella - Cuando el fruto esté me lo llevaré.

No había entendido nada aquel día, estaba demasiado asustada y dolorida pero se refería al niño, iba a llevárselo. Sin saber cómo, Lorna se puso en pié de un salto y se acercó a la espalda del brujo sin saber aún con qué intención ni que hacer para detenerlo. El tipo levantó su mano en alto y se apartó unos pasos de ella girándose para colocarse frente a la mujer.

A Lorna los ojos le temblaban. El brujo bajó su mano poco a poco señalándola, mientras ella agachaba la cabeza sin poder evitarlo, la espalda abajo y de rodillas al suelo. Las manos posadas contra el suelo para frenar la fuerza que quería hacerla pegar la cara a las baldosas.

Una vez demostrada su superioridad, el brujo se acercó al niño que no paraba de llorar y lo tomó en brazos mientras ella apenas se reponía del trago de haberse sentido sin poder alguno. El otro cubrió al niño con la manta de la cuna y habló sin mirarla mientras acariciaba la cabecita del niño para hacerle callar. - Si te acercas a mí de nuevo lo tomaré como una invitación - hizo una pausa para girarse hacia ella que se había levantado. - ... y te haré otro bebé por el que vendré el próximo verano.

Lorna se puso rígida como una roca y apretó su mano derecha alrededor del respaldo de una silla, no sabía si para sostenerse o para golpearle. Pero cuando el brujo pasó ante ella con su bebé en los brazos ella lloró de impotencia mirando a su niño sin atreverse a moverse.

- Lo suponía - dijo él alejándose de Lorna antes de salir por la puerta y marcharse.

Un trozo de su alma se había ido con aquel niño al que odiaba. Nunca había sentido tal desesperación, aquel amor era distinto al que había sentido por Mathew Garrett, un amor mucho más sutil y extrañamente muy doloroso.

II

Días después los Macgahan recibieron a su hija de vuelta a casa. Celebrarían una fiesta para volver a ponerla en sociedad, nadie sabría que había tenido un hijo que había entregado a una familia en adopción. Era la verdad que sus padres conocían, la auténtica era demasiado terrible para que ellos la supieran.

Amelie estaba más tranquila al volver a casa, cuidar a la niña malcriada después de parir un bastardo la había puesto a prueba. Lorna lo había pasado muy mal, pero ella misma se lo había buscado por su maldad y su obsesión por el señorito Garrett. Pobre señor Lowell, lo que habían pasado meses atrás, y también pobre Charles y Garrett. Fue terrible lo que había sucedido a esa familia y su señorita había tenido mucho que ver.

Sin querer ahondar en su propia conciencia se dispuso a planchar el vestido que la señorita Lorna llevaría en la fiesta del día siguiente. Era el más holgado que tenía y podía ocultar los cambios de su figura. Mientras calentaba el carbón para la plancha llamaron a la puerta y el mayordomo fue

a abrir.

- Buenas tardes señor Garrett - saludó Isaac.
- Hola Isaac, ¿cómo estás? ¿Están mi tía o mi prima en casa?
- Sí señorito, pase. Iré a buscar a la señorita Lorna. Acompañeme al salón por favor...

Amelie levantó la plancha de las brasas ¿Cómo es que el señorito Garrett estaba allí? ¿La señora le había invitado a la fiesta? Era terrible, ¿no sabía la señora que la obsesión de la señorita Lorna por él había sido la causa de tanta desgracia? Llena de temor se persignó y se escondió en la alacena. Ella lo sabía todo y aquello parecía una prueba de Dios para saber si era una buena Cristiana...

Garrett miró por el ventanal que daba al jardín, las rosas estaban preciosas. Los Macgahan conseguían rosas cuando nadie podía con temperaturas tan bajas. A Dana le hubiese gustado verlas y oler el perfume que llegaba hasta el salón. Cerró los ojos para contener su mundo roto derramándose de nuevo a través del muro que intentaban ser los párpados. Se compuso mientras oía acercarse los pasos de una mujer.

- Buenas tardes primo - saludó Lorna con seriedad. Garrett estaba más guapo que nunca vestido de negro y le odiaba por todo lo que le provocaba sentir. La desolación de él resultaba tan evidente que le molestaba. - Le veo bien - mintió ella queriendo parecer la muchachita caprichosa de antes.

Garrett bajó la mirada sintiendo que el comentario resultaba innecesario además de incierto.

- Buenas tardes prima, ¿cómo fue su viaje? - le preguntó volviendo a mirarla ¿Su familia se encuentra bien?
- Todo bien - respondió ella con indiferencia. - Pensé que iba a renovar la editorial, alguien me lo comentó antes de marcharme, pero he sabido que sigue igual...
- Si, bueno, esos planes se detuvieron... - Mathew no sabía aún cómo hablar sobre ello.
- Ah, claro, cuando su querida Dana murió todo se detuvo - le interrumpió Lorna con desdén.

Garrett no comprendió la intención de sus palabras pero había sentido una bofetada contra su persona.

- Mi madre no se encuentra en casa - continuó Lorna. - Siento que haya venido para nada...
- He venido a verla a usted porque no podré estar mañana en la fiesta. Deseaba saber cómo se encuentra y cómo le ha ido estos meses fuera pero la encuentro molesta... Entiendo que su viaje no ha salido como esperaba...

Las inocentes palabras de Garrett provocaron en Lorna tanta aversión que le despreció, y se despreció así misma por desearlo tanto. Lo que había entre ellos estaba muerto para siempre, debería recordárselo cada día y ahora que lo tenía delante aún más. No tenía caso prolongar el sufrimiento.

- Adiós primo, le dejo, tengo mucho que preparar para la fiesta, cuando salga cierre la puerta por favor.

Lorna observó un instante más el adorado y hermoso rostro de aquel inocente joven que aún no era un hombre y que estaba absolutamente desconcertado por su desconsiderado

comportamiento. Se marchó mientras la imagen de los labios de él entreabiertos por la sorpresa le hacía desear besarlo, confesarse y liberarse de tanto mal.

Tras salir del salón cerró la puerta para apoyar la espalda dejándose ganar por las lágrimas. Sabía que todo el daño que le había hecho a él se lo hacía a sí misma, seguía amándole aunque le odiase.

Garrett buscó una explicación a la conversación, lo sucedido no tenía sentido. Sacó del bolsillo de la chaqueta la cajita con el pasador del unicornio que le había comprado como obsequio, porque a su prima siempre le habían gustado esos hermosos seres míticos. Lo dejó sobre la tapa del piano y se dispuso a marcharse sin poder llegar a comprender qué le sucedía a esa muchacha.

- ¡Señorito Mathew! Tengo que hablar con usted - Amelie llamó su atención susurrante desde la cocina.
- ¿Amelie? ¿Qué ocurre? - preguntó Garrett dando unos pasos hacia ella extrañado de la cercanía que la mujer le mostraba.
- Discúlpeme por mi atrevimiento pero vayamos por favor a la alacena, allí podremos hablar... - le pidió nerviosa.
- ¿A la alacena mujer? - sonrió Garrett curioso de la actitud secretista de ella.
- Si, por favor - insistió ella mirando alrededor.
- Está bien - aceptó Garrett abriendo los brazos en señal de rendición. - Vayamos pues. La sigo.

Garrett esquivó con el hombro el bacalao salado colgado cual trampa tras la cortina, y miró las tripas de la casa como lo había llamado alguna vez Marina, la criada que lo atendía cuando su padre aún vivía.

Aquel sitio era pequeño y no estaba pensado para su estatura. La mezcla de olores era intensa: tocino salado que aún no estaba rancio del todo, cominos y especias varias, jamón salado en una bandeja, y el ganador indiscutible: el intenso hedor del queso curado.

- Discúlpeme por traerle aquí pero si me vieran hablando con usted podría perder mi trabajo. Soy una mujer cristiana y temerosa de Dios y no puedo callar más lo que sé.

La mujer parecía estar explotando ante él en aquel mismo momento. Sus ojos pestañeaban muy abiertos e inquietos.

- Tranquilícese Amelie, nadie la va a despedir y menos por hablar conmigo...
- Ay Dios, si usted supiera señorito lo que han visto estos ojos. Cómo ha cambiado la vida en esta casa desde aquella noche...
- Por favor, explíquese o salgamos de aquí - pidió Garrett con el cuello inclinado por la falta de altura del sitio.

Amelie se fijó en la tortuosa postura del señorito - Ay disculpe, cámbiese de sitio conmigo, que tiene usted la viga justo encima. ¿Mejor así?

- Si, gracias.
- Mi señorita Lorna fue a ver al hombre que hace milagros la misma noche que le vió besándose con la señorita Lowell, pero no son milagros, es brujería...
- ¿De qué habla Amelie? - intentó concretar Garrett que no entendía lo que la mujer parecía querer explicarle.

- Mi señorita le pidió que hiciera algo...

La mujer calló un instante decidiendo hasta dónde contar. Sus ojos se movían de un lado a otro como si leyese páginas de un libro invisible. No podía contar lo del niño, eso tenía que callarlo, ni lo del embarazo ni el auténtico motivo del viaje ni tampoco cómo pagó la señorita Lorna con su virtud...pero la pregunta más importante, ¿por qué pagó exactamente su señorita?

- Señorito Garrett yo sé que han vivido muchas desgracias, no solo la muerte de la señora Lowell y la señorita Dana sino también los accidentes anteriores y sé que todo fue causado por lo que le pidió mi señorita a ese hombre...
- Amelie, ¿qué se supone que le pidió? - preguntó Garrett molesto con que volviesen a hablarle de las recientes desgracias ocurridas en su vida.
- Yo no entré con ella pero cuando estaba tan malita... me confesó que había hecho algo terrible y que merecía todo lo que le estaba pasando.
- ¿Lorna ha estado enferma? - Garrett creyó encontrar el motivo de la amargura de su prima. - ¿Qué le dijo mi prima que hizo?
- Ella le pidió a ese hombre que les separase a usted y a la señorita Dana.

Amelie había soltado lo que debía y su verborrea se detuvo de inmediato esperando la reacción del señorito Garrett.

- Pero, ¿por qué mi prima iba a hacer eso? - preguntó Garrett incrédulo sacudiendo la mano para espantar a una mosca que acababa de entrar en la despensa.

Amelie miró a los ojos al muchacho sin poder creer que no fuera consciente de la obsesión de su prima por él. Explicarle el asunto era demasiado complejo para ella, aquel chico era un poco inocente, por no decir tonto... Amelie bajó la mirada sin intención de continuar, a ver si el otro se daba cuenta del porqué de las acciones de su prima.

- Amelie, yo no creo en supersticiones - concluyó Garrett.
- No se preocupe señorito, lo entiendo, son cosas de vieja - respondió Amelie interesada en concluir su fallida intervención.
- No hablo de eso mujer - aclaró con amabilidad.- Es que pienso que hay una explicación lógica para todo lo que sucede...
- No sé si lleva usted razón señorito Garrett pero discúlpeme por mi atrevimiento - pidió Amelie. - Por favor no cuente esta conversación a nadie.
- No hay nada que contar, esté tranquila - aseguró Garrett. - Ni nada que disculpar Amelie.

La mujer sonrió y agradeció su sensatez. - A lo mejor el muchacho no es tonto sino bondadoso - se dijo. - Que Dios le proteja de las arpías que le rodean.

Existía algo único en Edén: el Árbol de los Mundos. Y sus raíces, los mundos conectaban.

CAPÍTULO V

Fuego en los dedos.

15 de marzo de 1897.

Garrett salió del cementerio abandonando allí una parte de sí mismo. Era tal su dolor que el pellizco del pecho casi le impedía respirar. Tenía el corazón roto en pedazos. Klaus y Thomas Anderson se habían marchado pronto, apenas el sacerdote terminó el sepelio. Nadie les esperaba allí, Jaqueline Anderson había sido enterrada unas horas antes.

Charles y su padre mantenían el tipo, ellos habían perdido a dos mujeres. Garrett sólo a Dana. Era de recibo sacar fortaleza y no hundir más a aquellos hombres. Las flores que habían llevado para honrarlas no eran nada, pero era lo único que en aquellos momentos podían ofrecerles. Era uno de los sentimientos más difíciles, dejar de cuidar a quienes querían. Aquella tradición de las flores sostenía, en cierto modo, aquel abismo.

Arthur Lowell se adelantó y se paró frente a Mathew, éste se detuvo y levantó la cabeza al verle. Charles se sorprendió de la acción de su padre, quien en ningún momento había mencionado a Mathew después del accidente.

- Quiero pedirle perdón, Mathew - el padre de Dana habló emocionado.
Los tres habían estado aguantando las lágrimas.

- Debí haber dejado a mi hija casarse con usted - confesó Lowell evitando mirar a Garrett que tenía los ojos vidriosos como él. - Si la hubiese dejado estaría viva y Margaret también - se rompió Lowell tapándose las lágrimas con la mano.

Garrett no pudo responderle, el nudo de emociones le ahogaba, Dió un abrazo corto a Arthur como respuesta, entre ellos nunca hubo tal cercanía. Charles se cubría los ojos con la manga de la chaqueta. Ninguno pudo evitar llorar.

- Voy a casa con él - Charles explicó como pudo a Garrett que no iba a dejar sólo a su padre. - Mañana te veo.
- Si - asintió Garrett tragando la tristeza mientras palmeaba el hombro de su amigo.

II

Mathew pasó el día llorando por ella. Recordando cuando Dana le retrataba al óleo. Era tan

buenamente expresando el carácter de la persona a través de la mirada que le había dejado un recuerdo vivo de su mirada de felicidad cuando ella aún vivía. Esa felicidad ya no existía y estaba seguro de que sus ojos ya no parecían los mismos.

Ese cuadro era uno de los pocos recuerdos que tenía de Dana, lo pintó meses antes de morir. Al soltar los pinceles y darlo por concluido se miraron y el uno al otro se atraieron tan brutalmente que se besaron con una pasión que tuvieron que romper. Se abrazaron porque querían entregarse allí mismo. Garrett sintió el mismísimo alma de Dana abrazándolo, fue una experiencia única y singular para la que no tuvieron explicación.

Con su mirada sobre el retrato la recordó fielmente. Entre risas y besos ella había titulado la pintura *El retrato del apuesto caballero* antes de acabar rodeada por sus brazos. Sus lágrimas ahora eran de amor y necesidad de volver a sentirla a su lado. Por desgracia sabía que aquel dulce amor y la casi soportable privación que sentía se tornarían durante la noche en el tortuoso dolor que le acompañaba. Un dolor que nada tenía de hermoso y que juraría que ni siquiera tenía que ver con el amor. Con la mano sobre el corazón intentaba de nuevo comprender la procedencia de tal inquietud y del desdichado sufrimiento que le arrastraba a las puertas del mismísimo infierno.

Sintió en la piel la caricia de ella y recordó aquella noche en que se entregaron. Le pareció tenerla junto a él y quiso verla, aunque fuera por última vez. Miró tras de sí, buscándola como un loco, intentando capturar alguna prueba de que ella seguía junto a él. Nada... Solo imaginaciones.

El cuello de la botella de whisky vertió uno tras otro los servicios que le reclamó para ahogar los sentidos e intentar dormirse. Si pasaba aquella primera noche de pesadilla todo sería un poco menos doloroso. Miraba el óleo una y otra vez como si en él pudiese hallar a Dana. La nitidez de los trazos se perdían ante sus ojos de trago en trago.

- ¡Brindo por el alcohol! - clamó horas después de puntillas con las botas y la camisa goteadas de whisky y el vaso en alto riendo y llorando al mismo tiempo.

Golpeó con el culo del vaso la mesa y utilizó ambas manos para lograr dejarlo en pie. Escaló el colchón de la cama llegando con equilibrios hasta el cuadro para tocar el lienzo con los dedos.

- Amor mío... - sollozó con la cabeza tan decaída como su corazón.

Unos instantes permaneció en letargo, de pie con la cabeza apoyada sobre la pintura. Cerró los ojos y emocionado pegó la planta de la mano derecha a la pintura en una plegaria. Necesitaba encontrar a Dana; sentirla de alguna manera.

Mientras apenas se calmaban sus lágrimas la palma de la mano que apoyaba sobre el óleo empezó a abrasarle con intensidad. Asustado se alejó de un brinco atrás sacudiendo la mano como si quisiera apagar un incendio. Se limpió los ojos con la manga y se alejó del cuadro mientras sus botas se enredaban en la sábana y caía de espaldas al suelo.

- ¡Ahss! - se quejó del espaldarazo.

Dolorido y tumbado boca arriba la habitación empezó a bailar para él mientras su cuerpo deseaba compartir con generosidad el whiskey que albergaba. Posó la mano sobre el estómago y con la

otra se sujetó a la cama para levantarse. ¡Qué detestable sensación!

El alcohol que se resistía a echar de su cuerpo mermaba su capacidad de concentración pero aún así era capaz de recordar que algo extraño había ocurrido al tocar el cuadro. Volvió la vista al retrato buscando el motivo del intenso calor que aún albergaba su mano. Sus ojos se detuvieron en el lugar exacto donde la había posado un momento antes: la cadena del reloj que colgaba del bolsillo derecho de la chaqueta. Era la ropa que llevaba cuando Dana le pintó; una camisa blanca bajo una chaqueta azul de paño de cuyo bolsillo colgaba la cadena del reloj que ella le había regalado el año anterior cuando él cumplió 17 años. Él lo llevaba consigo y ella lo había reflejado fielmente.

Nada parecía anormal en el cuadro pero su mano continuaba caliente. La restregó sobre la camisa queriendo desterrar el injustificable calor. Mirando la pintura se quitó las botas tirando de ellas con desorden y subió de nuevo a la cama. Acercó con cautela la mano al mismo lugar, justo sobre la cadena del reloj y la posó trémulamente atento a sus sensaciones.

El ardor fué fugaz, pero un rápido hormigueo le atravesó de la mano al pié derecho. Algo le había cruzado. Asustado logró separar la mano del cuadro de un tirón.

- ¿Qué está pasando? - se preguntó sujetándose la mano con la otra y sintiendo como si fuese de otro.

Pero un segundo después los extraños efectos continuaban en él... Se secó su boca y de repente el corazón se ralentizó, latía radicalmente más despacio..., mucho más despacio, se estaba deteniendo. ¡Dios! ¿Qué me pasa? Apretó la mano contra el pecho.

Se encogía tanto el corazón que parecía tirar de todo órgano alrededor; los pulmones, la garganta... todo era arrastrado. La cabeza latía como si se hinchara, sus manos no alcanzaban a tocar todo aquello que le dolía. Como un trueno un desgarrador tirón se apoderó de cada centímetro de su cuerpo produciéndole un dolor afilado e insoportable. De rodillas en el colchón, jadeante, sin respuesta de las piernas, mientras un velo sobre sus pupilas oscurecía la luz de su alcoba. A tientas buscó la pared para sostenerse gritando por ayuda. El golpe contra el colchón fué despiadadamente duro y algo afilado le golpeó la cabeza.

Tan repentinamente como empezó todo se detuvo de pronto...

El dolor cesó, el corazón recuperaba su tamaño, su ritmo y su lugar, la cabeza también. Pudo empezar a relajar el cuerpo aunque seguía jadeando de miedo... Se sentía tan extraño que no se atrevía a abrir los ojos aunque algo le molestaba y no lograba saber lo que era. Aún jadeante se puso bocarriba, algunas gotas entraban en su boca, era agua. Se estaba mojando. Las gotas frías caían sobre todo su cuerpo.

Abrió los ojos y la luz de la luna pudo mostrarle la copa de un árbol sacudida por el viento que dejaba caer las gotas sobre él. Se estaba empapando en la calle... Podía moverse. Se sentó mirando alrededor, pero no reconoció su calle... Llevó las manos a la cabeza dolorida buscando un golpe, parecía una brecha, pero no lograba ver si tenía la mano manchada de sangre. Debía salir de allí, se había dormido y tenía que despertar. Todo era tan abrumadoramente real que le

costaría romper el sueño... estaba borracho.

Apoyó la mano sobre el suelo para levantarse y después se limpió el barro de la mano sobre el pantalón. Vió el agua limpiar el barro de las palmas de sus manos abiertas y extendidas hacia arriba. Miró alrededor, una única farola de gas iluminaba la calle y varias casas de aspecto aristocrático se perfilaban al fondo. Se dirigió hacia allí, un cartel le anunciaba que entraba en Warwick. Eso quedaba en el condado de Warwickshire, muy lejos de casa. No entendía el sentido de aquel sueño, nunca había estado allí.

Iba descalzo y sus pies se hundían en el barro del camino. Intentaba evitar las piedras pero no lo lograba porque no las veía. Su paso era lento, cuidadoso en lo que le era posible para no herirse más los pies, mientras su ropa y su cuerpo chorreaban directamente en el barro. Aceleró el paso para contener un poco el frío. Llamaba su atención una casa de madera más estrecha y alta que las demás.

El estruendo de la tormenta ocultaba el tintineo de la lluvia sobre su cabeza y los charcos de la calle, pero otro sonido irrumpió tras todos estos. De repente los cascos de unos caballos a su espalda le hicieron girar a toda prisa justo antes de ser sorprendido por un carruaje conducido ferozmente por un capataz, que pasó a su lado sin verle a causa de la lluvia, golpeándole con el carro en el costado derecho y lanzándolo contra la fachada de una de las casas. Segundos después intentó levantarse pero el golpe le había dejado aturdido y continuó tendido en la calle con medio cuerpo hundido en el barro.

Los dedos de las manos le dolían terriblemente. ¿Dónde estaba? Tenía mucho frío. Seguía allí y la lluvia continuaba. No sabía cuánto tiempo había pasado dormido bajo la lluvia pero tenía las manos moradas. Tenía que resguardarse o podría morir de una pulmonía. Se levantó agarrotado, deseaba imperiosamente deshacerse de esa ropa mojada, le dolía el costado por el golpe pero el frío era lo peor.

El trote de unos cascos de caballo volvieron a oírse, pero esta vez sí pudo apartarse, el carruaje venía frente a él. Cuando pasó a su lado, una mujer sacó las manos por la ventanilla para atar la cortinilla y evitar que la lluvia entrase en el carruaje. Un anillo que llevaba puesto se le enredó en la cuerda y cayó al barro ante la mirada de él. Se acercó a cogerlo, casi no podía flexionar los dedos. El carro continuó su camino.

Lo limpió en su camisa empapada, no era de valor, solo un adorno, de ahí que lo hubiesen dejado. Miró alrededor buscando un lugar donde guarecerse, estaba helado y debía buscar la manera de regresar a casa o de despertar. Comenzó a toser. Las manos le temblaban más aún que el resto del cuerpo. El corazón le dolía de nuevo, de pie sin poder caminar se suspendió por sí sola su respiración; el corazón se detenía, se mareaba. ¿Qué le pasaba? ¿Iba a ocurrirle otra vez? ¿Iba a morir esa noche allí? Dios... No soportaría aquello de nuevo.

En unos minutos nuevamente..., todo había acabado, jadeaba, estaba vivo. La garganta estaba tan seca que no podía tragar. No quería volver a pasar por eso nunca más. Necesitaba beber. ¡Cuánto ruido! Le aturdían mucho los golpes, era como si oyese mucho más nítidamente que nunca. Abrió los ojos. El retrato estaba frente a él. Se encontraba en su habitación de nuevo,

sobre la cama.

- Garrett - gritaba Charles preocupado de que su amigo no abriese. Sabía que aquella noche había sido terrible también para Mathew.
- ¡Charles! - la voz no le salió del cuerpo. Estaba sediento, tenía que beber...Alargó el brazo hacia la mesa y bebió con ansia de la botella de whisky, pero no era lo que el cuerpo le pedía, necesitaba agua como nunca la había necesitado.
- ¡Garrett! -Charles seguía golpeando la puerta.
- Espere - aún no sentía su cuerpo, llegó a la botella de agua y bebió un trago muy largo.
- ¿Mathew? - sólo cuando estaba preocupado llamaba a su amigo por su nombre.
- Ya llevo - dijo abriendo al fin la puerta.
- Pero... ¿Qué ha pasado? - Charles le miraba con ojos desmesurados.

La gravedad en la mirada de Charles hizo a Garrett apreciar su inexplicable aspecto. De repente empezó a sentir su cuerpo helado de nuevo, estaba mojado. Vió su pantalón y la camisa cubiertas de pegotes de barro y hojas, tenía las manos manchadas y los pies cubiertos de barro hasta los tobillos. Levantó los ojos hacia Charles asustado.

Pero su amigo miraba al interior de la casa. Él miró atrás comprendiendo el resbalón de un momento antes, un reguero de barro y agua llegaba desde la cama hasta donde él estaba parado ante la puerta. Las sábanas estaban manchadas de barro, agua y sangre diluida del golpe de su cabeza. Paralizado empezó a temblar con los ojos fijos en la escena, no tenía una explicación para aquello que había creído un sueño...

Charles había entrado y tocaba el barro de las sábanas comprobando la sustancia pegajosa entre sus dedos. Se giró a mirarle mientras él seguía paralizado al lado de la puerta.

- ¿Qué ha pasado aquí? - preguntó Charles.

Mathew negó despacio intentando expresar que no lo sabía.

- Cambiate, encenderé el fuego. Tienes que contármelo todo.

Garrett se lavó en el baño sin haber podido aún regresar del todo de lo que había vivido. No era capaz de pensar y además aún estaba borracho. El agua que echaba en su cara no le hacía verse con mejor rostro ante el espejo. Se puso ropa limpia y fué hacia la chimenea que Charles había encendido. Le hubiese gustado agradecerle sus atenciones pero no pudo. Frente a las llamas permaneció abstraído.

Charles le dejó secarse en paz mientras recogía las sábanas sucias y aseaba un poco la estancia. Desde que Garrett se quedó sólo había trasladado su alcoba a la planta baja, al antiguo despacho de su padre. Las estancias superiores apenas las visitaba. La casa resultaba grande para él sólo pero había esperado ocuparla con la familia que él y Dana formasen. Ella iba a ser quién se ocupase de aportar el toque a su hogar, habían hablado de ello y esperaban con ilusión edificarlo.

- ¿Quieres tomar algo caliente? - Charles llegaba junto a él.

Él negó mirando el fuego.

- ¿Me lo vas a contar? - se sentó junto a él.
- No me vas a creer - Garrett negaba con una sonrisa esquinada sin mirarle.
- ¿Sigues borracho?

Mathew le miró como si le hubiera insultado.

- Demasiadas evidencias - resumió Charles con los brazos abiertos girando el tronco alrededor: la mesa mojada, la botella casi vacía, el vaso resquebrajado, posiblemente de algún golpe y el olor a alcohol que invadía la casa y rezumaba Garrett por todos los poros.

Garrett sucumbió ante la evidencia. Bajó la cabeza y apoyó los codos sobre las rodillas - No lo imaginé, me pasó - aseguró.

- ¿El qué te pasó?
- Salté por el cuadro - señaló el retrato de Dana con la mano.
- ¿Qué dices?
- Acércate y toca la cadena del bolsillo con la mano - sugirió mirándole fijamente.
- ¿Que me acerque a tu retrato y toque la cadena del reloj? ¿Eso me estás pidiendo? - Charles se puso en pie incómodo con la borrachera de Mathew.
- Tienes que dormir un poco. Mañana hablaremos...
- ¿Piensas que estoy borracho y he imaginado todo lo que tú mismo has visto en mi casa? - Garrett se puso en pie molesto.

Charles desvió la vista pensativo, realmente no tenía explicación para el barrizal.

- Cuando toqué el cuadro de Dana aparecí en Warwick...
- ¿Warwick? - le interrumpió Charles. ¿Ese maldito lugar? - era donde habían perdido a su familia.

Garrett se dio cuenta de que realmente estaba muy borracho, no había podido relacionarlo.

- Continúa - dijo Charles.
- Si, era de noche pero llovía mucho. Un carruaje me golpeó en el costado - levantó el pijama, tenía un moretón. - Caí al suelo. Estaba helado, pensé que iba a morir allí, pero no sé cómo volví aquí ni por qué fui.
- Pero... ¿Hablas en serio? - Charles estaba boquiabierto. Su amigo nunca le había mentado y ni siquiera parecía borracho en ese momento.
- ¡Toca la cadena! - pidió que se acercara al cuadro con un gesto de su cabeza.

Charles miró el cuadro y de nuevo a Garrett. - Si intentas burlarte...

Garrett negó con la cabeza y se sentó en el sofá abandonando. Charles se acercó a la cama con las sábanas recién cambiadas por él y la arrastró para llegar al cuadro.

- ¡Ten cuidado! - Garrett se puso en pie. - Si llegas a notar el más mínimo calor apártate de inmediato.
- ¿Por qué? ¿Qué es el calor?
- No lo sé pero te producirá el dolor más terrible que puedas imaginar - Garrett se acercaba a él.

Charles dudó.

- No te preocupes, si sólo la posas una vez sólo te quemará la palma de la mano, la segunda vez ya es diferente - asintió invitándole a que lo probara, necesitaba que le creyese.

Sin pensarlo más Charles posó la mano sobre la cadena del reloj atento a cualquier sensación. Transcurrieron dos segundos y el ardor de un fuego inexistente salió del centro de su mano para rodearla hasta la muñeca. Se alejó de inmediato tropezando con la cama sobre la que cayó sentado mirándose la mano.

- ¿Estás bien? - Garrett se acercó y le cogió los dedos para girarle la mano.
- ¿Qué ha sido ese calor? - sus ojos le miraban asustados.
- No lo sé, pero no volveremos a tocar el cuadro hasta que sepamos que ocurre con él.

Charles asintió. Sería el secreto de ambos.

Al más joven de los reyes, Aeon, por su pureza, se le asignó guardar el Árbol de los Mundos, que crecería a los pies de su propio palacio.

CAPÍTULO VI

Confesión.

12 de octubre de 1904

Al ver que su prima Lorna remitía la carta que tenía en las manos Garrett se preocupó por el motivo. Llevaba tiempo enferma pero no había consentido en volver a verle. Después de algún tiempo decidió dejar de intentar ser recibido en la casa Macgahan.

Desplegó la nota y leyó el breve escrito: "Mathew el señor me quiere llevar con él y necesito limpiar mi alma antes de partir. Ven por favor a la mayor brevedad pues mi cuerpo ya no aguanta más".

Lorna.

Garrett se afligió aunque no comprendió el motivo de que le citase expresamente. Salió de viaje de inmediato llevando consigo la inexplicable sensación de qué se enfrentaba a un punto de inflexión con su destino. Al día siguiente llegó a casa de su prima y sin detenerse siquiera a asearse pidió verla.

Su tía le abrazó al verle llegar...

- No deja de preguntar por tí- le explicó mientras le arrastraba escaleras arriba sujeto por la manga de la chaqueta. - Está muy malita - sollozó. - No quiere que llamemos al sacerdote hasta hablar contigo, teníamos el alma en vilo, anda hijo habla con ella...

Garrett se dejó arrastrar por su tía y aquella incomprensible situación. Amelie le miraba desde la planta de abajo sujetando un rosario entre las manos.

- Espera aquí que voy a prepararla - le indicó su tía deteniendolo con la palma de la mano en el pecho.

Garrett detuvo el paso e intentó prepararse para aquel encuentro, inquieto por el motivo de él allí, porque no lo comprendía e impresionado por despedirse de su prima en su lecho de muerte. Momentos después su tía salió de la habitación mirándole.

- Debo prepararte para lo que vas a ver - explicó con urgencia. - Lorna casi ha perdido la vista, parece un cadáver mi niña - rezongó acongojada apretando el pañuelo contra la nariz. - Tiene heridas en la cara y calvas en algunas zonas de la cabeza...
- Dios mío - Garrett arrastró sus dedos sobre la frente. - Porque no me habéis llamado antes? - suplicó.
- Eso no importa ahora sobrino. Lo que quiero es que entres en esa habitación y hagas que

el alma de mi niña quede en paz, es lo único que importa.

- Comprendo - asintió Mathew.

La puerta chirrió al abrirla. Se encontró la estancia con poca luz y le llegó un olor ácido y pastoso; la huella lenta y firme del mal que llevaba semanas o meses asentado en aquel lugar. La respiración de Lorna era dificultosa, probablemente por una larga convalecencia en la cama. Se oía un silbido de sus pulmones cada vez que inspiraba.

- Hola primo - Lorna se adelantó en el saludo. - No se acerque más por favor, pedí a mi madre que cerrase las cortinas para que mi aspecto fuera menos desagradable.
- Lorna... - Mathew detuvo sus pasos - No diga eso.
- No se apure - a Lorna le temblaba la voz. - Por fin llegó usted.

Ella parecía querer incorporarse pero cejó tras el primer intento infructuoso. Garrett siguió sus indicaciones y mantuvo la distancia.

- Vine en cuanto recibí su nota. Hace un par de años intenté visitarla pero me dijeron que no quería verme.
- Así es, entonces aún tenía esperanza de poder curarme pero ya no tiene caso el intento ¿no cree? - Lorna rió con tal perversidad que Garrett experimentó un escalofrío.

Él no sabía qué decir, dió un paso más hacia ella...

- ¡Alto! - le detuvo Lorna con todas sus fuerzas. - No se le ocurra compadecerse de mí - gritó.- Le he llamado para que escuche la verdad de mis propios labios, solo siento no poder ver su rostro mientras me oye.
- Dígame. Deseo que se quede en paz ...
- No se atreva a ser condescendiente conmigo - sollozó Lorna. - Nunca supuse lo más mínimo para usted y se lo hice pagar robándole lo que más quería. No me arrepiento - gritó Lorna.- No me arrepiento aunque me haya costado todo...

Garrett, cuya mano adelantada mostraba su intención de atender a su prima, se había quedado rígido mientras oía las palabras de odio de Lorna. La conversación con Amelie regresó de repente a su mente con una fuerza innegable.

- ¿Qué quiere decir con que me robó lo que más quería? - le pregunto queriendo y temiendo la respuesta.
- Usted ya lo sabe... - Lorna se irguió en la cama apoyándose con las manos. - Hablo de su Dana - chasqueó la lengua divertida. - Yo pagué a un brujo para que la apartase de usted. Le pedí que les separase para siempre...
- ¿Se ha vuelto loca...? - Garrett quiso resolver la verdad con su pregunta pero apenas aire salió de su garganta.
- Jajajaja. ¿Loca? - rió Lorna con exaltación.

Como si de un castigo se tratase la violencia de una convulsión le volvió los ojos antes de desfallecer sobre la cama.

Confuso, compadecido e iracundo Garrett la miró unos instantes, incluso en aquella situación no podía atenderla. Ella continuaba desfallecida con los ojos cerrados y no sabía qué hacer, qué sentir o qué creer. Salió de la habitación como un jabalí herido.

- Espere Mathew - le pidió su tía acercándose a él. - ¿Qué ha pasado?
- Su hija ya dijo lo que tenía que decir - estás palabras iban a ser la única explicación de Garrett y lo más amable que podía hacer en aquel momento.

Bajó las escaleras y salió de la casa para volver a entrar por la puerta de servicio buscando a

Amelie que calentaba agua para un té.

- Hoy a las ocho la veré a la entrada de la iglesia de Santa María, si no aparece vendré a buscarla para que me cuente todo aquí mismo sin importar si le causa problemas.. - indicó Garrett.

Amelie asintió y él se marchó.

II

Durante esas horas no pudo olvidar lo que Lorna le había dicho. Caminaba de un lado a otro cuando Amelie llegó.

- La señorita Lorna acaba de morir - gimoteó Amelie al llegar esperando de él un poco de consuelo que no encontró.
- Lo siento - respondió con sequedad. - Cuénteme todo lo que sepa sobre ese brujo y lo que pasó aquella noche...
- Mi señorita, Dios la perdone, me obligó a robar el cepillo de la señorita Lowell - detalló Amelie.
- ¿Para qué? - preguntó Garrett.
- Para que aquel hombre tuviese algo de ella y algo de usted para el maleficio.
- ¿Qué tenía mío?
- El pañuelo de mi señorita manchado con la sangre de usted la noche que Thomas Anderson le golpeó.
- Por eso me atendió ella... - dedujo Garrett en voz alta.
- No señor, mi señorita estaba enamorada de usted y realmente sufrió cuando le vió herido, pero después le vió besando a la señorita Dana y se la llevaron los demonios...

Mathew había oído comentarios sobre el interés de su prima en él pero nunca se sintió atraído por ella ni prestó atención a las habladurías.

- ¿Cómo puedo encontrar a ese farsante al que pagó mi prima? - preguntó.

No era un farsante señor. Mi señorita estaba segura de que el accidente que sufrió la señorita Dana fue a consecuencia del maleficio que ese hombre causó. Decía que el accidente había acercado a la señorita Dana a su destino...

- ¡Ningún destino! - Garrett detuvo indignado la retahíla de la mujer. - Su destino estaba conmigo - aseveró furioso. - ¿Dónde puedo encontrar a ese hombre? ¿Qué aspecto tiene? - sus preguntas se volvieron bruscas. Aquella mujer sabía los planes de Lorna, incluso participó de ellos y no hizo nada para evitarlo.
- Mi señorita me contó que se hacía llamar Dr. Milagro - tragó saliva para poder continuar. - Era un negro alto vestido con un tenebroso atuendo de señor oscuro. Llevaba chaqueta, sombrero de copa y la cara pintada de blanco como carabela. Nosotras fuimos a verle a Warwick en el condado de Warwickshire.
- ¿A dónde... fueron? - la voz de Garrett salió a trompicones. Las tripas comunicaron un espeluznante recuerdo a todo su cuerpo.

Era el lugar a donde llegó a través del cuadro. Aquello que tanto había querido olvidar podría tomar un cariz absolutamente diferente. - ¿Está segura de que era Warwick? - necesitó la confirmación de aquel hecho trascendente antes de dejar a su mente construir el motivo del salto a través del cuadro, y que aún no había podido explicar.

- Si - afirmó Amelie sin comprender el motivo de tanta excitación.

Garrett bajó la cabeza para reflexionar sin que la mirada de la mujer le interrumpiera con juicios sobre su actitud. El carruaje que le arrojó al barro asaltó repentinamente a su recuerdo y miró a Amelie con intensidad. - ¿Recuerda qué clima hacía aquella noche?

- Claro. Hacía una noche de perros, lo recuerdo porque además perdí mi anillo intentando fijar la cortinilla del carruaje para que no entrase agua de la tormenta dentro del coche.

Connor dio un paso atrás con los ojos abiertos desmesuradamente. No podía creer lo que oía, ese era el anillo que tenía en casa, el que vio caer de la mano de una mujer que iba en el carruaje que le empujó al suelo. Es decir, presencié llegar y marcharse el carruaje aquella noche... pero un año después de que ocurriese. ¿Cómo era posible? ¿Y para qué? ¿Por qué ocurrió aquello?

Amelie le observaba asustada, prevenida de que aquel muchacho pudiera hacer justicia con ella. Garrett caminaba nervioso ante ella moviendo la cabeza de un lado a otro, parecía estar volviéndose loco.

Él no podía pensar más en aquel momento, ni siquiera controlarse, estaba desquiciado... Levantó la mirada hacia la mujer intentando mantener la compostura y le habló con el hielo que se había clavado en su corazón.

- ¿Quiere decir entonces que aquella noche de tormenta usted acompañó en un carruaje a Lorna a ver a ese hombre?
- Si -respondió temerosa apreciando el talante impetuoso del señorito Garrett.
- Y que fue la noche en que Thomas Anderson me golpeó a traición en el jardín de los Lowell... ¿Qué después mi prima me vio besando a Dana y que sus celos desataron toda esta desgracia?
- Sí señor - balbuceó la criada.
- Que además cuando ocurrió el accidente de Dana con el caballo en la finca de Thomas Anderson, hecho del que tenían conocimiento pues fueron a visitarla mientras se recuperaba, ustedes sabían que se acercaba su muerte y dejaron que sucediese sin avisarla...
- Señor... - Amelie había abierto las puertas del infierno sin pretenderlo y ahora temía la reacción del bueno del señorito Garrett.
- Si lo que espera es mi perdón para dormir más tranquila sepa que no lo tiene... - Mathew la miró con una dureza que nunca antes había permitido que le atravesara. - Y si Dios me escucha espero que le haga sentir alguna vez la frustración de tener frente a usted a alguien a quien querría golpear hasta la muerte y a quién no va a tocar, en mi caso, porque es usted una mujer.

Amelie no respondió. Paralizada le vio desaparecer en la noche.

II

Garrett no podía pensar con sensatez, estaba seguro de que el cuadro le había llevado a aquel lugar para evitar que se produjese la muerte de Dana, no sabía cómo había sucedido pero tenía que descubrirlo. Fué a buscar a Charles para contárselo todo...

Fueron a Warwick a buscar al tipo, pero se había marchado de allí. Entonces se plantearon algo descabellado.

- ¿Está seguro de volver a tocarlo? - Charles estaba tieso como un palo.
- No encuentro otra forma de dar con ese tipo - respondió Garrett. - Si vuelvo esa misma noche podré cambiar lo que pasó...
- No se puede cambiar el pasado - replicó Charles.
- Tampoco se puede atravesar a otro lugar por un cuadro y ocurrió - respondió Garrett - esto tiene que haber pasado con un motivo y tengo que saber porqué.
- Está bien, iré con usted. También tengo cuentas con ese endemoniado - resolvió Charles.
- Pero..., no estoy seguro de que podamos saltar juntos, además es muy doloroso...
- ¿Piensa que aguanta el dolor mejor que yo señor Garrett? Recuerde que soy casi un año mayor que usted - bromeó. - Dijo que eran unos segundos, ¿no es así?

Garrett asintió.

- Vayamos pues. Si retiramos la cama llegaremos a la cadena del reloj - aconsejó Charles.
- Está bien, pero dejemos el colchón debajo por si nos golpeamos.

Hecho esto se miraron con convicción y alzaron el brazo en busca de la cadena del reloj en el lienzo. Se tomaron la otra mano antes de tocarlo a la vez...

Garrett jadeaba sobrecogido cuando los gritos de Charles le sacaron de su estado. Se dió cuenta de que no tenía cogida su mano y de un brinco abrió los ojos para buscarle. Estaba encogido junto a él en el suelo.

- ¡Charles! - le llamó aún jadeante tocando la espalda temblorosa de su amigo. - Ya ha pasado. Ha pasado Charles.
- Ahh!Ahh!! ¿Qué? - Charles se giraba asustado hacia él. Miró a Garrett con los ojos desmesurados y sin poder hablar. Temblaba.
- ¡Está bien! Tranquilo - Mathew tendió su mano para ayudarlo a incorporarse.
- ¿Qué ha pasado? - Charles tocaba su propio pecho. - ¿La otra vez fue igual?
- Para mí ha sido idéntico a la otra vez. ¿Qué ha sentido?
- Era tan extraño... Me dolía tanto el pecho, la garganta, todo. Creí que estaba muriendo.

Garrett asintió y reposó la mirada en los recuerdos de su primer salto. Fué tan horrible como el de su amigo, porque el miedo a morir multiplicaba cualquier sensación física. Cuando volvió a la realidad Charles miraba alrededor. Él le imitó. No llovía y la temperatura era varios grados más alta que en Birmingham.

- ¿No debería estar lloviendo? - apuntó Charles.

Garrett asintió mirando alrededor - No sé dónde estamos.

Ante ellos un largo camino amarillento, custodiado por eucaliptos, desembocaba en un grueso puente de hierro. Al otro extremo del sendero, las ruinas de una muralla llegaban hasta un castillo abandonado. Se miraron asombrados y comenzaron a caminar hacia la construcción. No parecía un castillo de Gran Bretaña. La piedra de color gris se apreciaba desgastada por el tiempo. La construcción se componía de cinco alas. La central y más alta culminaba en tres torres con campanario; los cuatro edificios adyacentes se comunicaban con el central por pasillos ascendentes. El territorio alrededor de la construcción se veía resquebrajado por la sequedad y ninguna planta o árbol se apreciaba en todo su alrededor.

- ¿Qué lugar será este? Parece abandonado - concluyó Charles caminando junto a Garrett.

Pero su amigo no le oyó, caminaba frente a la puerta del ala central sin apartar la vista. A unos metros de la hoja Garrett miró a Charles desconcertado - ¿Qué tiene este lugar que ver con tu hermana?

- ¿Con Dana? Nunca estuvo aquí.

Garrett negó con la cabeza como si la respuesta de Charles no fuese correcta. Avanzó su mano hasta la puerta para tocar el símbolo grabado en la madera. Un gran árbol frondoso cubría el centro de cada una de las dos hojas de dos metros de ancho y cuatro de alto.

- ¿Sabes qué es este árbol? - Garrett tocaba con los dedos los perfiles del grabado como si de un jeroglífico se tratase.
- No sé, puede pertenecer al escudo de armas de los dueños del sitio, no lo había visto antes.

Garrett volvió a negar ligeramente empujando la puerta con la mano. Un leve movimiento. Estaba abierta pero era muy pesada. Puso ambas palmas sobre una de las hojas y echó el peso del cuerpo al tiempo que empujaba haciendo palanca con los pies. Un agudo chirrido les asaltó. La puerta se movió unos centímetros. Garrett miró a Charles y se giró de nuevo hacia la entrada.

- ¿Quieres entrar? - le preguntó Charles. - No parece que viva nadie aquí, - recorrió con la vista las ventanas hasta los campanarios - pero no sé si me atrevería.

Cuando Charles bajaba la mirada Garrett volvía a empujar la puerta para acceder al castillo. El chirrido neutralizó el aviso de Charles. Un inmenso vestíbulo con una escalera junto a la pared del fondo se veía desde la entrada.

- Entra Charles - le llamó Garrett desde dentro. - Este sitio es enorme. - Miraba a lo alto las cuatro plantas que daban allí.

Los ojos de Mathew recorrieron el suelo cubierto de losas blancas y negras, las paredes blancas hasta el techo tallado de figuras de animales, árboles y personas. Aunque no lograba apreciarlo del todo desde abajo. A su izquierda la luz de un gran patio acristalado iluminaba el lugar. Sus pasos se dirigieron allí...

- ¿Eh? ¿Qué pasa? - Charles empujó la puerta que se había cerrado cuando había intentado entrar.

Garrett se fijó en que la luz del patio no podía proceder sólo de la luz del día, era más intensa y amarillenta que la del exterior. Incluso parecía fulgurar disminuyendo su intensidad y volviendo a aumentarla como si de un ritmo respiratorio se tratase. Su curiosidad se incrementó y aumentó la velocidad de sus pasos hacia el patio.

- Garrett, no puedo abrir. La puerta se ha cerrado.

Mathew detuvo el paso y se giró hacia la entrada. - ¿Charles? - Garrett acababa de darse cuenta de que había oído la puerta cerrarse pero estaba tan ensimismado que no había prestado atención. Corrió hasta allí.

Efectivamente la puerta estaba cerrada. Cogió la argolla interior que encontró. Tiró de ella con fuerza pero no era suficiente. - Empuja Charles.

Charles empujó con toda su fuerza para abrir la puerta mientras Garrett tiraba de la argolla con el peso de todo su cuerpo y la fuerza de sus brazos, pero la hoja no se movió un centímetro.

- No se mueve - gritó Charles golpeando la puerta.
- Volvamos a intentarlo - propuso Garrett con cierto nivel de ansiedad, no imaginaba cómo podría salir de aquel enorme edificio de piedra si no era por la puerta.

- Si. Los dos a la vez - gritó Charles.
- ¡Ahora! ¡Empuja! - gritó Mathew tirando con su peso, toda la fuerza de su cuerpo y diría que hasta de su mente.

Charles apoyaba los zapatos contra la tierra y empujaba con todo el cuerpo y la fuerza de las piernas y los brazos. - ¡Vaaaaamos! - bramó con la garganta constreñida por los músculos del cuello. Era una orden para que se abriera.

Pero pasados unos segundos desistieron ante la evidente imposibilidad - No se puede - gritó Garrett buscando el motivo, quizá algún engranaje se había desplazado cerrándola.

- ¡Ahg! - gritó Charles.
- ¿Charles? ¿Qué pasa? - Garrett golpeó la puerta con el puño para que le respondiera.

Pero de repente su corazón se ralentizaba, le costaba respirar y sus piernas se volvían débiles. Sabía lo que ocurría, iba a saltar, quizá también Charles.... El dolor empezó a tirar de todo dentro de sí y se oscureció su conciencia.

III

Cuando el dolor le dejó Charles oyó a Garrett jadeando aún y abrió los ojos. Él había regresado unos segundos antes. Estaba sediento. Se levantó buscando agua. Había dos botellas en la cocina, de una bebió y la otra la ofreció a Garrett que se incorporaba necesitado de agua.

- ¿Por qué tenemos tanta sed? - Charles cuando terminó de beber
- No lo sé - un trago más. -Creo que consumimos agua de nuestro cuerpo cuando saltamos - Garrett cuando recuperó el aire.
- ¿Ha ido todo bien allí dentro?
- Si, pero no me dio tiempo de ver una luz que llamó mucho mi atención, aumentaba y disminuía como al ritmo de una respiración o de un corazón.
- ¿Había alguien vivo allí?
- Si fuera eso debía ser enorme porque la luz resplandecía en todo un patio inmenso dentro del castillo.
- ¿Pero alguien vivo puede desprender luz?

Garrett encogió los hombros. - No lo sé pero quiero continuar. Me pareció que estaba en otro mundo que extrañamente me resultaba muy familiar.

- ¿Qué significa eso Mathew?
- No lo sé, ni entiendo lo que acabo de decir, pero tengo que descubrirlo.
- Bueno, está bien, pero la próxima vez iremos sujetos por una soga. No te voy a dejar entrar sólo en sitios a los que yo no pueda acceder.
- Así lo haremos - Garrett levantó el pulgar con una sonrisa.

III

Siguieron saltando. Superados los cinco primeros saltos el dolor se hacía en cierto modo manejable. Descubrieron que si no oponían resistencia al dolor éste les rompía menos, así lo sentían. Llegaron a distintos lugares en distintos momentos, y siempre regresaban ante el cuadro.

Pasados unos meses saltar a través del cuadro se volvió adictivo, al menos para Garret. Se había obsesionado en controlar al menos la fecha a la que saltaban.

- Mathew hemos comprobado que no podemos controlar nada en los saltos, todo es aleatorio.
- Estoy seguro de que seguimos un patrón, solo debemos averiguarlo y tendremos el control - aseguró Garrett distraído en varias hipótesis a la vez.

Tenían una pizarra donde anotaban fechas y lugares, pero estaba ya emborronada de tantas teorías que apenas podía entenderse nada.

- Me voy a casa, tengo que dormir y ver cómo está mi padre - explicó Charles.
- Bien, bien - respondió Mathew mirando la pizarra.
- También debería dormir - aconsejó Charles antes de marcharse.

Charles no confiaba en poder dar con el fulano saltando, de ahí que sugiriera a Garrett frecuentar algunas fiestas. Se había puesto de moda traer magos y adivinos como diversión y se narraban hechos inimaginables de dichas veladas. Era una forma tan buena como otra de encontrar al tipo y apartar a Mathew de su obsesión.

Pero pasados los meses no llegaron a dar con nadie que pudiera darle señas del tipo descrito por Amelie. La obsesión de Garrett les fue alejando y, con gran pesar, Charles hubo de retirarse para no ser arrastrado por la fijación de su querido amigo.

Mathew comenzó a saltar sólo lo que le causó algunos encuentros desagradables, de los que hubo de recuperarse luego gracias a la capacidad de su cuerpo de regenerarse con rapidez. Fué entendiendo cada vez con más claridad que a veces se encontraba en lugares que no pertenecían a este mundo. Pasado algún tiempo dejó de hacerse preguntas.

Después de algunos años, decidió centrar sus intentos con un objetivo en concreto. Dana y su recuerdo se habían vuelto casi un fantasma para él. Debía elegir el propósito que daría a aquel objeto inigualable que poseía. Mientras lo encontraba se entrenó en llegar a un lugar o a una situación. Había comprobado que a menudo lograba el éxito si se dirigía a un lugar en el que ya hubiese estado o a un acontecimiento en concreto. Probó también saltar cerca de casa para poder regresar junto al retrato antes de que se produjese el salto de vuelta. Así ocurrió. Empezaba a dominar el poder de los saltos. Ahora sólo faltaba encontrar un propósito.

IV

Hacía quince años que no veía a Charles cuando, el día de su cuarenta cumpleaños, apareció por la editorial y lo encontró encerrado en su despacho.

- ¿Qué hace ahí Garrett? - Charles llevó sus manos a la estantería llena de libros que había ante la puerta del despacho.
- Ayúdeme a abrir la puerta, no puedo moverla - pidió golpeando la hoja con el hombro.
- Hay una estantería obstruyendo la entrada. Voy a moverla, deme unos minutos.
- Esos malditos me las van a pagar - bramó Garrett enfurecido.
- ¿Alguien ha puesto esto aquí? - Charles se detenía en aquel instante, consciente de que le

habían encerrado.

Se apresuró a dejar la mayor parte de los libros en el suelo y arrastró la estantería. Garrett empujó la puerta con fuerza al oír que Charles arrastraba el mueble y salió como una exhalación del despacho chocando contra Charles y cayendo ambos al suelo.

- Vaya recibimiento - rió Charles incorporándose para levantarse y tendiendo la mano a Garrett para ayudarlo. Vió que le habían dado una paliza. - ¿Quién le ha hecho esto?

Sin mediar palabra Garrett le abrazó y Charles se dejó abrazar mientras sentía la emoción de su amigo y también su necesidad. Después le abrazó también - ¿Qué ha pasado?

- Unos bastardos vinieron a buscarme y me cogieron desprevenido - Garrett se movía de un lado a otro mientras hablaba.
- ¿Cuándo? - preguntó Charles.
- No lo sé - estaba alterado después de haberse recuperado de una paliza de muerte, no sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo. - ¿Qué día es hoy?
- ¿Qué? ...es jueves. Garrett no puede seguir así...
- Dos días, he dormido dos días - pensó en voz alta.
- ¿Lleva dos días ahí dentro? Tiene que dejar de hacer preguntas sobre el brujo...
- Deme un minuto - pidió él cruzando las piernas con gesto de circunstancias.- Acabo de darme cuenta de que tengo que ir al baño - se disculpó marchando a aliviarse caminando con rapidez.
- Es peligroso seguir haciendo preguntas - concluyó Charles a voz alzada mientras Garrett se marchaba.
- No es por eso - le advirtió Garrett conforme llegaba de nuevo hasta él.- No tiene nada que ver con el brujo. La gente quiere echarme de aquí...
- ¿Pero por qué? - Charles realmente no entendía lo que Mathew le decía.
- ¿Por qué? - Connor sonrió con medio mentón y ojos fanfarrones. - Míreme... Pero míreme bien - abrió los brazos frente a Charles... Soy exactamente igual que hace veinte años. No he cambiado nada, ni una mísera arruga o achaque. Nada...
- ¿Qué?- Charles negaba. - Eso es... - hizo un silencio mientras miraba a su amigo como si nunca hubiese pensado en ello. - Eso no...
- No hay excusas Charles, estoy maldito, no hay otra explicación - aseguró Garrett intentando que Charles comprendiese que negándolo no conseguirían nada.
- Pero... eso no es posible. ¿Qué quiere decir con que está maldito?

De repente Charles dió un paso atrás, y todo tomó sentido para él. Fijó la vista sobre las piedras que había visto en el suelo. - ¿Y estas piedras..? - ni quiso terminar la frase.

- Son unos cobardes - aseguró Garrett con la cabeza erguida y una mirada dura.
- Charles no tenía más que preguntar, había sido un linchamiento. - Tiene que irse a donde nadie le conozca... - Charles pensó un momento. - Y tiene que cambiar de nombre...
- Pues no sé qué nombre usaría - sonrió.
- Connor, me gusta Connor - propuso Charles. - y... aprender boxeo.
- ¿Boxeo? - rió.
- Sí amigo. Conozco un buen entrenador. Iremos a verle cuando esté curado.
- Entonces mañana - sonrió.
- Por ahora vayamos a casa, pasará unos días allí hasta que veamos que hacer - propuso Charles.

- No, eso no puede ser - Connor dió un paso atrás negando con las manos. No podía crear problemas a Charles y a su familia. - Sé que se casó...

Un silencio les calló unos instantes.

- Vayamos a comer algo - propuso Garrett.
- Si, pero lávese antes - aseveró Charles asintiendo exageradamente con la cabeza. - Huele mal y tenemos que ir a que le vean esa herida.
- Está bien - aceptó Garrett. Me lavaré pero no hace falta que me vean la herida, estará curada esta noche... - aseguró de manera misteriosa.
- ¿Y eso porqué? - Garrett reía entre dientes, le estaba ocultando algo.
- Se lo contaré mientras comemos - decidió mientras se dirigía a asearse. Por fin había recuperado a su amigo. La vida volvía a ser mejor...

Edén era una auténtica luz que alumbraba la creación misma. Sin embargo, a mayor luz, las sombras más se alargaban. Y Dios lo sabía.

CAPÍTULO VII

Swing.

5 de septiembre de 1940

Puttin' on the Ritz se oía en el Ambrosías mientras el humo de los cigarrillos seguía ascendiendo hacia la nube que volvía vaporosas las lámparas de cristal azul zafiro del techo. Alrededor de la pista de baile donde las quince parejas bailaban con entusiasmo, las mesas cargadas de copas llenas y vacías ofrecían un descanso a los sudorosos bailarines, que se esforzaban por quedar en buen puesto en la final. Era un local clandestino aunque nadie lo hubiese dicho. Dada la tensión en el ambiente político y militar mundial la diversión era algo secundario y mal visto por buena parte de la sociedad londinense.

Pero en el Ambrosías hacían lo posible por olvidar el ambiente bélico reinante en Europa y el guardarropas estaba repleto de estolas, chaquetas, sombreros y todo tipos de prendas que molestaban tanto a los concursantes como al público, afectados por el aumento de la temperatura en el local. Por un rato abrieron las puertas de la calle lo que alivió considerablemente la temperatura.

Un pequeño descanso mientras “Frenesí” era interpretado de forma fabulosa por la orquesta en el escenario. Connor tomaba un Boulevardier junto a la barra y la punta de su zapato izquierdo zigzagueaba al ritmo de la música. Sus ojos barrían el salón esperando ver a su interlocutor.

Aquel muchacho con la mano en el bolsillo del pantalón y la chaqueta abierta se le antojaba una provocación a la dama de rojo que movía ambos tacones bajo el vestido.

- Es un auténtico derroche que sus pies y los míos bailen solos - susurró ella a la espalda de Connor.

Él se sorprendió ante la ocurrencia y se giró buscando la voz que le había hecho sonreír. Su sorpresa se volvió regalo cuando sus ojos encontraron a la hermosa dama.

- Estoy de acuerdo - respondió ofreciéndole la mano con una leve reverencia - ¿Me concede el honor?
- ¡Hum! ¿De dónde viene? - se preguntó ella extrañada por su forma de pedirle un baile.

Él levantó la mirada con cierta fijeza y ella le entregó su mano sonriente. Se dirigieron hacia la

pista de baile con la sensación de que el momento merecía la pena.

“Boogie Woogie Bugle Boy” de The Andrews Sisters empezaba a sonar cuando Connor se giraba frente a ella con una sonrisa y le ofrecía ambas manos, que ella tomaba sonriente dispuesta a disfrutar. Connor condujo la mano derecha de la mujer a su hombro y su mano izquierda a la espalda de ella, se tomaron de la otra y comenzaron a bailar.

Él la conducía con suavidad y ella embellecía sus propuestas. Cada movimiento era un alarde de sincronía: pasos, cruces, giros... Sonreían y jugaban, se alejaban, se acercaban y todo pertenecía a la improvisada ensoñación que entre ambos diseñaban. El rostro relajado de ella y la entrega de Connor confesaban que era un magnífico encuentro de baile.

Apenas terminó su canción y “Moonlight Serenade” de Glen Miller sonaba para anunciar que había llegado el fin de la pausa del concurso y los bailarines regresaban a la pista para la última prueba. Se miraron sonrientes dispuestos quizá a haber bailado juntos aquella preciosa canción. Pero en otro momento sería...

- Una lástima que nos hayan interrumpido - dijo ella sin aliento regresando hacia la barra.
- Estoy de acuerdo - respondió él siguiéndola con respiración entrecortada también.

Mientras caminaba tras ella Connor no cesaba de mirar alrededor.

- De todas formas aún podemos tomar un trozo de tarta en la azotea - dijo la mujer.

Connor se detuvo sorprendido. Ella se giró hacia él con una sonrisa que a él le resultó desconcertante. ¿Ella era su contacto?

- La tarta sin duda sabe mejor al aire libre - dijo Connor recitando la clave que le habían dado.
- Sabía que era usted - asintió ella riendo complacida. - Sígame por favor.
- Pues le aseguro que yo no imaginé que fuera usted - confesó siguiéndola mientras negaba con la cabeza mirando al suelo.
- No se preocupe señor Martin, de eso se trata. Me preocuparía si me hubiese descubierto.
- Ha sido una buena táctica invitarme a bailar - sonrió él llegando hasta el guardarropa donde ella acababa de detenerse.
- Yo no le invité a bailar - corrigió ella agitando despacio el índice mientras se giraba hacia él con una sonrisa. - Lo hizo usted. Además eso fue placer no trabajo.

Los ojos azules de aquella belleza rubia le dejaron sin aliento justo en aquel instante; eran más audaces aún que sus palabras y más directos que sus pasos de baile. La mujer rozó su mejilla con un beso. Olía de forma deliciosa.

- Le conduciré hasta Gerónimo - susurró en su oído indicando la puerta de atrás con un gesto de su hombro descubierto. - Le recomiendo que recoja lo que tenga en el guardarropa antes de salir.

Ella pidió su estola sabiendo que Connor la estaba observando. Él recogió su sombrero que se caló con elegancia mientras comenzaba a seguir los pasos de la mujer. Le hubiera preguntado su nombre en otras circunstancias.

- Esperaba a un hombre como contacto - confesó él caminando a su lado.
- Uso el nombre de Milo con esa intención. Puede llamarme Samanta si lo prefiere - sugirió ella.
- Sólo si fuera su auténtico nombre - respondió él pendiente del recorrido - Milo está bien. Disculpe pero ¿no estamos dando un rodeo?
- Es usted sagaz Connor - rió ella.- Hace una noche muy agradable y me pareció buena idea pasear con usted por las calles de Londres.

Él la miró con curiosidad mientras sonreía.

- ¿Me daría entonces su nombre en una noche tan agradable como esta? - propuso él.
- Puede que otro día - respondió aún más atrevida que él.
- Otro día será - sonrió.
- Gerónimo querrá saber de usted, antes de pasarle información - explicó ella deteniéndose de nuevo ante la puerta del Ambrosías.
- Es lógico. No tengo nada que ocultar - mintió.
- Es peligroso...
- Cuento con un sistema difícilmente detectable - sonrió preguntándose cómo los alemanes podrían descubrir sus saltos.
- Dios mediante espero que tenga suerte - expresó con dulzura.
- Gracias Milo - asintió Connor.
- Gerónimo es el barman que le sirvió la copa antes, dígame su nombre y que ha hablado con Milo - detalló ella.
- Entonces estaba en el local... - se sorprendió Connor.
- Era verdad cuando le dije que quería pasear con usted por las calles de Londres... - sonrió ella mirándole a los ojos.- Yo ya me marchó.
- Gracias por todo - expresó Connor tendiéndole la mano para despedirla.
- Sólo por el baile - sonrió ella dándole la mano.
- ¿Habrá ocasión de que me diga su nombre? - preguntó con una sonrisa.
- Estoy segura de que así será - rió ella bajando la vista por primera vez en la noche.

Verla sonrojarse fué tan adorable como presenciarla divirtiéndose con él.

Un día, el padre invocó a sus hijos. Y les entregó la espada Clamatormentas para asegurarse una victoria contra cualquier enemigo de Edén.

CAPÍTULO VIII

Blitz.

8 de septiembre de 1940

Charles era la única familia que le quedaba y había ido a comprobar si todos estaban bien. Los bombarderos habían arrasado Londres el día anterior. La ciudad era un caos y él ya había vivido la otra guerra. No quería siquiera pensar en ello. Cuando se alistó en la otra ocasión tenía 36 años y vio todas las atrocidades que soportaba. Tenía más sentido para él colaborar en la sombra.

Charles ahora tenía 61 años, como él, pero su amigo si había envejecido. Gracias a Dios, tanto él, como sus hijos y su mujer estaban bien. Al atardecer regresaba a casa con la tristeza de ver a Charles anciano y a sus hijos más mayores de lo que aparentaba serlo él. Era un hecho que no había aprendido aún a aceptar.

El vaivén del vagón parecía desear sacarle de aquellos pensamientos. No viajaba demasiada gente, cierto era que un tren en marcha era un blanco demasiado fácil a vista de pájaro, pero a él no le preocupaba demasiado. Al bajarse en la estación estaba anocheciendo y le apeteció ir a tomar una copa.

El Ambrosías estaba abierto pero tenía los neones apagados por precaución. Se quitó el sombrero y oyó la música sonar cuando abrió la puerta. Era reconfortante un poco de normalidad. Buscó a Milo con la mirada, ella conversaba con Gerónimo sentada en la barra. Sonrió al verla y se dirigió hacia ellos.

- Buenas noches- saludó a ambos al llegar.
- Ah, hola - sonrió Milo. - ¿Qué hace por aquí?
- Hola Milo, me alegra verla bien - dijo Connor.
- A mí también me alegra verle - sonrió ella.
- Hola señor Martin - saludó Gerónimo. - Le esperaba ¿Podrá pasar su primer mensaje?
- Naturalmente. Al pie de la letra.
- Bien. - Gerónimo sacó una nota de su bolsillo que dejó en la barra para que él la cogiese. - Dentro tiene las instrucciones.
- De acuerdo - Connor la guardó en el bolsillo.
- ¿Le apetece una copa? - acertó.

- No imagina cuánto - asintió Connor viéndole marchar por un vaso.
- ¿Qué tal va todo señor Martin? - preguntó Milo tocando la banqueta a su lado para invitarle a que se sentase junto a ella.

Connor la miró sin responder, no sabía qué tenía aquella chica en la mirada que le dejaba sin palabras. Gerónimo dejó el Whiskey en la barra y Connor lo tomó de un trago que le quemó la garganta.

- ¿Le apetece dar una vuelta a la manzana? - sugirió él con necesidad de alejarse de la música para conversar con ella.

Ella asintió e hizo un gesto a Gerónimo de que volvería pronto.

- ¿Trabaja usted en el Ambrosías? - preguntó mientras se dirigían hacia la puerta.
- No exactamente, Gerónimo es amigo mío y socio del local, vengo a verlo a menudo - respondió con amabilidad.
- ¿Cuál es su nombre? - susurró Connor sin saber qué buscaba exactamente al saberlo.

Durante unos segundos el silencio les envolvió a ambos buscando una explicación en los ojos del otro a una pregunta que no sabían cuál era. Ella bajó la cabeza acalorada.

- Paseemos - propuso Milo con una sonrisa.

Connor se giró hacia la calle siguiendo sus pasos como la vez anterior. Pasearían. La brisa de la noche les acariciaba agradablemente. Aunque el silencio en la calle era mayor de lo habitual, se sentía bien pasear junto al otro. Las farolas permanecían apagadas por seguridad pero la luna generosa se había llenado para ellos.

- ¿A qué se dedica usted? - preguntó ella. - Tengo la sensación de haberle visto antes pero no recuerdo dónde.

Milo acababa de explicarle lo que él sentía pero a lo que no había sabido poner palabras. Connor sonrió para sí.

- Dirijo una editorial - respondió. - Leo manuscritos, elijo los mejores y los publico. Pero tampoco recuerdo de qué la conozco.
- Tenemos un misterio - Milo entornó su mirada juguetona. Su nariz se alzó y mostró un rostro sagaz.
- Supongo que sí - rió él ante la escenificación de ella. Parecía una mujer divertida, era cautivadora y presumía que, si tenía oportunidad de conocerla, la seguiría encontrando apasionante.

Caminaron unos metros sin saber sobre qué conversar. Sus silencios estaban bien pero Milo tenía curiosidad.

- Cuénteme algo sobre usted.
- No hay mucho qué saber - tan acostumbrado a mentir que había salido sólo.
- Entonces, ¿podría inventarse algo?

Connor la miró con cierto interés renovado. Quizá podría contarle alguna curiosidad de alguno de sus viajes como si de un cuento se tratase. Asintió. Elegiría qué relatar a tan encantadora oyente.

Pero en aquel instante un rumor mecánico invadió el aire. Detuvieron el paso bruscamente y miraron al cielo. El rumor se volvió el rugido de un avión sobre sus cabezas y una sirena de alarma comenzó a sonar avisando del peligro. Connor cogió la mano de ella y tiró para que corriese de allí. El silbido agudo de una bomba se oyó caer mientras corrían y una explosión hizo temblar el asfalto bajo sus pies.

Cuando se giraron el Ambrosías ardía y sus restos aún se elevaban para caer sobre la calle. El fuego y el humo ocuparon la noche en un instante. Petrificados veían la devastadora destrucción que había hecho añicos el edificio y otros colindantes cuyos pedruscos caían en mitad de la calle. Habían acabado con las vidas que albergaban...

- Gerónimo - gritó Milo llorando cuando fué capaz de darse cuenta de lo que había pasado.
- Vayámonos de aquí - dijo Connor tirando de los brazos de ella mientras oía otro avión acercarse.

Estaban relativamente cerca de su editorial, conocía la zona. A unas calles había una fábrica de hilo abandonada cuyo sótano era el lugar más seguro que se le ocurría. El silbido de un explosivo rasgó el aire de nuevo, Connor y Milo corrieron mientras los gritos de unos chicos saltaron al unísono cual oda a la muerte. La bomba explotó a unas manzanas de allí, el suelo retumbó.

Connor se giró para buscar a los chicos que habían oído. Eran cinco, de unos veinte años. Tres chicos y dos chicas que corrían de un lado al otro sin hallar refugio, era evidente que era un lugar desconocido para ellos.

- Aquí, venid - gritó él haciendo gestos acelerados con el brazo para que les siguieran.

Con un grito se avisaron unos a otros mientras corrían hacia él. El sótano estaba cerca de allí. Otro silbido y una explosión había tocado la calle contigua. El suelo tembló de nuevo. No podían correr más rápido, Milo y las dos chicas iban con los zapatos en la mano, porque los tacones les impedían correr. No había cascotes alrededor pero aún así se estaban dejando los pies en la carrera.

Connor indicó a Milo que entrase y con un gesto del brazo que les siguieran los demás. Habían llegado a la fábrica, gracias a la luz de la luna que entraba por el cristal de la ventana superior pudieron atisbar hasta el final de la escalera que bajaba al sótano.

Había una pareja de ancianos, vecinos de la editorial, allí refugiados también. Milo lloraba y Connor le rodeó los hombros sentado en el suelo junto a ella. La penumbra reflejaba sus sombras cabizbajas sobre la pared.

II

Hacía algo más de una hora que no se oía ninguna explosión, parecía que todo había terminado por ese día. Poco a poco decidieron salir a la superficie. Subieron arriba y los jóvenes fueron los primeros en salir.

- Gracias señor - uno de los chicos se acercó a Connor antes de dirigirse hacia la puerta.
- No hay de qué - respondió Connor.

Los demás se despedían con la mano antes de salir.

Milo cedió el paso a los ancianos y Connor le cedió el paso a ella. Se acercaban a la puerta cuando un nuevo rugido tomó el aire, el avión apareció de la nada, lo tenían encima. Los ancianos aceleraron el paso para volver a entrar en la fábrica. Milo se giró para ir adentro tropezando con Connor que estaba justo detrás de ella.

- Abajo - dijo él girándola hacia dentro con el brazo y cubriendo con su otra mano su cabeza.

El silbido se oyó más fuerte que nunca, estaba justo encima de ellos. Dios, iba a caerles en lo alto...

Un latigazo de piedras explotó en la espalda de Connor aplastándole contra la mujer, y una onda vacía le cercenó la sensibilidad de todo el cuerpo. La reja de la ventana, dura como una locomotora, le rajó la pantorrilla en dos. La tierra, el polvo y los desprendimientos de pared le cubrieron por completo. Los ladrillos desmigados flotaban en el aire mientras algunos trozos aún les seguían cayendo encima.

Él y Milo habían recibido el impacto de la pared que había caído. Ella estaba cubierta de polvo, trozos del muro y trozos del cristal de la ventana. Tenía el vestido y la cara manchados de sangre y estaba tendida bocarriba con los ojos cerrados. Connor con el hombro derecho sobre las piernas de ella permanecía desvanecido boca abajo. La puerta abierta había evitado que los daños fueran letales para los ancianos. Estaban tendidos sobre el suelo; la anciana herida en un brazo y él en ambas piernas, pero las heridas eran superficiales.

Una incomprensible sacudida le devolvió la conciencia a Connor y se despertó tosiendo el polvo de la boca. Levantó levemente la cabeza pero aún no podía centrar su pensamiento. La luz de la calle reflejaba su sombra sobre el cuerpo de Milo.

Una conciencia ocupó la sombra y observó a Connor con desmesurado interés.

Martin sintió que sus dedos tocaban la pierna de una mujer. Recordó de pronto a Milo y levantó la cabeza buscándola, el polvo era dueño innegable del lugar y seguía descendiendo sobre ellos, pero la vio a su lado. Intentó levantarse y la pierna se lo impidió, se giró y vio la herida que dividía en dos sus gemelos...

- ¡Dios! - comprendió el dolor.

Volvió su atención a Milo. Estaba tendida boca arriba debajo de él y aún no había hecho amago de moverse o hablar. Arrastras se acercó a su rostro.

La sombra se elevó en el aire cubierto con una capa vaporosa y negra con capucha. Tenía porte escuálido y controlador, vigilante. Las cuencas de sus ojos vacías cubiertas por lentes oscuras observaban con interés al hombre que intentaba levantarse cubierto por los cascotes. Era imposible que lo hiciera pues había llegado la hora del fallecimiento de aquel mortal. ¿Cómo podría ser que siguiera vivo? Había gente que se resistía mucho a morir, debería esperar un poco más. El mortal tenía una brecha en la cabeza y miraba a la mujer sobre la que estaba echado.

- Milo - susurró. - ¡Milo...! - Connor tocó a la mujer en la frente y ella no reaccionó. Miró hacia atrás y pudo ver la calle; el muro había caído sobre ellos. La espalda le dolía terriblemente, el hombro sobre el que había caído encima de la mujer, lo tenía lastimado pero el dolor de la pierna era aún peor. Se incorporó un poco más y logró ponerse a cuatro patas.

La anciana ayudaba a su marido a incorporarse, ambos estaban heridos. Volvió a mirar a Milo, la sombra también lo hizo de cerca, a un palmo del rostro de ella. Estaba muerta. Connor acarició la mejilla de ella con intención de despertarla... - Milo, despierte - pidió.

- No tiene caso muchacho, ella está muerta - aseguró la sombra con ironía sobrevolando el cuerpo de Milo sin ser visto ni oído por nadie. - Pero la pregunta más importante es... - continuó su disertación.- ¿Cómo estás vivo tú?
- Despierta- insistió Connor sacudiendo suavemente a la mujer, pero ella no se movía. - Milo, por favor...
- He venido a recogerte, y ahora no te mueres ¿qué hago? Podría lanzarte algunas piedras más a ver si terminas de morir y no me complicas la existencia - sugirió el ente relativamente en broma.

Connor miró a los ancianos buscando alguna indicación sobre qué hacer. La mujer se acercó a él, su marido se sostenía sentado. La anciana se arrodilló como pudo y acercó el oído al corazón de la muchacha. Levantó la cabeza y negó mirando a Connor.

- Está muerta muchacho - resolvió. - Su corazón no late... ¿La conocías?
- ¿Muerta? - preguntó desconsolado. Sus ojos se empañaron. - Empezaba a conocerla...
- No te sientas mal, mueren personas todos los días, agradece que no la conocías demasiado - sugirió la mujer.

No la conocía demasiado pero ¿por qué se sentía tan bruscamente dolido? - se preguntó volviendo a mirarla para comprobar que efectivamente no sabía quién era. ¿Por qué sentía que había perdido de nuevo a alguien muy querido?

Milo había salido de su cuerpo y miraba a Connor muy acongojada, estaba confusa y perdida. No sabía lo que ocurría. Por primera vez se vio a sí misma tendida bajo los cascotes, cubierta con trozos de la pared y polvo, y la boca llena de sangre.

La entidad la miraba pacientemente, siempre les dejaba que viesan esta primera imagen. Su trabajo resultaba más sencillo si ya se habían planteado que habían fallecido.

- Tranquila muchacha, la muerte es tan natural como la vida - dijo en tono cordial.
- La mujer le miró impresionada, su cuerpo lo sentía de forma muy diferente, parecía no sentirlo pero era como si lo tuviera y aunque aquella cosa que tenía delante parecía amistosa estaba muy asustada.
- Acompáñame, te ayudaré a comprender lo sucedido y te explicaré algunos detalles. Ahora vamos a hacer un pequeño viaje, pero no te preocupes que voy a acompañarte para que llegues segura a tu destino - le explicó a ella, que sin darse cuenta caminaba junto a aquel Ser que contaba con un gran poder de convicción.
 - Pero ¿Por qué tengo la sensación de que vuelvo a despedirme de él y siento tanta tristeza?
 - ¿Le conocías? - preguntó la presencia.

Se preguntaba por qué aquel sujeto seguía vivo y en cambio la mujer había muerto. Vendría después a ver qué podía descubrir sobre ese fallo en la fecha de su muerte. Al igual tenía suerte y cuando regresara había muerto por un paro cardíaco, desangrado o por un fallo multiorgánico..

- A ese hombre le ví sólo hace unos días, pero no es lo que siento - dijo llevando las manos sobre el corazón.
- Otras vidas - pensó la entidad.

- Siento mucho no haberle dicho mi nombre ... - dijo ella mientras se desvanecían.

El Ser volvió a la fábrica después de llevarla al lugar donde pertenecía y comprobó que Mathew Garret, cuyo nombre y fecha de la muerte tenía en su orden de trabajo, se había marchado vivo y coleando. Debía investigar un poco sobre el sujeto y rellenar un largo y tedioso formulario. Odiaba hacerlo y odiaba a aquel tipo por no haberse muerto como le correspondía. Menudo cabrón informal.

Connor se apoyaba en cualquier fachada de la calle con las manos heridas para poder caminar cojeando hacia la editorial. Había grandes destrozos en la calle y en algunas casas que ya sólo eran piedras derruidas; las paredes de otras viviendas habían desaparecido también y algunas personas heridas eran atendidas por quienes habían resultado ilesos o sus heridas eran más leves. El humo y el polvo llenaba toda la calle y el olor a carne quemada lo volvía nauseabundo. Había dejado su chaqueta cubriendo el rostro de ella y el pantalón que llevaba puesto continuaba chorreando su propia sangre. Iba a desplomarse en cualquier momento.

A falta de varios metros hasta la puerta de su negocio vio a una niña llorando arrodillada junto al cadáver de un hombre. Dios, si se paraba a atenderla se caería antes de llegar. La niña le miró buscando consuelo, como él había buscado antes en la anciana, y la ayuda de alguien para saber qué hacer.

Connor apenas levantaba la pierna sana y arrastraba la pierna herida pasando muy despacio junto a la niña mientras pensaba que se iba a desmayar junto a ella. Logró llegar a su puerta con gran dificultad y abrirla con un golpe de suerte pero se desplomó dentro de la editorial.

Una espada que unía las cuatro espadas de sus hijos. Con tanto poder, que rompería la conexión entre el Árbol de los Mundos y cualquier lugar que fuese necesario.

En la actualidad...

CAPÍTULO IX

Valery Jones.

14 de noviembre de 2023

De camino a la galería giraba las llaves en el dedo índice con despreocupación mientras su melena mecía desordenada en tonos caramelo, dorado y toffe. Libre sus hombros de cualquier tensión, su barbilla y sus labios recordaban el perfil de una orgullosa princesa india. Su mirada color miel amenazaba con derretir a cualquier intruso que se atreviera a indagar en sus ojos.

Cuando terminó el café que paseaba en la izquierda y bebía a sorbos, tiró el envase en la papelera y cruzó la calle valorando el tiempo que había empleado con el cuadro del caballero. Por fin iba a subastarlo en su galería. El retrato de Dana Lowell había estado tan desaparecido como su modelo lo estuvo cien años atrás, dando lugar a todo tipo de rumores. Pero pensando de manera práctica, en la actualidad la obra se daba por perdida tras más de ocho décadas sin saber de ella, y Valery ahora la tenía en su poder.

Pulsó con el pulgar el mando a distancia y mientras la reja subía, miró su nombre en letras doradas en la puerta de cristal: Valery Jones. Galería de Arte.

Se agachó y cruzó comprobando satisfecha que sólo el olor a óleo rancio llegaba a recibirla. El móvil empezó a vibrar en el bolso de piel sin teñir de Portobello Road; lo sacó y atendió la llamada tras desconectar la alarma del local.

- ¿Si? - pulsando para bajar la persiana metálica a la mitad.
- Buenos días ¿Es usted Valery Jones? - preguntó la voz de un hombre al otro lado de la línea.
- ¿Si? - respondió ella soltando el mando en la mesilla barroca tallada y dorada de la entrada.
- Soy Connor Martin, la llamo desde...

Ella encendía las luces y se disponía a quitarse los zapatos para caminar descalza sobre la moqueta limpia. El cuadro estaba ante ella y no prestaba demasiada atención a la llamada.

- ¿Señorita Jones?- el otro la reclamó tras no obtener respuesta.

- Si, aquí estoy - devolviendo su atención que había distraído en la pintura.

Él procuró un silencio de dos segundos mientras medía sus palabras porque, aunque estaba molesto, no quería gastar su mal humor con la desconocida. - Debe usted suspender la subasta.

Valery perdió pié quitándose el segundo zapato ante la determinación de la voz al otro lado de la línea. Recuperó el paso acalorada por el traspies mientras su cerebro caía de nuevo en el centro de su cráneo.

- ¿Qué? - un hilo de voz se le escapó.
- Señorita, su credibilidad quedará dañada si el cuadro del caballero continúa en la subasta. No sé cómo ha llegado a usted esa obra pero es una falsificación.
- ¿Cómo? - una mezcla de sarcasmo y molestia surgió en la voz de ella. Su ceja derecha se había levantado en señal de guerra, mejor colgar. - Le agradezco su interés señor Martin...

Valery cortó la llamada cubriendo el móvil con ambas manos mientras sus ojos querían salir de sus órbitas. - ¿Quién es este arrogante? Nada de inquietarse a estas alturas - se recomendó. Debía llamar al catering y enviar el último recordatorio a sus clientes.

Al otro lado de la línea Martin miró el móvil contrariado, Valery Jones había sido una maleducada. Le había dado una oportunidad a aquella desagradable mujer aunque Pol le había recomendado no involucrarse personalmente. La tarde anterior, en su pazo de Pontevedra, había recibido un email de Pol con información de la subasta donde aparecía su apreciado cuadro. Una falsificación naturalmente, pues el suyo estaba a buen recaudo en su propia casa. Organizó su viaje a Londres con inmediatez. Nunca hubiese pensado que se encontraría con una falsificación de su pintura. Necesitaba ocuparse personalmente de aquel asunto y buscó vuelo en el primer avión con plazas disponibles de la mañana.

En la sala de embarque del aeropuerto de Pontevedra, en España, con la cabeza sobre el respaldo de su asiento, recordó el tiempo que le había acompañado la pintura y lo que le había supuesto. Tras unos minutos de demasiados recuerdos se puso en pié, echó la chaqueta sobre el brazo y sacó el móvil del bolsillo para llamar a Pol.

- Buenos días - saludó.
- Buenos días señor Martin – respondió Pol.- Esperaba noticias. ¿Cómo le ha ido?
- No ha servido de nada, no me ha escuchado. Siga con el procedimiento habitual.
- Ok. No se preocupe por nada – Pol sabía que aquella obra era especialmente importante para Connor.

Aunque Connor concedía con naturalidad el permiso de tutearle, algunas personas se encontraban más cómodas manteniendo con él un trato formal, Pol era uno de ellos.

Valery terminaba de preparar las tres obras que iban a subastarse, *El retrato del apuesto*

caballero destacaría en el centro de la pared, cuando lo colgó se retiró unos metros para admirarlo.

- ¿Esa es tu apuesta de hoy? - Bryan hacía sonar la campanilla de la puerta al entrar.
- Una de ellas, pero me fascina - rió ella girándose hacia él. - ¿Qué te trae por aquí?
- Esta tarde tengo trabajo y no podré asistir a tu subasta, quería desearte buena suerte cariño.
- Gracias - sonrió ella cogiéndole del brazo.
- ¿Qué tiene este cuadro de especial además de un chico guapo? - rió Bryan
- Su historia - dijo ella soltándole para dar unos pasos ante la obra. - La artista murió muy joven, meses después de pintar el retrato. Después se extendieron habladurías sobre varios accidentes que sufrió semanas antes de su muerte y que había sido víctima de brujería. En aquella época se creía en todo eso. Se habló incluso de que su muerte fue a causa de magia negra.
- ¿Y cómo murió?
- El carruaje en el que iba se despeñó por un barranco...
- ¡Qué horror! - Bryan volvió la cabeza.
- Si. Además cuentan que estaba enamorada del modelo del cuadro y que él desapareció por completo unos años después de la muerte de ella. Nunca se volvió a saber de él.
- ¡Ay! Qué trágico todo niña - se quejó Bryan. - Este cuadro tiene mala vibra...
- No - aseguró tajante. - A mí me tranquiliza mirarlo - Valery sonrió mirando la pintura.
- Valery, te quiero pero estás loca - aseguró Bryan con una sonrisa.
- No podrás decirme que este hombre no te enamora, hubiese sido maravilloso conocerle. Mira que porte y que mirada... - Valery detuvo sus confesiones cuando sintió a Bryan mirándola fijamente.
- Cariño tienes que salir más... - afirmó él con rostro serio.

Después ambos soltaron una carcajada.

A media mañana Connor Martin desembarcó en el aeropuerto de Gatwick, en Londres. Descansó en su apartamento y encargó la compra para pasar un par de días allí. Había pausado sus vacaciones pero regresaría a Pontevedra en cuanto impidiese la venta de la falsificación.

A las cinco de la tarde tomaba un té en la terraza de L'Atenea, una cafetería situada frente a la galería de Valery Jones. Los invitados habían comenzado a llegar quince minutos atrás. Le pareció buena idea colarse entre ellos. Por llegaría en un vuelo pronto y quizá también alguien de Scott Lanyard. No sabía en qué punto exactamente estaban las gestiones de su agente de seguros, pero en último caso él mismo se ocuparía de impedir que la falsificación saliese de la galería.

Pagó la cuenta y se dirigió hacia la entrada, algo de excitación le resultaba interesante. Su día a día se había vuelto excesivamente organizado y esta variación, aunque por motivos molestos, resultaba vivificante. No era razonable involucrarse pero odiaba a la gente que despreciaba el valor de los recuerdos de otros, especialmente si se trataba de este recuerdo.

Se acomodó la chaqueta y fue hacia la entrada de la galería. Dos parejas de mediana edad charlaban delante de la puerta; cuando llegó hasta ellos se apartaron para dejarle paso. Connor agradeció con un gesto de la cabeza y leyó el rótulo en letras doradas antes de abrir la puerta: Valery Jones. Galería de Arte. Unas notas de música clásica llegaron a sus oídos.

El espacio que se abría ante él era acogedor; poseía encanto, una iluminación cálida y una disposición inteligente. Había unas cincuenta personas en pie, las sillas del fondo estaban prácticamente vacías, salvo las que ocupaban unos ancianos que tomaban té con pastas. El mobiliario era sobrio y diverso, juraría que comprado pieza a pieza con una intención clara. Ania hubiese disfrutado de lo lindo.

La temperatura era un poco elevada para su gusto. Sólo se exponían tres obras, imaginó que para conseguir atención en las piezas a subastar. El dulce olor de las pastas de té del ágape llegó hasta él: olía a vainilla, mantequilla y agua de azahar. Cuatro jóvenes llegaban formando un gran alboroto e interrumpiendo sus pensamientos. Agradeció que por fin llevasen unas pastas a la boca y se callasen.

Caminó hacia las únicas tres obras que se exponían en la sala: un jarrón que parecía de porcelana, del cual no supo dónde radicaba su valor más que la belleza del mismo. La pintura *El apuesto caballero*; cuadro que le había llevado hasta ahí. Y un pedrusco de medio metro de ancho de color terracota con grabados que le parecieron aztecas. Diversas las piezas presentadas a subasta, la galería buscaba llamar la atención de distintos coleccionistas, lo cual dada su experiencia, le parecía un error.

Las tres descansaban sobre pequeños pedestales vestidos de lino blanco y enlazados con satén plateado. Sobre el lino paños de algodón egipcio blanco con terminaciones finamente bordadas también en hilo blanco, y sobre ellos las piezas iluminadas con excelencia, lo que aumentaba la calidad visual de la obra y, para compradores impulsivos, también su valor.

Un pequeño atril con un vaso de agua esperaba a que la puja comenzase. Al fondo de la sala y en el centro, una pantalla colgada del techo. En ella se mostrarían las piezas en detalle durante la subasta y ahora entretenía a los asistentes con bellos paisajes acompañados de música clásica; la música que había oído al entrar.

Connor llegó ante la pintura devastándola con la mirada. Era exactamente igual a la suya y le molestó mucho que así fuera. La sensación de hallarse ante algo tan extremadamente familiar y que, al mismo tiempo era falso, le provocó un sentimiento de aversión hacia quién había desvirtuado su valiosa pintura.

Al acercarse a la obra sintió tan gran número de emociones en solo unos instantes que no supo clasificarlas, ni tan siquiera sentir las todas. Algunas juraría que le acercaban a las sensaciones

que experimentaba ante el cuadro original.

- Te estás volviendo un fetichista Connor - se dijo concluyendo su atención al cuadro y alejándose.

Buscó a la dueña de la galería a la que no había visto aún. Calculó que unas setenta personas le rodeaban ya. Algunas charlaban, otras miraban el folleto con el detalle de las obras, otros miraban el móvil y algunos tomaban un té del expendedor.

.

Parecía que la subasta estaba a punto de empezar, la luz ambiente disminuyó y se volvió violeta, sólo junto a las obras se mantuvo prístina y aumentó su intensidad justo sobre ellas. La gente comenzó a buscar asiento. La música de la pantalla también había cambiado y un vals comenzó a oírse, era el vals del Emperador de Strauss. No lo podía creer, el corazón le dio un vuelco. El destino le estaba gastando una broma de mal gusto, esa música la había bailado con ella...

Buscó su móvil en el bolsillo de la chaqueta y caminó un par de pasos mientras seleccionaba el contacto de Pol, Cuando levantó la vista una mujer subida a unos tacones carmesí y vestida de blanco le miraba fijamente. Lucía un voluptuoso escote palabra de honor. Era Valery Jones.

Detuvo la llamada con el pulgar. La mujer cuya foto aparecía en la publicidad que Pol le había enviado sobre la subasta estaba a unos metros de él. Llevaba el pelo recogido y algunos mechones de cabellos ondulados caían sobre la fina gargantilla plateada que brillaba alrededor de su cuello.

Connor guardó el móvil en el bolsillo esperando acontecimientos, aunque apreció que por lo que parecía no se iban a producir. La mujer no se movía, así que decidió acercarse.

- ¿Valery Jones? - preguntó tendiendo su mano, por cortesía.

La mujer pestañeó y apenas balbuceó una afirmación. Connor la miró con escepticismo queriendo entender la indescifrable expresión que ella le mostraba. Teniendo en cuenta que le había colgado el teléfono por la mañana no la tenía por alguien a quien dispensar un alto nivel de cordialidad. Seguía manteniendo la espera con la intención de que ella diese algún paso en la comunicación.

Pero... Tras unos segundos de cierto estúpido e incomprensible silencio, se dio cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo. Ciertamente ella puede estar desconcertada – pensó. Entonces se atrevió a mirar realmente los ojos de la mujer que brillaban muy contenidos. A lo largo de su vida él había aprendido a ver en los ojos de la gente más allá de lo evidente a primera vista, para ello debían darse las circunstancias concretas, y aunque no sabía por qué, justo en aquel instante se estaban dando.

Valery Jones estaba muy afectada por su parecido con el hombre del cuadro, pero su reacción iba más allá de una mera sorpresa, ella estaba impresionada por la presencia de él allí. El brillo en sus ojos lo hubiera detectado cualquier persona con un mínimo de capacidad de observación.

Connor no llegaba a entender los motivos de ella pero decidió dejar actuar su humanidad queriendo facilitarle el momento y rozó con su mano el brazo de la mujer para sacarla del shock.

- ¿Podemos hablar un minuto en un lugar más tranquilo? - sugirió.
- Usted... - Valery aún no podía hablar.

Aquel hombre; su mirada, sus rasgos, su expresión, hasta las variaciones tonales de sus ojos eran exactas a las del modelo del cuadro. De pelo castaño y frondoso, corto, agraciado. De amplios hombros y rasgos atractivos, ojos expresivos y brillantes. Exactamente igual. Y como si todo esto fuese insuficiente su voz agradable y su actitud atenta, tal como ella había imaginado al caballero del cuadro que durante tantas horas había observado.

Aquel cuadro era una de las últimas obras que había pintado Dana Lowell y que la habían fascinado; hipnotizado, en su juventud mientras cursaba Bellas Artes. Y aquel hombre de la pintura era con el que había soñado en más de una ocasión años atrás sin comprender el porqué, y que ahora estaba ahí, delante suya, como si de un fantasma se tratase. Estaba absolutamente desconcertada y al mismo tiempo profundamente emocionada.

Durante muchos años le había resultado estúpido siquiera pensar que estaba enamorada del hombre de aquella pintura, se lo había negado aún en la absoluta intimidad de sus pensamientos pero la forma en que estaba palpitando ahora su corazón la abochornaba. No entendía en absoluto qué le estaba sucediendo, esperaba no sonrojarse por sus extraños y absurdos sentimientos. Gracias a Dios que nadie podía saberlos.

Ya que Connor Martin la estaba mirando con cierta curiosidad por su reacción, ella se apremiaba por salir de su estado pero justo la mirada de él le estaba impidiendo hacerlo. Al menos había conseguido respirar con una continuidad más natural aunque tenía la sensación de que estaba hiperventilando. Dios, se estaba mareando. No lo podía creer. - ¡No! ¡Ahora no! - se gritaba en silencio.

- Pertenece a la misma familia, soy igual que el hombre del retrato – explicó Connor casi disculpándose con una sonrisa.

Ella podía entenderle a medias y gracias a que había una mesilla junto a ella pudo apoyar la mano. Se sentía desubicada, no recordaba haberse sentido nunca así y sabía que lo estaba provocando aquel hombre.

- Soy descendiente directo del dueño del retrato. La obra lleva en mi familia varias generaciones – explicó observándola apoyada en la mesilla con la tez pálida.

Levantó la cabeza buscando un sitio donde sentar a la mujer y se dio cuenta de que varias personas les miraban murmurando. No podía permitirse llamar la atención, necesitaba buscar un lugar más seguro. Realmente su decisión de ir a ver ese cuadro había sido tan visceral, que ni

siquiera había pensado en el peligro que le supondría la situación.

Sin esperar más puso su mano tras la cintura de Valery y la dirigió hacia la sala contigua sujetando también su brazo. Realmente parecía débil en aquel instante, estaba seguro de que en otras circunstancias no se habría dejado conducir por un desconocido con tanta facilidad. Se sentaron en un sofá de dos plazas que había allí dentro.

- ¿Se encuentra bien?
- Si – mintió ella con el pensamiento tan entrecortado como sus palabras. - Creo que me he mareado un poco – explicó sin atreverse a mirarle a los ojos.

Connor observó el lugar, era una sala color sepia, grande aunque más pequeña que la de fuera. Les rodeaban obras de arte, una mesa de escritorio con un ordenador, una silla, y el pequeño sofá donde se habían sentado.

- ¿Es usted quién me llamó esta mañana? - definió finalmente Valery entre las decenas de preguntas que venían a su mente.
- Si – respondió Connor volviendo su mirada hacia ella.
- Siento no haberle escuchado – se disculpó sintiendo que el sofá se la iba a tragar.
- No tiene importancia – asintió.

Tras unos segundos de silencio explicó su presencia allí..

- Mi agente de seguros viene de camino . Él tiene la documentación que demuestra que la pintura que tengo en casa está asegurada desde hace casi un siglo y como ha podido comprobar al verme, un hombre de mi propia familia le encargó el retrato a la pintora. La que tiene en la galería es una falsificación.
- Parece evidente – respondió Valery que creía salir de un trance, no podía aceptar la mirada de él ni tampoco dejar de mirarle.
- Lo siento pero tengo que pedirle que retire el cuadro de la subasta – aclaró Connor. - No sé si mi agente llegará antes de que comience la venta y me preocupa que alguien pueda adquirirlo.
- Lo comprendo - respondió ella mirándole directamente. – Me ha sorprendido mucho que se parezca tanto al hombre del cuadro...
- Entiendo que debe ser extraño ver a alguien tan parecido a otra persona – sonrió él con cierta delicadeza aunque la situación le resultaba bastante desconcertante pues sentía que había algo más que olvidaba decirle pero no sabía el qué.
- Iré por el cuadro – resolvió Valery poniéndose en pie.
- Bien, si – carraspeó Connor.
- La subasta debe empezar, voy a retirar la pintura y si le parece al finalizar podemos volver a reunirnos aquí con su agente y dar por zanjado este asunto.
- Si. Me parece bien. ¿A las 20:00 cree que habrá terminado? - preguntó él con interés en saber si en el próximo encuentro se desvelaría el motivo de la inquietud que había aumentado en él durante los últimos minutos.
- Si, creo que sí – respondió Valery nerviosa al pensar que volvería a verle y que también se enfrentaría al agente de seguros. - A esa hora creo que habremos terminado.
- Muy bien - respondió Connor.

Ambos quedaron uno frente a otro, Valery esperaba, Connor esperaba. No sabían exactamente el qué pero ninguno de los dos se movía de sitio. La alarma del móvil de Valery le indicó que era la

hora de comenzar la subasta. La detuvo bajo la mirada atenta de él y se compuso inconscientemente el vestido antes de girarse para irse.

Connor la siguió con la mirada hacia la otra sala; aquella bonita expresión de mujer con pasos vacilantes era toda una provocación para sus sentidos y no comprendía exactamente el porqué. Se había sentido tan extraño aquella tarde que no sabía qué pensar. - Acabaré con este inconveniente y volveré a mis responsabilidades – se había dicho antes de coger el avión hacia Londres. Pero algo le había provocado aquella mujer que no podía aclarar en aquel momento.

Decidió volver su atención a lo que acontecía en la sala de la subasta, los asistentes esperaban casi todos sentados. Retirar el cuadro debía suponer un importante inconveniente para ella, el valor económico de un cuadro auténtico de Dana en aquellos momentos debía ser considerable. Realmente sentía que se hubiese producido aquella situación pero para él era primordial cuidar de algo que le pertenecía únicamente a él y no sólo porque perteneciera a su colección de pinturas de Dana Lowell, si no porque tenía derecho real sobre ello.

Valery llegó acalorada y algo confusa hasta los invitados, debía centrarse tras el encuentro con aquel desconocido. Era importante actuar con seguridad aunque estuviese en mitad de un traspies.

- Queridos amigos, les ruego que tomen asiento, vamos a comenzar en unos minutos – aclaró Valery. - Bebió un poco de agua mientras se sentaban los últimos rezagados. - Debo anunciarles que queda fuera de la puja la pintura del *El apuesto caballero...*

Algunos comentarios se oyeron durante unos momentos, ella levantó la mano derecha pidiendo calma y continuó hablando. - Tenemos nuevas informaciones y necesitamos confirmar que la obra es auténtica, mientras tanto no podemos ponerla en subasta. Nuevos murmullos, esta vez más elevados.

Connor caminaba por la sala interior observando las obras colgadas en las paredes atento a lo que oía en la sala contigua.

- Ruego que disculpen este contratiempo, nuestro trabajo es certificar que las obras son auténticas y eso es lo que estamos haciendo en estos momentos, cuidar de sus inversiones. Comenzamos en cinco minutos y podrán pujar por las otras dos magníficas obras, que tienen un gran valor y son únicas.

Valery cogió el cuadro con ambas manos y se dirigió hacia la sala interior para que Connor Martin se marchase y pudiese por fin comenzar a trabajar. Estaba cansada ya antes de comenzar la venta, aquella tarde estaba viviendo sensaciones que la habían superado. Aunque reconocía que había estado muy nerviosa desde que pasó por su mente la idea de llevar a su galería un cuadro de Dana Lowell, no imaginaba que en su iniciativa terminase perdiendo toda la inversión realizada. Se preguntaba si sus nervios cuando pensó en exponer el cuadro, se debían a que iba a conocer al hombre del cuadro del que se había enamorado siendo tan joven. Bueno, quería decir a su descendiente, que era idéntico a él.

En estos pensamientos estaba cuando cruzó la puerta de la sala interior donde posó el cuadro sobre una pared mientras Connor Martin se acercaba a ella.

- Señorita Jones, volveré a las 20:00 – le tendió la mano.
- Valery, por favor – corrigió ella tendiéndole la mano como despedida.
- Valery - respondió él con una amable sonrisa y un cordial apretón de manos.
- Puede salir por detrás - sugirió ella.

Él asintió agradecido de no tener que atravesar de nuevo el gentío.

Mientras se distanciaban ambos reflexionaron extrañados, ¿a qué venía tanta cordialidad? El asunto era incómodo para ambos, ella además iba a perder una buena suma de dinero. Valery volvió a la subasta y Connor salió por la puerta trasera de la galería llamando a Pol para anunciarle la cita.

II

A las 20:00 Connor junto a otro hombre entraba en la galería. Valery se despedía de los invitados rezagados que solían quedar para charlar tras las subastas trimestrales que realizaba. Una pareja se había fijado en Connor y se dirigieron a él.

- Es usted quién ha producido todo este revuelo con el cuadro, ¿no es así? - más que una pregunta era una afirmación del desconocido. Tenía aspecto de perro de presa, de los que no sueltan lo que muerden.
- Siento lo sucedido – respondió Connor tras la sorpresa inicial por el comentario.
- Yo también lo siento señor mío. Mi mujer y yo hemos viajado más de quinientos kilómetros para adquirir *El apuesto caballero*. Somos grandes admiradores de Dana Lowell y es muy difícil hallar una obra suya.
- Sepa usted que es un honor conocer personas con tan buen gusto, también soy un gran admirador– alegó Connor con alegría, agradecido de poder conversar sobre Dana.
- Bueno, nos alojamos en el Embassador y nos encantaría conversar con usted cenando si le parece bien. ¿Te parece Amanda? - preguntó el hombre a su mujer.

La señora asintió amablemente a Connor como respuesta a la pregunta de su marido. - Es evidente que es usted un descendiente del dueño del cuadro. - ¿Podría hablarnos sobre él? Han circulado muchos rumores sobre lo que le sucedió a la joven Dana Lowell y sobre la desaparición de él. Me parecen una pareja fascinante...

- Siento enormemente tener que declinar su amable invitación, hubiese sido un placer acompañarlos en la cena, más aún para conversar sobre la pintora, pero un compromiso anterior me impide hacerlo – respondió Connor.

Hablar sobre las pinturas de Dana era una idea tentadora pero hurgar en la historia de sus vidas era otra muy distinta. Además estaba seguro de que le harían preguntas que no podría ni querría responder.

- Es una pena. Pero si cambia de idea, ya lo sabe, estaremos unos días ahí. Por cierto soy García Montilla - le estrechó la mano con firmeza.- y esta es mi esposa -la mujer asintió con la cabeza.
- Ahora tenemos que dejarles, disculpen – Pol salió al paso en su inglés con acento

- español. - Que tengan un buen viaje de regreso.
- Es una pena – respondió el señor García. - Gracias.
- Encantado de conocerlos – se despidió Connor.
- Igualmente – dijo Montilla acompañado de una sonrisa de su esposa a los dos hombres.

Cuando la pareja se hubo marchado buscaron de nuevo a Valery que se despedía de los tres últimos invitados que había en la galería. Ella pasó junto a ellos mirándolos y acompañando a los clientes hasta la entrada. Después cerró la puerta de cristal.

- Buenas noches señores – dijo pulsando el mando a distancia hasta dejar la reja a media altura para que no les molestaran.
- Buenas noches señorita Jones – respondió Connor, le presento al señor Pol Wizart.
- Encantado – Saludó Pol tendiéndole la mano.
- Igualmente - respondió Valery dándole la suya.
- El señor Martin me ha contado lo sucedido y traigo la documentación del seguro que demuestra que la obra original está en su poder asegurada con nosotros desde hace casi cien años.

El hombre parecía amable, olía a aftershave e iba pulcramente vestido. Comenzó a desplegar documentos ante ella, la póliza con dos sellos de autenticación, varias fotos de un cuadro igual al suyo desde distintas perspectivas, en una habitación con papel pintado, y una copia del número de la póliza de seguros con el teléfono de la central para que pudiese llamar y comprobar todos los datos que le estaban presentando. Pol le ofreció también su tarjeta de visita.

- Si desea ver la obra original llámeme a este teléfono y organizaré una cita con usted y el señor Martin en su casa donde se encuentra la obra.
- Eso no será necesario – determinó Valery mirando a Connor. - Lo que me presenta, a mi juicio, demuestra que el señor Martin tiene el original en su poder.

Connor asintió mirándola con una leve sonrisa.

Valery había tratado con varias aseguradoras en el pasado para sus ventas y también para la exportación de sus obras y todo aquello parecía en orden. En un par de horas podrían habérselas arreglado para hacer una composición con un programa de diseño pero realmente no pensaba que Connor Martin la estuviera engañando. Por otro lado, lo que más le importaba era que no presentaran denuncia contra la galería y le pareció adecuado no tocarle más las narices y dejarlo estar.

- Entonces si le parece podemos dar por terminado este asunto – propuso Connor. - Ha sido un día largo para todos.
- Estoy de acuerdo - convino Valery.
- Tengo que seguir el protocolo y dar parte en comisaría, puede que la llamen a declarar - anunció Pol.
- Bueno, si no hay otro remedio... - respondió Valery inquieta. - Espero que esto no afecte a la galería...
- Haremos lo que esté en nuestra mano para que eso no suceda - respondió Connor con amabilidad.
- Gracias – sonrió Valery tendiéndole la mano para despedirse.

Connor tomó su mano, la acercó a sus labios y la besó de forma inconsciente, distraído en la mirada de la mujer. Ambos se sorprendieron. Valery se sonrojó un poco tanto por lo inusual de la

situación como por haber sentido los labios de Connor sobre sus dedos. Él esquivó con rapidez su mirada y se despidió. Salió por la puerta absolutamente desconcertado. Hacía mucho que no usaba aquella antigua forma de acercamiento ni se sentía tan nervioso.

Al llegar a casa cogió una botella de oporto vintage de 1871, aquella noche necesitaba saborearlo. Lo dejó respirar antes de servirlo. Llevaba tantos años en la botella que al destaparlo imaginó que un ave encerrada tomaba el vuelo, ojalá él pudiera hacerlo también. Eran tantos los recuerdos que a veces deseaba poder evaporarse como el alcohol.

Pero ni la amenaza de la mística espada pudo detener los acontecimientos iniciados por la ignorancia de algunos.

CAPÍTULO X

El accidente.

Era cierto que su aspecto apenas había cambiado a lo largo de todos estos años pero su rostro parecía más anguloso con la luz del amanecer incidiendo sobre sus rasgos y ensombreciendo su mirada. La velada anterior había sido intensa, con las gafas de sol protegió su reputación de los rastros de la noche sin dormir y llegó a su apartamento para ducharse, dormir un par de horas e ir a la comisaría.

Valery tampoco había dormido pensando en la declaración. Esperaba que el agente que la había llamado por teléfono hubiera sido sincero y su presencia en comisaría solo se debiese al protocolo habitual. Tras la ducha se vistió con estilo formal, desayuno algo y salió de casa en dirección a la comisaría. Cogió un taxi y llegó un poco antes de la hora que le habían indicado, quería terminar.

- Buenos días tengo cita para declarar - al policía en el mostrador de entrada.
- Buenos días, dígame su nombre - respondió el agente.
- Valery Jones.
- Bien, hay alguien declarando ahora - explicó tras mirar la pantalla del ordenador que tenía delante. - Siéntese en la sala de espera - señaló con la mano hacia la derecha. - La avisaré cuando pueda pasar.
- Está bien, gracias - respondió ella y se dirigió hacia allá buscando la sala de espera, alguien más estaba declarando...quién podía ser?

La serenidad se le había esfumado en un instante. Tenía que calmarse. Bebió agua de un dispensador que había en la sala, volvió y se sentó. El móvil aclaraba que aún faltaban quince minutos para su hora, si no había retrasos... Estaba nerviosa.

- Señorita Jones, ya puede pasar - le avisó el agente de la entrada llegando hasta ella.
- ¡Ah! Gracias - respondió levantándose y regresando con él hacia la entrada.
- Es esa puerta de ahí - le indicó el agente con la mano derecha queriendo apuntar a la puerta y señalando a Connor Martín que salía justo en aquel momento.
- Buenos días señorita Jones - saludó Connor llegando hasta ella dándole la mano.
- Buenos días señor Martin.- respondió ella devolviéndole el saludo y más tranquila de que fuese Connor el declarante y no alguien que sospechara que ella era la falsificadora.
- Esperemos que el protocolo termine hoy y nos veamos en circunstancias más amables -

deseó él.

- Estoy de acuerdo - respondió Valéry con una sonrisa, pensar en acabar con aquello era una bendición.
- Le deseo suerte - sonrió Connor tendiéndole la mano de nuevo para despedirse.
- Gracias - respondió ella dándole la suya y preguntándose por qué suerte, ¿acaso pensaba él que ella podría necesitarla?

Dentro del despacho la esperaban dos agentes, cada uno sentado en una mesa.

- Siéntese por favor - dijo uno de ellos, un muchacho castaño con gafas cuadradas y barbilla triangular. El otro más mayor, rubio y con ridículos tirantes solo la observaba.
- Gracias - respondió ella sentándose al mismo tiempo que le entregaba el documento de identidad.
- ¿Su dirección es la que aparece en el documento? - preguntó él agente.
- Si.
- Bien, cuénteme cómo llegó la falsificación a su poder.

La forma de preguntarle la puso nerviosa, así provocarían que los delincuentes cometiesen errores. Intentó explicar paso por paso lo que había ensayado ante el espejo durante la noche...

II

La declaración no le había causado grandes problemas, parecía que su versión había sido convincente. Esperaba no tener más noticias de la policía y que esto pasase a la historia solo como una incómoda anécdota.

La temperatura en la calle era agradable y le apeteció dar un paseo hasta la galería que no quedaba lejos. Al final de la avenida había un coffe shop que le proveería de su capuchino para llevar. Mientras esperaba que el semáforo le diese paso cogió el móvil para revisar los mensajes. Nada importante. Comprobó que ya podía cruzar y volvió a guardar el móvil en el bolso mientras caminaba hacia la otra acera.

El ruido del tráfico aumentó de repente. Un pitido largo la alarmó y el estruendo del golpe de un coche la asustó. Giró la cabeza hacia el origen. A su derecha un auto lanzado contra ella no se detenía...

Otro coche sin frenos lo había golpeado embistiendo hacia los peatones y directamente hacia ella. No había tiempo de apartarse, un grito de horror salió sin control de su garganta.

Golpearon contra ella y cayó al suelo de forma inexorable chocando con su hombro en el asfalto. Se sentía aplastada. ¿La habían atropellado? No era capaz de sentir el resto del cuerpo. Los gritos de los transeúntes habían aumentado mientras se apartaban del coche que aún continuaba avanzando a unos metros. Todo se detuvo en diez metros a la redonda...

Valery se sentía temblar mientras sus ojos no lograban darle aún datos claros. Intentó incorporarse. El coche sin control parecía estar lejos. ..

- ¿Se encuentra bien? - preguntó alguien al lado suyo.

La estaban ayudando a levantarse sujetando su brazo. Le dolía la rodilla.

- ¿Se encuentra bien Valery? - preguntó la voz a su lado.

Ella levantó la vista, él la tenía cogida del brazo y la ayudaba a levantarse. Era Connor Martín.

- ¿Le he hecho daño? - insistió. - No he podido apartarla de otra manera, ese hombre iba a atropellarla.

Connor la miraba de arriba abajo rastreando su estado indemne. Valery organizaba sus pensamientos como buenamente podía. Martín se había echado sobre ella para apartarla y evitar que la atropellaran.

- Tiene la rodilla herida - advirtió él.

Valery respiraba angustiosamente con la mano sobre el corazón, no era capaz de responder aún.

- Salgamos de la vía - indicó él rodeando su espalda con el brazo izquierdo y caminando hacia la acera. Ella cojeaba.

Viendo la escena a unos metros de ellos el ente atormentaba el viento con su furia mirando en su mano la orden de recogida de Valéry Jones a las 10:37 de ese día.

- ¡Otra vez tú! - retumbó contra el aire el grito enfurecido del ser. - ¡Vuelves a entrometerte en mi trabajo! Valery Jones debería ir ahora conmigo y no contigo.

Connor sintió un repentino escalofrío y miró alrededor buscando el origen de la sensación y del extraño estruendo.

- Me aseguraré de que no vuelvas a entrometerte nunca más - aseguró acercándose a un palmo de Connor con rostro iracundo sin ser visto por nadie.

No había más heridos. El conductor causante del accidente salió del auto pidiendo disculpas y mirando tanto a Valery como al otro conductor que también se levantaba de su coche con la mano sobre la frente.

- Me he quedado sin frenos - explicaba el causante con nerviosismo. - Lo siento muchísimo.
- Joder - se quejaba el otro. - ¿Cómo ha podido pasar eso en plena ciudad? - He estado a punto de atropellar a alguien.
- No tengo explicación, mi coche es nuevo - argumentó. - Es un accidente incomprensible..

Connor apretó la mano sin darse cuenta. La palabra accidente había activado todas sus alarmas. Valery le miró para saber porqué había apretado su brazo con la mano.

- Si ese hombre no hubiese apartado a la mujer la hubiera atropellado - se desahogaba el conductor del auto golpeado.
- Lo siento - se disculpó nuevamente el causante.
- Joder,. Bueno son cosas que pasan - claudicó el otro tocándose el cuello dolorido. - Empecemos con el papeleo Apartemonos de la vía para que el tráfico se normalice.

En la acera Connor regresaba su atención a Valery - Vayamos a ese café de enfrente, la dejaré ahí unos minutos mientras vengo a hablar con uno de los conductores.

- Está bien - accedió ella, tomar un té la calmaría.
- ¿Le duele la rodilla al caminar?

- Es sólo una herida superficial, una pequeña cura y listo.

Llegaron a la cafetería y Connor se dirigió de nuevo a los conductores que habían aparcado a un lado de la calle. Se tomaban mutuamente los datos del otro y del seguro.

Cuando terminaron de hablar Connor se dirigió al que había causado el accidente. - Disculpe señor - llamó su atención llegando hasta él.

- ¿Sí? - sentándose sobre el capó de su coche para llamar a la grúa.
- Buenos días, me llamo Connor Martín - se presentó. - Soy perito y se están dando algunos casos de problemas con frenos en automóviles nuevos. ¿Le importaría contarme cómo sucedió?
- No, claro, sin problema. - accedió el otro. - Iba conduciendo con normalidad y de repente al acercarme al semáforo ámbar el coche dejó de obedecer. Perdí el control del coche y de los frenos. No pude hacer nada por evitar el impacto. Gracias a que usted pudo apartar a la mujer si no estaría metido en un problema.
- ¿Entonces fue un fallo repentino? - insistió Connor.
- Si, generalizado y repentino - asintió el hombre. - No había dado señal de avería. Justo voy a llamar a la grúa para llevarlo al concesionario, tiene solo tres meses.
- Entiendo. ¿Me haría el favor de llamarme si el coche vuelve a funcionar bien por sí solo?
- No sé si eso es posible - sonrió el hombre incrédulo. - Pero claro, no me importa llamarle.
- Gracias, este es mi número- lo apuntó en un trozo de papel que le entregó.
- Bien, le llamaré - cogiendo el número.
- Gracias amigo.
- No, gracias a usted - insistió el conductor.

Connor sonrió antes de marcharse.

Extraño accidente... justo al acercarse al semáforo ámbar el coche deja de responder - pensó Connor. - Es raro pero no voy a sacar conclusiones precipitadas, soy consciente de que el pasado puede enturbiar mi juicio.

Cuando llegó al café Valery miraba su taza rodeándola con ambas manos. Sus ojos color miel brillaban reflejando la luz del sol y sus pestañas a media altura parecían cobijar una de las miradas más bonitas que había visto. Rodeada de la luz solar que entraba por la cristalera su cabello brillaba con calidez y no pudo evitar distraerse mirándola.

Ella levantó la vista al apreciar que Connor había vuelto. Sus ojos se encontraron y el corazón les dió un vuelco. Durante unos segundos permanecieron mirándose sin apartar la mirada del otro. Ella bajó la vista un instante imprescindible y cuando volvió a mirarle él se apresuró a hablarle.

- Voy a llevarla al ambulatorio para que le curen la rodilla.
- Oh, no es necesario, solo es una raspadura - aseguró ella.
- Como prefiera - respondió él. - Entonces si quiere puedo dejarla donde necesite - se ofreció
- Se lo agradezco Connor - quería pasar por casa, curarse y cambiarse.- ¿Podría dejarme en casa? Quiero asearme un poco antes de ir a la galería.
- Claro que sí - aseguró él con amabilidad y una brillante sonrisa.

Valery sonrió agradecida, se puso en pie y le miró a los ojos. - Gracias por salvarme - susurró junto al rostro de él. Después pasó delante de Martín despacio mirando hacia la calle mientras él sentía un tifón que le volaba el pecho. Tardó unos segundos en poder recomponerse y seguirla.

- Ha sido un placer - respondió llegando junto a ella.

Ambos sonrieron y caminaron uno junto al otro sin mirarse.

- Me encanta el paseo señorita Jones pero debo informarla de que mi coche está en dirección contraria - explicó él cariacontecido indicando con el pulgar, cuál autoestopista, la verdadera dirección donde encontrar su coche.

Valery se detuvo y se giró hacia él con desconcierto. Aún estaban abrumados y la sorpresa en el rostro de ella provocó una sonrisa primero en él y en ella después, que con sus absurdas expresiones, se transformó en carcajada mientras cambiaban el rumbo. Rieron durante casi una manzana.

- No le imaginaba con ese sentido del humor - rió ella.
- ¿Ah no? - preguntó él para no confesar que Valery tenía razón, hacía tiempo que no reía tan despreocupadamente. - ¿Y cómo me imaginaba?

La mente de ella se sonrojó de golpe. - Apuesto, amable y capaz de enamorarme - pensó.

- Pues serio. Amable pero distante. Enigmático quizá - se aventuró Valery mirándole.
- Bueno, puede que tenga buen radar - respondió él con una sonrisa y un gesto de los labios que valoraba su apreciación como acertada.

¿De veras eres así? - se preguntó ella.

- ¿Y cómo diría que soy yo? - preguntó Valery.
- Hemos llegado, este es mi auto - dijo Martin que no sabía cómo responder a su pregunta sin mostrar su atracción por Valery. - Suba por favor y deme la dirección de su casa.

Tras subir, poner la dirección en el navegador y abrocharse los cinturones salieron hacia allí.

- Amable, algo desconfiada e inteligente...
- ¿Qué? - preguntó ella mirando a Connor sin entender sus palabras.
- Quizá algo olvidadiza y capaz de volar el corazón de alguien. Respondo a su petición de antes - aclaró Connor mirándola un instante para volver la vista a la carretera. - Soñadora sin lugar a dudas y una excelente artista - concluyó.

No supo dónde esconderse, estaba abrumada y desconcertada a partes iguales. No sabía qué decir. Gracias a Dios que Connor puso música suave y pudo relajarse un poco.

¿Por qué había dicho que sin lugar a dudas era una excelente artista? ¿Sospechaba de ella? ¿Sabía lo de la falsificación? Dios, ¿todo esto era una trampa para atraparla? Era una locura interesarse por él. No podía seguir cerca de este hombre que tanto sabía de ella aunque no la conocía de nada. Tenía que alejarse y evitar graves problemas.

Minutos después llegaron en silencio a la dirección de Valery.

- Muchas gracias por todo - dijo ella desabrochando su cinturón de seguridad sin querer mirarle a los ojos.
- No hay de qué Valery - respondió él buscando su mirada.
- Adiós - abriendo la puerta del coche.
- Valery, ¿He dicho o hecho algo inapropiado?

- Dios que directo es - pensó preguntándose qué responder. - Estoy muy cansada - mintió volviendo la cara hacia él. Connor parecía sincero y la estaba atravesando con la mirada.
- Ha sufrido un accidente, es normal - sonrió con amabilidad sin saber si decía la verdad pero no podía hacer más que aceptar la respuesta de ella.
- Gracias - se despidió Valery saliendo del coche.
- Ese cuadro... - dijo él intentando de nuevo interrumpir su huida.

Ella se quedó paralizada a mitad de su escapada, cuando salió cerró la puerta y se acercó a la ventanilla que estaba subida - ¿De qué cuadro habla? - preguntó con seriedad y distancia.

- Hay un cuadro de St. James's Park en su galería que me parece una maravillosa obra de arte... - respondió él bajando la ventanilla, me encantaría volver a verlo.

Valery apoyó los antebrazos en la ventanilla abierta y miró al suelo liberando el aire que había contenido segundos atrás. - ¿De ese cuadro hablaba antes cuando me llamó artista?

- Es el único que he visto firmado por usted - explicó él.
- En eso tiene razón - pensó ella con ironía. - Si no tiene nada que hacer puede tomar un café en mi casa mientras me cambio y acompañarme a la galería, se lo enseñaré con la luz adecuada. - propuso Valery con sentimiento de culpa por su injustificable comportamiento de antes.
- Me encantaría pero ahora tengo una cita - respondió mirando el reloj del coche. - ¿Le parece que pase por allí mañana antes de cerrar y la recoja para ir a cenar?
- Me... parece - respondió Valery nerviosa mientras se erguía. - Cerramos a las 19:30.
- Antes de esa hora estaré allí - aseguró él haciendo un saludo militar con una sonrisa antes de arrancar y marcharse.

¡Dios mío qué sonrisa! - recordaba mientras las llaves temblaban en su mano intentando abrir la puerta. Estaba más nerviosa de lo que podría imaginar, aquello había sonado como una cita. Iba a cenar con él, que cada vez se parecía menos a un fantasma y más al hombre que había soñado. Cuando entró en casa apoyó la espalda en la puerta con los ojos cerrados y los labios risueños.

III

A última hora de la tarde Connor llegaba a casa y un número desconocido apareció en la pantalla de su móvil. Descolgó abriendo la puerta de su apartamento.

- ¿Es usted Connor? - preguntó una voz desenfadada al otro lado de la línea.
- Si, ¿quién es? - preguntó.
- Soy el dueño del coche que se quedó sin frenos esta mañana.
- Si, le recuerdo - esperó Connor.
- Me dijo que le avisara si el coche se arreglaba solo... Pues si, cuando el mecánico ha ido a comprobarlo funciona perfectamente, acaban de decírmelo. Es raro, ¿eh?
- Si... - murmuró Connor crispando el rostro. - Es raro... Gracias por llamar.

Justo como temía, el coche había sufrido una avería en el momento en el que Valery iba a cruzar la calle... No podía creer que empezara todo otra vez. Era una pesadilla.... No era cierto, quería creer que simplemente se trataba de una casualidad.

Y los cuatro reyes fueron llamados a la guerra para luchar por lo que ya era suyo; aquella bendita tierra.

CAPÍTULO XI

El visitante.

Intentó dormir toda la noche pero de madrugada los recuerdos le asediaron. Le había costado mucho aceptar su naturaleza, cuando se miraba al espejo lo recordaba y le pesaba tanto su secreto que cada vez era más difícil imaginar que alguien pudiese entender lo que sentía. En el pasado ya le habían tratado como a un maldito, y realmente no sabía si lo estaba. Le resultaría muy difícil poder confiar en alguien que no fuesen Ania, Wiley o Evan.

Charles hacía años que le había dejado, en honor a su recuerdo cuidaba de sus nietos en la sombra. Claudia había sido contratada en Grandio S.A., su grupo de empresas. Llevaba el nombre de la yegua de su padre, Grandiosa.

Se levantó y fué a la cocina a coger el zumo de manzana de la nevera. Se sirvió un vaso y dió un largo trago. De su cabeza no se había marchado la preocupación por el accidente de la mañana anterior. No quería darle demasiada importancia pero no podía dejar de pensar en ello.

Decidió ir a la planta baja. Cruzó la puerta secreta que daba acceso a su estudio y a su colección privada de objetos traídos de sus saltos y sus viajes. Había investigado durante años registrando los acontecimientos más relevantes en su cuaderno, cuál bitácora de capitán marino, allí se hallaban los descubrimientos que merecían especial mención.

Durante años había viajado recopilando libros, escritos y todo tipo de documentos de distintos lugares del mundo a donde su búsqueda le había llevado. Volúmenes de inverosímiles procedencias y cualquier estado de conservación con la esperanza de encontrar una respuesta para su situación. Se preguntaba desesperado si los accidentes llegaban de nuevo a la vida de una mujer cercana a él, y ésto le atormentaba. Un libro aparecía en su recuerdo una y otra vez y tenía que encontrarlo.

Buscó en su biblioteca, repasando uno a uno con los dedos buscando el título hasta encontrarlo: *Magia, hechizos y maldiciones de todas partes del mundo*. Era un tomo grande. Hallarlo le tranquilizó, lo llevó a la mesa de estudio que tenía en aquel lugar oculto. Descartó tema a tema los apartados del índice que no le interesaban, había leído lo que buscaba muchos años atrás, ahora necesitaba leerlo de nuevo... Ahí estaba... *La usurpación de destino*.

Había encontrado este libro en Hungría años después de la muerte de Milo, aquella mujer le

había hecho sentir que era alguien especial para él, alguien que volvía a desaparecer de su vida. Leyó con la mirada casi atravesando las palabras...

“ Un alma cuenta con un tiempo para su vida corporal, concluido dicho tiempo, alma y cuerpo se disocian y cada uno regresa a su fuente, el alma a lo divino y el cuerpo a la tierra. Pero existen ocasiones en que un alma es atada a la existencia de otra y ocupa su lugar a la hora del fallecimiento. Es por ello que quien debió morir continuará viviendo a costa de la vida de la persona cuya alma está atada.

Esa alma fallecida puede volver a nacer una y otra vez para evitar la muerte de su protegido hasta que dicha magia se revierta. Es habitual en dichos casos que repentinamente sucedan accidentes en la vida de la víctima cuando el momento de la muerte del protegido se acerca a su fin, hasta que la víctima muere otorgando al otro de nuevo los años de su vida que el/ella no vivirá”.

Connor levantó la vista del libro con una punzada en el estómago y echó la espalda en el respaldo del sillón de cuero. Una parte de él sentía que exactamente era eso lo que le ocurría. Algo que le había perseguido desde su juventud, desde que Dana...

Repentinamente un ruido en la planta de arriba le alertó de que alguien había entrado en casa. Su cuerpo se tensó, especialmente al oír en el techo un vaso estallar contra el suelo. Sólo Ania tenía llaves de su apartamento y era silenciosa como una ardilla. Otro objeto fue tirado con fuerza al suelo. Quién fuese que estaba arriba provocaba ruido como un oso buscando llamar su atención.

Buscó un arma contundente con la que defenderse. Una lanza de las guerras púnicas le pareció adecuada, salió de su despacho, pegó la espalda a la pared y, con la lanza sujeta en ambas manos, subió los primeros escalones. Los objetos seguían cayendo al suelo, los oía estallar. Su vajilla estaba siendo arrasada.

Si hubiera sido posible hubiese pensado que alguna amante despechada había venido a pedirle cuentas, pero ninguna mujer supo nunca dónde vivía, ni siquiera quién era él. Ninguna supo nada de su vida así que la supuesta venganza de una fémina quedaba descartada.

Asomó los ojos por encima del suelo, la temperatura de su salón era más gélida que en los más fríos inviernos de antaño cuando regresaba de largos viajes. Una niebla blanquecina se elevaba desde el parquet de caoba dando un aspecto espectral al interior de la estancia. Algo muy extraño ocurría en su casa y no tenía idea de qué se trataba.

Buscó por todos lados con la mirada y no vió a nadie. Cruzó un pié delante del otro para subir los últimos escalones lanza dispuesta. Ya en el salón, en pié frente a su sofá miró alrededor. No había nadie.

Pero el cojín del asiento que tenía ante él se hundió por sí solo. Su corazón dió un salto en el pecho y empezó a hiperventilar. Ahhz, ahhz, ahhz, ahhz - oía su propia respiración incontrolada.

Aquello se había sentado delante de él confirmando que algo excepcional ocurría. Era cosa de

espíritus. Intentó dominarse. Pasados unos cuantos segundos tragó saliva.

- ¿Quién eres? - se atrevió a preguntar sintiendo inútil el arma que llevaba en las manos.

Esperó respuesta pero no hubo cambio alguno salvo la sensación de sentirse vigilado.

- ¿Qué quieres? - preguntó de nuevo planteándose si era víctima de su imaginación.

Por un momento quiso sentirse ridículo y olvidar lo que había visto pero el gélido ambiente y las ventanas cubiertas de vaho se lo impedían. Manteniendo el arma en su mano izquierda se acercó a una de las ventanas y limpió la capa gélida y vaporosa con la manga de la camisa.

De pronto el vaho se intensificó drásticamente sellando de nuevo la visibilidad hacia la calle. Su temor aumentó..

Dispuesto a hallar explicación a los sucesos deslizó hacia arriba el cristal de la ventana para ver la calle. El cristal cayó con fuerza cerrándose en sus narices con un golpe seco. Connor dió unos pasos atrás asustado, tomando de nuevo la lanza con ambas manos - ¿Quién eres? - preguntó mirando a todos lados.

Quien fuese le estaba observando por algún motivo y le molestaba. Vió en la cocina las puertas del mueble de la vajilla abiertas. Se acercó y encontró dos platos y un vaso estallados sobre las baldosas color crema del suelo. Levantó la cabeza sin saber qué hacer. El vaso de zumo que había dejado media hora antes continuaba en la encimera, lo cogió y la acercó a la boca temblando, quizá un trago...

De un manotazo le fue arrebatado de la mano sin llegar a tocar sus labios. Empezaba a estar aterrado, desconcertado y enfadado a partes iguales pero había avanzado en cierto modo en la comunicación y consideró seguir con el diálogo.

- Tengo más bebidas - abrió la nevera para coger una cerveza.

Cuando la iba a destapar de nuevo le fue arrebatada de la mano y estrellada contra la pared. Aunque no sabía si se la estaba jugando, su actitud por el momento le hacía sentir algo menos de miedo.

- ¿Sabes que tengo una bodega en la planta de abajo? Acompáñame - dijo haciendo un gesto a su espalda con la mano para que le siguiera mientras de la otra soltaba la lanza sobre el sofá.
- ¿Quién eres? - Tronó furiosa una voz en el techo del salón mientras la luz de los focos disminuía.

Las piernas de Connor se entumecieron de nuevo. Se detuvo. Era una voz tan profunda que su origen parecía perderse en la propia eternidad. Sintió que lo que había en su casa no era un fantasma.

Sin atreverse a girarse balbuceó una pregunta con el hilo de voz que pudo conseguir . - ¿Para qué quieres saberlo?

- Para restablecer el orden. Dime tu nombre.

Connor sintió un escalofrío que envaró los dedos de sus manos al oír que le pedía su nombre - ¿Quién eres? - preguntó.

- Gírate y lo sabrás - respondió la entidad bajando su capucha para que su interlocutor pudiera verle, pues con ella era invisible.

Connor se giró despacio viendo una figura alta y con capa raída y oscura por el rabillo del ojo. Conforme se giraba la visión empeoraba. Huesos en vez de manos, pies y cabeza. Grises. Un anillo en el dedo anular de su mano derecha y un aro de metal perforando el lugar donde debía estar la ceja izquierda. Las cuencas de los ojos estaban vacías. Emanaba un aura de pavor que le rodeaba, posiblemente producida por el pánico de quienes le habían visto.

- ¡No quieras ver lo que hay debajo de la capa! - aseguró la entidad con deleite.
- ¿Ha llegado mi hora? - preguntó Connor con las tripas tirando de todo su valor.
- Llegó hace mucho tiempo pero me evadiste - dijo llegando en un soplo a un palmo del rostro de Connor. - ¿Quién eres? - volvió a preguntar mirándole con sus cuencas vacías desde sus más de dos metros de altura.

Connor aguantó como pudo el pavor dentro de sus párpados cerrados mientras las lágrimas que resbalaban por sus pestañas se volvían gélidas. Se atrevió a responderle sin mirarle - Mathew Garrett, 17 de septiembre de 1879. - Despegó las pestañas y abrió los ojos para continuar - Fuí víctima de una maldición que me impide envejecer y morir.

- ¿Hum? ¡Interesante! - dijo el ente con aire meditativo y los huesos de índice y pulgar albergando su mandíbula. Lo que decía era cierto, ningún mortal podía mentirle, por muy maldito que dijese estar.
- ¿Y quién eres tú? - preguntó Connor por aquello de igualar posiciones.
- Bah, eso no importa, cuando me marche no me recordarás - respondió. - Bueno, al grano. Me has causado varios problemas pero creo que ya sé quién eres. Voy a investigar y volveré - dijo antes de desaparecer..
- ¿Eh?

Connor sintió que perdía algo y su cuerpo tembló.

- ¿Qué ha pasado? Estaba..., ¿hablando con alguien? - se preguntó confundido.

El corazón le latía a mil. Intentó recordar lo que había hecho un minuto antes pero no podía. Se sentó en el sofá para recuperar cierta paz que notaba que le faltaba. Miró hacia la cocina y vio los rastros de cerveza resbalando por los azulejos y el olor a cebada extendiéndose en la casa. Al ir para allá encontró el botellín de cerveza estallado y derramado sobre la puerta del frigorífico, la encimera y el suelo., los platos, los vasos y el zumo de manzana en un pequeño charco junto al frigorífico.

- ¿Qué ha pasado?

Cuando la luz y la sabiduría fueron sustituidos por el dolor de la pérdida, y la sangre derramada, los hermanos decidieron usar la Clamatormentas para restablecer el orden.

CAPÍTULO XII

T. Terrag.

T. Terrag era un anagrama aproximado de su verdadero nombre leído al revés, oculto de esta forma podía de algún modo mantener su apellido. Connor había conservado la editorial que había levantado su padre, Maximiliam Garrett, y junto a Ania y su marido escocés Wiley habían aumentado y diversificado sus empresas. Evan, nieto de Ania y Wiley, aprendía de negocios de mano de Connor.

Ania, la chiquilla asustada que le golpeó el pecho para despertarle cuando cayó desmayado en la editorial después del bombardeo de Londres, se había quedado huérfana aquel mismo día. Él la acogió y pasó a ser su familia. La niña creció con el acompañamiento de Connor descubriendo poco a poco su secreto y haciéndose una mujer de negocios. Connor pensaba que se habían encontrado para salvarse mutuamente porque él la había protegido y ella había dado sentido a su existencia.

Ania conoció a Wiley cuando Connor inició la compra de la emisora de radio. Wiley era un joven escritor al que Connor había publicado un par de novelas y cuyo interés por Ania era más que evidente. El paso del tiempo y los buenos consejos de Connor, no sólo en cuestión de ventas si no también sobre relaciones románticas, ayudaron al joven escocés a atreverse a confesar sus sentimientos a Ania.

Años después se casaron y ambos se ocuparon de la gestión de los negocios de la familia. Ya había llegado el momento de pasar el testigo a generaciones más jóvenes, y su nieto Evan había sido el elegido para continuar el oficio de la gerencia. Cuando Connor, en contadas ocasiones, aparecía en alguno de sus negocios, ocultaba su identidad tras perfiles profesionales eventuales y leves juegos de caracterización para no ser reconocido por los empleados.

Hoy Ania mostraba a Evan la empresa y Connor les acompañaba en calidad de becario procedente de la Queen Mary para realizar en T. Terrag prácticas de comunicación corporativa. A la editorial se había añadido en los años sesenta la emisora de radio y en los ochenta una asesoría de análisis financiero. Después pequeñas inversiones habían posicionado la marca como grupo de business ángel donde la discreción continuaba siendo la pauta que prevalecía. El éxito les había acompañado gracias al claro enfoque profesional y financiero.

Después de comer Connor revisó el informe de riesgo de la pequeña empresa que visitaría junto a Evan a primera hora de la tarde. Dos emprendedores buscaban apoyo económico para afianzar su negocio que llevaba dos años en funcionamiento, e iban a conocerlos para tomar una decisión. La reunión fue satisfactoria y Connor pidió a los muchachos un plan a uno, tres y cinco años con la proyección que deseaban en la empresa y qué acciones y estrategias llevarían a cabo para conseguir los resultados descritos.

- Tenéis posibilidades de éxito - les alentó Connor. - Debéis afinar la gestión y aprender a delegar tareas de menor responsabilidad. Me importa mucho qué proyección le véis a vuestro negocio, por ello os he pedido el proyecto. Enviadmelo cuando lo tengáis y si os parece nos vemos en dos semanas.

Después de una jornada de trabajo exhaustiva Evan y él tomaron un café cerca de la empresa - ¿Qué te ha parecido el día? - le preguntó Connor.

- He aprendido mucho - Evan sonreía. - Me gustaría seguir aprendiendo y me gustaría involucrarme en el análisis del proyecto que nos presentarán Tom y Maríe.
- Me parece buena idea Evan - sonrió Connor. - Lo más importante es no dejarse llevar por la emoción y sí por la intuición. - ¿Sabes porque veo a este proyecto posibilidades de éxito?
- ¿Por que están decididos a trabajar duro?
- No. Eso es emoción. Tienen posibilidad de éxito porque les veo capaces de superar los obstáculos que ellos mismos se pongan en el camino. Parecen honestos con ellos mismos. Además han fallado ya en dos negocios anteriores y saben que el éxito no es coser y cantar - Connor tomó un sorbo de su té mientras era observado por su joven ayudante. Hacía mucho que no se sentía mentor y le resultaba gratificante. Recordó en los ojos de Evan su propio brillo más de un siglo atrás, cuando luchaba por aumentar su dote y ser aceptado como prometido de Dana...

II

Antes de las siete de la tarde cruzó la puerta de la galería batiendo la campanilla de la entrada contra la puerta acristalada. Valey se tensó igual que lo había hecho las cinco veces anteriores durante la última media hora. Pero ahora sí era él.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al girarse y verlo frente a ella. Iba guapísimo con un traje gris y una blusa de seda azul cielo con el primer botón desabrochado. Al llegar junto a ella reconoció su perfume.

- Hola Valery. Está usted muy bonita.
- Gracias Connor - sonrió ella intentando controlar su nerviosismo aunque el brillo de sus ojos no lo podía ocultar. - Usted está muy guapo también. Sígame por favor, veamos el cuadro - propuso ella iniciando el paso para calmar su corazón y disimular su nerviosismo.

Él asintió acompañándola.

- Lo he colocado en la sala exterior, bajo la luz de exposición. Suelo tenerlo dentro porque no está a la venta - explicó llegando hasta allí.
- Lo entiendo - él miraba la pintura. - Yo tampoco me desharía de algo así.

Valery giró la cabeza hacia Connor, que estaba a su izquierda y miraba el cuadro con atención. Sus ojos castaños vagaron por la pintura con fruición de forma repetida. Después se fijaron en el centro del cuadro y no se movieron de allí. Parecía que se hubiese marchado a algún otro lugar. Él se mantuvo en silencio un par de minutos y volvió a hablar pareciéndose que por cortesía.

- Esta pintura lleva al lugar que refleja - explicó Connor - Me encanta el lugar que ha escogido Valery, me trae recuerdos muy especiales ese rincón del parque.
- Gracias, a mí también me encanta este sitio. Me alegra mucho que le cause esa sensación la pintura. Es la intención de un artista, transportar, ¿no le parece?

Connor giró la cabeza repentinamente hacia ella - ¿Qué ha dicho? - preguntó buscando en la mirada de ella con vehemencia intentando saber hasta dónde entendía Valery sus propias palabras.

- ¿A qué se refiere? - preguntó impresionada por el tono y la intimidante actitud corporal de Martin. Aunque él no había movido su cuerpo ni un ápice Valery había sentido que la rodeaba.

Cuando Connor se dió cuenta de la incomodidad que le había provocado apartó su vista nuevamente al cuadro. Debía contener su ímpetu, podría haberla asustado. Sentía haber reaccionado así.

- ¿Lleva muchos años pintando? - le preguntó deseando aliviar la tensión.
- Desde los quince - respondió sin saber muy bien qué había pasado un momento antes. - Después en Bellas Artes me enseñaron a plasmar lo que veía.
- Pues tiene usted una hermosa forma de mirar - dijo él. - La manera en que ha resuelto las luces y sombras y la atrevida selección de colores que ha utilizado, a mí parecer, demuestran maestría. Valery es usted toda una dama del arte - afirmó Connor mirándola de nuevo con cierta admiración.
- ¡Oh! ¡Vaya! Qué forma más hermosa de expresarlo - se sorprendió ella. - Gracias.
- No hay de qué - sonrió él.
- Por el análisis que ha realizado de la obra veo que entiende un poco sobre pintura - aseguró Valéry con una pregunta.
- Oh no por Dios, solo de colores y aspectos básicos - río él - Conocí hace mucho a una artista y me enseñó algo de lo que sabía.
- No puede hacer tanto, es usted muy joven - puntualizó Valery riendo. - Lo ha dicho de manera en que cualquiera creería que hace cien años.

Un poco más - pensó él con tristeza. - Dicen los científicos que el tiempo no existe... - argumentó Connor sin entrar en más detalles.

Culminaron la conversación con una sonrisa y Connor la esperó en la cafetería que había frente a la galería mientras llegaba la hora del cierre y ella terminaba.

Valery no sabía qué sentía junto a él en algunos momentos y tenía la sensación de que no era ella la única que se guardaba información. Estaba segura de que Connor tenía algún secreto que en ocasiones excedía su amable voluntad, eso podría explicar la despiadada mirada de antes.

Se preguntó si tras la atenta apariencia de Connor Martín se escondía alguien peligroso para ella. Pero tras todo esto había un impulso que a veces la gobernaba y le insistía en estar cerca de él. Tenía que tranquilizarse antes de salir, iban a ir a cenar juntos y deseaba disfrutar de esa noche.

Connor se levantó cuando Valery cruzaba la calle hacia la terraza de la cafetería donde la esperaba.

- Hola Valery, ¿nos vamos ?
- ¿Has pensado algún lugar dónde ir? - preguntó ella.
- ¿Te gustaría ver el cielo iluminarse? - propuso con una tibia sonrisa.
- ¿El cielo iluminarse? - sonrió Valery.
- Creo que no conoces el sitio, si me lo permites me gustaría llevarte a verlo esta noche...
- Soy toda tuya - sonrió.

Connor rió cediéndole el paso con un gesto que indicaba la dirección de su auto. Cuando Martin detuvo el coche ante el Destellos esperó para saber si Valery conocía el lugar. Ella negó con una sonrisa y él sonrió complacido. Era un restaurante francés dirigido por un polaco cuyo techo imitaba la Vía Láctea. Tenían la costumbre de iluminar el cielo, como lo llamaban, los viernes justo a las 10 de la noche incluyendo un espectáculo musical que volvía esplendoroso el momento.

El dueño del restaurante conocía a Connor desde hacía algunos años y se acercó a saludarles cuando les vio llegar.

- Cuánto tiempo señor Martin - saludó tendiendo su mano.
- Encantado señorita - inclinó la cabeza para saludar a Valery.
- Hola Gustav, ¿cómo va todo? - respondió Connor devolviendo el saludo. - Le presento a Valery Jones.
- Encantada - saludó Valéry.
- Un placer - Gustav tomó la mano de ella y la besó.

¿Todos hacen lo mismo? - se preguntó ella.

- Síganme, les daré una mesa especial - advirtió Gustav. - Esta noche encenderemos el cielo y lo verán desde un lugar privilegiado..

Tres mesas encumbraban la zona central del restaurante, dos estaban ocupadas y la tercera era para ellos. Rodeaba la mesa un sofá boutique de estilo barroco circular de la época victoriana, de piel blanca con maderas labradas y doradas.

- ¡Que dulzura! - dijo Valery al verlo.
- Me alegra mucho que le guste mi elección - respondió Gustav con una sonrisa traviesa. Sabía que casi duplicaba los años de la dama pero también sabía que era un seductor
- Gracias Gustav es un sitio precioso - puntualizó Connor. - ¿Puedes traernos la carta, por favor?
- Oh, naturalmente. Ahora mismo - dijo marchándose.

Connor no sabía si la rápida huida de Gustav la había provocado su tono al hablarle, pero le molestaba la actitud que estaba mostrando con Valery.

Dejó que ella eligiese el lugar donde sentarse. Valery prefirió a la izquierda del gran semicírculo que era el sofá y él se sentó en el centro.

Durante la cena la conversación se desarrolló con naturalidad. Se confesaron algunas anécdotas y a la hora del postre reían por cualquier cosa.

- ¿Puedo probar su postre? - preguntó ella atraída por el olor del postre de Connor.
- Naturalmente - rió él. - También hueles muy dulce - pensó mientras la veía saborear el

bocado.

- Está delicioso - ella con ojos brillantes saboreando la cremosa delicia.
- Me alegro. Me encanta esta fantasía de chocolates y flores - rió él.- Como has visto soy frugal en la comida y excesivo en el postre.
- Te entiendo perfectamente - Valery rió con proximidad. Le miró embelesada mientras él sonreía y llevaba una cucharada a la boca distraído. Se sentía muy a gusto a su lado, se preguntó en qué más era excesivo. Llevó la copa de cava a los labios y bebió un sorbo para enfriar sus pensamientos. Connor le gustaba demasiado.

A la hora en punto la luz ambiente disminuyó y el cielo empezó a iluminarse dando lugar a los singulares colores y a los hermosos destellos que imitaban las lejanas estrellas de la galaxia. Valéry que lo veía por primera vez lo miraba extasiada, Connor se debatía entre mirar el cielo o mirarla a ella.

Una suave música comenzó a sonar, Connor la reconoció de repente... Era "Moonlight Serenade" de Glen Miller, la música que no llegó a bailar con Milo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y de repente sus ojos cayeron al suelo recordándole quien era. Aún en aquellos momentos en que parecía experimentar lo que cualquier otro hombre puede hacer... estar junto a una mujer encantadora confiando en que la verá a menudo y su relación se volverá auténtica, compleja y apasionante, no podía confiarse. Suspiró y volvió a mirarla tristemente, como si no le perteneciera aquella oportunidad.

De repente un extraño crujido rompió la armonía del momento, al menos para Connor pues los demás seguían disfrutando la belleza del espectáculo. Otro click metálico se oyó sobre sus cabezas, ahora sí Valéry miró justo encima de ella. Algo parecía soltarse en las luces del techo.

En el momento en que el entramado de luces caía sobre ella, él reaccionó...

- ¡Dana! - gritó mientras tiraba del brazo de ella para sacarla del terrible golpe del armatoste metálico.

Valery gritó de terror cuando la infinidad de cristales estallaron contra ella. Las copas y platos aplastados contra las lamparillas y luces que caían sobre la mesa les habían salpicado de arriba abajo. La enorme estructura metálica volcó hacia el sofá rasgando cual garras el tejido blanco justo donde Valery había estado sentada.

Connor que había cubierto la cabeza de ella con la mano para acercarla hacia sí, también resultó herido en la mano y la parte alta de la cabeza. Valery echada sobre él respiraba con angustia contra su pecho. Se incorporó y le miró con terror en los ojos - ¿Qué está pasando? - le preguntó a él como si una parte de ella supiera que Connor podría responderle. Él la miró tan asustado por el accidente como impresionado por la incomprensible exigencia en la pregunta de ella.

Los comensales de las mesas contiguas llegaron para atenderles y Gustav afligido se acercó a ellos y llamó a una ambulancia. A Connor le sangraba la mano y a Valery algunas zonas de la espalda alta y el cuello. Ambos fueron atendidos por separado en urgencias. Después de salir de la cura ambos seguían teniendo laminillas de cristal en el pelo.

Connor no podía creer lo que había pasado. De nuevo la muerte perseguía a una mujer de su

vida. El atestado volvió a su recuerdo " No hay señales de asalto ni persecución de la diligencia, me temo que cayeron por el barranco a causa de un desgraciado accidente".

Y la conversación con Charles poco después de la muerte de ella - Poco antes de morir Dana no cesaba de tener accidentes hasta que uno de ellos consiguió arrancarle la vida. La conversación con el conductor del coche un día atrás "Un fallo múltiple cuando el semáforo cambió a ámbar" - Y ahora el mecanismo del techo...

- ¡No puede ser! - Se gritó en silencio mientras un oscuro escalofrío le llevó nuevamente al infierno... Había empezado todo de nuevo. Pero, ¿por qué?

Caminaba por la sala de espera sin ser consciente de su nerviosismo. Cuando Valéry salió de la consulta se dirigió hacia ella. - ¿Cómo te encuentras? - preguntó con evidente inquietud.

- Estoy bien, no te preocupes. ¿Cómo está tu mano? - preguntó mirando el vendaje de Connor.
- Solo heridas superficiales - aseguró girandola muñeca para demostrarlo.
- Me alegro - asintió ella. - Estoy muy cansada, pediré un taxi para ir a casa.
- Ha sido un día largo. Yo también iré en taxi, tengo el coche en el restaurante.

El primer taxi llegaba hasta ellos.

- Yo tomaré el siguiente - explicó Connor abriendo la puerta a Valery para que entrase. Era mejor alejarse de ella.
- ¿Quién es Dana? - preguntó Valery con la mano en la puerta abierta del taxi como si quisiese huir a prisa de la respuesta de él.
- ¿Qué? - asombrado.
- Me llamaste por ese nombre cuando tiraste de mí en el restaurante - explicó Valery justificando su interés.

Connor, tras un primer momento de desconcierto, la miró fijamente en silencio, esa noche no podía más. Finalmente negó con la cabeza sin ofrecer respuesta ni excusa. Estaba demasiado impactado para elaborar una mentira convincente. Valery entendió que era uno de los secretos de él y asintió antes de entrar en el taxi y marcharse. Era evidente que Connor Martín estaba enamorado de otra.

III

Llegó a casa preocupado y confundido. ¿Por qué los accidentes volvían a presentarse en su vida? En esta ocasión había podido librarla pero fue cuestión de suerte. No podía arriesgarse de nuevo.

No quiso pensar en el pasado pero si lo que leyó en el libro explicaba su caso, aquella mujer iba a morir por su culpa. Necesitaba resolverlo, y para ello debía acudir de nuevo a lo insólito. Bajó a su despacho y buscó el otro libro. La cinta roja dividía las páginas. Sus ojos saltaron a los párrafos en búsqueda del tercero de la página derecha donde su memoria fotográfica situaba la información...

" No parece tener gran valor pero la Clamatormentas es la espada que un día los Dioses nos dejaron para liberar cualquier maldición. Se dijo que contenía la esencia de cuatro inmortales y

que estaba tan viva como ellos.

Había oído que su empuñadura de cuero no se ha desgastado con el paso de los siglos pues es la piel de la espada. Las cuatro piedras preciosas de su puño son la esencia de sus cuatro cuidadores que acuden a su llamada cuando es empuñada por un justo. La hoja, forjada por un minotauro en lava volcánica de los valles sagrados que limitan el infierno, no puede ser rota por ningún otro arma. Su brillo corta cualquier oscuridad como si fuera arcilla devolviendo la sagrada paz a quien sea tocado por ella.

Pero no lo creí hasta ver con mis propios ojos como devolvía la vista a un ciego con solo tocar sus ojos, y como liberaba a un muchacho de su prisión de locura. La empuñaba una mujer y después de estos milagros la devolvió al lago donde pertenecía hasta que alguien la necesitara de nuevo".

Connor buscó en las páginas posteriores para encontrar más datos sobre la espada o la ubicación del lago. Algunas leyendas la mencionaban en Francia, España o Escocia... El autor era escocés, hijo de una tierra donde la mitología y la fantasía forman parte de la vida, y la historia de la espada podría ser una pista o una solemne estupidez. Cerró el libro desesperanzado.

Edén venció. Y el mundo que había creado el conflicto fué separado por siempre.

CAPÍTULO XIII

Sospecha.

Por la mañana el vendaje de la mano ya no era necesario. Debía pedir a Evan que mandase a recoger sus cosas a Pontevedra, parecía que su retiro había concluido antes de lo previsto y no iba a poder volver por ahora.

Pasó el día trabajando con él, y la tarde resistiéndose con todas sus fuerzas a llamar a Valery o ir a verla. Una lucha desigual entre su razón, que le prevenía de lo peligroso de que estuviera cerca de ella, y su impulso más visceral que necesitaba ir a verla fuera como fuera. Al llegar la noche al fin pudo descansar pues a esa hora no iba a ir a buscarla. A la mañana siguiente el teléfono le despertó.

- Buenos días. ¿Connor Martín? - preguntó un hombre al otro lado de la línea.
- Si. ¿Quién es? - respondió.
- Soy el detective Carusso, llamo desde la comisaría, me gustaría hablar con usted sobre la declaración de Valery Jones.
- ¿Qué ocurre con la declaración? - se anticipó Connor.
- Preferiría hablarlo en persona si no tiene inconveniente - argumentó Carusso.- ¿Puede pasar por comisaría durante la mañana?
- ¿Estará usted ahí en una hora?
- Si, aquí estaré - respondió Carusso.
- Bien, le veo en una hora- se despidió Connor.

Tras colgar se fue a la ducha. Quería saber qué ocurría con la declaración de Valery exactamente... El agua caliente arrastró todo pensamiento mientras apoyado con ambas manos en la pared la catarata resbalaba por su espalda. Nunca deseaba terminar con el momento de la ducha.

Carusso era hombre de mirada afable, con algunos kilos de sobra instalados especialmente en la barriga. De cabello rubio corto y lacio y con grandes claros que intentaba ocultar con un largo flequillo que peinaba desafortunadamente de atrás hacia delante. Su bigote era algo más oscuro y espeso. Llevaba unas gafas de armazón negro que parecían infantiles y unos tirantes de rombos verdes y mostaza que se veían al caminar debajo de la chaqueta abierta. Su aspecto era tan peculiar y antiestético que Connor se quedó impresionado por su capacidad para mostrarse visualmente desagradable.

Cuando le explicó el motivo por el que le había llamado le dejó fuera de juego.

- Mire señor Martin, la declaración de la señorita Valery Jones es demasiado... perfecta. ¿Entiende?

El detective redundó en sus argumentos quizá esperando confirmación de Martín, quien actuaba con discreción. No sabía si las conclusiones del policía eran correctas y por ahora no alentaría sospechas sobre ella. Mientras Connor leía la declaración de Valery veía por el rabillo del ojo a Carusso tirar de sus tirantes como si temiese perder sus pantalones.

Cuando Connor levantó la vista dando por terminada la lectura el detective concluyó...

- Valery Jones recordaba demasiado bien cada detalle de su historia... Si mi olfato no me engaña, es ella misma la falsificadora, ¿es pintora no?

Connor recordó el cuadro de St. James's Park y sus magníficas pinceladas. Desde luego ella sabía pintar. ¿Pero hasta el punto de haber conseguido una réplica tan fiel al cuadro original de Dana? Seguramente no.

- O al menos sabía que el cuadro era una imitación - aseveró Carusso. - Por eso no deja ningún detalle al azar, teme que la descubramos.

Connor negó con la cabeza sin siquiera darse cuenta.

- ¿No cree que sea posible señor Martín? - preguntó el detective sentándose sobre la mesa con los brazos cruzados frente a él y el expediente de Valery bajo el trasero.
- Naturalmente que es posible - alegó Connor sin poder creer que hubiese negado las palabras del policía de manera tan evidente y descuidada. - Es simplemente que no creo que la señorita Jones sea una delincuente - se aventuró a decir.
- Bueno, una mujer guapa puede trastornar la razón y complicar un juicio evidente contra ella. Pero no me parece usted alguien que se deje engañar por una cara bonita...
- Naturalmente que no - aseguró Connor poniéndose en pie. - Estoy muy interesado en descubrir la verdad, no le quepa la menor duda sobre eso. - Aseguró antes de girarse hacia la puerta.
- Señor Martin, tome mi tarjeta - la extendió entre índice y corazón como si desenfundara un revolver. - Si recuerda cualquier detalle no dude en llamarme.

Connor la cogió con la atención dispersa. Controlaba demasiados pensamientos a la vez y moderaba excesivas emociones.

- Estaremos en contacto - advirtió Carusso que no parecía del todo convencido con las palabras de Martin.

Connor le miró, asintió y se marchó. Salió de la comisaría confundido, especialmente por la decepción que las palabras del detective le habían causado. Esperaba que Carusso se equivocara porque si era cierta su teoría Valery le había estado engañando desde el principio.

Dentro del coche no podía dejar de pensar en ella y en la conversación que acababa de tener con Carusso. Era detestable sentirse tan atraído por ella y afrontar que podía haberse estado burlando de él. ¿Se había interesado en la mujer equivocada? Arrancó el auto sin dirección concreta. Desde lo que le sucedió con Dana pocas oportunidades tuvo de una relación romántica y las que tuvo las apartó. Había estado con mujeres, con algunas se había relacionado más allá de la

alcoba. pero ninguna supo realmente nada de él, siempre guardó su vida con absoluta discreción. En cambio con ella desde el principio había sido diferente.

Ahora se preguntaba cómo podría salir de dudas sobre la implicación de Valery en la venta de la falsificación. El tema le estaba quemando y sin meditarlo demasiado giró el volante en la intersección para dirigirse hacia la galería. Allí estaban todas las respuestas.

II

- Buenos días señorita Jones - saludó con seriedad al entrar.
- Buenos días señor Martin respondió ella fijándose en que él volvía a guardar las formas al dirigirse a ella.
- ¿Cómo se encuentra? - preguntó con talante comedido y los ojos paseando sobre la mirada de ella como un cóndor rastreando una presa.
- Mejor, gracias, aún hay vidrios minúsculos en el cabello pero confío en que en unos días no quedará resquicio ¿Cómo está su mano?
- Como ve, ya sin venda - respondió con simpleza. Necesitaba una reacción visceral de Valery para saber la verdad y sólo mediante un ataque directo podría conseguirla. - He venido a verla porque un detective de la comisaría no cree su declaración...
- ¿Qué? - Valery palideció como la cal.
- Dice que usted está implicada de algún modo en la venta de la falsificación... - Continuó, entregado a la reacción de Valery.

Ella retiró dos segundos la mirada. - ¿Y usted le cree? - sin saber qué decir regresó sus ojos a él. Tenía que saber qué pensaba Connor.

- Realmente no estoy seguro - respondió sin dejar de mirarla a los ojos. Estaba preciosa, recordó el aviso de Carusso respecto a los efectos de una cara bonita.

Valéry deseaba destruir su sospecha sin mentirle pero por desgracia eso no podía hacerlo y era aterrador sentirse desnuda con su pecado ante él.

- Detesto sentirme utilizado - confesó él sin haberlo pretendido acercándose un paso a ella.
- Nunca he querido utilizar a alguien - susurró ella mirándole a los ojos, se estaba sintiendo intimidada por Martin.

Al conocerle había bajado sus defensas con él, desde el primer momento su mirada la desarmó como nadie lo había hecho antes.

- ¿No va a defenderse? - insistió Connor defraudado con la reacción de ella que parecía corroborar las sospechas de Carusso.
- Creo que no hay nada que pueda decir, usted ya tenía claro su veredicto antes de entrar - Valery intentó confundirlo ya que no iba a poder convencerlo.
- No señorita Jones. Esperaba que usted desmintiese la acusación - confesó él con firmeza. - Pero ni siquiera lo ha intentado porque no puede hacerlo, ¿verdad - dejó un silencio para un gesto de valentía por parte de ella: que confesara o negara rotundamente. Pero ninguna de estas reacciones, que le hubiesen permitido pensar en perdonar sus acciones o, al contrario, pedirle perdón por su acusación, se produjeron.
- Creo que no tenemos más que hablar - concluyó Valéry antes de esconder su mirada temerosa y alejarse de él hacia el interior de la galería.

- ¿Y ahora qué? - se preguntó Connor al verla alejarse.
- Valery no iba a decirle más y él se sentía decepcionado con su supuesto triunfo. Miró hacia la puerta decidiendo si marcharse pero odiaba hacerlo sin confirmarr la verdad. Dentro Valery rezaba por no ser denunciada por el hombre del que estaba enamorada.
- Valery - la llamó él que llegaba a la sala interior.
 - Soy una mujer de negocios señor Martín, al parecer nuestra conversación no ofrece salidas - aseguró ella tras atreverse a girarse hacia él.

Connor se acercó más a ella y se perdió en sus ojos intentando comprender sus palabras pero eran sus labios los que parecían pronunciar su auténtico nombre como hacía mucho que nadie lo hacía. Valéry a un palmo de él sintió que Connor quería besarla, algo que ella había deseado desde el momento en que le conoció.

Por si solos los dedos de Connor se acercaron a los brazos de Valéry con suavidad para atraerla hacia él. Era un deseo muy fuerte el que le conducía. Ella se dejó acercar sintiendo la presión de los dedos de él sobre sus brazos mientras su corazón se desbocaba.

Connor cerró los ojos y sus labios rozaron los de ella. Giró la cabeza para acercarse más a su boca mientras la abrazaba rodeando su cintura.

Ella recibió la suavidad y firmeza del beso deleitada por su sabor, sobrecogida por la emoción de su pecho y por el temblor de su cuerpo que no sabía comprender. Había encontrado algo largamente añorado y las lágrimas se escondieron tras sus ojos cerrados.

Él se calmó en aquel instante que le devolvía la paz pérdida hacía tanto, sintió todo su cuerpo reaccionar a la vez. Se sintió temblar y adorar a aquel ser, sintió la pasión y el miedo impulsivo de querer huir, sintió su antaña necesidad y también experimentó tener el mundo entero en sus manos.

Un instante para calmar aquella ardorosa y compulsiva pasión... Separó a Valery de él para mirarla a los ojos y saber qué estaba sintiendo ella, intentaba comprenderse.

Valery abrió los ojos despacio queriendo retener aún la sensación y las gotas contenidas rodaron. Él la miraba sujeta por los brazos, no quería dejarla alejarse aún, ni ella lo pretendía. El brillo en los ojos emocionados de Connor había cambiado radicalmente. Ella acarició con sus manos el rostro de él mientras acercaba de nuevo sus labios.

Connor cerró los ojos y acercó su boca en pura necesidad, por fin había vuelto a ella, por fin ella había llegado a él. Todo el sufrimiento y su falta se transformó de repente en tanta excitación que la pasión se quiso derramar en aquel mismo momento y allí mismo. Su boca no conforme con el beso acudió al cuello de Valéry que se dejó arrastrar por el ardor de el.

Los labios de Connor se dirigieron hacia su pecho y fue entonces cuando se dió cuenta de lo que hacía y le soltó los brazos bruscamente. Valery asustada y extasiada a la vez fijó sus ojos en los de él mientras jadeaba sobrecogida.

Connor retiró la mirada avergonzado de su comportamiento. Respiró con furia, se estaba comportando como un animal y era detestable y reprochable. No sabía cómo mirarla.

Dió un paso atrás.

- Estoy avergonzado - levantó la mirada encontrando los ojos de Valéry entregados a él, tanto como los suyos habían estado un momento antes. - Perdóneme - dijo antes de bajar la mirada y marcharse con rapidez.

Valery sintió que el mar la abandonaba, que el aire se detenía justo ante el abismo. Sintió que perdía de nuevo el cielo al que por fin había regresado, sintió un dolor tan grande en el corazón por perder su hogar de nuevo...

No sabía si lo que había experimentado explicaba la gran atracción que siempre había sentido por él y la inexorable necesidad de estar a su lado, pero sus años enamorada del modelo del cuadro tomaban un sentido que jamás hubiera imaginado.

Connor huía en su coche más asustado que avergonzado. Lo que había sentido no tenía nombre ni razón. No podía ni pensarlo, dejar el pasado en el pasado... - se repetía. - Debía dejar de acercarse a Valery porque no podía controlar su locura, una locura que no sabía que albergaba y que era producto sin duda de tantos años de sufrimiento. Debía alejarse de ella porque podía perder de nuevo el control.

Debía ver a otras mujeres porque el animal que quiso aparecer momentos antes existía a causa de no haber cuidado lo suficiente su naturaleza humana y rendirse más a menudo a sus necesidades, pero eso no volvería a pasar nunca más. Aunque Valéry se había entregado al momento con deleite también había sentido que se había asustado de su comportamiento animal. Era reprochable. Necesitaba pedirle perdón a aquella mujer.

Puso música de camino a casa, se olvidaría de la señorita Jones. Cuando Caruso llamase, cosa que sabía que iba a suceder, ya vería lo que hacía. Ahora estaba demasiado alterado para decidirlo.

Llegado a su apartamento fue a la cocina por una copa de agua. El beso volvió a su recuerdo y rozó sus labios con los dedos para evocarlo. ¿Porque había sentido que la había besado antes? Estaba desvariando... Locas hipótesis le rondaban, hipótesis desesperadas a las que se negaba a prestar oídos. Debía ocupar su tiempo en labores más productivas.

Llegaba el momento de recomponer Edén y las creaciones perdidas en la contienda.

CAPÍTULO XIV

El encargo.

De madrugada, cuando dormía, un ruido le despertó. Se sentó en la cama y sesgó la mirada mientras prestaba toda su atención a sus oídos. Otro ruido le confirmó la presencia de alguien en la cocina... Se puso en pie descalzo para no hacer ruido y, vestido únicamente con un slip negro, agarró la lamparilla y la desenchufó para usarla como arma.

En la cocina un hombre de espaldas a él, con la puerta del frigorífico sujeta con una mano, seleccionaba con la otra la comida envasada que Connor guardaba en el frío. Parecía selectivo con sus gustos y también joven, llevaba un traje claro a rayas rojas y verdes. Su sombrero de paja a juego con una cinta roja como ribete estaba sobre la encimera.

- Hola Garrett - le saludó aún de espaldas a él.

Connor de pronto le recordó, era la calavera que estalló los botellines contra la pared. Aunque su aspecto era diferente le reconoció. Lo había... olvidado y justo su voz profunda le hizo recordarlo todo. Su actitud parecía más tranquilizadora que la última vez. Connor permaneció a una distancia prudente, aunque soltó la lámpara, no le servía como defensa contra aquel individuo.

- Siento mi comportamiento del último día, estaba de mal humor - se explicó el ente girándose hacia él con una banderilla de aceitunas en la mano. - Me gustan más picantes pero estas están bien - aseguró levantando el aperitivo en alto.

Ahora “vestía” un rostro humano. Aunque fuese una ilusión a Connor le resultaba más tranquilizador - Me alegra que te guste mi comida - ironizó.

- No tengo demasiadas oportunidades de disfrutar de la comida, deberías comprender lo afortunado que eres pudiendo comer todos los días cosas tan ricas. Por cierto, me llamo Brokenskill.

- ¿Cómo? - preguntó Connor dando un paso hacia él.

- Skull para los amigos - resolvió sacando el bote de las banderillas y cerrando finalmente el frigorífico. - Es lo mejor que tienes dentro.

- Deberías probarlo con anchoas - indicó Connor apoyado contra el horno con los brazos cruzados.

- ¡¿Anchoas?! ¿Tienes? - preguntó con una sonrisa que parecía la de un caniche ante una chuchería.

Connor sacó una lata del mueble alacena, la abrió, la escurrió y la dejó delante del otro. - Pincha la anchoa con la banderilla - propuso.

El tipo siguió su consejo y no volvió a mirarle hasta que acabó con la lata de anchoas y con casi

todas las banderillas. Lo increíble fue que no se manchó aún con el gran número de gotas de aceite que cayeron sobre él. Las rayas de su chaqueta se redibujaban cada vez que era necesario así como el tejido se sacudía y secaba al instante por zonas cuasi microscópicas.

- Resulta muy ilustrativo verte comer pero me gustaría saber por qué estás aquí exactamente - preguntó Connor.
- Hay alguien que hace unas galletas riquísimas... - respondió Skull.

El desconcierto de Connor se dibujó en su rostro, no entendió si era su respuesta.

- Pones esa cara porque no las has probado. Se puede saber mucho de alguien por cómo cocina - despacio sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta, que extendió a Connor.

Martin lo contempló un momento esperando más información y volvió a mirarle sin cogerlo.

- El caso es que esa persona necesita ayuda - dijo guardándolo de nuevo en un bolsillo. - Y por ciertas circunstancias me temo que no puedo hacer nada por ella.
- Y pretendes que sea yo quien lo haga - se adelantó Connor, percibiendo el tono de la conversación.
- ¡Exacto! - Skull le dedicó una sonrisa esquinada. - Tú estás libre del sistema, no como yo. Por supuesto nada es gratis. Si la ayudas, ella misma te dará información que te acercará a tu objetivo.
- ¿Objetivo?
- Romper la maldición, ¿no es lo que quieres? - respondió el otro abriendo las puertas de los muebles superiores buscando galletas.

Connor no podía creerlo. Después de tanto tiempo sin respuestas, por fin se le abría una puerta. Conteniendo el ansia que le albergó intentó negociar.

- Digamos por un momento que te creo, y decido aceptar tu propuesta... Necesitaré algo más - sus pensamientos se hilaban a gran velocidad, barajando posibilidades. - Como... ¿quién es exactamente esa persona?, y ¿con respecto a qué tengo que ayudarla?
- Tema difícil - siseó Skull tirando de su solapa para colocar las rayas de su chaqueta que vacilaron sobre el tejido diseñándose de nuevo. - Verás, estoy atado de pies y manos con este asunto. Solo sé que mañana es el último día de su vida, y - añadió con la consistencia de una verdad absoluta. - eso no debe pasar.

Que algo de aspecto tan poderoso pidiese su ayuda sorprendió a Connor.

- Ojalá pudiera decir más - continuó Brokenskill - pero la recogida de esa alma no me pertenece a mí, sino a un cretino que carece de neuronas. Es él quien tiene la información que necesitamos pero nunca la dirá. Así que si quieres saber más sobre tu inmortalidad, debes salvarla -sentenció.

La entidad se dio la vuelta para irse.

- Dime al menos donde puedo encontrarla - reclamó Connor.
- Todo está en el sobre que tienes en la mano - aclaró Skull caminando hacia la salida.

Connor se sorprendió de tener entre los dedos el sobre que no había cogido, miró al frente pero ya no había nadie ante él. Al abrirlo encontró la foto de una mujer morena de pelo rizado, de

unos cincuenta años. En el reverso de la foto venía el nombre y una dirección. - ¿No hay nada más? quiso preguntar pero antes de finalizar la frase no recordaba quién le había dado aquello.

Aún retenía la impronta de lo hablado, pero se iba desvaneciendo, hasta que solo le quedaron claras dos cosas. La primera era que debía ver a la persona de la foto. La segunda que era importante hacerlo cuanto antes.

II

Muy lejos de allí...

- *Creo que lo he encontrado - dijo Skull aunque su voz se resistía a elevarse ante la intensidad expansiva de él.*

Radiant se giró con rapidez. - ¿Estás seguro?

Skull asintió intentando entender su gesto de contrariedad. Hacía mucho que le buscaban, quizá esperaba otra reacción por su parte. Aunque conociéndole no debería haberse sorprendido.

- *Avisa a mi hermana - decidió.*
- *Así lo haré - respondió Skull satisfecho de que la más razonable de los cuatro fuese informada.*
- *Con discreción - puntualizó con seriedad.*

Skull asintió.

*Los cuatro reyes volvieron a sus palacios para recuperarse de la ardua batalla.
Pero no fue así para Aeón.*

CAPÍTULO XV

El rescate.

La exposición en el Travelodge London Central City se realizaba esa tarde. Valery había promovido una exposición itinerante de pintores locales junto a Bryan para dar notoriedad a ambas galerías, lo que facilitaba oportunidades de venta y abría la posibilidad de la rotación de las obras mediante renting.

Comenzaba a las 16:00 y a las 11:00 gran parte de los preparativos ya estaban listos.

- El director nos ha invitado a un café antes del comienzo - explicó Valéry. - Está nervioso, será positivo que lo tranquilicemos.
- Me parece bien, además igualmente estaremos aquí temprano - aceptó Bryan.
- Le confirmaré - Valery tecleó un mensaje con el móvil al director.
- Bueno, aquí parece que está todo listo, ¿te apetece un café? - propuso Bryan.
- Si, estaría bien, a ver si termino de despertarme - sonrió Valery.
- ¿Una mala noche? - Preguntó Bryan.
- Algo así - respondió ella saliendo del hotel a su lado. Había pasado la noche pensando en el beso y en la denuncia sin saber cuál de los dos tenía más peso para Connor.
- Nunca quisiste tener una noche conmigo - sonrió él.
- No eres de los que mueren por las mujeres... - rió ella.
- No hay que morir cariño si no todo lo contrario - respondió Bryan con perfidia.

Cuando se alejaban hacia la cafetería, como si de un fantasma se tratase, Connor Martín apareció ante los ojos de Valery cruzando la calle en dirección contraria. No la había visto, caminaba con urgencia y se alejaba con rapidez. Llevaba las manos en los bolsillos como si deseara no ser visto. Un impulso incontrolable la asaltó.

- Bryan, tengo que irme. Dejamos el café para después - le explicó caminando en dirección a Connor.
- ¿Qué ocurre? - le preguntó su acompañante deteniendo el paso.
- Después te lo explico - se disculpó con las manos en posición de oración como referencia gestual a un sentimiento de culpa. Después se giró y aceleró el paso siguiendo a Connor con sigilo.

Martín no recordaba de dónde había sacado aquella tarjeta pero aumentaba la urgencia por ver a la mujer. Se había resistido a buscar a una desconocida pero finalmente había cedido con tal de calmar su inquietud. Lo que le empujaba era importante también para él.

Cuando llegó a la dirección entró en el edificio sin dificultad, la puerta estaba abierta, y se dirigió a la tercera planta en el ascensor. Aunque por ese instinto que a veces le había servido se bajaría en la segunda y subiría el último tramo de escaleras andando.

Al subir se oían golpes. En la tercera planta un hombre en el pasillo pateaba una puerta tratando de derribarla. Una mujer al otro lado lloraba suplicando que se fuera, que la dejara tranquila. Sin embargo recibía brascas amenazas como respuesta y más golpes sobre la puerta que temblaba y parecía que iba a ceder ante las embestidas.

De la puerta de al lado apareció una señora mayor en pijama y con cara de pocos amigos.

- Marchese o llamaré a la policía.

Con el ultimátum pretendía deshacerse del violento. Sin embargo, Tupper, un tipo grande con cuello de mulo, detuvo sus embestidas, contempló a la mujer del mismo modo que uno mira a una mosca en la sopa y sacó su placa.

- Yo soy la policía. Así que métete en tu agujero y no vuelvas bruja. O te hago una visita a ti también.

Tras eso, la cara de la mujer se desfiguró como si sufriera una herida mortal y se apresuró a cerrar la puerta.

- Huye vieja- rió el tipo.

Volvió su atención a la puerta, dio una última patada y la abrió por fin. Al entrar se encontró con su exmujer en el sofá hecha un ovillo. Le levantó la cara con la mano, ella tenía los ojos rojos de llorar y tensos de miedo. Sonrió mirándola como el amo del mundo. Ella cubrió su cabeza con los brazos temiendo los golpes.

- Te prometí que te encontraría, Marjorie - le soltó la cara de un zarpazo.- ¿Y recuerdas que te iba a pasar si te encontraba? - le recordó con deleite.
- ¡No! - gritó ella intentando detenerlo con las manos en alto.

Tupper la cogió del pelo y tiró de ella arrastrándola y apretó su cara contra el suelo.

- Ya no volverás a joderme. ¿Te enteras? Hoy te voy a enseñar lo que pasa cuando no me obedeces - tiró de ella. -Y ahora vámonos lejos, no quiero testig...

Tupper no acabó la frase. Por un momento lo vio todo negro, y luego borroso. No estaba seguro cómo había acabado en el suelo. Se llevó una mano donde le dolía, allí encontró una brecha en su cabeza que le mojaba los dedos, estaba sangrando. Sin entender qué pasaba trato de enfocar mejor a la imprecisa forma que se movía delante suya. Pudo distinguir que era un hombre que comprobaba si su mujer estaba bien y que llevaba una lámpara en la mano.

- Maldita sea. Un jodido héroe - pensó para sí y trató de levantarse. - Te vas a cagar tío - le auguró. - Soy policía...

Su mano fue hacia donde guardaba el arma, sin darse cuenta de que se le había caído al suelo. El puño de Connor se estrelló contra la cara del poli, que finalmente quedó calladito por un rato.

- Debemos irnos de aquí, despertará pronto - advirtió Connor a la mujer.
La anciana asomaba la cabeza - ¿Qué ha pasado? - preguntó a Valery que se había ocultado en el pasillo tras la puerta abierta.

Valery la miró con los ojos desenchajados y tragó saliva sin saber qué responder.

- Hay otro hombre ahí dentro, ¿verdad? - indagó la vecina deseosa de que el infeliz que la había amenazado tuviese su merecido.
- Si, otro hombre la ha ayudado - susurró Valery sin apartar sus ojos de Connor que ayudaba a la mujer del suelo a levantarse.

Marjorie lloraba y se limpiaba con la manga de la rebeca. Pasó sobre el cuerpo del agresor sin mirarle y se acercó a coger su bolso y el dinero de su habitación.

- ¿Marjorie? - dijo la vecina entrando en el piso de la víctima. Miró al marido tirado en el suelo con suficiencia - ¡Cabrón!- le insultó.
- ¡Señora! Salga de aquí - dijo Connor sin creerse que una anciana se metiese en situaciones tan peligrosas y se dirigió hacia la puerta para sacarla de allí. - Tiene que entrar en casa y no salir... - ¡¿Valery?!- se sorprendió al encontrarla en el pasillo intentando esconderse tras la anciana.
- Hola Connor - saludó Valery mirándolo fugazmente, avergonzada de haberlo seguido.
- ¿Qué haces aquí? - Connor no era capaz de imaginar el motivo.

Marjorie miró alrededor de su apartamento como despedida, cogió el retrato de un bebé que había sobre el mueble del comedor y salió al pasillo en búsqueda de Connor.

- Me alegro de que este hombretón la haya ayudado - expresó la anciana dándole un abrazo a la vecina.
- Yo también - se emocionó Marjorie.
- Tenemos que irnos - dijo Connor indicando que se marchaban... - Valery, no te puedes quedar aquí, vámonos.

La vecina entró en su casa. Él dejó pasar a Marjorie y Valery delante suya y salió mirando atrás de tanto en tanto. Llegaron a la salida. Connor las dirigió deprisa hacia el coche de Evan que les esperaba donde él le había indicado cuando le llamó de camino a casa de Marjorie. Cruzaron la calle con rapidez y se subieron al coche.

Pero otros ojos les habían visto salir del edificio residencial. El compañero de patrulla del agresor agarraba el volante con ambas manos al reconocer a la mujer de Tupper escapando con otro tipo. - Éste tiene razón y la zorra de su mujer sigue follándose a todo el que se le pone por delante.

- Hola Evan. Vámonos de aquí - indicó Connor sentado en el asiento del copiloto. - Ellas son Marjorie y Valery. Él es Evan.
- Encantado - saludó el muchacho mirando por el espejo retrovisor.
- Hola Evan saludó Valery.
- Hola - dijo Marjorie.
- ¡Arranca Morán! ¡Arranca! - gritó Tupper que había llegado abajo y subía al coche. - ¡Sigue a ese cabrón!
- No sabes lo de acuerdo que estoy contigo - rió Morán acelerando el coche.

Mantuvieron la distancia para no perderlos, no tenían intención de dejarles escapar. Morán recreaba sus depravadas intenciones en su mente.

- No quiero matarle de un disparo - aseguró - Tu mujer y su amante merecen sufrir.

Tupper se preguntó qué ocultos motivos tenía su compañero para compartir su saña contra su exmujer.

Durante el trayecto Connor puso en antecedentes a Evan sobre la situación respetando la sensibilidad de Marjorie pues hablaba de su vida. Decidieron dónde se quedaría ella al menos durante unos días.

- Marjorie, saca la tarjeta de tu móvil y tirla por la ventanilla - advirtió Evan. - Si tu ex es policía no debemos ponérselo fácil. No debes llamar a nadie conocido...
- ¿El niño...? - indicó Valery advirtiendo la foto que la mujer llevaba consigo.
- Tranquila, no - respondió ella con media sonrisa. - Él no está ya entre nosotros.
- ¡Oh! Lo siento - se incomodó Valery.
- No. No está muerto, es que... un tipo me lo robó - Marjorie besó la foto con los labios apretados para no llorar.
- ¿Te robaron a tu hijo? - preguntó Connor girándose hacia ella y recordando el robo del hijo de Lorna del que supo muchos años después. - Conocí a una mujer a la que también le robaron a su hijo, pero ella... - Connor se detuvo y volvió a girarse llevando la vista a la carretera.

Tanto Evan como Valéry deseaban saber un poco más sobre los silencios de Connor. Cuando pasaban ante la galería de Valery Evan detuvo el coche.

- ¿Se queda aquí señorita Jones?
- Yo también me quedo - respondió Connor por los dos.
- Llevaré a Marjorie a los apartamentos, hablaremos cuando regreses - dijo Evan.
- Gracias. Ve gestionando su documentación - propuso Connor saliendo del coche y abriendo la puerta a Valery.

Por sus circunstancias particulares había necesitado nueva documentación cada vez que hubo de cambiar de domicilio y tenía un buen contacto. Marjorie, para empezar, necesitaba cambiar de identidad.

- Después hablaremos, Marjorie - Connor se despidió de la mujer asomado al coche.
- Gracias señor Martín.
- Me pondré con lo que has pedido - aseguró Evan antes de arrancar y marcharse.

Cuando el joven rey regresó a su hogar, Camila, su esposa, había desaparecido.

CAPÍTULO XVI

Intrusos.

Quería disculparse con Valery pero no le resultaba fácil reincidir en lo acontecido el día anterior. La miró junto a él en mitad de la acera. Ella tampoco parecía saber qué decir exactamente.

Valery no había podido quitarse de la cabeza lo sucedido en casa de la mujer agredida, ni la impactante imagen de Connor atendiéndola. Se estaba enamorando de él de manera irreversible y aunque era un dulce descanso sentir algo así, también la asustaba. Haberlo seguido la hacía ver que la atracción que le provocaba escapaba completamente a su control.

- Valery, ¿cómo es que estaba en el apartamento de Marjorie? - le preguntó Connor para abrir la conversación. - ¿La conocía?

Ella emitió un sonido que quiso parecerse a un quejido pero que se le quedó atrapado en la garganta. Incluso abrió los labios para responder, pero tras unos segundos buscando excusas creíbles desistió. Y no podía contarle lo que había hecho.

Buscó las llaves en su bolso y sin poder mirarlo dirigió su atención al semáforo, esperando a que cambiase para escapar.

Connor entendió que seguía molesta por lo que sucedió durante el beso. Debía considerar la posibilidad de que lo que él estaba sintiendo por ella no fuera correspondido en absoluto. Su soledad de tantos años le había jugado una mala pasada haciéndolo creer que los ojos de ella, que a veces le habían mostrado interés, expresaban realmente emociones diferentes.

- La acompañaré hasta la galería y me marcharé señorita Jones - dijo. Iba a zanjar su error aunque fuese en mitad de la calle.

Valery asintió y le miró como si él acabara de lanzarle una piedra. No se lo estaba poniendo fácil. El semáforo se abrió para los peatones y cruzaron la calle.

En la puerta de la galería Valery pulsaba el mando a distancia de su llavero para levantar la reja, estaba avergonzada. Le parecía que en cualquier momento él podría darse cuenta de que había ido tras él y no imaginaba un bochorno mayor.

Ya que ni siquiera le miraba Connor hubo de hablar. Se sentía ridículo ante la falta de atención

de ella y deseaba terminar e irse.

- Le pido disculpas por lo que ocurrió ayer - Connor se situó frente a ella.

Ella no esperaba eso y levantó la mirada hacia Connor.

- ¿Por qué se disculpa exactamente? - las palabras de él le habían dolido. Connor parecía arrepentirse de haberla besado y él quería aclararlo para que ella no esperase que volvería a suceder en futuros.

En los ojos de él se apreció la contención dolorosa de una herida ante la directa pregunta de Valéry.

- Me propasé con usted y de veras que lo siento, no volverá a ocurrir - aseguró mirándola con relativa suavidad. No era eso todo lo que quería decirle pero su corazón latía demasiado rápido para pensar.

Valery desvió un momento la mirada hacia la puerta porque una parte de ella quería escapar para no oír que él iba a detener lo que había empezado. Pero hay momentos en que la sinceridad es primordial y este parecía uno de ellos.

- Connor, es cierto que lo sucedido ayer fué desmedido, pero le aseguro que en mi deseo no está que lo detenga.

Valery había hablado mirando sus ojos con valor pero la había tocado la intensidad en las pupilas de Connor, que nunca habían sido tan transparentes para ella. No pudo soportar más su mirada y desvió la vista.

La reja chocó contra el tope y se detuvo arriba.

- Adiós señor Martin, debo volver al trabajo - sin atreverse a mirarle de nuevo.

Él se había visto tan sorprendido por la declaración de Valery que se había sentido paralizado. Su respuesta era tan deseada como inesperada y el corazón le volvía a traicionar. Latía demasiado rápido para poder pensar.

Cuando pudo reaccionar la siguió dentro de la galería y se acercó a ella que estaba de pie frente a la mesa del interior de espaldas a él. Valery había sentido a Connor a su espalda y empezó a temblar. No sé atrevía a girarse. Percibió como él se acercaba y la rodeaba situándose a su izquierda esperando a que ella terminase de encontrarse con él.

Ella se giró y él la miraba fijamente. Sus pupilas dilatadas, faltas de luz en el interior de la galería que reflejarse en ellos, oscurecían su mirada dándole un aspecto misterioso y desconocido. Valery se preguntó si se había equivocado invitándolo a continuar acercándose a ella.

Connor aproximó sus labios a unos centímetros de Valery, su actitud era pasiva dejando respirar los sentimientos de la mujer. No iba a pasar nada más que lo que ella deseara. Esperó un poco la calma de ambos, rozó los dedos de ella con los suyos y acercó sus labios con suavidad. El saludo que debió haber sucedido en el primer encuentro se estaba dando. La miró a los ojos..

Valery descansó en los ojos que tanto había admirado en el lienzo durante años y se perdió en ellos encontrando, ahora sí, su compañía al otro lado. Sentirlo ahora con ella sólo le hacía desear buscar sus labios y entregarse a lo que sentía. Connor la abrazó de la cintura con firmeza y ella rodeó el cuello de él con sus brazos. Sus labios se rozaron con tibia suavidad volviendo delicioso

el encuentro y despertando el deseo de consumir al otro. El deseo brotó con naturalidad inflamando con ligereza el fuego de ambos.

Separaron sus bocas y unieron sus rostros en un abrazo conmovedor e imprescindible. Oían la respiración del otro con los ojos cerrados. Sentían una inmensa felicidad y la paz más deseada protegiendo al fin aquel instante. Connor se notaba recobrar el sosiego perdido y Valery, sin entenderlo, se sentía agua serena regresando al cauce deseado. Aquel instante se revelaba legítimo y valioso para ambos.

De repente Connor emitió un quejido y sus brazos la soltaron. Él se desplomó en el suelo cuando ella abrió los ojos. El agresor de Marjorie aparecía ante ella con la porra en la mano. No podía ser; había golpeado a Connor en la cabeza.

Morán estaba a su lado y se acercó a Valery mostrándole una pequeña soga con la que pretendía atarla. Valery caminó hacia atrás horrorizada para alejarse y cogió una figura de plomo de una mesilla, que batió cuál sable para alejarlo, no podía controlar los temblores.

- No pierdas el tiempo con esa - dirigió Tupper viéndolo vacilar con la mujer. - Ve a cerrar la puerta, yo me encargo de ella. Sacó el arma con silenciador - Apártate - le indicó apuntándola.

Morán soltó una mano de la soga mirando a Valery con chulería. Fue hacia la puerta y tiró de la reja forzando el mecanismo como un gorila furioso. Sofocado cerró la puerta de cristal y volvió adentro. La luz había mermado al nivel de los orificios de la reja.

- Ata a esta puta - exigió Tupper apuntando aún con el revólver. - No me fío de ella. ¡Toma! - llamó la atención de Morán para echarle a las manos un paño que había cogido de un pedestal. - Tápale la boca.

Valery veía a Morán acercarse con el puño cerrado, amenazando con golpearla si oponía resistencia.

- ¿Qué queréis? - preguntó ella levantando las manos en señal de rendición. - Podemos llegar a un acuerdo...

Morán que llegaba a ella, la golpeó en la cara con fuerza tirándola al suelo - Cállate - dijo cogiendo sus brazos a la espalda con la soga. Tiró de ella para sentarla en el sofá y le anudó el paño alrededor de la boca.

- La cosa no va contigo muñequita - dijo mirando a Connor. - Es tu amigo el que nos interesa...

Connor se incorporaba en el suelo con la mano en la cabeza y los ojos apretados por el dolor.

- Levántate - Tupper le sacó del sopor golpeándole en la pierna con la punta del zapato.

Él abrió los ojos levantando la cabeza. Entonces se hizo consciente de la situación. Vió a Morán al lado del otro y a Valery tras ellos en el sofá con los brazos a la espalda y amordazada.

- Dónde está mi mujer - Tupper liberó el seguro apuntándole - Levántate.

Connor se puso en pie frente a los dos tipos. Morán caminó hacia él y le dio un puñetazo en la mandíbula que le hizo perder el equilibrio. Se irguió furioso con la mano en la barbilla dolorido por el golpe y valorando la situación; si no tuviesen a Valery se ocuparía primero del de la pistola.

- Contesta - insistió Tupper moviendo el arma en la mano por si no era bastante evidente

que le apuntaba.

Connor no quiso mirar a Valery, la atención por ahora estaba en él y era mejor así. Lo más probable era que no le disparasen hasta tener la dirección de Marjorie; pero después... ambos habrían perdido el valor. Tenía que librarse de ellos como fuese y mantener en secreto la información. Levantó las manos en señal de rendición.

- ¿Cómo hacemos para que ella quede fuera de esto? - intentó Connor.
- Le disparo y acabamos rápido - Tupper apuntó el cañón hacia ella riendo.

Valery cerró los ojos mientras empezaba a temblar. Morán avanzó hacia Connor golpeando la porra en la mano contraria. Connor dio un paso atrás levantando los puños en posición defensiva.

- ¡Eh! - Tupper alzó la voz levantando a Valery del sofá. - Si le devuelves algún golpe le disparo - rodeó el cuello de ella con el brazo y la apuntó con el arma en el costado.

Connor entendió que le estaba exigiendo que se dejase pegar. Morán le sonrió con sadismo batiendo la porra en el aire para atemorizarlo. Él, pensando que no podría defenderse, empezó a temblar. Aquel cabrón le iba a reventar. Valery sintió sus tripas encogerse de terror.

Morán lanzó la porra contra Connor y éste la esquivó.

-¡Eh! - Tupper golpeó con la empuñadura del arma el vientre de Valery que se agachó dolorida. - ¡Que te he dicho que te dejes pegar!

Morán dio una patada en la espalda de Connor que cayó al suelo de rodillas. Ella, que se erguía de nuevo, volvió la cara, no podía verlo.

- Mira guapa - dijo Tupper girándole la cabeza hacia Connor. - No te pierdas el espectáculo...
- Morán, déjale la cara para que no le reconozcan, que después me toca a mí.

Valery temblaba y Tupper la besó en la cara - Tranquila, aún no hemos empezado contigo.

Morán levantó la porra y golpeó a Connor en la cabeza. Cayó al suelo con una punzada que llegó al fondo de sus entrañas. Atolondrado se apoyó en la pared, gateando con las manos para evitar que Morán le pateara. Tenía que encontrar la forma de escapar. Un reguero de sangre le caía sobre el ojo izquierdo. Lo limpió con la manga de la chaqueta para poder ver.

Valery empezó a llorar y Tupper le bajó la mordaza para oírla.

- Me resulta excitante oír llorar a las mujeres - susurró a su oído.

Valery apretó los labios para silenciarse.

Morán golpeó con la porra en los riñones de Connor que gritó y apenas pudo continuar de pie. El cuadro de la pared en el que se apoyó cayó al suelo y Connor resbaló con él. Se irguió antes de que el otro le tuviera en el suelo.

- Si me dices dónde han llevado a mi mujer le digo a Morán que pare de golpear a tu amigo - susurró Tupper pegado al oído de Valery.

Ella temblaba mirando a Connor, él apretaba los dientes con los ojos cerrados. La sangre caía de la brecha de su cabeza y sus brazos vacilaban apoyándose en la pared ...

- Dile que... pare, te lo diré - accedió Valery tragándose las lágrimas entre sacudidas temblorosas.
- Está bien, pero si no cumples te juro que vas a gritar de lo lindo - respondió Tupper rozando su oreja con los labios.

Valery sintió la sangre helarse en las venas.

- ¡Morán! Para... - Tupper alzó la voz.
- ¿Qué pasa? - jadeante, relajando el brazo que sujetaba la porra.

- He hecho un trato con esta palomita. Tú dejas de golpear a ese y ella nos dice dónde han llevado a mí mujer...

Connor levantó la cabeza y miró a Valery apoyado con las manos en la pared - Cuando se lo digas éste volverá a empezar - le advirtió sin aliento.

- Cállate - corrigió Morán golpeándolo en el costado con la porra.

Connor se encogió sobre el costado para protegerse buscando dónde apoyarse de nuevo. Sólo le quedaba esperar a que el tipo se cansara, le pegase un tiro y le diesen por muerto. Si le quedaban fuerzas y les cogía desprevenidos quizá tuviese alguna oportunidad. Como si adivinase sus pensamientos Morán le clavó la punta de la porra en el estómago haciéndole inclinarse de dolor y después y le golpeó con el puño en la cara. Connor pegado a la pared de espaldas ya se sentía sin fuerzas, si caía al suelo sabía que no iba a poder levantarse. Levantó los brazos en cruz buscando sostenerse y de repente un fuerte calor quemó su mano y un escalofrío le recorrió el brazo derecho hasta los pies. Levantó la cabeza como si de repente hubiera recuperado toda su fuerza. Su mano derecha apoyaba sobre el cuadro de St. James's Park pintado por Valery. Su corazón empezó a latir más despacio... Estaba claro lo que estaba pasando, quitó la mano del cuadro con una única intención.

- ¡Morán para ya! - gritó Tupper. - Ya ha parado mi amigo, ahora te toca hablar a ti - dijo rodeando a Valery de la cintura.

Ella empezó a llorar en silencio.

- Así me gusta pequeña - dijo Tupper acariciando el vientre de Valéry - sigue llorando....

Connor dió un codazo en la cara de Morán que miraba a su compañero, arrancó el cuadro de la pared y corrió hacia Tupper. Al verle Tupper le apuntó con la pistola. Valery le empujó con el cuerpo y Tupper falló el disparo. Connor llegó hasta ella y golpeó en la cara de Tupper apartándolo de Valery.

A ella la empujó contra la pared con el cuadro tras ella y, de espaldas a los otros, pegó su otra mano al lienzo dispuesto a aguantar lo que fuera durante los dos o tres segundos que duraba el salto. Nunca había transportado a nadie consigo, ojalá funcionara porque era la única oportunidad de sacarla de allí.

- Aguanta el dolor...- susurró en su oído.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo, Un disparo se oyó y Connor la apretó contra la pared dejándose caer sobre ella. Valery pensó que le habían dado pero no podía sujetarlo porque tenía las manos atadas. El corazón se le detenía. No podía respirar, iba a perder la conciencia. Todo su cuerpo empezó a embeberse hacia el corazón y un dolor brutal la hizo gritar.

Tupper volvió a disparar pero la bala dió directamente en la pared. Negó con la cabeza más de una vez...

- ¿Dónde están? - mirando a Morán.
- No están...
- Eso ya lo veo - Tupper con el ceño apretado.
- Brujería tío.

Valéry, encogida, gritaba de miedo con los ojos cerrados. Miró prevenida cuando algo rozó sus muñecas. - Ya ha pasado - murmuró Connor desatándola.

- Necesito beber - pidió él. Tenía que beber. La sed le estaba acabando. Era en el regreso al cuadro cuando se sentía sediento. Le preocupaba que regresasen ante el cuadro de nuevo y los policías continuasen allí.

Valery miró alrededor. Estaban en el exterior, en un parque.... Vió una fuente. Se levantó y de inmediato corrió hacia allí. ¿Cómo llevarle agua? Connor se acercaba a ella caminando encogido, con el brazo apretando la chaqueta sobre el costado derecho. Ella le ayudó a llegar a la fuente y él pudo beber.

Una mujer que jugaba con su hijo junto a la fuente, cogió al chiquillo de la mano y se lo llevó mirándolos con desconfianza.

- ¿Dónde estamos?- preguntó ella necesitando confirmar lo que pensaba..
- Creo que es St. James's Park... - respondió rauco, con la garganta rígida.
- ¿Estás bien? - tras preguntarle vió la mancha de sangre que impregnaba la chaqueta de él.

Connor se sentó en el suelo con dificultad intentando mantenerse consciente. La bala le había atravesado el costado de atrás adelante.

- ¡Connor! - se agachó junto a él. -¡Te han herido! No te desmayes por favor. Llamaré a una ambulancia...
- A Evan... En mi móvil - susurró sin aliento deteniendo la mano de ella con la suya. - Que active el localizador, dile lo que ha pasado... - se echó de espaldas sobre el césped para descansar mientras sentía que la pérdida de sangre le había deshidratado aún más.

Desesperado preguntó, suplicó y amenazó a todo el que pudiera saber algo de ella. Desgraciadamente nadie podía responderle. No la recordaban.

CAPÍTULO XVII

Confesiones.

El fuego crujía en el salón mientras Gynt suite nº 1 op 46 se oía como música ambiental, estaban en casa de Evan. Valery esperaba frente al fuego. El miedo de lo sucedido aún no la había abandonado, ni el temor de perder a Connor se le había marchado del cuerpo. No podía creer que los dos salvajes le hubiesen impedido siquiera defenderse. Se debe ser un desalmado para hacer algo así y aprovechar la decisión de él de protegerla para obligarlo a aguantar los golpes.

Con las manos rodeando su cabeza se preguntó qué había llevado a Connor a defenderla de esa manera. Era ella quién estaba enamorada de él.

El doctor de la familia aún no había bajado de la habitación de Evan donde Connor era atendido. Ella se puso en pie y miró hacia la escalera impaciente por las noticias del estado de Connor. Evan le había aconsejado que no se preocupase, que Connor se pondría bien pero la espera se hacía larga. Por fin oyó pasos bajando y se acercó. Evan acompañaba al doctor.

Valery les miró expectante. - ¿Cómo está? - subió los dos primeros escalones.

- Tranquila muchacha, Connor va a estar bien - sonrió el doctor. - ¿Es nueva no? - preguntó a Evan.

Evan asintió levemente - Connor y Valery se conocen hace relativamente poco tiempo.

Repentinamente Valery se vió arrastrada por mil emociones. ¿Nueva?, ¿nueva qué? ¿en la vida de Connor? ¿Una nueva mujer? ¿Había habido muchas nuevas mujeres en la vida de él? No lo podía creer: estaba celosa. Evan y el doctor pasaron ante ella en dirección a la puerta. Gracias a Dios que no habían oído su berrinche mental.

- Laurel, no comente lo sucedido a mi abuela por favor, no queremos alarmarla innecesariamente - Evan acompañaba al doctor a la puerta.

- No se preocupe Evan, no lo haré.

- Se lo agradezco.

- No hay de qué. Mañana volveré para ver cómo evoluciona el herido - afirmó el doctor.- Aunque sea innecesario - soltó una carcajada.

- Le esperaremos - respondió Evan con una sonrisa dándole la mano para despedirse.

Laurel le dió la mano y miró a Valery que les observaba.

- Adiós señorita, espero que si volvemos a vernos sea en mejores circunstancias.
- Adiós. Si, eso mismo deseo.

Tras cerrar la puerta Evan fué a informar convenientemente a Valery.

- Connor está bien, en un par de días seguramente podrá caminar - le explicó. - Debe descansar pero puedes verle un momento si lo deseas.
- No, le dejaré descansar - respondió visceralmente. - No podía verle ahora que pensaba que sólo era una de sus nuevas amigas, cuando ella sentía mucho más por él.
- Como quieras Valery. Voy a subir para comprobar que no necesita nada y comeremos algo.

Valery asintió y le dejó marchar muy confundida. Quería ver a Connor, necesitaba verle, aunque fuera un momento, pero en aquellos momentos le resultaba imposible. Se daba cuenta de que actuaba como una niña pequeña.

II

Cuando despertó, con la mente limpia de los efectos sedantes. una gran incógnita le invadió: ¿por qué no habían vuelto ante el cuadro después del salto? Cuando escapó sólo contaba con que los policías se hubiesen marchado cuando ellos regresaran ante la pintura de St. James's Park. Al desmayarse no pudo avisar a Valery de que iban a regresar a la galería de nuevo. Pero... ¿por qué la regla se había roto? Nunca antes había ocurrido el no volver a aparecer ante la puerta por la que había cruzado a no ser que hubiese saltado cerca y regresado por sus propios medios antes del salto de vuelta.

¿El cambio se debía a que este cuadro lo había pintado Valery y no Dana? ¿Habían cambiado las reglas en los saltos? ¿Eran realmente la misma? ¿La misma y por eso sintió que ya la había besado antes en su primer beso? Demasiadas incógnitas.

Valery no había subido a verle la tarde anterior, la había esperado con intensidad hasta dormirse. Aunque era cierto que había estado durmiendo y despertándose durante toda la tarde y quizá por eso no la había visto ir a verle. ¿Continuaba ella en casa de Evan? Esta inquietud le hizo incorporarse, pero el tirón de la herida le recordó que necesitaba un poco más de tiempo para recuperarse. Se sentía débil y el dolor le había robado el ímpetu de un momento antes. Pronto Evan le traería el desayuno. Decidió volver a dormirse.

A media mañana Evan le despertó con un desayuno completo y repleto de alimentos reconstituyentes. Después se aseguró de que había comida preparada y se marchó.

III

Sentada en el sofá bebía despacio una taza de té que rodeaba con las manos. Gracias al tranquilizante que el doctor había dejado a Evan pudo dormir. Se sentía extraña en aquella casa, aunque fuese preciosa y Evan la tratase gentilmente. No ocuparse de su galería la intranquilizaba. Evan le había pedido que, hasta que Connor hablase con él, no se adelantara a hacer ninguna gestión y ella, preocupada aún por su declaración y por la investigación en marcha sobre la falsificación, decidió que era lo mejor.

Sopló el té para enfriarlo un poco sin atender a lo que hacía. No había dejado de pensar en Connor, en el asalto y en su valiente comportamiento. Su arrojo había conseguido mantenerla con vida. Lo que no podía aún comprender era cómo habían salido de allí. ¿Acaso Connor era alguien... ? Iba a preguntarse si él era de otro mundo pero cortó su imaginación en espera de hablar con él. Mejor los pies sobre la tierra.

Sus divagaciones la condujeron a las palabras del doctor. No había querido reincidir en ello, ni durante la cena con Evan. Habían conversado, él muchacho era un buen anfitrión, pero en ningún momento se atrevió a preguntarle si había muchas mujeres en la vida de Connor. Este pensamiento la arrebató y detestaba sentirse tan descontrolada.

Se libraba en ella una auténtica lucha entre el corazón y el pensamiento. De un lado su corazón le avisaba de que él la había defendido a costa de su propia integridad, y que sentía algo especial por ella. Por el otro se preguntaba: ¿para cuántas mujeres Connor Martin era el apuesto caballero? No podía creer que sintiese tantos celos. Tenía que templar sus emociones. “Joder” Odiaba ser tan cándida.

Pasarían varios días antes de poder hablar con él del asalto y de cómo salieron de la galería. Evan se había marchado un par de horas antes y le había dicho que Connor estaba mejor. Se daría tiempo para ordenar sus sentimientos antes de verle. Aún estaba muy confundida...

- Hola Valery - oyó la voz de Connor a su espalda. La mano de él rozó su hombro. Los ojos de ella se abrieron como platos, era imposible que estuviese levantado. Soltó la taza y se levantó a prisa girándose para verlo. Mostraba la brecha de la cabeza y los demás rastros de la paliza. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo pegado al pecho y su mirada era tan limpia como siempre lo había sido para ella. Todas sus dudas se disolvieron y le entraron unas enormes ganas de llorar. Rodeó el sofá y se fué a abrazarle.

- ¡Ahgg! Deja que yo te abrace - extendió su brazo izquierdo para acogerla. Ella se dejó abrazar acercándose a su pecho con cuidado, una venda le rodeaba el torso. Su abrazo era lánguido, no tenía fuerzas.

- Siento mucho que te hayan hecho esto y que por mi culpa te impidiesen defenderte...
- Eso no tiene nada que ver contigo. Los criminales controlan así a las personas. Olvídalo. Se produjo un momento de silencio. Ella apretó los ojos y dejó escapar un suspiro.

- Pensé que no iba a poder sacarte con vida de allí - confesó él apoyando su barbilla sobre la cabeza de Valery.
- Si no hubieses actuado así estaría muerta.

Connor acarició su espalda. - Pedía a Evan que sacase un clon de tu línea móvil sin geolocalizador, te lo dará esta tarde con un móvil. No solicites aún a tu compañía un número nuevo, ni avises a nadie de tu paradero, pueden estar buscándote a través de tus conocidos o familia. Tendrás que anular las tarjetas de crédito. Posiblemente toda la documentación de tu bolso está en manos de esos tipos, no puedes ir a casa por el momento. No pidas aún duplicados de tu documentación, esperemos un poco. Si recuerdas algo más dímelo, te ayudaré en todo lo posible... - Connor se detuvo al sentirla separarse de él.

Valery pensaba en mil cosas a la vez. ¿Qué iba a hacer ahora? Sabían dónde estaba su galería y seguramente tenían ya la dirección de su apartamento. Además aún estaba el tema del cuadro, no

quería complicaciones con la policía justo en estos momentos, hacía menos de una semana que había ido a declarar...

- ¿Qué ocurre?
- Es que no sé cómo voy a volver a mi vida con esa gente detrás.
- No te va a pasar nada - Connor levantó la barbilla de ella con los dedos. - ¿Confías en mí? - le preguntó sin siquiera pensarlo. - Quiero decir... - re argumentó sus palabras. - Sé cómo ocultar identidades a la vista de todos.
- ¿Acaso eres un ladrón que huye de la justicia? - preguntó ella apoyando su mano derecha sobre el pecho de Connor.
- Ahgs, no es eso - sonrió él.
- Tengo otra pregunta - advirtió ella con seriedad - ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo pudimos llegar al parque? - en la palma de su mano notó los latidos acelerados del corazón de él.

Connor temía la pregunta porque su respuesta le iba a empujar a contarle un secreto que le había mantenido lejos de cualquier relación romántica desde Dana.

- Sentémonos. - estaba cansado y no podía continuar de pie. - Te lo explicaré pero nunca debes contarle a nadie.

Valery se veía cansada y la ropa de él que llevaba puesta no le hacía justicia pero estaba muy atractiva. No sabía si era por la fascinación precursora a una despedida o por que nunca la había permitido acercarse tanto a él como lo hacía ahora; pero lo cierto era que su belleza dificultaba sinceramente contarle la verdad.

- Está bien - respondió ella preocupada por el tono formal que tomaba la conversación.
- Lo que voy a contarte puede sorprenderte mucho...
- Me estás asustando - confesó ella con una sonrisa nerviosa.

Era lo contrario a lo que Connor pretendía así que cortó por lo sano.

- Bien. Hay un cuadro a través del cuál he podido saltar a otros lugares y a veces a otros momentos ...- quedó a la espera de la primera reacción de ella.
- ¿Qué quieres decir con saltar? - Valery se preguntaba si hablaba de lo que pasó en la galería.
- Es... como una puerta. Una puerta de paso a otros sitios...

Ella bajó la mirada para ocultar su incredulidad - Pero eso...

- Imposible. Si - Connor terminó la frase por ella. - Es imposible, lo sé. Pero sucede...
- ¿Ok? - preguntó ella. - Suponiendo que pueda ocurrir, ¿qué cuadro es ese?
- Hasta hoy siempre había sido el cuadro del caballero que pintó Dana Lowell - Connor se acercaba a la parte más delicada de la conversación.
- Es increíble ... - Valery se llevó la mano al corazón. Después pensó un instante - Espera, pero ese cuadro no estaba en mi galería, ni siquiera estaba el que iba a subastar...
- Sé que no estaba allí - asintió mirándola fijamente. - En tú galería saltamos a través del cuadro de St. James's Park que tú pintaste.
- ¿Qué? ¡Ah! ¡Que es una broma! - río Valéry. - Me has asustado - sonrió llevando la mano al vientre y relajándose en el sofá. No sabía que abusabas tanto del sentido del humor...

Connor la observó con las cejas fruncidas. Se había preparado para cualquier reacción menos para esa. - ¿Qué ha pasado? - preguntó desconcertado con las manos abiertas.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó ella cogiendo de nuevo la taza de té de la mesilla.
- ¿Por qué no me crees? Tú me has preguntado - dijo él con seriedad.
- Pero Connor... No pretenderás que te crea, ¿verdad? No sabes que decirme, lo entiendo - bebió un sorbo. -. Lo que pasó allí no tiene explicación... - Valéry detuvo sus palabras ante la expresión de gravedad de Connor.
- Yo no te mentaría - aseguró con decepción.

Valery apreció el desencanto en la mirada de él.

- Ya hablaremos de esto, tengo que descansar, he bajado para tranquilizarte y porque deseaba verte pero aún necesito recuperarme - poniéndose en pie.- Siéntete en tu casa, comeremos juntos después. Si necesitas salir Evan te acompañará.
- Connor, estoy desconcertada ... - dijo al notar su cambio de actitud.
- No te preocupes Valery, ahora no podemos ir a la galería a ver tu cuadro pero veremos el mío, así no hará falta más explicación - resolvió Connor. - Mañana vendrás conmigo a mí pazo de Pontevedra.
- Pero, no puedes viajar en ese estado.
- Mañana estaré recuperado - sonrió antes de alejarse hacia la escalera.

Desconcertada se perdió entre sus dudas. ¿Qué pasaba con Connor y sus secretos? Iba a llevarla a su casa en España a ver el auténtico cuadro de Dana Lowell. Un temblor le recorrió el cuerpo. Levantó la vista hacia él. Connor se apoyaba en el pasamanos para poder subir la escalera. Corrió hacia él y se coló bajo su brazo para ayudarle. Connor se sorprendió y sonrió complacido. Un poco de ayuda, especialmente de ella, le colmó de energía.

IV

A la hora de comer Valery se ocupó de preparar la mesa y disfrutó con Connor de una buena comida y una agradable conversación, ninguno quiso hablar de lo sucedido por la mañana y lo dejaron pasar.

Tras la sobremesa fueron a ver a Marjorie. Connor la había alojado en uno de sus apartamentos cerca del embarcadero. Era un lugar precioso y prácticamente desconocido para la mayoría de los londinenses.

Evan les esperaba allí. - Hola Valery, ¿estás más repuesta?

- Si, pude dormir muy bien gracias al tranquilizante.
- Me alegro.
- Me alegra verte mejor Connor - cuando llegó hasta él.
- Me encuentro mucho mejor - agradeció a Evan con una palmada en la espalda.
- Cuando os marchéis acompañame al coche y te daré la ropa que me encargaste para ella.
- Ah, bien. Gracias.
- Espero que le quede bien - comentó Evan preocupado porque nunca había comprado ropa de mujer.
- ¿Crees que algo le puede quedar mal? - Connor recreó la mirada y ladeó la cabeza para mirarla en oblicuo.

Evan le imitó.

Valery se giró y les miró extrañada con la inusual postura de ambos.
Reaccionaron.

Connor se acercó a la mujer que le miraba de pie desde la otra punta de la habitación - Hola Marjorie. ¿Está más tranquila?

- Estoy avergonzada - ella bajó la cabeza ante la amabilidad de Connor. - He sabido lo que han hecho mi ex y su amigo ... Siento mucho que por mi culpa...
- No ha sido por su culpa - dijo Connor sin dejarla terminar. - No se preocupe por eso Marjorie. Me ha dicho Evan que ya tiene la nueva documentación.
- Si, ya lo tengo todo - sonrió ella sin sacarla del sobre para no hacer perder el tiempo a Connor.
- Esa gente es muy buena en su trabajo, puede estar tranquila al usarla. - Connor hizo una pausa para pensar. Evan y yo hemos hablado y creemos que es muy peligroso que vuelva a su trabajo. Me estoy planteando buscarle un puesto en una de mis empresas. Me ha dicho Evan que usted tiene bastante experiencia. Dele por favor un currículum y haré todo lo que pueda, se lo aseguro.

Marjorie emocionada llevó la mano a la boca y asintió. No podía creer que alguien la ayudara de manera tan desinteresada. Connor asintió comprendiendo.

Cuando iba a volver con Evan recordó el asunto sobre el que la mujer había hablado en el coche, el de su hijo robado y regresó su atención a ella.

- Marjorie... Disculpe que incida en un recuerdo doloroso para usted, pero por un asunto de importancia, me sería de gran ayuda que me hablase del hombre que le robó a su hijo.

La mujer tras la primera sorpresa se sentó en una silla que tenía junto a ella. Evan y Valéry, que hablaban sobre los asaltantes de la galería, habían oído a Connor y prestaron atención. Un instante después salieron al pasillo para respetar su intimidad de la conversación..

Connor de pie frente a la mujer la miraba sin hacer gesto alguno. Llevaba tanto tiempo buscando solución para su condición que cualquier ayuda era una mano tendida que casi nunca había encontrado.

- Fue hace diecinueve años, entonces estaba casada con Tupper. Él tenía deudas de juego que no podía pagar y si se sabía en la comisaría le causaría muchos problemas. Estábamos a punto de perder la casa. Tupper había hecho algunos encargos para un hombre que hacía trabajos de santería y brujería y, decían que podía lograr lo que se le pidiese.

Connor sabía que se refería a uno de los que había estado buscando, se mantuvo en silencio oyendo el relato.

- Tupper me pidió que fuese a verle y le dijera que nos librara de la deuda. Me dejé convencer - dijo con pesar. - Fui a verlo y como no teníamos dinero... Bueno, no entraré en detalles tan dolorosos para mí. Pero ese hombre me dejó embarazada. - Cuando el bebé nació ese demonio me lo robó sin que yo pudiera impedirlo - Marjorie lloró ocultándose la cara con las manos.
- Tranquila Marjorie - dijo Connor agachándose junto a la mujer.
- Tupper me pegó cuando el niño nació porque era negro y nunca aceptó que su amigo me

había violado - Marjorie bajó la mirada hasta Connor.
Connor recordó el comportamiento de ese cerdo con Valery y no entendía cómo la mujer había confiado alguna vez en él.

- Marjorie puedo asegurarle que su exmarido no es una buena persona.

Ella asintió.

- Entonces, ¿Tupper sabe dónde encontrar a ese tipo? - preguntó Connor.
- Si, al menos antes estaba en contacto con él. Llevaba tarjetas en el bolsillo para darlas a quién tuviera problemas y ganar un dinero.

Está claro que Tupper es un ser despreciable - pensó Connor.

- Le aseguro que es de gran ayuda para mí lo que me ha contado - agradeció. - Evan me mantendrá informado de lo que necesite.
- Muchísimas gracias a usted y que Dios le bendiga - los ojos de Marjorie brillaban.

Connor salió al pasillo pensando que un poco de ayuda divina no le vendría mal en aquellos momentos.

IV

Al volver a casa e irse a descansar Connor pensó en lo que Marjorie le había contado, en Lorna y en todo lo sucedido un siglo atrás. A ella también le habían robado su bebé poco después de nacer. Desempolvar los recuerdos era doloroso pero también necesario si quería llegar al final de sus problemas.

Conocía a la gente de la calaña del brujo, gente como el tipo que le había causado tanto mal años atrás. Aquella pista podía ser quizá la única manera de acabar con su sufrimiento, pero le quedaba dar respuesta a la última pregunta que le atormentaba: ¿moriría al romper la maldición?

Camila era una de las mejores creadoras de Edén. Aeón debía encontrar sus colores, albores y auroras y hallaría las pruebas que necesitaba. Pero no encontró creación alguna.

CAPÍTULO XVIII

El retrato...

Por la mañana embarcaron de camino a Galicia. Él sentía que no solo iba con ella para mostrarle el cuadro, un descanso se le antojaba maravilloso. Llegaron a Pontevedra y el frescor de la zona abría directamente el cuerpo que parecía reconocer un lugar donde recuperarse. La respiración volvía a regularse en armonía con la naturaleza y los pensamientos se volvían ligeros y menos asfixiantes. El lugar elegido por Connor para establecer su lugar de descanso se encontraba en Calvelo.

Hacía un clima maravilloso, el sol calentaba suavemente y el aire, ligero e impredecible, alentaba al juego. Los pajarillos asomaban en su vuelo durante algunos metros y las nubes se transforman a nuevas ilusiones desafiando la imaginación si se levantaba la vista.

Valery admiraba la hermosa vivienda que tenía delante. El pazo de Connor se encontraba a unos kilómetros del pueblo y le pareció una preciosidad. Algunos de los muros lucían cubiertos por hiedra y otros rodeados de árboles. El césped rodeaba la construcción y el camino que acompañaba hasta la puerta era un jardín con flores de distintos colores y aromas.

Una zona de la vivienda contaba con dos alturas al exterior y sobrevolaba el jardín un gran balcón. El resto eran grandes muros culminados en los extremos por torreones que en el pasado cumplieron segura función de vigilancia, dotando a la construcción del caballeresco aspecto de un castillo. Las ventanas en arco que rodeaban toda la construcción conferían la luz interior imprescindible así como la posibilidad de apreciar el bello paisaje desde cualquier situación de la vivienda.

- ¿Te gusta mi lugar de retiro? - preguntó a Valery que se había detenido ante la vivienda observándola con grandes ojos.

Valery le miró aún sin moverse de allí - Me parece mágico.

Connor sonrió ante su apreciación pensando que a él también se lo parecía y le tendió la mano - Vayamos adentro. - Accedieron por un pequeño zaguán acondicionado para comer fuera en cualquier época del año. Mesa, sillas, estufa exterior y un sillón balancín colgante de ensueño confería la oportunidad de gratos momentos que pasar allí. Connor abrió con llave la puerta que daba a la cocina y los ventanales cerrados una semana atrás.

- ¿Quieres tomar algo? - le preguntó mientras el canto de los pájaros entraba por las ventanas. - Puedes soltar la chaqueta donde quieras.

Ella le admiraba mientras el sol iluminaba su cabello y sus hombros a través de la puerta de cristal. Pasados unos instantes de boba estupidez se quitó la chaqueta que dejó sobre el respaldo del taburete en el que se sentaba y se recogió el pelo en una cola alta. - ¿Qué me puedes ofrecer?

... Tomaron un tentempié: vino tinto de la región, quesos de diversos sabores de una empresa local, berberechos del Cantábrico y regañá de una panadería del pueblo.

- No hay nada mejor que un buen vino y queso, un succulento filete, unos miscos frescos, un plato de pasta, unas benen - intentó pronunciar bien la palabra. - Berenjenas con miel...
- Ok, veo que aprecias el placer del buen comer - rió Connor ante la retahíla de Valery que mostraba los efectos del alcohol en su desordenada verborrea, las mejillas rosadas y su desinhibida postura corporal.
- Si, eso... - rió ella.. - Creo que he debido muxo.
- No te preocupes, así puedo interrogarte - bromeó Connor.
- ¿Por eso me has dado vino? - preguntó ella riendo mientras acalorada se restregaba las mejillas.
- Te recuerdo que te he ofrecido distintas opciones y tú has preguntado expresamente si tenía vino - respondió él con una sonrisa cercana y la copa en la mano manifestando la veracidad de su relato. La llevó a los labios y bebió un sorbo.
- ¿Y a cuántas mujeres has sebugido aquí? Este bugar es precioso...- mirando alrededor con las manos en alto. Era una duda que realmente la había preocupado durante aquellos días, ¿cuántas mujeres había en la vida de Connor Martin?

Valery apreció el poder de su pregunta cuando él, primero la esquivó con una ojeada, y después giró la cabeza y la miró directamente.

- Eres la primera.

Valery bajó la mirada cuando él embraveció la suya. Estando bebida no podía callar lo que pensaba ni ocultar lo que sentía. Ahora estaba avergonzada por su pregunta y más aún por la respuesta de él.

Pasados unos segundos Connor decidió tomar el hilo de la conversación.

- Valery, si me lo permites voy a hacerte una pregunta que dejaste sin responder - advirtió.
- Dime por favor la verdad..., te lo pregunto por un motivo muy concreto.
- Dispara ... - accedió ella con los brazos abiertos.
- Dime por favor... ¿Pintaste tú la falsificación?

El silencio fué absoluto. Ella pasó de la delicia al infierno en dos segundos. Su semblante se volvió sombrío, sus músculos faciales no los controlaba, pero sus ojos se cubrieron de una pesada sombra. Se sintió atrapada de inmediato. Su respiración se congestionó. Connor había aprovechado que estaba bebida para acorralarla. Su corazón se aceleró por el temor a las consecuencias.

Él se inquietó tanto cuando la vió en pié con su mano cayendo sobre la chaqueta y preparándose para huir, que su cuerpo se tensó.

- Has prochado el aljol par traparme - dijo Valery con verborrea confusa que Connor de algún modo pudo entender.

No podía creer lo que oía, ella creía que le había tendido una trampa. Quería que confiase en él y dejase de ocultarle sus temores. Ya estaba seguro de que ella era la falsificadora.

- Me has ganado yéndome aquí - dijo Valery cogiendo con orgullo la chaqueta de la silla sin dirigirle una mirada.

Connor se puso en pie.

- ¿Cómo puedes pensar eso? - cogió la muñeca de Valery para detener su huida. - ¿Aún no he demostrado lo que siento por tí?

Ella giró la cabeza y le miró furiosa sin poder dirigir tantos pensamientos y emociones de manera eficiente. No podía pensar con claridad, él en cambio solo podía mirar los labios de ella abiertos por el desconcierto. Respiraba desordenadamente y quiso ser su respiración. La atrajo hacia sí y llevó sus manos a la cabeza de ella mientras acercaba sus labios. Sabía que ella no podía evitarle, sabía que no era correcto besarla ahora, pero él también estaba ebrio de ella.

Valery lo recibió confundida, no sabía qué sentir. Su beso era claro y apasionado y no podía evitar reaccionar a él, aunque sabía que no tenía el control de sí misma en aquel momento. Connor le gustaba y su cuerpo lo confirmaba cada vez que él se le acercaba reaccionando con deseo. Pero la tenía muy confundida.

Connor rodeó su cintura y la acercó más a él, los labios de ambos quisieron consumirse. Él sujetaba la nuca de ella mientras su lengua indagaba en su boca. Deseaba hacerle el amor allí mismo y Valery le acariciaba la espalda, parecía desearlo tanto como él. Sus cuerpos se apretaron uno contra el otro.

Ella besó el cuello de Connor mientras levantaba su camisa sintiendo un gran placer de tenerlo entre sus manos. Connor acariciaba el trasero de Valery contorneando sus caderas con sus manos cual garras. La subió a la mesa. Deseó hacerle el amor y liberar por fin la tensión que ella le había provocado desde el principio y que había aumentado al pasar tiempo con ella.

Esa tensión le impedía hablarle con normalidad pues su parte más animal pujaba por controlar sus impulsos. Finalmente su voluntad ganó la batalla y retuvo sus deseos que en aquel momento eran alentados por la suavidad y perfidia de los besos de Valéry en su pecho y su cuello. Ella liberada del dominio de su mente excitaba los sentidos de Connor volviéndolo difícil separarse de sus labios. Luchar contra el fuego nunca fue sencillo, especialmente si procedía de dentro.

Al fin levantó las muñecas de ella en alto mientras besaba sus labios.

- Dejemoslo para otro momento - jadeante él separó su boca. - Quiero que me sientas a toda conciencia...

Connor soltó las manos de Valery sin dejar de mirarla inflamando aún más el deseo de ella.

- Te aseguro que entiendo lo que sientes - confesó él - Pero paremos.

Valery le miraba fijamente.

- Daremos un paseo, quiero enseñarte la casa - propuso Connor deseando salir de allí. Le tendió la mano para que bajase de la mesa.

Ella le miró contrariada.

- No la cesito - la apartó de un manotazo y saltó de la mesa perdiendo el equilibrio.

Connor la sujetó para que no cayese al suelo.

- En este bobento eres una de las sonas que más odio en este planeta - aseguró ella con solemnidad caminando delante de él.

Connor rió ante la ocurrencia y la dislexia y tuvo un poco de paciencia mientras ella recuperaba

el control. Sin dejar de recordar que su descontrol le había fascinado.

La guiaba por aquel interior sobrio y contundente donde parecía que nada que no hubiera sido invitado podría entrar. La vivienda estaba dividida en tres alturas salvo el salón principal que daba a la espalda, y desde el que se apreciaba el paisaje exterior por un gran muro de cristal reforzado.

El resto de los muros eran de piedra gris y el techo altísimo acababa en una cúpula circular a la que se podía acceder desde la última planta y que estaba rodeada por un pequeño balcón donde ver las águilas volar. Ella abanicaba su cara con las manos abiertas para ir soltando el calor del alcohol. Entre tanta belleza pensaba que él sabía elegir dónde estar aunque por su cobarde huida de antes, no le iba a mostrar lo embelesada que la tenía toda aquella maravilla.

El mobiliario era práctico y elegante. Sillones, chimenea, preciosos cuadros y esculturas en distintos materiales. Valery se fijó en todos ellos pero aún no vio el retrato del antepasado de Connor, debía tenerlo en otra zona de la vivienda.

Subieron a la primera planta por la escalera de madera que empezaba junto al recibidor.

- Voy a llevarte a ver el cuadro dijo él con cierto nerviosismo.

Entraron en una habitación con grandes paredes cubiertas de un precioso papel pintado color crema con pequeñas flores de diseño victoriano. Era el papel pintado que había visto en las fotos que Pol le enseñó en la galería. Desde el suelo el zócalo de madera de cedro confería arraigo frente a la ligereza del papel. La cama con dosel estaba cubierta por un sutil velo blanco. Valery decidió obviar los pensamientos que llegaron a ella al ver la cama de Connor y continuó con la visita.

En una de las paredes vio el cuadro de Dana Lowell. Llevó su mano al pecho emocionada y se acercó mirándolo. Connor la observaba atentamente. Dispuesto, aunque no sabía exactamente para qué.

Valery junto al cuadro levantó la mano y después la detuvo - ¿Puedo tocarlo? - le preguntó girándose hacia él. Sabía que no se debían tocar las obras, que la grasa de las manos podía afectar a los componentes del óleo pero era tan fuerte su deseo que hubo de preguntarle. Connor asintió acercándose. Valery rozó con sus dedos el lienzo tocando con suavidad las pinceladas, cerró los ojos. Repentinamente retiró la mano asustada alejándose de la pintura.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Connor junto a ella, pensando que había notado el fuego en la mano.
- Algo ha entrado por mi brazo - dijo mirándolo asustada.
- ¿Qué has sentido exactamente? - le preguntó él acariciando las yemas de los dedos de ella para comprobar que estaban calientes - ¿Te quemabas?
- Exactamente eso - respondió mirándolo con incredulidad. - Primero me quemé y de pronto algo me cruzó de arriba abajo.
- Eso es lo que ocurre antes de saltar - le explicó Connor. - Si hubieses mantenido la mano sobre el lienzo sólo un segundo más tu corazón se hubiera detenido, hubieses perdido la fuerza y la conciencia, y hubieras experimentado un dolor infernal en cada centímetro de

tu cuerpo...

Valery le miró con los ojos desencajados, todo eso fue exactamente lo que le pasó en la galería. ¿Cómo podía él saberlo? - ¿Tú también lo sentiste? - le preguntó.

- Lo he sentido cada vez que he saltado. Durante años tuve horribles pesadillas con ello...- desvió la mirada para que ella no viese sus ojos en aquel momento.
- Pero, ¿cuánto tiempo llevas saltando? - cuando él habló del tiempo se sintió conmovida de repente. Llevó la mano al pecho de Connor.

Ella llegaba a la parte que él desde el principio había temido... Su corazón se agitó y Valery pudo sentirlo en la palma de su mano.

- Hay mucho que aún no sabes de mí - Connor se giró hacia la ventana. Sentía que todo se desmoronaba en sus manos y que había sido una locura acercarse a ella y permitir que Valery se acercara a él.
- Cuéntamelo - Valery se acercó a él y le acarició la espalda.

Pero Connor no sabía qué debía contarle, y fuese como fuese, había un terrible secreto que debía ocultarle sobre todas las cosas, que probablemente él era el causante de que hubiese estado a punto de morir en tres ocasiones, que posiblemente lo había causado en el pasado y que no sabía como resolverlo más que alejándose de ella. ¿Porqué sentía que iba a perder de nuevo lo que había buscado durante tantos años? ¿Por qué debía evitar acercarse a ella que era lo que más deseaba?

- ¡Connor! ¿Qué ocurre? - Valery había sentido que todo cambió de pronto a su alrededor, como si la presencia de él se hubiera esfumado de repente. - Háblame.

Él la miró como si regresara de un largo viaje. Necesitaba tanto deshacerse de parte de su secreto con ella que ya se asfixiaba callando.

- Hay algo que aún no te he contado, algo que puede asustarte... y no sé cómo decírtelo.

En aquel momento Valery no se atrevió a alentarle a que se lo contase. Temió que el secreto de Connor fuese tan terrible que la alejara de él.

- El modelo del cuadro de Dana... - Connor se quedó en silencio porque sabía que una vez cruzada esa línea ya no habría marcha atrás.

Ella le miró muy fijamente, sin parpadear. - ¿Qué ocurre con él? - preguntó sin poder evitarlo.

- El hombre que posó para Dana Lowell en mil ochocientos noventa y siete, ...

Un escalofrío la estaba recorriendo de abajo arriba. La voz de Connor le pareció repentinamente oscura.

- ... el modelo soy yo.

Valery negó con la cabeza sin poder hablar. Sus ojos se llenaron de miedo y sus pies retrocedieron. De alguna manera sabía que él no mentía, aunque era imposible era lo más cierto para ella. Algo que había sentido desde el mismísimo momento en que lo conoció: que tenía delante al hombre del que llevaba tanto tiempo enamorada. Pero ahora descubría que no era un hombre, ¿qué era entonces Connor Martin si no era un hombre? ¿Una especie de demonio que no envejecía? No podía aceptarlo... no podía casi respirar. Necesitó salir huyendo.

- ¡Valery! - él corrió tras ella hasta la escalera llamándola.

Pero ahora debía dejarla sola, pues por su reacción Connor sabía que ella había visto la verdad. Él ahora estaba en sus manos porque su corazón le pertenecía.

Valery se escondió en una habitación que encontró en su carrera. Tenía miedo y aún sentía los efectos del alcohol. Cerró la puerta con nerviosismo, y la miró temiendo que él viniese a buscarla. Arrastró un pesado sillón delante de la puerta y se sentó en la cama para no perder de vista el pomo mientras se preguntaba por qué Connor seguía vivo.

¿Era verdad lo que le había confesado? Si. Lo era. Lo sabía, sabía que era el mismo hombre del retrato. Desesperada se dejó ganar por las lágrimas, se había enamorado de... ¿de qué? ¿Era un hombre o un monstruo? ¿Qué quería de ella? ¿La había llevado allí sola con alguna terrible intención?

Los recuerdos de todo lo que había leído sobre él y sobre la historia de Dana se derramaron sobre ella como un barril de aceite caliente. Su imaginación se inundó de los terribles rumores que se habían sucedido tras la muerte de Dana Lowell y la desaparición, años después, de su secreto enamorado.

Había leído tanto sobre ello en el pasado que se arrepintió en aquel momento. Él se llama..., "si, Garrett", se acordaba. La prensa habló de un linchamiento de los hombres de Birmingham para alejarlo de sus familias porque tenían por ellas.

Tras varias horas se quedó dormida.

III

Al atardecer el móvil de Connor sonó y él lo cogió de la mesilla.

- ¿Señor Martín? - preguntó su interlocutor al otro lado de la línea.
- Si, ¿quién es? - preguntó reconociendo la voz de Carusso pero buscando tiempo para pensar qué decirle, no era el mejor momento.
- Soy el detective Carusso. Le llamo para saber qué postura ha tomado con respecto al hecho de que la señorita Jones probablemente mintió en su declaración. No sé si sabe que ha desaparecido. Se encontró la galería abierta y con signos múltiples de pelea. Parece que estaba metida en asuntos turbios que puede que le hayan costado la vida...

Connor frenó su impulso, debía asegurarse de que no sospechara que la defendía. - Lo siento pero no conozco a la señorita Jones para saber nada sobre su vida.

- Entiendo.
- Sobre la declaración tampoco sé qué decirle..., al fin y al cabo lo del cuadro no es cuestión de sangre y no tengo tiempo de molestarme demasiado con este asunto. Trabajo algunas inversiones en América que requieren de toda mi atención.
- Claro, al fin y al cabo es su dinero... y una cara bonita también vale lo suyo.

Connor no quiso entrar en la provocación pero Carusso no le había creído.

- Tengo que colgar detective - concluyó antes de colgar. Carusso le había enfurecido con sus alusiones, pero debía controlarse mejor.

IV

En la comisaría Carusso pensaba en la conversación con Connor cuando un agente se le acercó - Te he oído hablar del caso de la galería, estoy investigando, si tienes alguna información te

agradecería que me lo dijese.

- Solo hablaba con un tipo que tenía una denuncia contra la galería, pero no sé nada más.
- ¿Quién es ese hombre? Quizá debería interrogarlo. ¿Cómo es?
- Algo más de metro ochenta, castaño, ojos marrones. Un tipo elegante que parece un rompecorazones - dijo Carusso escupiendo en la papelera que tenía al lado. - Si quieres te comparto el expediente en la intranet. Ahí tienes todos sus datos...
- Claro, te lo agradezco - dijo antes de marcharse.
- ¡Oye Morán! - le llamó Carusso.
- ¿Si? - respondió Morán esperando que no surgiera ningún inconveniente ahora que sabía dónde encontrar al bastardo que tenía a la mujer de Tupper.
- Aún me debes una comida, no te olvides - recordó Carusso.
- Se me olvidó. Claro, no se pasa más, hoy tengo que irme temprano pero mañana te invito.

Morán cogió su móvil y salió del edificio para llamar a Tupper.

- ¡Te dije que estaba vivo! - dijo acelerado cuando el otro descolgó.
- ¿Qué sabes?
- Acaba de hablar por teléfono con Carusso, que me va a pasar su dirección, tenemos que hacerle una visita...
- Está bien, estoy terminando de comer, cuando llegue hablamos. He pensado algo que estoy seguro de que te va a encantar.

V

Valery no había bajado a cenar. Le había dejado una bandeja con la cena delante de la puerta de la habitación que había encontrado cerrada, pero la comida seguía intacta. No podía dejar de pensar que debía haber sido más cauto. Era de madrugada pero aún no podía dormir. Bajó al zaguán, el frío le despejaría.

Recordaba una y otra vez la reacción de ella. Sus ojos se habían asustado al decirle quién era, su mirada le había recordado a la de aquellos hombres que habían intentado acabar con él mucho tiempo atrás. Valery había sentido miedo de él. Suponía que él también lo hubiese sentido de alguien como él si fuese una persona normal. Una persona educada en el miedo a la muerte que sabe que cuenta con ochenta o noventa años de vida. Una persona preparada para envejecer y ver a sus seres queridos envejecer y morir. Alguien completamente diferente a él. Aunque sinceramente no esperaba ver eso en sus ojos. No en los de ella...

Se levantó torturado por sus pensamientos, quizá había imaginado poder tener su historia de amor sin que le fuese arrebatada. Quizá se había engañado. Levantó los brazos para sujetar las manos a la celosía que adornaba el arco sobre su cabeza apretando la madera entre los dedos. Se preguntó lo que habría sentido ella al oír su confesión.

Acabaría el miedo con sus sentimientos por él. ¿Qué clase de mujer sería finalmente Valery Jones? Dejó caer los ojos exhaustos de temores.

VI

Valery había despertado al anochecer con sentido de culpa. Había pensado lo peor de él cuando Connor nunca había mostrado más que amabilidad y protección. Ella había sido una más de los que, guiada por los rumores y el miedo, le habían acusado y apedreado en Birmingham .

"Dios". Se sentía tan avergonzada y culpable que no sabía cómo disculparse. Tenía que buscarle y pedirle perdón. Había sido una cobarde.

Encontró al abrir la puerta una bandeja en el suelo con comida y un vaso con una rosa roja. Su corazón sangró. Necesitaba verle. Dejó la bandeja sobre la mesilla y llevó consigo la rosa en su busca. No le encontró en su habitación abierta. Miró el retrato de nuevo con una incomprensible reacción de su corazón. Volvió al pasillo y bajó la escalera para buscarle.

La luna ondeaba sobre el riachuelo cuando él sintió a Valery acercarse. Levantó la cabeza con la respiración suspendida. Cuando ella acarició su espalda la paz le inundó por fin.

- No estaba preparada para oír eso - explicó ella abrazándolo. Sentía algo tan fuerte por él que no podía seguir negando que creía todo lo que le decía, aunque fuera imposible. -
Discúlpame por favor.

Connor sintió que era comprendido. Dejó caer la cabeza cerrando los ojos y pudiendo al fin rendir su lucha. No podía siquiera hablar.

Ella continuó abrazándolo hasta que él se giró hacia ella mirándola con los ojos brillantes de emoción. Buscó sus labios. No sabía si era amor, necesidad o deseo, pero la requería para sentir que su tortura llegaba a su fin...

Mientras la besaba la cogió en brazos y la llevó al sillón balancín. Allí esa madrugada harían el amor, el cuerpo de Valery sería su refugio. El fuego de Connor sería aliento para ella. La noche azul les envolvía mientras se entregaban, volviéndoles imperecederos. Por unas horas ellos mismos fueron inalcanzables. Se sintieron eternos...

Su insistencia preocupó tanto a sus hermanos que pensaron que había perdido la cordura.

CAPÍTULO XIX

Una nueva verdad

La luz del sol atravesaba el visillo dejándole ver el rostro de él con detenimiento antes de que se despertase. Sus labios la invitaban a besarle pero Valery esperaba poder organizar sus pensamientos antes de que abriese los ojos. Había sentido la suavidad y la pasión de Connor hasta el amanecer y estaba desconcertada. No había sentido con otro hombre lo que había sentido con él y al mismo tiempo su calor y cercanía eran tales que parecía conocerle muy bien. ¿Se sentía enamorada o confundida? Quizá ambas cosas. Pero sus pensamientos y emociones distaban de los sentidos durante los últimos diez o quince años. Era como si una parte olvidada de su juventud se hubiera despertado de repente y no supiera quién era, al menos no exactamente.

Recordó su juventud y sus horas imaginando historias con el hombre del retrato, le parecía tan atractivo y tan misterioso que no podía evitar pensar en él insistentemente. En clase de pintura elegía ese mismo retrato cada vez que el profesor se lo permitía y empleaba distintas técnicas con el modelo retratado por Dana Lowell. Pensando en esto rozó el cabello de Connor con los dedos, temiendo estar vagando en uno de sus sueños de juventud y que él no fuese real.

- ¿No puedes dormir? - susurró él abriendo los ojos.
- Pensaba.
- No lo hagas - sonrió cansado. - Ven aquí.

Valery se giró y se pegó a él rodeada por su brazo.

- ¿Cómo es la vida de alguien que no envejece? No la puedo imaginar.
- Hmz - suspiró. - Larga. Larga y extraña.
- ¿Y por qué te ocurre algo así?
- Es... complicado - esta vez iba a ir despacio en sus explicaciones.

Valery se giró de nuevo hacia él para mirarle a los ojos - De joven, cuando empecé a estudiar la carrera, vi el retrato de Dana y desde entonces no pude dejar de pensar en tí. Esto que sucede es tan increíble para mí que me da miedo que sea un sueño. Te aseguro que nada que me digas puede asustarme más que despertar y que no haya sido real...

- ¡Dana! - susurró él sobrecogido por sus palabras.
- ¿Dana? - Valery se incorporó. - Así me llamaste en el restaurante. ¿Quién es Da...?
- ¡Valery!
- Es ella. Dana Lowell. Te refieres a Dana Lowell. Sigues enamorado de ella ... - se llevó las manos a la cara avergonzada no sabía exactamente de qué.
- ¡Valery! - Connor le apartó las manos. Estaba consternado. Para él eran la misma pero para ella Dana era una absoluta desconocida.

Ella quería llorar pero le avergonzaba comportarse como una niña. Se envolvió con la sábana y se levantó del lado de él.

- Valery, escúchame, por favor - se puso en pie y fue hacia ella sujetándola de los hombros. - Lo que siento a tu lado, mi deseo por tí, los cuadros... ¿No lo entiendes? - La miró fijamente necesitando ser comprendido.
- ¿Qué quieres decir?
- Siento que te conozco desde hace mucho tiempo... Nadie que no hubiera sido Dana podría haber pintado el cuadro por el que saltamos en la galería. La pintura de St. James's Park la pintó quién en el pasado fué mi amor, Dana lowell, y que ahora es mi amor, Valéry Jones. Las dos mujeres que he querido me hacen sentir lo mismo a su lado...
- No... - Valery se sintió sobrepasada. Con las manos en la cabeza, sus ojos miraban el suelo sin verlo. - ¿Lo que has dicho es que crees que soy la reencarnación de tu antiguo amor? ¿Me has hecho el amor pensando que era ella?
- ¡Valery! - la interrumpió. - Entiendo que es difícil de comprender, no pretendo que lo entiendas ahora, pero por favor escúchame. Te he hecho el amor a tí con todo mi corazón. A nadie más. No hay otra, ninguna otra. Estoy enamorado de tí. De dónde venga mi amor ahora no es importante, sólo importa que es a tí a quien se lo he entregado.

Ella se sintió mejor con las palabras de Connor pero aún así no podía mirarle a los ojos sin sentir dolor.

- Valery, veo que no te lo puedo hacer entender... Vístete por favor - le pidió él. - Viajaremos...

Valery le miró asustada, sabía que se refería a cruzar el cuadro. Se vistieron aprisa, sin saber cómo mirarse.

- No tengas miedo - Connor le tendió la mano. - Cuando viajé en el pasado, sentí a veces una especie de llamada previa. Ahora acabo de sentirla de nuevo y es para que vengas conmigo...
- ¿A dónde vamos? - ella le dió la mano con temor.
- No lo sé exactamente - llevó la mano de Valery a su corazón y la rodeó de la cintura. La otra mano la apoyó en el cuadro - Muéstranos lo que necesitamos - Connor terminó la petición jadeando y apretando a Valéry contra sí que estaba tensa de miedo.

El dolor aún la tenía temblando, no era capaz de sentir a Connor a su lado.

Él le rodeó la espalda - Tranquila, ya ha pasado.

Connor se puso en pie y miró alrededor para intentar reconocer el lugar. Una gran llanura abierta se abría delante suyo.

- ¿Dónde estamos? - Valery se levantó también.

El sol caía tras las montañas al fondo y el suelo retumbaba en mitad del silencio que sólo unas aves rompían. De repente los ojos de él llegaron hasta el final del terreno, al filo del barranco. El corazón le dió un vuelco. No pudo evitar correr hasta el abismo que se abría a veinte metros de él. Era el barranco del perro...

No había nada. Asomado allí no vió nada, pero sus piernas flaquearon y necesitó sentarse sobre sus pies. Allí fué dónde Dana había caído el día de su muerte.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Valery que le había visto perder el ánimo y llegaba al lado suyo. Él negó con la cabeza mirando al suelo. No entendía porqué habían llegado ahora allí cuando

tanto lo había pedido en el pasado: saber lo que había ocurrido aquel día.

Valery se arrodilló y cubrió la espalda de él con su cuerpo. Él habría visto tantas cosas que ella ahora no podía entender que sólo cerró los ojos a su lado. Sintió una vibración bajo sus piernas y se puso en pie mirando alrededor. A lo lejos un carruaje rodeado por varios jinetes se acercaba.

- Vienen jinetes - alertó a Connor.

Él levantó la cabeza y se puso en pie con rapidez. No tenían donde ocultarse e intentar escabullirse por la pendiente del barranco aumentaría su desventaja porque estaban ya suficientemente cerca como para haberles visto. Miraron a uno y otro lado sin saber qué hacer. La mano de Valery se ablandó de pronto en la suya y ella se desvaneció sobre la tierra sin que apenas pudiera sostenerla. Sus ojos se volvieron hacia atrás en blanco y su pelo cayó sobre el polvo.

- Valéry ¿qué ocurre? - se arrodilló con ella sujetando su espalda.

Levantó la mirada y vio como los jinetes se detenían mientras el carruaje se acercaba al borde del abismo. El carro no llevaba capataz.

Dejó a Valery en la tierra y sin tiempo de pensar se puso en pie y corrió hacia el coche que iba a caer por el barranco para desviar el rumbo de las bestias. Apenas le alcanzó para tocar uno de los caballos y no logró desviarlos. Los gritos de las ocupantes le hicieron temblar. Los animales relinchaban mientras se abocaron a la muerte.

Su nombre salía de la cabina de boca de una mujer...

- ¡Connor! - un grito desesperado que el vacío del abismo tragó, silenciando la voz que le había llamado pidiendo auxilio.

El corazón de él latía desbocado, era el carruaje donde Dana había fallecido. Los recuerdos del pasado le absorbieron por completo y cayó sobre el polvo de rodillas viendo como los jinetes que habían provocado la estampida de los caballos desaparecían en el horizonte...

En aquel mismo instante como si lo sucedido fuese el motivo de su viaje, su corazón empezó a detenerse sin que pudiera pensar ni respirar mientras todo se volvía oscuro y silencioso antes del salto de regreso... Segundos después yacía en el suelo ante el cuadro, la sed le obligó a volver en sí. Valery estaba a su lado con los ojos cerrados pero no gritaba, parecía desmayada aún.

Bajó por agua a la cocina y bebió con desesperación. Subió agua para ella

- Valéry - la llamó acercando el agua a sus labios.

Ella volvió en sí sobresaltada y cogió la botella con ambas manos. Las lágrimas no la dejaban beber.

- Tranquilízate Valéry. Cuando saltas consumes el agua del cuerpo y debes reponerla. Respira.

Cuando ella soltó la botella se llevó la manos a la cara llorando acongojada.

- ¿Por qué ha ocurrido algo tan horrible?

Connor no la entendía, se había desmayado antes de ver el carro caer.

- He tenido el accidente. He saltado por el desfiladero.... Lo he vivido todo, ha sido horrible - continuó llorando con las manos sobre los ojos.

Connor la abrazó sin poder responderle. Ella había sido quien le había llamado desde dentro del carruaje cuando caía. No lo podía creer.

- Sentí lo que ella sentía. Connor, cuando las perseguían, ella solo pensaba en ti - se apartó de él y le miró absolutamente conmovida. Los sentimientos de esa mujer y los de ella. extrañamente, se entrelazaban.

Connor bajó la cabeza y apretó los párpados desalentado. - No sé qué sentido tiene esto.

- Quizá sí lo tenga - Valery recordó una sensación de la mujer del carruaje. - ¿Quién era tu padre Connor?
- ¿Mi padre? - la miró desconcertado. - Levántate - Le tendió la mano para ayudarla.

Valery se puso en pie y se sentaron sobre la cama.

- Mi padre era el dueño de una pequeña editorial cuando yo era niño. ¿Por qué?
- Descubrí algo durante ese viaje, algo que no debería haber sabido, por eso nos empujaron al barranco...
- Pero... ¿Cómo podría ser eso? - él no daba crédito a lo que oía.
- El asesinato de ella tenía una razón...

Connor no podía pensar.

- No tengo los recuerdos claros... Aparecen de forma intermitente como ideas desconectadas. Pero siento que durante su viaje se encontraron con alguien o algo que no debieron ver.

Aeón encontró una única explicación. Camila procedía del mundo que habían desconectado.

CAPÍTULO XX

Doctor Prodigio.

La crupier lanzaba los dados al aire mientras Raffy repasaba algunos bolsillos. Llevaba tres años trabajando para el brujo pero lo que no sabía era que esos objetos personales que ella robaba servían a Prodigio para controlar voluntades a su antojo y beneficio.

Tupper y Morán entraron en el antro. El ambiente era oscuro y estaba lleno de humo de cigarrillos, puros, inciensos y otros brebajes menos inofensivos. Un muchacho mulato llamado Alison estaba sentado a la izquierda del brujo. Se puso en pie cuando se acercaban.

- ¿Qué quieren? - preguntó a Tupper que iba delante.
- ¿Eres nuevo? - respondió Tupper mirando a Prodigio que, con curiosidad, observaba detrás de su nuevo protector.
- ¿Qué quieren? - preguntó Alison de nuevo.
- Hablar con tu jefe - respondió Tupper ya que el brujo no aclaraba que eran conocidos.
- Lo imagino. ¿De qué quieren hablar?
- Un tipo desapareció en nuestras narices - explicó Morán mostrando el cuadro cubierto con un paño que llevaba en la mano.

Tupper se giró hacia Morán y le miró con enfado. Esa era su última baza y la había soltado sin negociar.

- Déjales pasar - ordenó el brujo al muchacho que se quitó de en medio y se sentó de nuevo a su lado como si de un perrito amaestrado se tratase.
- Hola Prodigio - dijo Tupper al llegar a la mesa.
- Iros todos de aquí - dijo el brujo echando a la gente que comía con él. Ninguno rechistó y se fueron de inmediato.
- De qué hablaba tú amigo - preguntó echado en el respaldo del sofá con un ala de pollo rebozada en salsa picante entre los dedos. - Vete. - le dijo a Alison pensando que no le interesaba que se enterase de nada, lo que los polis le traían no tenía que ver con el trato que tenía con él.

Prodigio apartó a un lado algunos platos a medio comer.. Tupper y Morán esperaron a que el perrito se fuera y se rieron cuando pasó delante de ellos. Se sentaron frente a Prodigio.

- Venimos a proponerte un trato - dijo Tupper mostrando en la mesa su móvil con la foto de la falsificación que constaba en el expediente. - Este tío se llevó a mi exmujer y después desapareció delante de nuestras narices.
- Parece una pintura - Prodigio se asomó a la pantalla.
- Si, es un retrato, pero la cara es la misma que la del tipo.

- Extraño. Explícame eso de que desapareció - se interesó ladeando la cabeza ancha y cuadrada que tenía.
- Creemos que fue por este cuadro, lo estaba tocando y de pronto se esfumó... - Morán lo puso sobre la mesa.
- Te traeremos al tipo y le sacas la información.
- Y ¿Qué gano yo con eso? - preguntó El brujo relamiéndose con todo el largo de la lengua sobre los labios y la nariz.

Tupper y Morán se miraron, aquel tío era asqueroso. Tenía una montaña de huesos de pollo al lado y no le importaba apoyar la manga de la chaqueta sobre ellos.

- Te quedas con el cuadro y su secreto, nosotros sólo queremos encontrar a mi ex mujer y darle su merecido a ese cabrón.
- Hay una rubia muy guapa que va con él, te la traeremos también - propuso Morán

Tupper se giró para mirarle - A tí te ha gustado esa - le insistió.

- No digas tonterías - Morán molesto. Jones nunca se fijaría en él y lo sabía, había conocido antes a muchas putas exigentes.
- ¿Cómo de guapa es? - preguntó el brujo.
- Como para sacar una buena pasta por ella. Tiene clase y unas buenas tetas - aseguró Tupper.
- Está bien - asintió Prodigio. - Acepto el trato.

Tupper y Morán sonrieron complacidos.

- ¿Qué sabéis del tipo?
- Que es un maldito cabrón con pinta de tener dinero - aclaró Morán.
- Recuerda que necesito sacarle dónde está mi mujer - puntualizó Tupper.
- ¿No me dijiste que tú mujer era una cerda infiel? - le recordó el brujo. - Olvídate ya de ella....
- Pero fuiste tú quien se acostó con ella... - Tupper en pie ampliando la fosas nasales como un toro.
- Tú sabes lo que hago con las mujeres si necesito descendencia, tú avaricia te jodió, no yo - aseguró el brujo volviendo su atención a Morán para zanjar el tema de una vez.
- Pero tú sabías que era mi mujer... - Tupper empezaba a molestarse, ya le había pasado antes, pero ahora más.
- ¿Y qué hay con eso? A mi no se me hubiera ocurrido enviar a mi mujer a alguien como yo - río el brujo jactándose de la estupidez de Tupper.
- ¡Cabron! - Tupper se abalanzó sobre Prodigio cogiéndole del cuello.

El brujo apretó los músculos del cuello y puso su mano abierta sobre el vientre de Tupper para paralizarlo.

- Una tontería más y olvidamos el trato - le dijo empujándolo al suelo como una figura de plomo.
- No, no. Tranquilo, no volverá a pasar - aseguró Morán intentando levantar a Tupper que pesaba como un muerto.
- Está bien. Mientras tanto me quedo con el cuadro. Quizá me haga falta algo personal de ese tío.
- ¿Algo como qué? - preguntó Morán.

Tupper recobró la movilidad pero aún no podía articular palabra.

- No sé, un objeto personal, sangre, cabellos, semen... - río Prodigio. - Hacedle una paja - soltó una carcajada.

Tupper y Morán se miraron asqueados del humor cabrón del brujo.

Camila había desaparecido de Edén como cualquier recuerdo de aquel lugar, y todas sus creaciones habían desaparecido con ella.

CAPÍTULO XXI

Maximilien Garrett.

Regresaban a Londres. El pequeño retiro había concluido.

- Echaremos un vistazo a los libros de mi padre. Posiblemente creó la editorial para publicarlos. Dedicó su vida a investigar la historia de Londres y a escribir cuentos para niños. Recuerdo aún alguno - sonrió reposando la cabeza en el asiento mientras se perdía en su memoria. El avión despegó.

Cuando llegaron a su apartamento bajaron a la planta inferior.

- La mayoría de los objetos que ves los traje de mis saltos, otros los compré en mis viajes - aclaró tras encender la luz de la planta que usaba de sótano.

Valery le miró embelesada - ¿Qué es todo esto?

Connor sonrió - He tenido tiempo de hacer un poco de todo.

- Fascinante - ella miraba alrededor como si estuviera en un parque de atracciones.

Piezas de arte, antigüedades, muebles con decenas de cajones. Connor le mostró trasfondos ocultos y mecanismos de apertura. Objetos desconocidos para ella... Se acercó a tocar las espadas, eran tan dispares que estaba claro que pertenecían a distintos lugares y épocas.

- ¿Tienes alguna katana?
- No - sonrió.- Asia aún la tengo pendiente, aunque me gustaría ir a Corea, especialmente a Seúl, aquel lugar me atrae mucho.

La dejó seguir disfrutando mirando todo, él se acercó a la biblioteca. Los libros publicados por su padre iban de 1884 a 1889, un año antes de su fallecimiento cuando él cumplió once años. El último lo conservaba manuscrito, su padre no lo había terminado y él no se había decidido a publicarlo sin concluir.

La edición original era sencilla y clásica, su padre era un hombre sencillo y se veía en lo que hacía: "Londres desconocido", "Ciudadanos peculiares" y "Una ciudad encantada", fueron sus publicaciones. "Alianzas increíbles" habría sido el título del último libro si el manuscrito hubiese llegado a publicarse.

- ¿Estos son los libros de tu padre? - Valéry se acercó tomando el que Connor le dejaba para que lo mirase.

- Hace años los leí cientos de veces, de ellos sacaba mi padre los cuentos que me leía por las noches - Connor levantó una página señalada con un clip que guardó en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. - Mira, este cuento me encantaba *“La gallina de los huevos de oro”* - señaló el título con el índice.
- Ah, este cuento lo conozco - dijo Valery mirándole con una sonrisa.
- ¡Hum! Te aseguro que este no lo conoces - rió Connor con cercanía misteriosa.
- Oh, ok, lo leeré - sonrió ella ante la íntima y recóndita mirada de Connor. Sus ojos habían despertado el deseo en ella y le miró con insistencia para hacérselo saber.
- ¿A qué viene esa mirada? - preguntó él acercando sus labios a los de ella.
- No sé a qué te refieres - rió mirándole de soslayo mientras se giraba de espaldas.
- ¿De veras que no lo sabes? - la abrazó por la espalda y rodeó su cintura con los brazos..
- Connor Martin, tienes un tacto enloquecedor - dijo ella antes de girarse para besarle...

El sótano se convirtió en el mejor de los refugios para los dos en aquel momento. Compartir con el otro era muy enriquecedor además de placentero, naturalmente. El sentido del humor estaba a la altura de los momentos de pasión. Cuando descansaron Valery tendida bocabajo y envuelta en su camisa le asaltó con una pregunta mientras tocaba el pecho desnudo de él.

- ¿Tu padre también escribía los cuentos además de publicarlos?
- Tenía una imaginación portentosa - sonrió Connor con las manos cruzadas tras la cabeza.
- Pero, ¿por qué iba alguien a molestarse por unos cuentos para niños?
- No tiene sentido - dijo tendido junto a ella sobre la alfombra - Por eso no entiendo lo que dijiste después del salto.

Valery asintió dándole la razón. - Quizá fue por otro motivo.

- No lo sé pero espero que lo descubramos - sonrió abrazándola.
- También yo - echó la cabeza sobre el pecho de él.

Connor usó su otra mano de almohada tras la cabeza. - Debo ir a echar un vistazo a la galería y saber si está precintada. Me preocupa que esos dos nos vieran saltar y no sé qué han podido hacer desde entonces.

- ¡Ten cuidado! - levantó la cabeza para mirarle.
- Claro que sí - sonrió. - Pero necesito que me devuelvas mi camisa...
- Oh, claro.

Ella se incorporó con la camisa abierta y Connor se recreó en los montes bajo la prenda mientras Valery se giraba de espaldas.

- No sé como nuestra ropa os puede sentar tan bien - tendió la mano para coger la camisa que ella se quitaba sentada de espaldas a él.
- No estoy de acuerdo, la ropa de mujer nos sienta mejor - se giró para devolvérsela cubriéndose el pecho con el brazo.
- Oleré a tu perfume - sonrió.

Valery sonrió sin responder. Connor se levantó para vestirse y ella recuperó su blusa del respaldo de la silla.

- Volveré pronto - se vestía mientras hablaba. - Nadie sabe dónde vivo, de cualquier manera llegar aquí abajo no es posible a no ser que se sepa cómo entrar, no salgas del sótano hasta que vuelva. Tienes para entretenerte y comer, el baño está al final del pasillo.
- ¿Pasabas mucho tiempo aquí abajo, no? - ella se ponía la blusa.

- A veces desaparecía del mundo y me cobijaba aquí. Durante un tiempo traje el retrato y me dediqué a saltar.
- No tiene entretenimientos comunes señor Martín.
- No soy un hombre común señorita Jones- la acercó a él y le abrochó la cremallera de la falta a su espalda.

Cuando Connor se marchó ella decidió sentarse sobre la alfombra y entretenerse con los libros de Maximilien Garrett; era el nombre del autor que aparecía en las portadas. Sabía que Garrett era la forma en que Dana llamaba a Connor pues ese nombre iba ligado al sentimiento de ella en el carruaje. Lo había omitido pero se había sentido Dana durante esa caída, como si el accidente fuese un recuerdo de su propio pasado, un recuerdo suyo. Le resultaba tan confuso que decidió clasificarlo como “ya pensaré en ello”.

Londres desconocido era el primero de los volúmenes publicados por el señor Garrett así que empezó por él.

“Algunos me conocen como Sarakó, que significa “mediador” para los Sicos o “peculiares”. Mi trabajo es descubrir el mundo extraordinario y darlo a conocer en mi mundo. Soy una especie de detective o periodista acreditado (no hay una palabra en lenguaje sico que defina estas funciones).

Durante los primeros años pensé que estos seres procedían de alteraciones de la raza humana, alteraciones extraordinarias que les dotaban de poderes únicos. Empezaba a conocerlos y aún les costaba confiar en mí. Con el paso del tiempo abrieron las puertas de sus mundos a mis ojos y me explicaron cuál era su auténtica procedencia.

Hace siglos la magia formaba parte de mundos que se dividieron, no sé aún de qué forma ocurrió pero me dicen que fue una separación que recreó más mundos. En cada uno de ellos existían distintas reglas y apariencias y también distintos poderes. Y hubo uno de esos mundos en donde la magia desapareció casi totalmente. El nuestro.

Para los sicos, seres pertenecientes a algunos de los mundos donde la magia aún se conservaba, era accesible cruzar al nuestro, pero para los seres de nuestro mundo cruzar se volvía imposible. Así que algunos sicos empezaron a enseñar su singularidad a humanos de este mundo elegidos por ellos, y les ayudaron a que la desarrollaran. Hubo quienes pudieron y quienes no lo consiguieron porque no conservaban la conexión con la Whispa o chipa elemental. Para los sicos la Whispa confiere el poder a la singularidad que poseen, pues ésta, está estrechamente relacionada con su destino.

Pero algunos humanos, con deseos de venganza y enardecidos por su conexión con la Whispa comenzaron a enfrentar el poder de los líderes y gobernantes corruptos. Les derrocaron tomando sus puestos y considerándolos inferiores por no contar con conocimientos ni habilidades mágicas y haber perdido su conexión.

Sólo fueron algunos los que hicieron esto pero el miedo alertó a otros líderes humanos, que, en

prevención de futuros problemas, persiguieron a los sicos, les capturaron y les encerraron en cárceles subterráneas que se convirtieron en sus tumbas. A los humanos con poderes les torturaron y asesinaron y en unas décadas cualquier mínima conexión con la Whispa se volvió el más terrible de los secretos, que a costa de la vida, debía de ser ocultado u olvidado.

Los sicos fueron prácticamente exterminados y, a los que, por servicios prestados, se les permitió vivir, les impusieron la condición de regresar a sus lugares de procedencia. La tierra se volvió un lugar inhabitable para cualquier criatura mágica y los pocos que se atrevieron a quedarse tuvieron que esconderse y aprender a ocultar sus peculiaridades. Pasados los siglos aquello se olvidó, la magia se entendió como fantasía para niños y dejó de ser real en la vida de los humanos. Después de eso, fue imposible aprender a utilizarla.

A modo de introducción explicaré que se considera magia a los efectos extraordinarios logrados mediante conocimientos y/o peculiaridades, con ayuda o no de seres o fuerzas sobrenaturales.

Al final de este primer libro encontrarás algunos consejos para empezar a usar magia de manera limitada que es lo primero que cualquier sico aprendía en la escuela. "

Aquello parecía un auténtico libro de iniciación a la magia para chiquillos y Valery siguió leyendo y divirtiéndose con las lecciones e historias de Maximilien Garrett y sus peculiares, monstruosos y divertidos seres mágicos.

II

De camino a la galería Connor llamó a Pol.

- Buenos días señor Martín.
- Buenos días Pol. ¿Cómo se encuentra del resfriado?
- Ya casi restablecido, gracias por preguntar - sonrió al otro lado de la línea.
- Me alegro mucho. Me preguntaba si sería posible retirar la denuncia contra la galería.
- Bueno, retirar la denuncia como tal no es posible porque el fiscal seguirá su curso si encuentra caso. ¿Es que ha surgido algún problema?
- Es solo una cuestión de tiempo. No quiero emplear más recursos en este asunto...
- Entiendo que le resulta molesto. En ese caso solo debe acordar con la otra parte no acudir el día del juicio, en caso de que llegue a producirse. De este modo lo más probable es que archiven el expediente. A lo sumo les podría llegar una multa aunque no es lo habitual.
- Ah bueno, sería una solución - sonrió Connor. - Te agradezco mucho tu interés y profesionalidad.
- No hay de qué señor Martín - Pol sonrió complacido.

Pol le había tranquilizado, dejaría que las aguas se calmasen con Carusso. Con la cantidad de asuntos ilegales que debía llevar la comisaría, esperaba que no tardase mucho en dejar de lado el expediente de Valery.

Cuando llegó a la galería condujo ante la fachada acordonada por la policía. Debían seguir

investigando el paradero de Valéry. Dejó el coche en un parking cercano y se acercó sin ver a nadie del que protegerse o sospechar.

Se colocó los guantes, se agachó bajo la reja a medio subir y empujó la puerta de cristal para comprobar que, como imaginaba, no estaba cerrada con llave. Entró con sigilo. Dentro todo estaba como aquel día, los malos recuerdos casi le hicieron sentir los golpes de nuevo.

- Ahz malditos - chasqueó la lengua tranquilo de comprobar que estaba solo. Las obras seguían tiradas en el suelo, sus ojos llegaron al lugar del cuadro que les había salvado. La alcayata que arrancó él mismo seguía en el suelo. Se acercó mientras sus ojos buscaban el cuadro de St. James's Park pero no estaba allí.

Buscó alrededor pero no lo encontró, las demás obras parecían seguir en su lugar pero el cuadro se lo habían llevado. Se inquietó, les habían visto saltar y descubrirían que la pintura era peculiar si no lo habían hecho ya. Si aprendieran a usarlo sería un gran problema.

El bolso de Valery tampoco estaba allí. Cuando se dirigía a la calle la esquina de una tarjeta impresa en letras azules llamó su atención entre los demás objetos tirados en el suelo. Se agachó a cogerla sin poder creer lo que veía:

" Dr. Prodigio si tiene algún problema.
Hacemos realidad sus mayores sueños
Llame ahora: 7435665347"

Era una tarjeta con el número del fulano del que habló Marjorie. Debió caer del bolsillo de su ex durante la pelea. Sólo había dos opciones, o la investigación de la policía había sido muy descuidada o esos dos la habían dejado allí pensando que él volvería. La guardó en el bolsillo y salió hacia el coche con el mismo sigilo con el que había entrado.

De camino llamó a Evan.

- Dame por favor toda la información que puedas conseguir sobre la imagen que te acabo de enviar. Es la foto de una tarjeta de visita.
- Claro, me pongo con ello. ¿Cómo ha ido el viaje?

Miles de pequeños detalles agradables surgieron en la mente de Connor a la pregunta de Evan. Habían regresado demasiado pronto pero la próxima vez se lo tomarían con más calma.

- Ha sido un buen viaje - sonrió para sí mientras llegaba al parking.
- Me alegro. Me pongo con lo que me has pedido.
- Gracias, llámame después si tienes algo, pienso ir a ver a este tipo hoy.
- Está bien. Usaré todos los recursos a mi alcance, no te preocupes.

III

Frente al apartamento de Connor Morán esperaba irritado. Cuando Tupper entró en el coche explotó de ira - Llevo dos días sin dormir en una cama. Podrías ser más rápido hijo puta; hace

casi dos horas que te llamé.

- Estaba en una reunión con el comisario, las excusas sobre tu falta al trabajo cada vez tienen que ser más elaboradas.
- A ver si me voy a buscar un problema en el curro...
- Tranquilo, ya ha quedado todo aclarado. ¿Cómo está la cosa?
- Llegaron cuando te llamé. Él se fue hace poco pero ella aún está dentro.
- Perfecto. Entremos entonces - decidió Tupper saliendo del coche.

IV

Connor regresaba a casa y sonó su móvil. En la pantalla comprobó que era Carusso de nuevo. “Que pesado Dios”. Dejó caer la cabeza atrás esperando que el semáforo cambiase y dándose tiempo de calmarse antes de descolgar. - Buenos días.

- Buenos días señor Martín. Disculpe que vuelva a llamarle. Solo deseo avisarle de que unos agentes que están investigando el caso de la señorita Jones pasarán para hacerle algunas preguntas.
- ¿Y eso? - Carusso tenía muy desarrollada su capacidad para molestar, le recordaba al teniente Colombo de la serie de televisión.
- Es el procedimiento habitual, van a hablar con quienes estuvieron recientemente en contacto con ella. Les di sus datos.
- No hay problema. Dígame sus nombres para avisar a mi asistente, voy a estar unos días fuera y desviaré las llamadas a su teléfono.
- Se presentarán como Tupper o Morán, son los dos policías que llevan el caso.

Las pupilas de Connor titilaron como una hoja en mitad de la tormenta. La conversación entre los policías en la galería le había revelado sus nombres. Eran los bastardos que les habían atacado. El coche pareció detenerse y el tiempo también...

- ¿Ocurre algo?
- No, no, claro que no - aseguró Connor tragando saliva sin poder medir su necesidad de colgar. ¿Qué datos de contacto dió a esos agentes exactamente?
- Los que me dió su agente del seguro al cursar la denuncia: dirección y teléfono.

¡Valery!

Debía correr a casa.

- Bien. Gracias por todo - colgó más rápido de lo que pudo controlar.

Aceleró mientras llamaba a Evan de nuevo.

- ¿Ha saltado alguna alarma en mi apartamento? En mi móvil no hay ninguna.
- No Connor. ¿Ocurre algo?
- Los policías que nos asaltaron en la galería tienen mi dirección y Valéry está en mi apartamento sola.
- Activaré las cámaras en remoto, dame un minuto - tras la voz de Evan se oían el sonido de las teclas.
- Está bien - Connor se dió cuenta de que estaba demasiado nervioso, tenía que calmarse.
- Iba a llamarte, tengo información del tipo de la tarjeta, parece un pájaro de cuidado, ahora te la envío al móvil. Ya están las cámaras. Echo un vistazo.
- Si por favor, gracias. - ¿Qué sabes del tipo?
- ¡Connor! Las cámaras están desconectadas...

- ¡Joder! Te dejo - colgó y de inmediato llamó a Valéry.
- Cuatro llamadas eternas y al fin descolgó.
- Valery, ¿estás bien? ¿Hay algún problema?
 - Bueno, está atada y le sangran los labios, pero nada importante aún.

“Mierda”.

- Eres un cabrón. ¿Cómo has entrado? - quería que hablase con él mientras llegaba y que dejase en paz a Valery. Le había reconocido, era la voz de quien daba las órdenes en la galería.
- Soy policía, tengo acceso a las compañías de seguridad. ¿Dónde estás listillo?
- Voy de camino.
- Trae aquí a mi mujer y hablaremos.
- Pero... - pensó. No podía hacer eso...
- ¿Sigues ahí?
- Si, si. - respondió. - Iré por ella pero tardaré al menos treinta minutos en regresar - estaba a dos minutos de su apartamento.
- Tú sabrás, pero el tiempo que tardes en llegar haremos compañía a tu amiguita.

La voz se había separado del micrófono del móvil.

- Resuelve tus problemas conmigo cuando llegue - Connor detenía el coche en la calle contigua a la suya. Debía colgar antes de correr o el otro podría darse cuenta que había bajado del auto.
- Si avisas a la policía diremos que tuvimos que dispararle por que la tenías escondida en tu casa y nos atacó.
- No voy a llamarles, ya no me fío de los policías - controlaba cautelosamente su respiración mientras caminaba.
- Muy gracioso guaperas. Te esperamos aquí. Nosotros vamos a ponernos cómodos ¿Verdad guapa?

Tupper había colgado. Connor corrió hasta la casa contigua a la suya. Los jardines de ambas viviendas conectaban. Miró el buzón para ver el nombre, no era dado a hacer amigos en el vecindario.

- Señora Luis - saludó cuando la mujer le abrió la puerta.
- Hola - respondió la mujer escuetamente mientras una muchacha llegaba junto a ella.
- Soy su vecino de al lado y he olvidado las llaves en casa. ¿Sería tan amable de dejarme pasar para que pueda entrar en mi vivienda por su jardín? Dentro podré coger el llavero.
- Pero ¿es usted mi vecino?
- Mire - Connor sacó la cartera con su documentación.
- Si mamá, si es el vecino, yo si le he visto alguna vez- aclaró la muchacha sonrojándose.
- ¿Estás segura?- la mujer se giró hacia su hija.
- Si mamá, le he visto algunas veces entrar en su casa - aseguró la joven mientras tecleaba en su móvil " El vecino cañón está en mi casa 😊 "
- Está bien, claro siendo el vecino no hay problema - sonrió la mujer. - Pase.
- Muchas gracias. Voy rápido si no le importa, tengo prisa - dijo Connor.
- Claro, creo que su vivienda es igual a la mía. Pase.
- Gracias - salió hacia el patio a través de la cocina.

Las vallas que separaban ambos jardines no medían más de dos metros de altura. La mujer y su

hija llegaron a mirarle. Connor comprobó que no se oía a nadie en su jardín.

- Gracias ya pueden marcharse - susurró. - Las llamaré si las necesito. Era importante que estuviesen dentro de casa, no sabía que podría pasar exactamente.

Las mujeres se marcharon un poco decepcionadas de perderse el entretenimiento. Cuando la muchacha se giró antes de entrar en casa Connor le guiñó un ojo. Saltó, se sujetó con las manos y se levantó con los brazos.

"Acabo de enamorarme 🥰🥰🥰" tecleó la chica a sus amigas.

Dentro Morán había oído un ruido - Eh, he oído algo - susurró manoteando el brazo de Tupper - Señaló a la ventana con el índice.

Connor no vio a nadie fuera. Miró su reloj, hacía menos de cinco minutos que había hablado con el poli. Sólo si se había tragado que iba por su ex mujer tenía alguna ventaja. Pegó la espalda a la pared de la casa y llegó a la parte de atrás. No podía creer que esos dos zafios hubieran dado con la manera de entrar en su escondite. Podría ser que Valery hubiera subido y la hubieran encontrado arriba. Podrían estar en la planta principal.

- ¡Capullo! - dijo Morán a la espalda de Connor antes de sacudirle con la porra.

Connor, que había visto su sombra, esquivó el golpe y se giró hacia su agresor. Aprovechando el impulso del otro le golpeó con el codo en el centro de la espalda y miró alrededor por si el compañero estaba en el jardín.

- Aquí arriba listillo - dijo Tupper con los brazos apoyados en la barandilla de la escalera exterior que subía a la primera planta.

Connor miró hacia arriba mientras Morán dolorido se apoyaba en la fachada para ponerse en pie.

- ¿Dónde está ella? - le preguntó a Tupper volviendo después su vista a Morán que tenía intención de golpearle de nuevo. - Si me tocas te vas a arrepentir - a un palmo señalándole con el dedo.
- Déjalo Morán, nos encargaremos de él - sugirió Tupper a su compañero.
- ¿Qué habéis hecho con la mujer?
- Vamos ahora a verla contigo, está cerca de aquí - respondió Tupper bajando la escalera. - Un viajecito en coche. Acompáñenos - se mofó haciendo una reverencia como si se tratase de la invitación de un caballero.

Connor le miró a su izquierda y miró también a Morán a su derecha. - Ok, pero si ella no está bien os vais a cagar.

- ¡Qué gracioso el guaperas! - Morán le empujó para que empezará a caminar. Al llegar al coche extendió la mano - dame el móvil.

Connor dudó en dárselo, era la forma en que Evan les podría localizar pero finalmente se lo entregó. Morán lo lanzó al jardín y le abrió la puerta trasera del coche.

- Manos atrás.

Connor resopló y llevó sus manos a la espalda. Morán le puso las esposas y le empujó dentro del coche.

- Requisito de viaje - de rodillas en el asiento del copiloto Morán levantó una bolsa de tela negra mirando a Connor y le puso la bolsa en la cabeza

- ¿Nos vamos ya? - preguntó Tupper impaciente. - Hay vecinos, estúpido.
- Espera - levantó el codo y golpeó a Connor en la cara haciendo que su cabeza chocara contra la ventanilla. - Con el codo en la espalda...¿no cabrón? - gritó recriminando el golpe de antes.
- ¡Ahgz! ¡Cerdo! - dijo Connor dolorido. - Has tenido que taparme la cabeza y esposarme ...

Morán le dió con la porra y Connor se quejó y se desplomó en el asiento.

- Oh pobre hombre no lleva puesto el cinturón de seguridad - río Morán salvajemente.
- ¿De verdad quieres jugar a eso ahora? Tupper le miró con una sonrisa.
- Siii. Siiii - palmeó saltando en el asiento mientras Tupper arrancaba el coche y él se abrochaba el cinturón.
- Al menos está tumbado y no se ve la bolsa por las ventanillas ¿A quién se le ocurre ponerle una bolsa en la cabeza a plena luz del día?, loco.

Tupper se desvió de la ruta para salir a un camino donde jugar con el ocupante frenando con brusquedad como lo hacían con algunos arrestados para que les tuviesen miedo.

- Mamá! Mamá. Han secuestrado al vecino. Se lo han llevado unos hombres en un coche y le han tapado la cabeza.
- ¿Qué dices hija? Eso no puede ser - la mujer se llevó las manos a la boca.
- Si. Si, lo he visto todo.

La mujer llamó a su marido mientras la niña dejaba constancia en su grupo de amigas.

"👁👁 Chicas han secuestrado a mí vecino cañón, mi corazón se rompió. No quiero que le hagan daño. 🙄🙄"

Pidió a sus hermanos que le ayudasen a invocar la Clamatormentas, conectasen de nuevo ese mundo y él pudiese cruzar para ir a buscarla.

CAPÍTULO XXII

Atrapados.

Prodigio tenía su otro negocio en Belgravia, a los pies de uno de los sitios más selectos de Londres, allí atendía a clientes dispuestos a realizar tratos transgresores, a veces procedentes de la zona Mayfair, a veces personal de otras embajadas con sede allí o simplemente viajeros de cualquier lugar del mundo.

El dueño de un edificio de lujo le dejaba alojarse en una oficina de la última planta y ofrecía a Prodigio víctimas con las que ir mermando la deuda que había contraído con el brujo quince años atrás. Prodigio había cerrado aquella mañana un negocio redondo gracias a Tupper y Morán. Había testado el cuadro y efectivamente se trataba de una puerta, sólo debía saber cómo la cruzaba el tipo que traían de camino. La chica también le daría dinero, pero las posibilidades de negocio con ella eran ínfimas en comparación.

Bajó en ascensor al parking cuando Tupper le llamó y el brujo les siguió en coche a un almacén que había cerca, donde ellos trataban asuntos no oficiales de forma segura. Cuando llegaron a la última calle del polígono detuvieron los coches, estaban solos en la calle. Prodigio sacó el cuadro y un pequeño maletín que llevó adentro, Morán cogió a Connor del brazo para que saliera del coche y le dirigió hacia el almacén. Tupper les seguía apuntándoles.

Sentaron a Connor en una silla de espaldas a la puerta empujándole del hombro. Tupper abrió las esposas, rodeó el respaldo de la silla con los brazos de Connor y le esposó a la espalda de nuevo. Después le quitó la bolsa de la cabeza.

- Me estaba asfixiando joder - al levantar la mirada sintió que tenía un monstruo delante.

Uno de los que le habían convertido en lo que era y que antaño le habían robado su vida y todo lo que le importaba. Sus ojos semi amarillentos y sus iris de serpiente intentaban invadir su alma. Su aspecto y su olor detestables perdían importancia ante las punzadas que provocaba su sola cercanía en sus brazos y piernas; éstas eran la más clara de las señales de que era un ser infernal.

- Tu eres el tipo pues - dijo Prodigio agachándose frente a Connor. - ¿De dónde sacaste el cuadro? - señaló la pintura de St. James's Park.

Prodigio le observó con curiosidad mientras el fulano permanecía en silencio, le estaba leyendo de arriba abajo. Pocos habían hecho eso.

- El cuadro lo pintó esta - dijo Morán que regresaba de nuevo del coche con Valery.
- Sois tontos - gruñó Prodigio al verla entrar en el almacén. - ¿Qué creéis que voy a hacer con ella? Necesita dos semanas para curarse.

Connor giró la cabeza seguro de que hablaba de Valery. Pasó ante sus ojos mirándole y llevada por Tupper del brazo. Llevaba las manos atadas a la espalda, tenía el labio roto y una mordaza apretada sobre los dientes. Temblaba de frío. Los golpes de la frente y los brazos estaba seguro de que eran de los frenazos. Le habían engañado y ella estaba en el coche.

- ¿Entonces eres tú la artista? ¿Quién de los dos tiene la cualidad? - preguntó Prodigio mirando a Connor y después a ella.

Valery y Connor se miraron sin saber qué preguntaba exactamente.

- ¿Y bien? - insistió Prodigio con gesto de atención. - ¿Quítale la mordaza? - ordenó a Morán mirándola fijamente.
- ¿Qué puedes decirme tú? - el brujo se inclinó de nuevo a la altura de Connor. - ¿Cómo se salta a través del cuadro? ¿Es el único? ¿A dónde lleva? ¿Algo más que deba saber?

Connor sentía que la cercanía del brujo le invadía y su cuerpo le avisaba de que se alejara. No sabía qué decirle para desviar su interés del cuadro, pero si se interesaba en ellos era aún peor. Alguién como él con el poder de los saltos era un explosivo activado.

- No quiere hablar. Qué le vamos a hacer. - concluyó el brujo irguiéndose.
- ¿Y tú? - Prodigio se acercó a Valery. - ¿Tienes alguna información para mí? No tengo todo el día.

Valery se irguió intentando alejarse.

- Siempre empezáis igual, calladitos y después cantáis como los pájaros - Morán la dirigió del brazo mientras Tupper le traía una silla para sentarla.

Los dientes de ella empezaron a castañear.

- Te propongo un trato. Dejas que se vaya y respondo a todas tus preguntas - propuso Connor. Lo que había entre el brujo y él era cosa de ellos dos.

Prodigio, inclinado ante Valery, giró la cabeza hacia él con atención.

- Primera respuesta - continuó Connor. - Sólo sabemos de la existencia de un cuadro así. No hay más.
- Sigue - dijo el brujo que se acercaba a Connor.
- Suéltala.
- Sigue y me lo pensaré.
- El cuadro no es de ella, lo compró en un puesto de antigüedades de Portobello y lo firmó para ganar prestigio - Connor miró a Valery. - No te ofendas pero no eres muy buena pintando y tus clientes lo saben.

Valery sintió un nudo en el corazón y un miedo atroz en las tripas de que volvieran a hacerle daño a él. Connor quería eximirla de cualquier interés por parte de aquella gente y volvía a intentar salvarla exponiéndose. Las lágrimas humedecieron sus ojos.

- Y ahora si le das las llaves de un coche para que pueda irse, saltaré contigo y te diré cómo lo hago. Ella no sabe nada de esto, en la galería yo la arrastré en el salto, ellos lo vieron - Connor incluyó a los policías en su declaración.
- ¿Es verdad eso? - Prodigio se puso en pie.
- Bueno ... - dudó Morán- salió corriendo hacia ella llevando el cuadro en la mano.

- ¿Y tú qué dices? - miró a Tupper.
- No lo sé, pero si vas a soltar a esa antes tiene que decir dónde está mi mujer...

Connor debía saltarse esa condición. - Tú decides. Puedo cruzar ahora contigo y explicarte cómo se hace. - miraba a Prodigio. - Sólo tienes que dejar que ella se vaya con un coche.

El brujo se rascó la cabeza pensativo. - Pareces convincente pero no sé si fiarme de tí, también pareces listo.

- No hagas un trato con él - Tupper se acercó a un palmo de Prodigio.
- ¡Cállate! - gritó el brujo empujándolo del hombro - Deja ya de arrastrarte por esa puta. Hay mucho dinero detrás de esto así que no me vengas con gilipolleces.

Tupper miró a Valery con ira, si no encontraba a su mujer no iba a dejar que ella saliera ilesa.

- ¿A dónde se llega cuando se cruza el cuadro? - Prodigio volvió la atención a Connor.
- Nos llevó a ese rincón que aparece en la pintura.
- ¿Qué sitio es este? - preguntó el brujo a Valery.
- Es St. James's Park - respondió Connor.
- Estoy absolutamente intrigado - rió el brujo. - ¿Hace mucho que lo pintaste? - de nuevo dirigió su pregunta a ella.
- Yo no lo pinté - respondió Valery.
- Si te drogo ¿responderás lo mismo?

Valery se tensó en silencio.

- Amigo, tu historia era muy buena - Prodigio miró a Connor. - De veras que estuve a punto de creerte, pero... las mujeres lo estropean todo y cuando tu muñequita se puso a llorar me dí cuenta de lo que pasaba.
- Te estás equivocando - aseguró Connor tirando de las esposas.
- No lo creo, ella pintó el cuadro y tú sabes cómo se salta, ¿no es así?
- No - gritó Connor.
- ¿De veras?

Connor le miró directamente - Si.

- No. Si ¿Con quién crees que juegas?! - gritó el brujo.

Después se alejó hacia el maletín que había dejado en la mesa y sacó una cajita de madera con pequeños frascos entre los que seleccionó tres. Connor se preguntaba qué iba a hacer, había amenazado con drogas a Valery, no sé sorprendería de que lo fuesen.

Giró la cabeza hacia ella que le miraba tensa como un cordel de pesca cuyo anzuelo se hunde tragado por un pez enorme. Ella sabía que no tenían posibilidades de escapar y que él no podía hacer nada. Su rostro constreñido era desesperado.

- ¡Valery! - Connor llamó su atención. - Tranquila.

Connor le había hablado en el tono más cordial del que fue capaz porque también sufría los efectos del miedo: mente opaca, pulso inconstante y sensación de nulidad. Contra los polis corruptos podrían tener una oportunidad con un poco de suerte pero contra aquel individuo, presos como estaban, ..., la muerte podría ser la mejor forma de escapar.

- ¿Qué haces? - Tupper golpeó el hombro de Connor con el puño indicando que su conversación con Valery no era bienvenida.

Él le miró con ganas de devolverle el golpe pero con un tanque. En aquel momento la cercanía

del brujo captó inmediatamente su atención. Prodigio se acercaba a su derecha con una jeringuilla en la mano - ¿Qué es eso? - preguntó pegando la espalda a la silla.

- Suero de la verdad. ¡Sujétalo! - ordenó a Tupper, que giró la cabeza de Connor contra su barriga.
- ¡Bastardo! - gritó cuando Prodigio acercó la aguja a su cuello.

Cuando Prodigio terminó Tupper soltó la cabeza de Connor y se alejó riendo - el pajarito va a cantar jajaja. Morán rió a carcajadas junto a la cara de Valery.

Connor quiso resistirse pero empezó a sentir mareo y debilidad repentinas. Sudaba bruscamente y aumentaba su frecuencia cardiaca. Abría y cerraba los ojos intentando concentrarse. Pasados un par de minutos dejó caer la cabeza sobre el pecho.

- ¡Connor!- Valery le llamó asustada.
- ¡Pchsss! - la reprendió Morán amenazándola con la mano en alto.
- ¿Cómo te llamas? - Prodigio se inclinó a la altura de Connor.
- Me llamo... No, ese no es mi nombre - Connor pensó en voz alta. - Me llamo Mathew Garrett.
- Miente - dijo Tupper. - Se llama Connor Martin.
- ¡No! Ese nombre es una tapadera - aseguró Connor.

Valery abrió los ojos como platos, iba a revelarles quién era.

- ¿Qué ocultas bajo esa tapadera? - continuó Prodigio.
- Mi identidad...
- Buff, esto va a ser largo - protestó Tupper.
- ¡Pchsss! Cállate - el brujo estaba interesado en la información. - ¿Por qué cambiaste de nombre?
- Porque la gente me tenía miedo... Me encuentro mal - Connor se removió en la silla buscando una postura cómoda.
- Yo responderé a sus preguntas - interrumpió Valery.
- Cállate - el brujo apuntó a Valery con el índice y le lanzó una mirada intimidatoria.
- Dime Mathew, ¿por qué te temía la gente? - Prodigio continuó el interrogatorio.
- Porque no muero, ni envejezco. Desde hace muuuucho tiempo - rió. - Me duele la cabeza y la nariz.

Prodigio se irguió. Sus ojos se movían con rapidez. Una idea que había aparecido en su mente al oír su nombre empezaba a tener demasiado sentido.

- ¿Cuánto tiempo Garrett? ? ¿Cuánto tiempo hace que estás vivo?
- No sigas Connor - Valery intentó interrumpirle.
- Cállate - Tupper la calló con una bofetada que le volvió la cara.
- A ti te voy a dar una paliza cuando esté libre - aseguró Connor levantando la cabeza hacia Tupper.
- Vuelve conmigo Garrett - le llamó el brujo con el índice cual anzuelo.- ¿Recuerdas tu fecha de nacimiento?

Valery sacudía la cabeza aturdida por el golpe.

- Nueve de octubre de mil ochocientos setenta y nueve.

Prodigio cambió el semblante. Se irguió y dejó de preguntarle. Las fechas coincidían. Era el mismo tipo, lo había trabajado un siglo atrás... Buscó los detalles en su recuerdo y cerró los ojos. Morán y Tupper se miraron. Mala cosa cuando el brujo cerraba los ojos, una vez le vieron quemar a un tipo por la boca después de concentrarse cerrando los ojos.

Prodigio indagaba en su memoria ¿Dónde vivía cuando hizo el trabajo? ¿Por qué escogió al tal Garrett? Necesitaba recordarlo porque sabía que surgió una particularidad durante el trabajo, pero ¿cual era? ¿Qué pasó? Tenía que mirarlo en su cuaderno de acuerdos antes de seguir adelante. Podía comerse un buen marrón si transgredía un contrato. Había que tener mucho cuidado con las sombras si no querías convertirte en una de ellas.

Abrió los ojos, sacó un puro del bolsillo y lo encendió mirando a sus esbirros sin hablar. Tupper y Morán esperaron un minuto.

- ¿Ocurre algo Prodigio? - Tupper no se atrevía aún a acercarse a él.
- Tengo que ir a mi local a comprobar la identidad de este antes de hacer nada más. El que compra el cuadro va a tener que esperar unas horas.

A Tupper le pareció innecesario pero cualquiera le contrariaba.

- ¿Te vas ya?
- Vuelvo en un par de horas - dijo el brujo girándose hacia el policía y pisando el puro con la punta del zapato.

Tupper y Morán se miraron preguntándose para qué lo había encendido.

- ¿Y qué hacemos nosotros mientras tanto? - preguntó Tupper.
- Vigíladlos. Y no se os ocurra tocarle a él.

Tupper tenía la sensación de que Prodigio se olvidaba de sus intereses.

- ¿A ella la podemos interrogar?
- Haced lo que queráis pero no seáis demasiado bruscos porque quiero algunos cuadros más - explicó el brujo caminando hacia la puerta.

Valery se agitó en la silla cuando las miradas de Morán y Tupper cayeron sobre ella.

Tupper cerró la puerta tras la marcha del brujo. - Cuando terminemos con ella te vuelves a comisaría, tienes que hacer acto de presencia y cubrirme a mí - dijo.

- Buena idea, llevamos mucho tiempo fuera - asintió Morán. - Mira este, está para el arrastre - dijo mirando a Connor con la cabeza sobre el pecho y los ojos cerrados. - ¿Crees que tiene tantos años?
- Qué sé yo, pero igualmente es un gilipollas - río Tupper acompañado de la carcajada del otro.

Llegaron junto a Valery con andar relajado.

- A ver tú - Morán llamó la atención de ella. - Mi amigo tiene que saber dónde está su mujer.
- Dime dónde se esconde y te dejaremos en paz - Tupper se agachó y puso las manos en las rodillas de Valery.
- ¡No me toques! Valery apartó las piernas a un lado.

Los policías rieron ante el exabrupto incontenible de ella.

- No le has gustado - río Morán.
- A ver, prueba tú - se levantó dejándole su sitio.

Morán se agachó mirándola y puso las manos en las rodillas de ella que volvió a quitarlas.

- ¿Yo tampoco te gusto? - le apretó los dedos en las rodillas para que dejase de moverlas. - Eres muy exquisita, ¿no crees?
- ¡Déjame en paz!

Morán se puso en pie y le dio una bofetada que le giró la cabeza - ¿Dónde llevaron a Marjorie?

Valery giró la cabeza de nuevo hacia Morán furiosa y asustada.

- No lo sé, se la llevaron en el coche y yo me quedé en la galería. ¿Recuerdas? Allí nos atacásteis.
- Esa respuesta te va a traer problemas que no quieres - volvió a darle una bofetada que la hizo sangrar por la nariz.

Controlando las lágrimas miró a Connor que seguía con los ojos cerrados. Estaba sola.

- ¿Qué piensas tanto? - otra bofetada se oyó en el almacén.

Valery cerró los ojos tragando sangre por la nariz. Tenía que conseguir que la desataran para lograr una posibilidad de escapar.

Connor continuaba conteniendo la ira sin mover más músculo que sus dedos, rezando por que los otros no le viesan hasta que tuviera alguna posibilidad de ayudarla y extendiendo entre ambas manos el click que había extraído del bolsillo del pantalón para saltar la cerradura de las esposas. El clip que había quitado del libro de su padre y guardado en el bolsillo era lo único con lo que contaba.

- Habla de una vez - gritó Morán de nuevo a Valery levantando la mano para cruzarle la cara con la mano.
- ¡No! - respondió ella girando la cara por temor a un nuevo golpe.- ¡Hablaré!
- Eso está mejor. Habla.
- Fui a verla una vez, me llevaron en coche. No sé el nombre ni el número de la calle pero puedo llevarte.

Morán enaltecíó la mirada y se giró para mirar a Tupper - ¿Cómo lo ves?

- No muy claro, la has dejado hecha un Cristo y ahora llamaría demasiado la atención si sale a la calle.
- ¿Qué hacemos entonces?
- Vete a comisaría, al oscurecer iré con ella a donde dice. Ahora necesitamos hacer acto de presencia en el trabajo.
- Está bien - asintió Morán.
- A la hora de comer vendré si no habéis terminado aquí.
- Está bien.

Tupper cerró la puerta después de que Morán se marchara. Miró su reloj y echó un vistazo a Connor; después se acercó a Valery que miraba al suelo.

- Aún tenemos una hora. ¿Se te ocurre algo divertido que podamos hacer? - rió.

Valery no levantó la cabeza.

- ¿Cómo haces los cuadros? Se agachó junto a ella apartándole el pelo de la cara. - Tú y yo podríamos hacernos ricos con eso.

Valery seguía sin mirarle. Tupper sacó un pañuelo de papel de un paquete del bolsillo y empezó a limpiar la sangre que goteaba de la nariz de ella. - Morán se ha pasado contigo, creo que le gustas y te ve inalcanzable por eso te ha pegado tan fuerte.

Ella seguía sin moverse, aguantar las lágrimas era lo que podía hacer por el momento.

- ¿Por qué no nos aliamos y ganamos mucho dinero? Mantendré a mi compañero lejos de tí - le acarició el brazo, después le levantó la cabeza apretándole el cuello. ¿No me oyes?

Valery le miró asustada jadeando atragantada. Tupper la soltó satisfecho de haber logrado su atención.

- Déjame escapar y pintaré un cuadro para tí. Tu jefe no lo sabrá.

Connor oía la voz de Valery escasa y nasal por los golpes de Morán y las lágrimas. Era un hombre pacífico pero en ese momento solo podía pensar en violencia contra aquellos bastardos, a Morán quería devolverle cada golpe multiplicado por diez, los había contado.

Casi había logrado abrir las esposas, por favor que pudiera soltarse. Saltar el seguro de las esposas incluía entrar el clip por el orificio y además en el ángulo adecuado, que con las manos sujetas a la espalda no era nada fácil. Pero no podía claudicar. Se tenía que liberar sí o sí.

- ¿Te parezco estúpido? - Tupper la abofeteó.

Valery ya no pudo aguantar más y empezó a llorar. No podrían olvidar aquel desgraciado día por mucho tiempo. Tupper se arrodilló frente a ella con las manos sobre sus piernas, sus ojos ya no eran de avaricia sino de violencia.

- Vamos a divertirnos un rato - le abrió las piernas y echó el torso en el vientre de ella.
- ¡Déjame! ¡No! ¡No!- gritó ella sacudiendo los hombros para alejarlo.
- Estate quieta - se divertía haciéndola temblar con los labios sobre el cuello.

Connor se liberó al fin y de un salto agarró la cazadora de Tupper con tal fuerza que lo levantó de un tirón y hundió un puño en su costado. Tupper gruñó dolorido y se giró hacia Connor sacando su porra, pero Connor estaba tan furioso que su cuerpo era ágil como el de un gato. No iba a tocarle. Esquivó los lances con el arma y agarró su brazo cuando estuvo a su alcance.

Sujetó la mano del arma y le embistió con la rodilla en las pelotas. Tupper se encogió de rodillas en el suelo y Connor le golpeó con el puño en la cara. El otro cayó de espaldas al suelo y Connor se sentó a horcajadas sobre su pecho y le golpeó en la cara un directo tras otro hasta que dejó de ser una amenaza y había dejado de encogerse con sus golpes. Sentado sobre el otro sacudió las manos doloridas y, jadeante, levantó la vista hacia Valery.

Ella tenía la blusa rota y la cara llena de morados y sangre. Valery bajó la cabeza al ver la expresión de desolación de él al mirarla.

- Valery - susurró levantándose hacia ella. - Un momento y estoy contigo.

Cogió las llaves del bolsillo de Tupper y se quitó la esposa de la muñeca. Rodó al policía sobre el suelo y le esposó las manos a la espalda. Después se puso en pie quitándose la chaqueta y caminando hacia Valery.

- Tranquila cielo - dijo cubriéndole los hombros.

Desató la cuerda de sus muñecas y la ayudó a ponerse en pie. La rodeó con sus brazos mientras ella se desahogaba con la cabeza apoyada en su pecho. Ella empezó a tranquilizarse con los latidos de él.

Connor se preguntó cómo ocuparse de los delincuentes que iban a seguir persiguiéndolos. No les iban a dejar en paz, él podría sobrevivir pero Valery quizá no. Miró a Tupper respirando con dificultad tendido sobre el suelo boca abajo. ¿Sería capaz de matar a aquel cerdo? Tenían que huir y pensar en otra solución. Y el más peligroso era el brujo, de ese debía ocuparse él.

- Cielo - separó a Valery cogiéndola de los brazos, ella había dejado de llorar. - Tenemos

que irnos.
Valery asintió.

Connor se acercó a Tupper y robó su móvil del bolsillo, cogió el cuadro de la mesa y se lo entregó a ella, después extendió el brazo y rodeó sus hombros. - Salgamos de aquí.

Al salir respiraron como nunca antes lo habían hecho. Caminaron alejándose de allí, ella llevaba el cuadro en una mano mientras Connor enviaba su ubicación para pedir un taxi Cuando llegaba tiró el móvil de Tupper al alcantarillado y entraron al coche.

- Gracias por recogerlos con este aspecto. Nos han asaltado. Necesitamos que nos deje su móvil para avisar a la familia - Connor fue muy escueto y el hombre parecía una buena persona. Valery tan golpeada abrió el corazón del desconocido que les dejó el móvil.
- Evan soy yo. ¡Connor! ¿Estáis bien? - fui a buscarte pero solo encontré tu móvil tirado en el jardín.
- Te llamo desde el teléfono de un taxista que nos ha recogido. Nos han dado una paliza, sobre todo a ella. Necesito un jet privado con asistencia médica. Nos vamos de Londres.
- ¡Dios! Lo siento mucho. Lo gestiono ahora mismo.
- Vamos para el aeropuerto de Luton, nos vemos allí.
- Si, gestiono el transporte y salgo para allá.

Connor devolvió el móvil al taxista - Gracias. Es usted muy amable.

- No hay de qué.

Connor rodeó el hombro de Valery y la trajo contra su pecho. Echó la cabeza en el respaldo para descansar. Cuando llegasen debía tomar importantes decisiones.

II

Una hora después el jet estaba casi listo y atendían a Valery en el interior mientras Connor fuera pensaba en una decisión irrevocable. Vió el coche de Evan acercarse y se levantó para recibirle.

- Hola Connor - Evan detuvo el coche junto a él. - ¿Cómo estás? - le miró las marcas de la cara.
- Yo estoy bien, Valery está peor. La llevo a España, tengo que sacarla de aquí o acabarán con ella.
- ¿Qué ha pasado?
- Nos han interrogado a causa de un cuadro que hay en el avión, te lo explicaré en otro momento...
- Claro - asintió Evan. - ¿Qué más puedo hacer?
- Necesito que acompañes a Valery a España.
- ¿Yo? - desconcertado.
- Yo tengo que quedarme en Londres a resolver el problema.
- Pero ¿qué vas a hacer?
- Aún no lo sé exactamente, sólo tengo algunas ideas descabelladas. Pero si no salen bien necesito que te quedes con ella y te ocupes de que nunca la encuentren, eres el mejor con eso...
- ¿Qué dices? ¿Pero quién es esa mujer para que te juegues así el tipo por ella? Tío...
- No lo entenderías, confía en mí. No te pongas en contacto conmigo, pueden rastrear la llamada y dar con vosotros. Espera a que yo te contacte.
- Prueba a decirme la verdad - Evan le miró muy en serio. Connor era su familia y su jefe,

su mentor y su amigo. - He intentado no fallarte nunca...

- No muchacho, no me has fallado - Connor le miró fijamente preguntándose si contárselo. Le tomó del brazo para alejarse con él de la puerta del jet.

- Lo que te contaré es difícil de creer y ella no debe saberlo a no ser que no quede otra opción.

- Está bien, lo entiendo - asintió Evan.

- Bien. Los accidentes que Valery ha sufrido en estos días han sido a causa del mismo hecho que hace que yo siga vivo...

- ¿Qué? Pero..., no... lo entiendo - Evan fijaba la mirada en la pista intentando comprender lo que Connor le había dicho.

- Si no regreso deberás explicarle a ella lo que te voy a contar...

Connor se quedó esperando la confirmación de Evan. El muchacho asintió con la cabeza sin llegar a comprender del todo, y él continuó.

- Cuando yo era joven, hace mucho tiempo de esto; alguien vertió una maldición sobre mí y sobre la mujer a la que yo quería para que nunca nos encontrásemos, ni en la vida ni en la muerte...

- Pe... Pero eso es...

- Si Evan, eso es brujería. No intentes entenderlo de golpe, a mí me ha llevado mucho tiempo.

- ¡Pero qué horror! ¿Cómo puede alguien hacer una cosa así?

- Estoy de acuerdo contigo.

- ¿Y qué pasó con esa mujer?

- Es Valery. Aquella mujer murió y Valery es ella, reencarnada de nuevo. Atento muchacho... - Connor llamó la atención de Evan que respiraba desconcertado. - Tranquilízate - le puso la mano sobre el hombro.

- Si, sí. Es sólo que no esperaba algo así y...

- No te preocupes Evan, es normal tu reacción. Pero necesito continuar...

- Si, claro, tengo que saberlo.

- Cuando me volví a encontrar con ella la maldición se activó de nuevo y los accidentes comenzaron para llevarla a ella a la muerte y así evitar la mía. Es el ciclo que evita que estemos juntos.

- ¡Dios mío! - Evan tenía la mano en la frente acalorado como un chiquillo.- Que horror.

Connor asintió. - He tenido suerte y he podido librarla hasta ahora pero es muy posible que en alguno de los próximos falle y que ella muera... No puedo permitirlo de nuevo.

Evan le miraba desconcertado. No podía creer lo que oía.

- Por eso debo ocuparme de romper la maldición, aunque no sé exactamente cómo lograrlo ni qué ocurrirá después.

- ¿Quieres decir que no sabes si morirás como consecuencia de eliminar lo que te mantiene vivo?

Connor le miró sin responder a su pregunta. Evan tan sagaz como siempre.

- No preocupes a mi Ania con esto hasta que no sea imprescindible, tu abuela siempre fue muy visceral...

- Tío - Evan le cogió el brazo.

Connor miró los dedos de Evan sobre su chaqueta - Pero tú, a diferencia de tu abuela, sabes que

tengo que hacerlo... - aseguró Connor.

Evan le mantuvo la mirada dubitativo, después le soltó. Connor le sonrió con ternura y le abrazó.

- Está todo en orden muchacho - le sentía contenido. Él también lo estaba. Evan Ania y Wiley eran su familia.

- Océpate de que Valéry quede respaldada, si yo no consigo mi objetivo ella perderá su galería.

Evan pudo entender que su decisión era auténtica y difícil, no iba a molestarle - Lo que necesites dímelo. Lo que sea.

- Gracias. Lo sé.

Connor subió al coche y Evan le dió un móvil de prepago del maletero - Así no podrán localizarte.

- Gracias. Dile a tu abuela que le agradezco que me salvase la vida, y dile a ella, - levantó la vista hacia el avión - que intentaré volver lo antes posible.

Connor arrancó el coche y Evan tragó el nudo antes de subir al avión.

III

El sol descendía cuando Connor llegaba al centro de Londres, aquella noche dormiría en el Tower. Dejó el coche en el parking y se dirigió a un locutorio con la tarjeta que Carusso le había dado.

- ¿Diga? - respondió el policía al otro lado.
- Buenas tardes, soy Connor Martin.
- ¿Qué desea? señor Martin?
- Tenemos que hablar...

Radiant, el mayor de los cuatro hermanos, decidió apartarle de algo tan sagrado y trascendente como el Árbol de los Mundos hasta que recuperara la cordura.

CAPÍTULO XXIII

El trato.

Prodigio entró en su bar y bajó al sótano, ahí guardaba los cuadernos de tratos. Eran contratos cosidos a mano con tripa de cerdo a los que añadía de tanto en tanto nuevos acuerdos. Los guardaba ordenados por fecha.

Se puso la mascarilla para frenar el olor de la sangre, vísceras, excrementos u otros materiales donde había plasmado los conjuros, y se acercó a los libros.

Retrocedió en la fecha grabada en el lomo de piel de carnero hasta llegar a finales del siglo XIX. Ahí debía estar lo que buscaba. Pasó uno a uno cada pergamino con un contrato sellado.

9 de febrero de 1897. Matthew Garrett y Dana Lowell... Ahí estaba. Posó la mano sobre el pliego de piel de cordero y siguió las notas que había escrito tiempo atrás:

"He consumado mi plan a la perfección. La sobrina de Maximilien Garrett, Lorna Macgahan, controlada desde su adolescencia, firmó pidiendo el trabajo para arruinar al descendiente de su tío, quedando yo exento de toda sospecha. Los Garrett dejaron de ser un peligro para nosotros al fin.

Excepción: él no pertenece a este mundo, debe ser destruido con la espada mística de los cuatro inmortales. El trato con las sombras incluía el fallecimiento de Dana Lowell en su lugar, impidiéndole así morir y regresar a su reino."

Prodigio levantó la vista del libro y se bajó la mascarilla para poder respirar mejor. La conversación en la cripta ciento cuarenta años atrás volvió a su memoria...

- Maximilien debió ser el último pero con sus libros ha alentado a los niños a pensar en nosotros - Barrás, el hombre pájaro hablaba con seriedad.
- Los niños olvidan cuando crecen y sus padres son estúpidos para imaginarnos, no hay ningún problema que no hayamos resuelto con anterioridad - Marí de las Sombras hablaba entre risas sin ser vista por sus dos contertulios.
- Yo estoy de acuerdo con Barrás, hay que eliminar también al hijo de Garrett antes de que cumpla la mayoría de edad para que no se vuelva un problema - aseguró Prodigio. - Y sé cómo lo vamos a hacer, hay una chiquilla que bebe los vientos por él...

El brujo sonrió con sus recuerdos. Lo único bueno del corazón humano es que es predecible y débil al dolor.

A unos metros de allí Alison, el muchacho de 19 años, golpeaba con fuerza el pecho del niño que acababa de morir en sus manos, tenía que despertarle o recibiría una nueva paliza. De rodillas en el suelo aporreaba con ambos puños cerrados en el torso del niño que había dejado de respirar.

Agotado y viendo sus intentos inútiles, se puso en pie mientras se preparaba para informar al brujo del incidente. La última vez que acabó con la vida de un niño estuvo dos semanas sin comer y recibiendo diez latigazos diarios.

Prodigio tenía en las manos el libro de contratos cuando el muchacho llamó a la puerta del sótano.

- Prodigio soy Alison - avisó. - Necesito hablar con usted.

Alison se ocupaba de conservar a sus descendientes y prepararles para cuando necesitase un nuevo habitáculo.

- Pasa - Prodigio soltó el libro en la mesa mientras entraba, venía en el mejor momento. - ¿Qué pasa?
- Es uno de los niños... Ha muerto.
- Prodigio aseveró su gesto de desaprobación - ¿Te has excedido? - apretó la mano abierta en la nuca de Alison.
- Claro que sí, me obligas a excederme con ellos cada puto día - pensó. - Intento cumplir sus órdenes - susurró jadeando de miedo.
- ¿Cuántos me quedan?
- Dos.
- Está bien, debes hacer algo por mí, por eso no voy a castigarte esta vez.

Alison levantó la cabeza más aliviado.

- Necesito que te entregues.

Alison no entendió si se refería exactamente a sexo pero bajó los brazos y llevó las manos al pantalón para desabrocharse.

- No, no. Hoy tengo asuntos importantes. Necesito que cumplas con el contrato - le señaló los libros.

Alison abrió los ojos descomunalmente. Pensaba que el brujo le iba a perdonar el contrato que le obligó a contraer con ocho años. No se atrevía a dar un paso atrás, deseaba ser invisible como cuando se escondía de niño de la atención de Prodigio.

El brujo fue al libro que guardaba el trato con Alison. El muchacho le miraba temblando. Acostumbrado a las palizas hacía años que había dejado de temblar pero entregarle su vida para siempre era demasiado pavoroso y cruel, incluso para el brujo.

Pasadas las ocho de la mañana Connor llegó a la dirección acordada con Carusso en Hay's Galery. Compró un café mientras esperaba. El centro comercial estaba en el distrito de Southwark, a la orilla del Támesis, y abría muy temprano. Compuesto de restaurantes y comercios, había elegido aquella hora porque la afluencia era mínima y al mismo tiempo no era un lugar solitario por lo que pudiera pasar.

Comprobaba la hora en el móvil sentado en la barandilla de la escultura central del edificio; una máquina arponera con rostro afilado cuyos remos terminaban en el agua que la rodeaba. Sobre ella la luz del sol empezaba a iluminar el lugar a través de la cubierta acristalada mientras él admiraba al fondo del edificio la bahía del Támesis y los edificios que la limitaban en la otra orilla del río.

Una señora se sentó a un par de metros de él tecleando en su móvil. Connor se levantó para dirigirse hacia otro punto lejos de la mujer o ella le interrumpiría. Una mano en su hombro le empujó a girar la cabeza mientras el cañón de una pistola en el costado derecho le hizo detener su intento de girarse.

- Hola listillo - dijo Tupper en su oído apretando el arma contra él.

Morán se colocaba al otro lado quitándole el café de la mano - Te vas a cagar - poniéndole las esposas en las muñecas y cerrándolas a la espalda. - ¡Vamos!

La señora se apartó mientras le arrestaban y salían del edificio. Lo subieron al asiento trasero del coche de policía. Morán arrancó mirándole por el espejo retrovisor.

Tupper cogió el móvil y marcó - Carusso, vamos para comisaría. - Después se giró hacia Connor. - ¿Eres tan gilipollas como para denunciarnos con nuestro compañero? ¿Pensabas que no nos iba a avisar? ¿Quién crees que eres?

Connor echó la espalda en el asiento sin contestar. ¿Carusso le había delatado realmente? Miró por la ventanilla, el coche iba en dirección contraria a la comisaría.

- Hay demasiado tráfico, tardaremos un poco en llegar - rió Morán.

- No esperaba menos de vosotros - dijo Connor.

- Oye gilipollas, deberías ser amable porque vamos a hacerte sufrir - Tupper le mostró un Taser.

- Dale, dale - Morán saltó en el asiento mientras conducía.

Tupper pegó el taser a la pierna de Connor riendo.

- ¡Aaargh! - el grito salió sin freno de su cuerpo completamente rígido.

El ruido del tráfico los encubría. Tupper continuó apretando el taser contra la pierna de Connor hasta que dejó de gritar por confusión del sistema nervioso. Tupper volvió a su asiento riendo con Morán, habían dejado claro quién tenía el poder.

Detuvieron el coche frente al parking del 52 de Southwark. Cruzaron la acera llevándole del brazo y llamaron a una puerta. Les abrieron y entraron en un pasillo que desembocaba en un club clandestino. Estaba oscuro pero con las luces de emergencia se podía cruzar sin tropiezos. Quién les había abierto iba delante y no se volvió a mirarlos. Ellos continuaron hasta el fondo y el otro se quedó en la cocina que estaba a la izquierda.

Llegaron a una habitación pequeña, era un almacén con cajas de bebidas apiladas, un congelador y una silla. Cerraron al entrar y le empujaron contra la pared. Morán, deseoso de jugar, sacó su taser y disparó los dardos a Connor que se clavaron en su pecho cuando se giraba.

Connor soltó un alarido cayendo de lado y golpeándose la cabeza contra el suelo. Gritaba con fuertes espasmos musculares. Chillaba para sacarse el dolor de encima. Morán presionaba el dispositivo y Connor continuaba con la boca abierta sin voz.

- Para ya, no queremos problemas. si le pasa algo tendremos que dar muchas explicaciones.

- Está bien - Morán dejó de pulsar.

Connor relajó el cuerpo sobre el suelo.

- ¡Levanta! - Morán golpeó con el zapato el brazo de Connor.

Connor no podía moverse, su cuerpo aún no le respondía, estaba aturdido y asustado. Respiró angustiosamente mirando al techo.

Tupper llegó hasta él y le miró desde arriba - Te voy a explicar la situación - con voz grave. - Carusso cree que vas a acabar en comisaría, pero Prodigio viene de camino, así que lo tuyo no va terminar bien. Igualmente puedes pasar un mal rato antes de que llegue o decirme la dirección donde llevaste a mí mujer y dónde está el cuadro...

Se oyeron golpes al otro lado de la puerta. - ¡No gritos! - protestó una voz extranjera.

Morán y Tupper se miraron - Ayúdame a levantarlo - dijo Tupper.

Sentaron a Connor en la silla y lo amordazaron con un trapo sucio que había sobre una caja.

- Volvamos a empezar - Morán levantó el taser ante los ojos desmesurados de Connor. - Una vez más para que vayas preparando las respuestas...

III

En Pontevedra Valery despertó y bajó al salón buscando a Connor pero encontró a Evan sentado frente al fuego, se detuvo en la escalera.

Evan se puso en pie al oír sus pasos. - Buenos días ¿Te encuentras mejor? El ojo hinchado se le estaba volviendo morado, el resto de la cara estaba vendada.

- Buenos días Evan - comenzó a caminar de nuevo hacia él. - Estoy bastante mejor. - Sentía la cara como un corcho. - Imagino que me han dado analgésicos porque casi no me duele.

- Así es. El ATS dijo que te recuperarás pronto.

Agradeció su amabilidad. - ¿Dónde está Connor? Me durmieron en el avión y aún no le he visto.

- Él ha tenido que quedarse en Londres unos días.

- ¿Londres? ¿Por qué?

- Asuntos de negocios - le pareció la mejor manera de cumplir los deseos de Connor.

- Su plan era venir conmigo... - dijo preocupada.

- Estoy seguro de que vendrá lo antes posible...

- Está bien - le miró contrariada. - Por favor, déjame tu móvil para llamarle, el mío se lo

quedaron esos dos.

- No lleva teléfono, por seguridad.
- Pero... ¿Y si le ocurre algo? Aquella gente está en Londres, me parece una temeridad que se haya quedado allí sólo. No lo entiendo...
- Esperemos a que él llame... - Evan se sentó en el sofá y la miró taxativo con los dedos entrelazados. Las opciones eran esperar o esperar... Las preguntas de Valéry estaban aumentando su propia preocupación.

Valery le devolvió una mirada de relativa desconfianza y volvió a su habitación.

IV

En comisaría Carusso llegaba de desayunar - ¿Dónde están esos dos? - le preguntó al agente de recepción.

- ¿Qué dos?
- Tupper y Morán, te dije antes de irme que me avisaras cuando llegasen.
- ¡Ah! Todavía no han vuelto.
- ¿Que no han vuelto? - Carusso miró la hora en el reloj de pared electrónico que el comisario había traído de su viaje a Hong Kong.

Entró en su despacho y llamó por teléfono a Tupper...

Connor jadeaba de dolor. Morán era un psicópata que odiaba todo lo que él representaba y él ya no podía aguantar más. En la última descarga se le había parado el corazón. No sabía cuánto tiempo llevaba así.

El móvil de Tupper sonó.

¡Chsss! Silencio - Índico Tupper. - Es Carusso.

Morán se alejó a un paso de Connor que dejaba caer la cabeza agradeciendo un momento de descanso. Carusso no había actuado como esperaba y aquellos dos lo estaban acabando de dolor.

- Dime Carusso - respondió Tupper mientras Morán permanecía atento.
- ¿Dónde estáis con Martín? Hace tiempo que deberíais estar aquí - se sentaba en su silla giratoria.
- Hay un tráfico horrible, parece que ha habido un accidente en la calle, pero vamos de camino.

Connor bajó la mirada al suelo, Carusso no iba a llegar porque confiaba en aquellos dos indeseables. A su espalda, a través de la penumbra que proyectaba en la pared, una sombra amiga llegó para hacerle un pequeño favor.

- Necesitas una manita muchacho, las cosas se han torcido un poco... - una voz conocida y olvidada habló a su oído.

Skull sin ser visto, y con un gesto en espiral de sus dedos, desató los dos nudos de la mordaza de Connor y el trapo cayó al suelo ante los ojos del desesperado hombre. Su corazón saltó, no podía creerlo. Intentó componerse y encontrar su voz en la garganta.

- ¡Carusso! - gritó. - Me tienen retenido...

Morán detuvo su grito de auxilio con un puñetazo que le volvió la cara.

- ¿Qué ha sido eso? - Carusso se levantó de la silla al oír el grito y el golpe. Tupper sostenía el móvil rígido.
- Un tipo pasaba con la emisora a tope - improvisó Morán llegando al móvil que su compañero sostenía casi inerte.
- ¿La radio? Parecía Martín...
- Que va, llegamos ya mismo. - Morán cortó la llamada y miró a Tupper. - ¿Qué te ha pasado tío?
- No te ha creído - balbuceo.
- ¿Qué dices? - le preguntó con una sonrisilla entrecortada.

Tupper negó con la cabeza. Morán se acercó a Connor, le levantó la cabeza y le dió un puñetazo con toda su fuerza.

Carusso salió del despacho y se acercó a otro compañero - Mírame el estado del tráfico desde Southwark hasta aquí.

- Sin mayores problemas - le informó tras mirar las cámaras.
- Está bien, activa el micrófono de Martín - le pidió enfadado.

La noche anterior Connor Martín le había informado de lo sucedido con Tupper y Morán y se había ofrecido a llevar lo necesario para recoger las pruebas. Carusso había aceptado pero no le había creído.

- No se oye nada - dijo el compañero.
- ¡Calla! - Carusso prestaba atención.
- ¡Ahgz! ¡Ahgz!
- Parece el jaleo de alguien - dijo Carusso.
- Cabrón - gritó Tupper golpeando de nuevo a Connor en el estómago.- No vas a llegar vivo al mediodía.
- Le están pegando, señor - dijo el policía a Carusso que levantaba la cabeza sin creerlo.
- Martín decía la verdad - dijo Carusso antes de salir corriendo y llamar a la puerta del comisario.
- ¡Adelante!
- Señor necesito que autorice una intervención, se trata de unos compañeros que están pegando a un civil - pidió Carusso.
- Mierda, un marrón.- ¿Quiénes son?
- Morán y Tupper.
- ¿Quiénes sí no? - se apoyó en la ventana mirando a la calle - ¡Adelante! Pero quiero todos los informes del mundo...
- Claro jefe - subió bien los tirantes junto al cuello.

V

Valery caminaba por la habitación de un lado a otro. Tenía que saber que estaba pasando exactamente. Bajó de nuevo en busca de Evan y lo encontró en la biblioteca.

- Tengo que hablar con Connor - exigió. - Debe haber alguna forma de contactarlo.
- Evan miraba su portátil intentando localizar la ubicación de Connor con el móvil que le había dado. Valery le sorprendió. - Yo también deseo hablar con él pero podemos causarle problemas.

- ¿Problemas? ¿Por qué?
Evan sabía que cuanto más le dijese más querría saber de él.
- ¿Qué te dijo? - Valery no entendía su silencio.
- Valery, Connor me pidió expresamente que te mantuviese a salvo, y para ello no debíamos contactar con él - seguir callando no la iba a hacer desistir.
Valery negó con la cabeza - ¿Qué está haciendo él realmente?

VI

Tupper arrastraba a Connor del brazo y Morán abría el coche. Iban a estrellarlo y contar que Martín robó el coche a punta de pistola. Prodigio se iba a tener que aguantar, que hubiera llegado antes. - ¡Sube! - le empujó al asiento de atrás con las esposas a la espalda y la cara llena de sangre y heridas.

Morán había rociado un bidón de gasoil sobre el techo. - En diez kilómetros llegaremos al cruce, es un buen lugar para desviar el coche en marcha hacia la autovía y que el tráfico no deje rastro de él. Connor se tensó girando las muñecas en las esposas y mirando el seguro de la puerta. Aquello era una barbarie...

A la salida de comisaría...

- Al operativo. Atención a mis indicaciones, esto es un asesinato y vamos a detenerlo - dirigió Carusso a los tres coches patrulla que le seguían.

Tupper conducía con rapidez, ambos iban serios, no sabían aún cómo explicar en comisaría exactamente lo sucedido esa mañana.

- ¿Qué pasará con Prodigio? ¿No tendrías que avisarle? - preguntó Morán.
- A la mierda con él. Le diremos que hubo un accidente y saltamos por los pelos.
- Al coche Z46. Soy Carusso.

Tupper y Morán se miraron, Carusso iba en un patrulla. Se suponía que ellos habían estado todo el tiempo en el coche y en ningún sitio más, había que responder.

- ¿Qué pasa? - respondió Tupper.
- Chicos, sabemos lo que está pasando, dejad de hacer tonterías y soltad a Martin.

Morán miró a Tupper con los ojos desencajados. Connor cerró los ojos y reposó la cabeza en el respaldo respirando por fin. Morán arrancó el cable del micrófono.

- ¿Tupper? - llamó Carusso tras oír el ruido.
- Creo que han arrancado los cables. No parece que vayan a colaborar - dedujo el conductor del coche que llevaba al detective.
- ¿Eres gilipollas? - protestó Tupper mirando la carretera.
- Me he puesto nervioso. ¿Qué hacemos ahora? - preguntó Morán.
- Tenemos que huir. Saca la pistola de la guantera.

Connor levantó la cabeza del asiento.

Morán abrió el doble fondo de la guantera y sacó la pistola con silenciador que habían usado en la galería.

- ¡Dispárale! - dijo Tupper parando el coche a un lado de la carretera junto a unos arbustos.
- ¡Eh! ¡Eh! Tranquilos - Connor no quería volver a recibir un disparo.
- Tupper, Morán... Sé que podéis oírme - dijo Carusso por el comunicador. - No empeoréis las cosas. Podemos arreglar lo que haya pasado, un calentón lo tiene cualquiera. No os manchéis las manos...
- Nos está oyendo. ¿Cómo puede ser? - Morán miraba los cables arrancados.

Tupper constriñó la mandíbula y se giró hacia atrás. - Es él, lleva un micrófono, ¿verdad? - tiró de la camisa de Connor dejando a la vista el dispositivo.

- Maldito hijo de puta - bramó Morán saliendo del coche para sacarlo arrastras. - ¡Fuera! - tiró del brazo de Connor para arrastrarlo fuera del coche. Le levantó del suelo - ¡Detrás del arbusto! - le ordenó apuntándole al pecho.

Connor retrocedió al lugar que le pedía sabiendo que le iba a disparar. Oyó el estruendo del disparo al tiempo que la bala le destrozaba el corazón. Cayó al suelo inerte.

- Le han disparado Carusso - dijo el conductor.
- Lo he oído. Son unos hijos de puta. - Carusso habló a los demás coches. - Morán ha disparado a Connor Martin, puede que siga vivo. Quiero dos coches buscándole, debe estar tirado en la carretera entre nosotros y el coche de Tupper. Llamad a una ambulancia. Nosotros vamos a arrestarlos.

Morán subió al coche y Tupper arrancó hacia Folkestone, tardarían algo más de una hora en llegar al eurotúnel para cruzar a Francia. Mejor fugitivos que presos.

A las once de la mañana aproximadamente el coche de Carusso pasó de largo junto al arbusto tras el que Connor permanecía en un charco de sangre. Media hora después, a velocidad baja, las dos patrullas encargadas de buscarle también pasaron de largo sin encontrarle.

VII

Pasado el mediodía Tupper y Morán finalizaban su trayecto en el eurotúnel llegando a Calais, en Francia.

- ¡Y yo qué mierda sé lo que vamos a hacer ahora! - protestó Tupper ante la insistencia de Morán.
- Por vengarte de la puta de tu mujer ahora somos unos perdedores de mierda - Morán trasteaba la guantera buscando algo que comer y tirando al interior del auto todo lo que encontraba que no era comestible.
- Calla esa boca y deja de tirar los papeles. Te he dicho que no hay comida ahí retrasado de los cojones - gritó Tupper dando un manotazo a los papeles que Morán tenía en la mano.
- No me toques cabrón hijo de perra - golpeó el brazo de Tupper.
- ¿Estás loco gilipollas? Que me vas a sacar de la carretera - rugió Tupper dándole con el puño en la cara.

Morán cogió la pistola de la guantera abierta y apuntó a Tupper - Debería disparar ahora mismo.

- ¿Y qué coño ibas a hacer tú sólo?, retrasado.
- No me llares retrasado, cerdo - Morán levantó el seguro del arma
- ¿Qué haces? - Tupper dió un volantazo y agarró el arma de las manos de Morán.

Un coche que venía en dirección contraria les esquivó pero Tupper, acostumbrado a conducir por la izquierda en Inglaterra, no recordó ir por la derecha en Francia. Un camión venía de frente y se desvió empotrando el coche contra el separador de hormigón de la carretera.

El coche rociado de gasoil se incendió en segundos.

- Eres gilipollas - Morán caminaba conmocionado. - Has estado a punto de matarnos.
- Ha sido culpa tuya por apuntarme, bastardo - Tupper intentó agarrarlo de la camiseta pero no pudo.

Otro intento y su mano volvió a traspasar la ropa de Morán. Se miró la mano mientras Morán intentaba darle un puñetazo que tampoco llegó a su fin.

Los dos se miraron absortos. Una sospecha les hizo contemplar las llamas, donde efectivamente se quemaban dentro del coche.

- ¡No! ¿Hemos muerto? - gritó Tupper con la mano en la frente.

El ritmo del tráfico había sido interrumpido por el accidente. Los primeros samaritanos, y curiosos, no tardaron en salir de sus vehículos, y aproximarse al fuego. Tras unos momentos de expectación, el ambiente se llenó del crepitar del coche ardiente, del sonido de los móviles, y las exclamaciones de espanto.

Pero todo ese alboroto quedó en segundo plano, cuando lo vieron: Una figura oscura, que se abrió paso entre el gentío, aunque nadie reparaba en su persona. Una sombra a la que todos ignoraban. Todos menos Morán y Tupper, cuyo instinto de supervivencia lo reconocían como una fuerza de la naturaleza. Algo contra lo que la resistencia era inútil. Algo inevitable.

El ser se plantó ante ellos. Su negro abrigo ondeó ante un viento inexistente. Posaba relajado, disfrutando. Descansaba las manos en los bolsillos de su pantalón llameante, con los pulgares afuera. Confiado. Y a pesar de que una capucha cubría sus facciones, supieron que los observaba como si fuesen su presa.

El ente ladeó la cabeza. Cómo si juzgara que hacer con ellos, o sencillamente gozara el momento.

- Normalmente conduzco a los muertos al lugar donde serán juzgados...

Su voz sonó áspera y profunda, desde el fondo de la capucha. La misma que pareció tener vida propia, resbalando sola. Mostrando una calavera, donde debería tener la cara. De las cuencas vacías de sus ojos, brotaron dos llamaradas que bien podrían venir del mismísimo infierno.

Aquello provocó que las piernas de Morán no le sostuvieran y cayera de rodillas como un peso, temblando. Tupper notó la humedad de la orina en su entrepierna (lo cual tiene su mérito, pues estaba muerto).

- Pero con vosotros... -continuó Skull, haciendo una breve pausa con los que atormentarlos más aún.- Si, con vosotros me saltaré algunos pasos, y os dejaré directamente donde sé que vais a terminar.

La calavera reía como un perturbado mientras les rodeaba la nuca con sus largos dedos huesudos.

- ¡No! ¡No! Espera - gritaban Tupper y Morán mientras los tres desaparecían de aquel lugar.

VIII

A Connor un dolor espeluznante le había atravesado el corazón con la bala, no podía moverse. Notaba que se estaba apagando y nunca antes lo había sentido.

Una melodía enaltecedora, capaz de levantar a los muertos, fué ascendiendo alrededor suyo como si de una cortina húmeda se tratase, era capaz de contener el aire a su alrededor. El sonido no le tocaba pero desde luego le envolvía. No había motivo para tener miedo ni era eso lo que provocaba en él la situación sino una indefinible sensación de íntima proximidad y reconocimiento.

En mitad de esa cortina invisible una humareda blanca y fresca se elevó a la altura de su nariz, era consciente de que no tenía en absoluto el control pero respirar ese humo se volvía la delicia más agradable que recordaba...

El humo le envolvía y ocupaba sus pulmones. Se traslucían formas difusas en medio de la vaporosa y blanquecina humareda. Unas manos pequeñas se aproximaron lentamente a través de la cortina, se acercaron a su rostro y lo rozaron con extrema suavidad. El sintió tanto descanso que no pudo más que rendirse a la caricia.

- Deja de penar hermano mío - un susurro procedente de la nada le envolvió de pies a cabeza.

Él sabía que hubiera querido preguntar algo pero era tal su letargo que su mente no pudo ponerse en funcionamiento.

- Ha llegado el momento de tu comprensión, he venido a llevarte conmigo al lugar del que procedes para que no sufras nunca más. Cae en mis brazos y déjame salvarte.

Connor no hubiese podido negarse aunque hubiese querido pero ni siquiera lo intentó, estaba entregado a aquel ensueño femenino que le estaba curando de todas sus heridas a la vez. No sabía qué era pero era lo más delicioso que había conocido en toda su vida.

La música era él mismo que se había vuelto música. Se había convertido en humo en brazo y en espada. Se había disuelto en aquel instante que parecía eterno. Se volvió descanso, descanso infinito. Si aquello era la muerte se daba por satisfecho... Por fin había llegado a ella... Todos los problemas que había causado eran resueltos, él descansaba y ella era libre de nuevo.

Aeón sólo podía pedir a su padre que le enviase al mundo contra el que habían luchado.

CAPÍTULO XXIV

¿Ensueño?

"El incendio de un automóvil de Scotland Yard en territorio Francés ha desconcertado a los agentes locales. Al parecer dos policías ingleses huían después de haber disparado a un civil ..."

Evan bajó el volumen de la televisión cuando Valéry llegaba a la cocina.

- Voy a preparar huevos para desayunar, ¿quieres? - ofreció Evan.
- Ok. Gracias - respondió sacando el zumo de naranja del frigorífico y dejándolo sobre la mesa. - ¿Has sabido algo de Connor?
- Aún nada.
- Me parece increíble que nos esperemos tan tranquilos mientras él puede estar pasándolo como el culo - protestó Valéry cogiendo el pan.
- No se tú pero yo no estoy nada tranquilo... - Evan apoyó ambas manos sobre la mesa molesto con el comentario.
- Evan... - Valéry se giró y dejó caer el pan de las manos al ver la foto de Tupper y Morán en la tele - ¡Volumen! ¡Volumen! - gritó extendiendo el brazo y señalando la pantalla con el dedo.

Evan se giró hacia la televisión ante la insistencia de ella y subió el volumen.

- Seguiremos informando - la comentarista cerró la noticia.
- ¿Qué? ¿Qué ha pasado?
- Hablaban de un accidente de tráfico con un coche de policía inglesa en Francia - Evan buscaba la noticia en el móvil. - Aquí está - acercó la pantalla a Valey para que también pudiese leerlo.

"Ayer al mediodía un coche de la policía inglesa cruzó el eurotúnel y explotó poco después de entrar en territorio Francés.

Los ocupantes fallecieron en el acto. Se trataba de los agentes Tupper y Morán que en esos momentos eran perseguidos por su posible implicación en el asesinato de un civil londinense.

La policía aún conserva la esperanza de dar con la víctima y que continúe con vida, se trata del empresario Connor Martin que aún no ha sido encontrado... "

Valery llevó sus manos a la boca- ¡Connor!

Evan permaneció de pie, tan impactado que no pudo reaccionar. Pasados unos segundos recordó el número que Connor llevaba consigo y lo llamó. Se oyeron varios timbres de llamada pero nadie respondió.

- ¿Lleva localizador? - preguntó Valéry.

Evan negó, con la mirada zigzagueando sobre la mesa preguntándose qué hacer. - No lo llevaba para que nadie pudiera encontrarle.

- ¡Dios mío! - Valery se sentó. - ¿Qué hacemos ? ¿Dónde puede estar?

Evan no le respondió, pensaba en la manera de encontrar a Connor. En aquel momento su móvil sonó, era su abuela... habría visto las noticias. Miró el móvil sin atreverse a responder. Finalmente atendió la llamada.

- ¡Evan! A Connor le han disparado. Está desaparecido... - su abuela lloraba.

- Acabo de oírlo - Evan se sentía culpable de haberlo dejado ir solo.

- ¿Tiene activada la localización?

- No abuela, lo siento, pero el tío necesitaba un móvil que no fuera rastreable...

Evan intentaba tranquilizar a su interlocutora pero el muchacho estaba superado por la situación. Valery se tapó la cara con las manos y empezó a llorar. No podía creer que le hubieran disparado y que no pudiesen dar con él. De repente una idea cruzó su mente... Se levantó y corrió hacia la escalera.

- ¡Valéry! - Evan la llamó apagando el micrófono del móvil. Su abuela hablaba al otro lado. - ¿Qué ocurre?

Valery se giró a mitad de la escalera - Voy a intentar encontrarle.

- ¿Qué? ¿Cómo? - Evan había dejado de oír a su abuela.

- Sube y te lo explicaré - Valéry continuó su carrera hacia la habitación de Connor.

- Abuela, te llamo en un rato, tengo que colgar - Evan siguió los pasos de Valery.

Cuando llegó arriba ella volvía del armario con una chaqueta de Connor puesta y se dirigía al retrato de Connor.

- Este cuadro quizá pueda llevarme hasta donde está él - le explicó mirando el retrato de Dana.

- ¿Qué quieres decir?

- Es difícil - Valery empezó a comprender la dificultad de Connor para confesarle asuntos imposibles. - Dame un móvil donde pueda localizarte.

- ¿Para qué? No te entiendo, ¿Qué quieres hacer?

- Te lo voy a explicar pero va a ser más fácil si me ves - Valéry señalaba la pintura con energía. - Voy a intentar cruzar por este cuadro hasta el lugar donde está Connor.

Evan la miró sin entender la broma, la situación era seria. ¿Realmente Connor no le importaba?

Comprobando que Evan no la creía acercó su mano al cuadro mientras con la otra indicaba distancia a Evan. - Aunque veas que me voy a caer o que grito no me toques...

Cerró los ojos - Llévame dónde está él - pidió en silencio.

Evan se mantenía a distancia mirándola con escepticismo. Los síntomas empezaron. El corazón se le detuvo, ella se agachó con gesto de dolor, gritó...

Ella le había pedido que no la tocara. Se acercó tanteando el cuadro cuando tras su desaparición. Se había esfumado ante sus ojos. Era imposible, ¿Dónde estaba Valery?

Ella aún no podía controlar los gritos, pero abrió los ojos jadeando. ¿Dónde estaba? El ruido de los coches en la carretera era constante. Era una carretera secundaria. Apoyó la mano sobre la hierba para ponerse en pie. No había nadie alrededor solo coches pasando. Connor tampoco estaba. ¿Por qué había ido a parar allí?

Miró alrededor con más atención, solo un pequeño arbusto a su espalda pero nada. Se acercó a la calzada buscando alguna pista del motivo por el que había acabado allí, pero ni un simple bar de carretera donde buscar información. - ¿Dónde estás Connor? - desesperada.

A su espalda un zumbido la alertó. Un móvil sonaba detrás del arbusto, Valery se acercó con cuidado a mirar donde estaba el móvil. Al asomar la cabeza unos zapatos aparecieron ante sus ojos - gritó del susto. - ¿Había allí un cadáver?

- ¿Podría ser Connor?

Apartó las ramas y se acercó para verlo. Connor estaba tirado en un charco de sangre seca sobre la hierba.

- ¡No! ¡Connor! - empezó a llorar destrozada. - ¿Era posible que hubiera muerto?

Tiró de los pies de él para sacarle de allí. Sus piernas estaban frías y rígidas. - ¡Connor! - Valery no podía parar de llorar. - ¡Despierta! - intentó que su voz fuera comprensible pero no lo era.

No podía hablarle por el llanto acongojado. Le abrazó con la espalda de él sobre su pecho temblando de miedo, Connor parecía haber muerto, era imposible. No podía ser. Creía que era inmortal. Le había dicho que llevaba más de cien años vivo. No podía morir ahora. No.

Se quitó la chaqueta y se la echó por encima mientras le acunaba llorando. Un par de coches se habían detenido al verla y los conductores se acercaban a ella. Una mujer y un hombre mirándose entre sí y comprendiendo que esa mujer que lloraba había perdido a un ser querido.

- Señora, ¿qué ha pasado? - el hombre se acercaba.

Valery levantó la mirada y les vió. No quería hablar con nadie porque no la iban a entender, Connor no debería estar muerto. Bajó la cabeza y continuó llorando.

El hombre se acercó a la otra conductora que llamaba por su móvil - es evidente que esta mujer está en shock - ¿Está llamando usted a emergencias?

- Si - asintió la mujer.

- Bien, porque creo que nosotros no podemos hacer nada, parece que él ha fallecido.

El móvil de Connor empezó a sonar de nuevo. Valery levantó la cabeza que tenía apoyada sobre la de él y cogió el móvil del bolsillo de su chaqueta, era Evan.

- Evan, está muerto - lloró de nuevo.

- ¡Valery! ¿Dónde estás? - Evan no podía creer que ella estuviese respondiendo al teléfono de Connor, ¿realmente le había encontrado? Ni siquiera podía entender que ella le respondiese.

- Estoy con él ...- llorando. - Tiene un balazo en el pecho...

Evan se sintió desfallecer. No tenía una respuesta que darle. ¿Connor había muerto? Se sentó en el sofá oyendo a Valery llorar a través del móvil que él soltaba sobre el asiento. ¡No era posible! ¿Había roto la maldición y esta era la consecuencia?

Evan no podía pensar en su vida ahora sin Connor. Los recuerdos de su niñez volvieron a su

mente y Connor siempre había estado de alguna manera en ellos como alguien casi invisible pues fue poco a poco acostumbrándole de pequeño a su singularidad.

Valery levantó la cabeza al oír la sirena de la ambulancia y apretó el cuerpo de Connor contra ella. No les iba a dejar que se lo llevaran. Pero gracias a Dios había llegado el momento. Su corazón empezaba a detenerse. Los sanitarios bajaban del vehículo. No tenía que hacer nada salvo asegurarse de llevarse a Connor con ella. Sus ojos cerrados aguantando el dolor y... cruzaron de nuevo al hogar que él había elegido para retirarse. Allí debía estar aunque fuese para despedirse del mundo...

En Pontevedra Evan lloraba con las manos cubriendo sus ojos cuando el ruido en la planta superior llamó su atención. Corrió por la escalera y encontró a Valery sentada en el suelo con la cara contraída y abrazando a Connor con los ojos cerrados.

- ¡Connor! - se agachó para levantarlo del suelo. Lo llevó a la cama.
- Le han golpeado de nuevo ... - Valery miraba su rostro tan herido que no era capaz de pensar en lo que le habían hecho antes de dispararle. Ahora no podía.
- ¡Tío! - Evan le dejó en la cama con los ojos llenos de lágrimas. Connor estaba pálido y gris como un cadáver. Nunca habría imaginado verle así.

Ania y Wiley, sus hijos y el resto de los nietos llegaron durante la tarde y la noche. Pasaron la madrugada llorando y velando el cuerpo de Connor junto a Evan y Valéry

Por la mañana llegarían los encargados de prepararlo para sepultarlo, aunque cada uno de ellos esperaba que ocurriese un milagro y Connor empezase a recuperarse como otras veces había ocurrido. La tristeza en aquel lugar era tan cruda que costaba respirar.

Ania se preguntaba dónde estaba ahora Connor. ¿Dónde había ido a parar una persona como él? Aquel muchacho que la había salvado siendo una niña merecía el mejor de los finales, se lo debía todo. No debía de haber acabado de aquella manera. Bajó la cabeza para llorar y Wiley le abrazó los hombros con los ojos llenos de lágrimas. Cuando él era un muchachito tímido y completamente enamorado de la bella Ania, Connor le había alentado a hablar con ella y a confiar en sí mismo.

Valery aún no podía creer que le hubiese perdido para siempre ni era capaz de pensar más que en los momentos a su lado y que nunca volverían. Lloraba en silencio con los ojos cerrados. Evan la abrazaba de tanto en tanto y a veces ella le abrazaba a él.

II

Muy lejos de allí y lentamente, sin saber cuando, él empezó a sentir. Se dio cuenta de que quería tragar y su garganta estaba seca. Tuvo la sensación un instante de que volvía a estar vivo de nuevo.

No sabía cuánto tiempo había pasado durmiendo pero debió ser mucho porque sentía el cuerpo molido. Arrugó los ojos incómodo por el frío sobre sus párpados, no quería despertar. Un

silencio extraño le rodeaba. La sensación de que era observado le incomodó tanto que decidió mirar. Abrió los párpados despacio, sus pestañas pesadas se resistían a despegar del sueño. Lentamente la luz volvía a sus ojos, el brillo de su iris marrón había recobrado su fulgor y la belleza de su mirada pudo verse cuando giró su cabeza hacia su derecha buscando la presencia que le habían despertado.

Una gran pared circular aparecía al fondo de aquella habitación y un hombre pequeño con un gran libro apoyado en el brazo le miraba con curiosidad. Una sonrisa rápida se dibujó en los labios del hombrecillo, rodeados de barba de algunos días. - Bienvenido de nuevo - saludó con alegría mientras caminaba unos pasos hacia Connor, aún así se mantuvo a unos metros de distancia.

Connor se incorporó trabajosamente, le pareció que había dormido mucho por lo destensado que tenía el cuerpo. Restregó los ojos y bajó los pies de la cama en la que estaba para apoyarlos en el suelo. Las sábanas, almohadones y su pijama eran blancos. El suelo estaba fresco pero no frío, se fijó en que un hombre mayor que había frente a él también tenía los pies descalzos. Era un señor, por no decir un anciano, de cabello blanco y largo, despejado de la cara. Estaba en silencio como él. El primero en cambio se acercó a Connor llamando su atención.

- Te está esperando para hablar contigo - advirtió a un metro de él.

Su rostro parecía amable pero le estaba resultando un poco pesado pues él sólo deseaba descansar.

- Sígueme por favor - dijo finalmente haciendo un gesto con la mano libre para que le siguiese.

El libro que portaba tenía aspecto de pesar pero él parecía muy satisfecho de llevarlo. Connor se puso en pie echando en falta unas zapatillas pero advirtió que el hombre pequeño del gran libro también iba descalzo y entendió que debía ser la costumbre allí. Le siguió por el pasillo para que le llevase donde debiese. Más adelante giró la cabeza mientras andaba y vio al hombre mayor a lo lejos, observándoles desde la habitación.

El pasillo desembocó en cuatro caminos o pasillos más. De cada uno de ellos procedía una luz y temperatura muy distintas. Del camino de su derecha, el que más llamó su atención, procedía una luz roja y parecía que la temperatura era mayor que donde se encontraba. Desembocaba a una sala de la que no podía vislumbrar más que unas paredes rojas y lo que parecía la danza de unas llamas sobre una de ellas.

El pasillo de su izquierda en cambio, giró la cabeza para mirarlo, era de un frío azul que armonizaba con la gélida temperatura que procedía de esa sala. Las paredes añil preciosamente iluminadas por pequeños fulgores celestes le provocaron vacilación y calma al tiempo.

Frente a sí el camino desembocaba a lo lejos en un espacio libre similar a un bosque con colores verdes y frescos y avalanchas de luz balanceándose. Se oían corrientes de agua y cantos de aves diversas. Le resultó muy atractivo.

El cuarto y último lugar, casi a su espalda, era oscuro y también parecía frío. Una pequeña rendija en la puerta semicerrada de aquel lugar le permitía apreciar la falta de luz y hasta de vida diría. Parecía un lugar desamparado.

Devolvió la atención al hombrecillo que le guiaba hacia la puerta que se abría frente a él, la que desembocaba en el bosque. Al cruzarla notó las hojas secas crujir bajo sus pies descalzos, había entrado en la arboleda. Miró alrededor, la luz del sol brillaba con fuerza sin molestar los ojos. Los árboles altos y frondosos eran hogar de distintas especies que corrían por ellos con soltura, desde graciosas ardillas hasta felinos de largos y coloridos pelajes. Pájaros tropicales se aseaban en sus ramas y aves cantoras bajaban a unos metros de él para saludarle. Era mágico.

Una imagen llegó a su mente pero no pudo retenerla, le parecía un recuerdo, pero la perdió. Miró a lo alto y en una de las ramas una muchacha se balanceaba de pie sobre un columpio de ramas y le observaba con una sonrisa. Parecía amable. - Por fin llegaste hermanito - dijo con voz suave mientras flotaba hacia el suelo y se colocaba a un metro de él.

Quiso preguntarle pero el aire no salió por su garganta, ni siquiera notó su boca intentando articular palabra. La voz de ella era la que le había traído ahí.

- Hay muchas cosas que querrás contarme pero por desgracia debes volver - sonrió con tristeza. - Nuestro hermano aún no te ha perdonado y no he podido convencerle de que regreses al reino, pero confío en que pronto cederá - asintió con una sonrisa.

Él la miraba con curiosidad y admiración y deseaba entender todo lo que le decía pero estaba muy desorientado. Quería quedarse un largo tiempo con ella. Pero su imagen se fue alejando, aunque ninguno de los dos parecía caminar. La imagen de ella se desvaneció por completo y las hojas del bosque desaparecieron en la nada. La ansiedad se apoderó de él.

El dolor volvió a su cuerpo y aumentó en el pecho. Sintió que no podía respirar de pronto. Se asfixiaba. Sentía el cuerpo entumecido y rígido y su tórax no era capaz de moverse. No sabía si estaba de pie o tumbado. Se esforzó para salir de ese estado crispando cada músculo. Su respiración salió por fin como si acabara de cruzar un abismo - ¡Ahgz! ¡Ahgz!

Ania, Valery, Evan, Wiley... y todos los presentes levantaron la mirada hacia Connor que había empezado a respirar de nuevo... Llanto, gritos, risas y lágrimas de alegría rodearon el regreso de Connor al mundo de los vivos mientras se acercaban a tocarle y a besarle.

Connor había abierto los ojos pero aún no había regresado, la muchacha del bosque seguía en su retina con viveza. Le había llamado hermano y le había hablado de un reino y de que no había sido perdonado para poder regresar. ¿Había imaginado todo aquello?

Ania le besaba las manos, levantó la cabeza para mirarla y con su otra mano le acarició la mano. Estaba muy cansado y reposó su brazo sobre el colchón, su cabeza sobre la almohada con los ojos cerrados. Se había dado cuenta de que estaba vestido con un traje negro, pensaban que había muerto... No sabía cómo había llegado allí ni cuánto tiempo había pasado, pero necesitaba dormir.

- *¡Quedarás desconectado de tu reino! No recordarás Edén.*

CAPÍTULO XXV

Imposible huir.

Hacía una mañana de domingo de ensueño. El sol calentaba los huesos y por fin iban a poder pasear juntos. Connor caminaba apoyando su brazo derecho sobre los hombros de Valery y ella le cogía la mano. Él estaba tardando más en recuperarse que otras veces pero era un placer caminar a su lado.

Valery tenía muchas preguntas pero no quería estropear el momento. Connor había pasado los tres días desde su regreso durmiendo y era la primera vez que salían a pasear.

Él quería contarle todo pero no preocuparla inútilmente. Durante unos minutos caminaron en silencio. Junto a ellos llegó una mariposa blanca sobrevolando las flores y se elevó a la altura de sus ojos.

- Pide un deseo - propuso Valery cerrando los ojos para pedir el suyo.

Connor rió y cerró los ojos para pedir su deseo en silencio, que era poder continuar junto a ella. Después ambos abrieron los ojos con una sonrisa.

- Tengo algo que confesar - alegó Connor con los labios apretados.
- ¿Eh? ¿De qué se trata? - Valery detuvo el paso y Connor con ella.
- Realmente puedo caminar solo - rió. - Ya estoy bastante mejor...
- ¿Qué? - Valery levantó su mano y el brazo de él de sus hombros.
- Disculpame pero te ví con tantas ganas de estar a mi lado que por caridad te dejé sostenerme - Connor reía de la cara de enfado de ella.
- Pero...

Connor la rodeó con los brazos para impedir que el enfado aumentase. - Bromeaba - susurró frente a ella. - Quería sentirte - confesó mirándola atentamente mientras acercaba sus labios para besarla.

Valery se calmó. Apoyó su cabeza sobre el pecho de Connor oyendo el latido de su corazón de nuevo.

Regresaron a casa para comer y para que él pudiese dormir y terminase de recuperarse. A la mañana siguiente Connor la llevaría a conocer el puente colgante de Calvelo que estaba a unos minutos de allí. El monasterio y la parroquia San Xoan de Poio se hallaban en un entorno de gran belleza pero la caminata era demasiado larga aún para él, la dejarían para otro momento.

- Acompáñame a mi habitación un momento - propuso ella.

- Cariño no sé si estaré a la altura - confesó él acariciando las mejillas de ella, que se enrojecieron.
- No. No es eso - sonrió avergonzada. - Malpensado... Tengo un regalo para tí.
- Oh - él bajó la mirada sonriendo.- Está bien - rió. - Vayamos pues, te sigo.

Valery subió la escalera mientras Connor la seguía ladeando la cabeza para contemplar adecuadamente el vaivén de su trasero.

- Una vez me dijiste que nunca habías estado allí... - Valery se giró a mitad de la escalera y Connor irguió el cuello lo más rápido que le fue posible con los ojos abiertos como los de un mapache cazado robando.
- ¿Qué hacías? - preguntó Valery..
- ¿Que yo nunca había estado dónde? - carraspeó desviando la conversación.

Llegaron a la habitación de invitados donde Valery había dormido esos días. Ella abrió la puerta y le dejó pasar a él primero para que viese su nueva obra. Le había pedido a Evan que le consiguiera un lienzo y unos colores en óleo para preparar un regalo para Connor. Valery había reflejado en una pintura la ciudad de Seúl, en Corea, un lugar que Connor deseaba conocer y al que aún no había tenido oportunidad de ir.

Connor reconoció inmediatamente el lugar que reflejaba el cuadro - Es Seúl - dijo volviéndose hacia ella.

- He pensado que cuando estés totalmente recuperado podríamos saltar para conocer la ciudad - Valery declaró su intención con una sonrisa.

Connor la miró extasiado con su idea, nunca se había planteado hacer turismo a través de los cuadros - Me parece una propuesta maravillosa - sonrió abrazándola y sintiendo que por fin podría tenerla a su lado.

II

En Londres continuaban los intereses en evitar que lo que había entre ellos continuase. Prodigio sabía de la muerte de Tupper y Morán y de la extraña desaparición de una mujer y un hombre herido de gravedad en pleno día ante los ojos de los presentes. No estaba seguro de que se tratase de ellos pero hubiera pagado una buena cantidad de dinero por saberlo. No le preocupaban las consecuencias de los comentarios de la gente que pronto olvidaría el escandaloso incidente achacando a trucos de ilusionistas o falsos rumores la naturaleza de la noticia.

Ya había asumido la pérdida del cuadro pero no se resignaba a ignorar también el paradero de Garrett. La única manera de evitar problemas futuros era destruirlo y estaba dispuesto a asumir los riesgos necesarios.

Rejuvenecido en el cuerpo de Alison tenía toda la fuerza física para invocar a la sombra que había respaldado el trato de Garrett casi ciento veinte años atrás.

Dibujó un círculo de sal en el suelo y abrió el libro en el contrato. Invocó ante él la presencia de la sombra del Herodión, la tumba de Herodes. Le retendría dentro del círculo de sal para exigirle reactivar la maldición.

III

Esa mañana hacía un clima maravilloso en Pontevedra. Bajaron al garaje a coger el coche que la compañía de alquiler de autos les había llevado la tarde anterior.

- ¿Puedes conducir tú? - preguntó él mostrando las llaves en la mano.- Yo te indico el camino. Me dolerá si giro el volante - puso la mano sobre el pecho.
- ¡Claro que sí! - cogió las llaves. - Pero ¿por qué crees que te está llevando tantos días recuperarte en esta ocasión Connor? Ania y Evan hablaron de ello.
- No estoy seguro - respondió antes de entrar al coche.

Se había hecho la pregunta insistentemente en los últimos días. No sabía si tenía que ver con la extraña experiencia del otro mundo o con que realmente la maldición se estaba desvaneciendo. Tampoco sabía si el corazón podría ser un punto flaco para él...

- No tiene importancia ahora - sonrió ella mirándole. Connor se había preocupado. - Realmente te veo mucho mejor que ayer. ¿Qué rumbo tomamos?

Él la miró y sonrió, era la mejor copiloto, aunque ahora el copiloto fuera él. - Al salir gira hacia la izquierda, llegaremos a nuestro destino en quince minutos.

Aunque los paisajes eran espectaculares, Valery pensaba que Connor olía aún mejor que el entorno agreste y que su compañía se sentía realmente cercana y embaucadora. Le sentía mirarla, a veces le hablaba y a veces callaba. Hubiese pagado caro por sus pensamientos.

Cuando llegaron a su destino, y Valery detuvo el motor, el silencio impresionaba. Sólo algunos pájaros, animales, y hojas cayendo lo rompían. Connor le tendió la mano y caminaron adentrándose en la paz del entorno. Sintió que estar junto a él se volvía adictivo.

Al acercarse al puente colgante la mirada quedaba atrapada y la respiración también.

- No tengas miedo. Sujétate al cable - le dió paso.

Connor caminaba tras ella regalándole anécdotas y curiosidades de la zona con la intención de distraer el miedo.

- Sé de quién heredaste tu habilidad para contar historias - sin girarse. - Estuve leyendo algunos cuentos de tu padre, el de la gallina de los huevos de oro me fascinó.
- Jaja, te avisé. Mi padre tenía una gran imaginación y como ves a mí también se me da bien imaginar.
- ¿Lo que me has contado te lo has inventado?
- Quién sabe - rió pasando junto a ella que se había distraído mirándole al final del puente.

Ella no supo si reñirle o besarle.

Connor levantó la vista al cielo. El clima cambiaba de pronto y el cielo se cubría de gris. Vieron las nubes desplazarse rápidamente aunque parecían cargadas de agua.

- Vayamos al pueblo mientras pasa la tormenta - sugirió. - Parece que el clima ha cambiado de repente - tomó la mano de ella.

Mientras se acercaban al pueblo el viento aumentaba. Las primeras gotas de agua se dibujaban transversalmente contra el paisaje. La lluvia rompió en forma de tormenta y corrieron a refugiarse jadeantes y riendo, él comprobó que podía correr sin demasiados problemas. A unos quinientos metros estaba la tienda más cercana, era el negocio de un artesano a quien Connor

había comprado algunas piezas cuando se instaló.

- Buenos días - saludó Connor fatigado al dueño que terminaba de recoger unas piezas colgadas en un expositor de la puerta.
- Buenos días señores. ¿También les ha sorprendido la tormenta? - les dió un rollo de papel para que secasen el rostro y las manos.
- Gracias - sofocada, Valery lo cogió y cortó un par de trozos que entregó a Connor y un par después para ella.
- Nunca he visto una tormenta formarse tan rápido - aseguró el tendero asomado a la puerta y mirando al cielo. Hace quince minutos brillaba un sol de verano. Qué clima más raro.

Connor soltó el papel con el que se había secado en la papelera y se acercó al hombre mirando al cielo mientras una sensación de desconfianza afloraba en él de repente.

Valery sacudía el cabello con la mano. Sus ojos se detuvieron en la original figura del Quijote que había delante suya. Su mirada rodó después alrededor, gitanas y toros, bandoleros, payasos, estrellas del cine, personajes de novela y películas. Decenas de figuras maravillosas y originales se repartían por doquier. Aquel sencillo hombre que hablaba de la lluvia con Connor era un extraordinario artista. Podría proponerle exponer en su galería.

- Valery lo siento mucho pero creo que debemos irnos antes de que aumente la tormenta - Connor se había acercado a ella con seriedad.
- ¿Ocurre algo? - el tono de él la había cambiado por completo.

Connor no podía explicar en aquel momento el mal presentimiento que albergaba.

- Sólo creo que después no podremos volver - quería irse lo antes posible.
- Está bien - dijo ella.
- Tomen un paraguas - ofreció el artesano tendiéndole un paraguas azul marino con lunares blancos. - Se lo dejaron olvidado en la tienda hace tiempo.
- Gracias pero creo que no nos servirá con este viento - dijo Connor tendiendo su brazo para cobijar a Valery.
- Hasta otro momento - se despidió Valéry.
- Adiós - respondió el hombre cerrando el establecimiento cuando salieron. Nadie más iba a venir aquella mañana.

Connor cogió la mano de Valéry y aceleraron el paso ante los primeros truenos. Habían salido del pueblo y estaban rodeados de árboles. Tenían que salir de allí antes de que empezaran los rayos. El agua les recorría todo el cuerpo y un espeso velo de lluvia lo ocultaba todo dos metros más adelante.

Connor vio a Valery buscar refugio con la mano sobre los ojos.

- No hay dónde guarecerse, tenemos que continuar - le habló en alto para que le oyese y apretó su mano para que le sintiera con ella. - Estamos a diez minutos del coche, dentro estaremos seguros mientras pasa el temporal.

Había que seguir. No había un animal a la vista, el silencio confrontaba con el rugido de la tormenta. El resplandor de los relámpagos a sus espaldas era cada vez más fiel al momento del trueno; es decir, el centro de la tormenta se acercaba a ellos. Connor con la mano como visera buscaba el camino. Había momentos en los que le costaba reconocer la ruta.

Unos metros adelante logró ver que llegaban al puente colgante, con las condiciones ambientales podría volverse complicado cruzarlo. Se detuvo y volvió a mirar alrededor buscando alguna opción pero cualquier camino era más peligroso que el puente.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Valery alzando la voz para que él la oyese.
- El puente de antes está ahí delante - explicó él mirándola.
- Tenemos que salir de este infierno - suplicó ella.

Connor miró los truenos a su espalda y asintió - Ten cuidado.

En unos segundos el torrente de agua del río Lézé corría bajo sus ojos a toda velocidad. El puente era totalmente seguro así que se aferraron a los cables para cruzarlo. La tormenta seguía acercándose y deslumbrando con sus relámpagos. Valery iba delante agarrada con ambas manos a los cables de acero que le servían de barandilla. No lograban ver más que dos pasos adelante pero en un minuto habrían llegado a la mitad.

De repente el cable al que Connor se sujetaba se aflojó en su mano, obligándole a recuperar el equilibrio. Un grito llegó hasta él que levantó la cabeza mientras el puente se balanceaba a sus pies.

- ¡Valery!- la llamó. ¡Valery!- gritó a todo pulmón sin obtener respuesta.

El cable superior que hacía de posamanos se había roto y la descabellada idea de que ella hubiese resbalado le hizo asomar la cabeza. La fuerza de la corriente era brutal, estaba a quince metros de altura. Se acercó a uno de los bordes...

- ¡Socorro!- pudo oírla a sus pies.

Asomó el cuerpo buscándola - ¡Valery!.

Ella colgaba del puente sujeta por los dedos y por su chaqueta que se había enganchado al cable de acero en su caída. El aire, el agua y el miedo tiraban de su débil sujeción. Su chaqueta se rasgaba por instantes dejando en sus dedos resbaladizos su supervivencia. Un rayo iluminó las manos de Connor cuando llegaba con fuerza a las muñecas de ella.

La chaqueta dejaba un jirón rojo en el cable. El estampado de flores del interior de la prenda se sacudió cual bandera derrotada, desgajada por el peso de la mujer. Las manos de Connor apretadas alrededor de las muñecas de ella eran su salvación por el momento pero el agua de la lluvia la hacía resbalar. Connor aguantaba y apretaba las manos pensando en cómo asegurarla.

No tenía fuerzas para subirla a pulso y ella tampoco iba a poder hacerlo. La única opción era que escalara sobre el cuerpo de él.

- Valéry - la avisó en alto. - Así no aguantaremos. Voy a descolgarme para que escales por mi.
- ¿Qué? No, no podré - gritó ella mirando la corriente al fondo.
- No. ¡Óyeme! Si puedes- gritó Connor. - Tienes que agarrarte al cable de acero mientras

yo bajo - Valery se le escurría de las manos.

- Tengo miedo.
- Tienes que hacerlo - gritó Connor crispando los dedos. - No puedo sostenerte.

Tiró de ella unos centímetros arriba y Valery se agarró con la izquierda al cable de acero horizontal más bajo, con la otra no fué capaz de llegar.

Connor saltó la protección y se descolgó del puente junto a ella - sujétate a mí .

Valery cogió la cazadora de Connor con su mano derecha evitando resbalar. Con las piernas rodeó las piernas de él.

- Sujétate fuerte al cable y apoya tus botas en mi cinturón - le indicó girando el cuello para mirarla. - Escala Valéry.

Ella se ayudó de sus pies y sus manos y pudo ir subiendo por el cuerpo de Connor. Cuando tuvo medio cuerpo sobre el puente logró subir del todo. Respiró a salvo.

- Ahora tú - dijo echándose sobre las tablas y extendiendo sus brazos para rodear con sus manos los brazos de él. - Sube Connor.
- Valery no puedo subir. No estoy bastante fuerte -gritó mirándola. Movía los pies en el aire preparándose para la caída.
- ¿Qué? No, no - ella extendió más aún sus brazos queriendo cogerlo de la ropa. - No digas eso... Inténtalo por favor - gritó asustada.
- Volveré pronto - gritó. - Espérame en el coche...

Connor abrió los dedos y cayó al agua mirando abajo. Cerca estaba la playa fluvial, allí podría llegar a la orilla con más facilidad. Sólo debía mantenerse a flote mientras el agua le arrastraba.

Valery miró abajo con los brazos sujetos a los cables de acero, la lluvia y la corriente le impedía ver donde había caído. Terminó de cruzar el puente y buscó una manera de bajar pero la tierra era un barrizal en la ladera del río y era imposible bajar sin caer al agua. Hubiese sido estúpido despreciar el sacrificio de Connor cayendo así.

Sin saber que otra cosa hacer fue hacia el coche a esperarlo. Unos minutos después de entrar y cerrar la puerta los rayos cesaron y la tormenta se disipó. Las nubes grises se dispersaron y el sol irrumpió de nuevo en el paisaje. Valery abrió el coche y se asomó mirando al cielo estupefacta ante la inconcebible desaparición del temporal. Nunca había visto un cambio tan extremo en el clima.

IV

Prodigio con los ojos encendidos del color del fuego incandescente rugió de furia con el sudor recorriendo su rejuvenecido torso. La mujer había vuelto a escapar de sus garras. La sombra emitió un chillido quejumbroso en el círculo de sal al que estaba encadenada. El brujo jadeante se acercó a mirar su nauseabundo espectro...

- Me juraste que podías con esto...

La corriente del Lézé arrastró a Connor durante diez minutos mientras él luchaba por mantenerse a flote sobre los golpes de agua. Aunque la playa fluvial aún estaba lejos, la corriente se había tranquilizado y pudo acercarse a la orilla y asirse a unos ramajes sumergidos en el agua entre grandes rocas.

Tirando de ellos escaló y sacó el cuerpo del agua fría. Dos pasos y se arrodilló con las manos sobre el barro y los ojos cerrados. Respiraba fatigado mientras el agua resbalaba de su cabeza y de su cuerpo. En el rostro contraído de cansancio sintió la ligera calidez de un rayo de sol y abrió los ojos aún jadeando con la boca abierta. Un rayo de sol radiante iluminando las hojas de unas plantas ante él le hizo levantar la vista arriba con los ojos desmesuradamente abiertos. Se irguió de rodillas y miró al cielo azul y despejado, después sus ojos se hundieron en el infierno de sus recuerdos y presagios. La tormenta no había sido natural, ni siquiera aquel sol parecía serlo ahora.

Desconcertado y furioso se levantó exhausto y dispuesto a volver con Valery para tranquilizarla. Se acercó a la orilla para limpiar el barro de las manos. Restregaba una contra otra cuando y vio su reflejo sobre la superficie del agua. Su imagen le recordó que era él el problema de Valery.

Había sabido que Tupper y Morán habían muerto. Sinceramente era mejor que lo que había planeado, porque si iban a la cárcel a los pocos años saldrían de nuevo. Pero aún le quedaba el brujo. Levantó la vista hacia la montaña. Arriba Valery le esperaba y deseaba tranquilizarla pero ¿debía ocuparse de Prodigio antes de ir con ella? Pensaba en ello distraído, queriendo secar las manos sobre el pecho de la camisa mojada... Unas burbujas en el agua le sacaron de sus tribulaciones.

Las burbujas aumentaron y Connor retrocedió sin saber qué era lo que salía del agua. Un hombre delgado y alto, de tez clara y pelo corto color platino sujetó las ramas de la orilla y trepó con rapidez hacia tierra en frente suya. Connor retrocedió esperando para ver la intención del desconocido que retiraba el agua de su cara con la manga de la camiseta, que chorreaba agua.

- Buenos días señor Martin, siento la extravagante presentación. - Tendió la mano para saludarle acercándose un paso, que Connor se alejó.

El otro recogió la mano asintiendo con una sonrisa al ver que Connor se mantenía a la expectativa.

- Este ha sido el punto más adecuado para contactar con usted - se explicó sacando del bolsillo un teléfono móvil de cuya pantalla retiró el agua sobrante con la palma de la mano. - No se preocupe, sólo voy a mostrarle el mensaje de alguien amigo - intentaba que Connor entendiese que no iba a hacerle daño.

Por ahora Martin observaba atentamente su información facial y corporal; le resultaban más fiables sus propias deducciones que las palabras del otro. El desconocido extendió el móvil para

que lo cogiese.

- Le aseguro que usted necesita ver el vídeo que le he dejado abierto. Sólo tiene que clicar. Yo me retiraré varios pasos - insistió moviendo el móvil ante las manos de Connor para que lo cogiese.

Las pupilas del otro estaban abiertas, las palmas de sus manos miraban hacia arriba y las puntas de sus zapatos apuntaban directamente hacia él. Su lenguaje corporal era claro y no parecía guardar intenciones ocultas. Connor cogió el móvil y lo giró para mirarlo. Era su propio rostro el que veía en la pantalla. Miró al otro sin comprender la broma.

- Lo entenderá si activa el vídeo - insistió el otro alejándose varios pasos lejos del agua y de él.

Connor se giró para verle aunque mirase la pantalla del móvil, y activó el vídeo.

- Hola Connor, soy tú, no cortes el video hasta que finalice por favor. Es importante...

Connor fijó la vista en el desconocido que le observaba desde lejos. Pulsó play de nuevo...

- Esto es difícil de entender pero sé que acabas de tragar mucha agua en el río y que Valery te espera en el coche. Se que saltaste del puente para impedir que ella cayese al agua y que el coche que llevais es de alquiler...

Connor detuvo el vídeo un instante y miró al otro. Necesitó sentarse en el suelo antes de accionar el vídeo de nuevo.

- Dentro de dos días habrá un nuevo accidente que no podrás evitar, lo sé porque me ocurrió a mí y la vi morir. No podrás evitarlo y te aseguro que no he podido cambiarlo aunque lo he intentado. Ahora escúchame con atención...La única solución es que evites conocer a Valery para evitar que los accidentes se activen, ella no los sufría antes de conocernos... Después deberás romper la maldición antes de volver a ponerte en contacto con ella ... Eso te va a tocar a tí, yo he... Bueno, eso no importa ahora. Pero habrá cosas sorprendentes que debes saber sobre tí y Ashran te ayudará.

Connor detuvo el vídeo y apoyó los brazos sobre las piernas sin siquiera plantearse si aquello era un montaje, verse así mismo en el vídeo relatando lo que acababa de suceder en el río era para él suficientemente convincente. Y que le hablase de lo que temía hace tiempo, no poder parar el accidente que acabase con la vida de Valery, era algo fundamental. Levantó la mirada y vio al hombre delgado mirándole desde lejos. Esperaba pacientemente a sus reflexiones. Connor volvió a la grabación.

- Confía en mi amigo, le irás conociendo. Esto es aún un poco extraño también para mí - confesó a través de la cámara con una sonrisa. - Eso es todo, sé que harás lo correcto, ahora queda en tus manos - el Connor del vídeo levantó el pulgar con un guiño y la grabación terminó.

Se levantó del barro y se dirigió hacia el hombre que le había traído el mensaje. El otro también se acercó. Connor le devolvió el móvil.

- Me llamo Ahsram y he venido a ayudarle, usted mismo me ha enviado...
- Connor Martin - le tendió la mano presentándose.

Ahsram le apretó la mano con una sonrisa abierta, era extraño volver a conocerlo - ¿Está

preparado?

- ¿Para qué exactamente? - Connor con mil y una preguntas.
- Para saltar a un punto en el que usted aún no conocía a la señorita Jones, él me ha dicho que es la manera de frenarlo todo.
- Imagino que sabe cómo hacerlo, pero ¿qué sucederá después?
- Usted la recordará, pero Valery no sabrá quién es Connor Martin. Es el único seguro de vida que tiene ella en estos momentos - explicó Ahsram.

Connor le miró con un nudo en el estómago. Entendía que aquel hombre le separaría de Valéry y que era lo necesario para que siguiese viva. El nudo del estómago se había vuelto un boquete en el pecho más grande que el que le dejó el disparo... ¿Todo lo que habían vivido juntos sería olvidado por ella para siempre?

Le dolía mucho hacerlo, le hubiera gustado despedirse al menos.

- ¿Pero ella estará bien? - Miró a lo alto - Está sola... - detuvo sus palabras.
- Valery no estará en Pontevedra porque usted no la habrá traído nunca.

Esto fué como un golpe. Cada momento iba a desvanecerse en la nada. Alguien dijo alguna vez que estamos formados por experiencias y ellas nos dan vida... La borrachera del primer día en su pazo, el secreto que había guardado durante tantos años y que ella al fin logró entender y hasta los momentos íntimos con Valery... Todo sería borrado y él se volvería nadie para ella.

- ¿Realmente no existe otra solución? - era demasiado triste y desesperante. Quizá ellos hubiesen barajado más posibilidades.
- Si le sirve de aliento para dar este paso, le diré que pronto conocerá la verdad sobre lo que ha estado intentando entender durante muchos años. Y que le ayudaré para que logre romper la maldición.

Connor le miró con un brillo de alegría en los ojos y una gran sonrisa. Si era así no todo estaba perdido...

Ashram vio que su respuesta había calmado a Connor. - Sígame por favor.

- ¿Dónde vamos? - al verle acercarse de nuevo al agua.
- Saltando a través del agua no se consume la del cuerpo. Es vital si hace varios saltos seguidos.
- ¿Es posible hacer varios seguidos?

Ahsram sonrió. - Le queda mucho por descubrir...

- *Pues así debe ser padre.*

CAPÍTULO XXVI

Mil pasos atrás.

Connor abrió los ojos en su cama de Pontevedra. Aunque no procedía de los reinos de Morfeo si no de saltar con Ashram. Éste acababa de llevarle unas semanas al pasado borrando para siempre toda su historia con Valery.

Permaneció recostado con ambas manos sobre la frente como si de ese modo pudiese detener los pensamientos que torturaban su corazón y su ánimo. Acababa de perder a su amor, su compañera de aventuras y su apasionada amante de golpe.

No supo exactamente cuánto tiempo pasó recordando estás semanas pasadas con ella... pero era media mañana cuando una idea le hizo incorporarse y coger su móvil de la mesilla. Comprobó que era el terminal original, no el que Evan le había dado antes de proponer su plan a Carusso. “Joder, cuántos malos recuerdos con esos dos... .” Dejó de pensar en ello.

- Buenos días Pol - saludó cuando el otro descolgó.
- Ah, buenos días señor Martin. - Justamente iba a enviarle un email. He visto que una falsificación de su pintura “El apuesto caballero” se subastará en Londres.

“¡Mierda! Qué difícil la realidad”. Un momento para calmar sus emociones, joder, no podía. Quería llorar y destrozar algo...

- ¿Está usted ahí?
- Si Pol... Por eso le he llamado.
- ¿Qué se le ofrece? ¿Desea que actúe en su nombre?
- No, Pol. Necesito pedirle un favor mayor...

A la hora de comer buscó queso, vino, conservas y... Las lágrimas le asediaron con tal fuerza que necesitó salir a pasear para aplacar su dolor. Pasó la tarde solo y triste sabiendo donde estaba Valery y sin poder acercarse a ella. Ya hubiese hecho la reserva del vuelo para el día siguiente a Londres y por la tarde la conocería.

Por la noche el fuego en la chimenea crepitaba mientras tragaba un sorbo de vino tras otro, recordando la noche en que saltó por vez primera a través del cuadro. Ahora gracias a Dios ella no había muerto y era lo único que le confortaba pero la tortura era insoportable. Solo quería ir a buscarla...

II

A las once de la mañana del día siguiente Pol Wizard llegaba a Londres por petición expresa de Connor. Llevaba un encargo muy concreto. Debía ir a la galería de Valery Jones.

Cuando cruzó la puerta de cristal, que balanceó la campanilla, ella hablaba por teléfono y le invitó con la mano para que pasase. Parecía muy ajetreada. Cuando colgó se acercó a Pol que se había quedado cerca de la puerta.

- Buenos días, ¿Qué desea? - saludó Valery apreciando el olor a aftershave al darle la mano.
- Buenos días. Mi nombre es Pol Wizard y vengo en calidad de albacea.

Valery le miró sorprendida forzando la mirada para intentar comprenderlo.

- Me explicaré. Mi cliente me envía para que le ofrezca un regalo. Él es un mecenas del arte y tiene conocimiento de lo gran artista que es usted - Pol sacó un documento de su maletín y se lo entregó a Valery.

Ella lo cogió esperando así entender algo de la incomprensible conversación. Abrió el sobre y sacó los documentos que contenía. Ojeó algunas palabras y sellos de autenticación entre otros.

- Incluye la cesión de todos los derechos de la obra *El apuesto caballero* de Dana Lowell.

Valery levantó repentinamente los ojos sin poder responder.

- Tengo aquí el resto de documentos que demuestran que mi cliente es descendiente directo del modelo del retrato y que la obra está asegurada con nosotros desde hace casi un siglo.
- Pero ... - Quién es usted? - Valery no podía creer lo que oía. ¿Era una broma? Tenía una falsificación del mismo cuadro en la sala de dentro y ese mismo día la iba a subastar.
- Soy el agente que se ocupa de los seguros del dueño de la obra.
- Pero ¿quién es él?
- Tengo instrucciones que me impiden desvelar su identidad por el momento, pero solo necesito su firma para ocuparme de que la pintura le sea traída. Mi cliente no desea compensación alguna por su parte. Puede comprobar en el contrato de cesión que le concede a usted todos los derechos sobre la obra.

Pol abrió de nuevo el maletín y sacó un sobre que extendió hacia ella - Es una nota de él - aclaró con solemnidad.

Valery sintió que temblaba cuando extendió el brazo para coger la nota entre los dedos. Levantó la mirada hacia el agente de seguros un instante, esperando encontrar una explicación para su

sensación, pero el hombre la miraba tranquilo.

“Hola señorita Jones. Es un placer poder hablarle aunque sea a través de este medio tan frío. Sería un honor para mí que sea usted la dueña de mi amada pintura, no podría estar en mejores manos.

Puede parecer atrevido pero, si es posible, no se deshaga de ella hasta que yo pueda ir a verla dentro de un tiempo y permita que coloquen un vidrio ante la obra para que nadie pueda tocarla. Es importante, no sé lo pediría de otro modo.

Pol se ocupará de todas las medidas de seguridad para dotar a su galería de lo necesario para la custodia de una obra de tan alto valor. Los gastos corren de mi cuenta.

Por último deseo pedirle un favor muy personal...

En una ocasión pude disfrutar de su maravillosa pintura de St. James's Park. Sé que no tiene la obra en venta y es por eso que me atrevo a pedirle que pinte por favor un paisaje de Seúl que le sea de agrado. Tengo intención de ir a visitarlo lo antes posible con alguien muy especial y sería importante para mí tener un cuadro suyo, que me recuerde cada día que pronto podré hacer mi sueño realidad.

Pol tratará con usted el precio de su trabajo y se ocupará de todos los detalles mientras llega el día en que yo mismo pueda ir a visitarla a su galería de nuevo.

En espera de que sea lo antes posible, me despido deseándole lo mejor.

Su eterno servidor C.M."

Valery levantó la mirada de la nota con los ojos llenos de lágrimas. Las retiró con los dedos y los miró sin comprender el motivo de su tristeza. Las palabras de aquel hombre le habían sonado tan trágicas que no lo podía entender.

III

A las cinco de la tarde, frente a la galería de Valery Jones, el corredor de arte Alfonso Marcial atusaba su bigote y deslizaba la mano sobre el cabello blanco por los hombros antes de cruzar la calle en dirección a la galería.

Un par de matrimonios hablaban en la puerta y le dejaron pasar, él agradeció con un gesto de su cabeza. Alfonso era un hombre de unos setenta años que conservaba una buena salud aunque su rostro mostraba el rastro de los años.

La música le recibió al abrir la puerta y el corazón sintió el primer golpe de la tarde. Se mantendría en las últimas sillas, solo quería verla aunque fuera a lo lejos. Aunque no hablara con ella..., aunque ella no notase su presencia allí.

Solo tres obras expuestas, dos de ellas a la venta, el jarrón y una pieza de terracota. Entre ambas el cuadro de *El apuesto caballero* protegido por un vidrio. Bajo la pintura una nota "Obra original de la artista Dana Lowell, cedida a esta galería por la generosidad de un caballero a quién un día espero poder conocer. Valéry Jones."

Alfonso cerró los ojos reteniendo las lágrimas. Segundo golpe... Unos jóvenes entran alborotando. Lo recuerda, faltan pocos minutos para verla, su corazón está a mil, espera poder controlarse.

El vals del emperador...necesita sentarse. Va al final de las sillas, en la fila de atrás nadie le verá. Valery aparece en la sala justo a su lado. Vestida con un vestido blanco con escote palabra de honor y subida sobre unos tacones carmesí. La gargantilla brilla alrededor de su hermoso cuello. Él no puede respirar.

Ella le mira y le sonríe. ¿Le ha reconocido?

No. Valery continúa saludando a los demás invitados mientras se aleja de él. Alfonso ya no sabe quién es, tiene que salir. Se levanta y va hacia la puerta vacilando en su coraje para alejarse de ella. Pero no mira atrás, no puede hacerlo. No debe hacerlo.

Valery sigue saludando a sus invitados. Inclínada para dar la mano al señor Montilla y su señora, al erguirse observa al anciano de cabello blanco cruzando la puerta hacia la calle con paso inseguro, parece sentirse mal.

Alfonso abre la puerta y sale a la calle con las manos apoyadas en la cintura intentando respirar y con los ojos llenos de lágrimas.

- Oiga, señor - una voz le llama a su espalda.

Se gira para ver a Valery Jones acercándose a él. Su corazón está explotando. Está paralizado.

- ¿Se encuentra bien? - Valéry se ha acercado a un metro de él. - Me ha parecido verle indispueto.

Connor niega con la cabeza pero no puede articular palabra. Su voz se pierde entre los dulces ojos de ella y el dolor que le invade.

Valery miró los ojos castaños del hombre que aguantaba las lágrimas. Era evidente que le asediaba una tristeza y hubiese querido aliviarla de algún modo, ni siquiera sabía por qué - ¿Quiere entrar y tomar algo?

Alfonso negó con la cabeza y levantó la mano como agradecimiento antes de marcharse. No podía hablar.

- Señor - volvió a llamarle Valéry. - Disculpe, ¿es usted verdad?

Connor detuvo sus pasos y se giró de nuevo hacia ella.

- ¿Es usted mi mecenas? - preguntó ella poniéndose de puntillas como si los tacones no fuesen suficientes para llegar hasta él.

- Así es - él logró emitir una sonrisa que la tranquilizara.

- Lo sabía - sonrió ella con el rostro iluminado. - Espero que pronto podamos conocernos,

cuando usted considere. Me encantará.

- Yo también lo espero señorita Jones - sonrió antes de girarse para marcharse pudiendo por fin dejar rodar las lágrimas con un poco de luz en el corazón.

CONTINUARÁ...

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Fran J. Palacios por su inestimable ayuda en la creación de la trama de Desterrado y en su posterior corrección.

Agradezco a mis maravillosos lectores cero: Brígida Montero, Jesús Santiago Núñez, Graci Roales y Rosario Pacheco , por sus valiosas recomendaciones.

Un agradecimiento muy especial para Graci.

BOOKS BY THIS AUTHOR

[El Secreto Del Caballero Templario.](#)

– Si aceptas que ella se case con otro sin hacer nada, no creas que yo voy a hacer igual, te lo aviso... El tiempo hasta llegar a Francia es el único con el que cuento y no lo voy a dejar pasar. Ella me importa más que mi honor.

En la primavera de 1527 el joven Diego Urbión, médico en la cárcel de Sevilla, y su hermano Lucas, contrabandista de Libros Prohibidos por el Índice de la Inquisición, se ven inmersos en una conspiración tramada por el Rey, que ordena al padre de los muchachos robar unos documentos al Sumo pontífice.

Rebeca, con el don de la premonición y amada por ambos hermanos, se ve obligada a traicionarlos llevándolos al cadalso y poniendo en jaque la vida de su amado y la suya propia.

Las investigaciones revelan una importantísima información descubierta siglos atrás en Jerusalén por Jacques Bernard de Molay, el último templario, ejecutado ante Nôtre Dame por sacrilegio.

Una historia llena de misterio, aventura y amor que refleja la Sevilla más oscura de los inicios de la Inquisición en el barrio de Triana. Una historia de amor que te conmoverá y que no podrás parar de leer.